

ALEXANDRA BLACK

© 2026 Alexandra Black. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su distribución, comunicación pública o transformación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización expresa de la autora, salvo en los casos legalmente permitidos.

Esta obra es una creación de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Autora: Alexandra Black
Edición y corrección: Alexandra Black
Maquetación: Alexandra Black
Dirección de arte y diseño de cubierta: Mery Eirabella
Primera edición (ebook): 2026
Contacto: alexandrablackm77@gmail.com
Instagram: @alexandrablack_l

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

El mar nunca olvida las deudas que se contraen frente a él.



Capítulo 1

Highmere, Cornualles, 1898

Cuando Cassandra Trevelyan entró en la iglesia de St. Keverne, el murmullo que aún vibraba bajo la bóveda se apagó con una rapidez que no procedía del recogimiento, sino del deseo de mirar mejor. Ella, consciente de la situación, avanzó por la nave sin levantar la vista hacia los bancos, con el libro de oraciones cerrado entre las manos enguantadas y el velo cubriéndole el rostro, como si aquella tela pudiera ofrecerle una protección que ya no esperaba de nada.

El ataúd de sir Thomas Trevelyan reposaba ya frente al altar, cubierto por un paño negro bordado con el escudo de armas de la familia, y a Cassandra le pareció que la muerte había tenido con su padre una cortesía que la vida llevaba años negándole. La madera bruñida, las velas, las flores blancas enviadas desde Truro y el orden severo de la iglesia contribuían a dar a su final una dignidad serena que no se parecía en nada a los últimos meses de fiebre, mal humor, toses interminables y aquella testarudez amarga con la que él había rechazado hasta el final la simple posibilidad de que el mundo no siguiera obedeciéndole.

Ella había asistido a su deterioro paso a paso, había soportado los cambios de humor, las órdenes absurdas, los silencios cargados de rencor y los repentinos estallidos de orgullo herido; lo había cuidado porque era su padre, porque la costumbre, la sangre y la propia estructura de la casa no le dejaban otra salida, pero no pensaba embellecer ahora la verdad solo porque el féretro estuviera colocado ante el altar mayor y el vicario hubiera decidido, como era natural, hablar de fortaleza y resignación en lugar de hablar de un hombre que había consumido una parte considerable de su vida fingiendo que Stormcrag Manor seguía sosteniéndose por la sola autoridad de su apellido.

Tomó asiento en el banco reservado a la familia y notó, aun sin mirar, la distribución exacta de los presentes. En los primeros bancos estaban las familias antiguas de la zona, las viudas de buenos apellidos, los Havers, los Boscawen, los Trelawney; un poco más atrás, con la compostura algo más laboriosa de quienes ocupaban un lugar conquistado y no heredado, se agrupaban los comerciantes de

Highmere, el doctor Meryn, dos proveedores importantes, el administrador de una finca vecina y las esposas que habían acudido a cumplir con la corrección exigible. Al fondo permanecían de pie algunos arrendatarios, varias mujeres del pueblo, la señora Penhaligon, con un sombrero negro sin adorno alguno y la espalda tan recta como si estuviera aún en el vestíbulo de Stormcrag, y, más allá de todos ellos, en ese punto de penumbra que formaban los pilares cuando la luz de fuera entraba sucia por las vidrieras, advirtió, con un sobresalto, la figura de Drake Carrick.

Le sorprendió verlo allí. Conocía su nombre desde hacía años y lo había oído pronunciar más de una vez en voz baja, como se pronunciaban en el condado ciertos nombres sobre los que nunca se sabía del todo si convenía sentir desprecio o cautela. Carrick, que había hecho fortuna en el comercio marítimo, que había pasado años fuera de Inglaterra, que se movía con la soltura de los hombres que no debían su posición a la condescendencia de una red de parentescos y que, precisamente por eso, resultaban más incómodos a quienes vivían de ella. Lo había visto una sola vez, de lejos, en casa de unos conocidos de Truro, y conservaba de aquel encuentro la impresión vaga de un hombre demasiado seguro de sí mismo. Ahora estaba allí, descubierto como exigía el lugar, con el sombrero en la mano y el abrigo oscuro cayéndole desde los hombros con una sobriedad nada estudiada; la firmeza del rostro, la línea severa de la boca y aquella manera de estarse quieto, que volvía aún más notoria su presencia, lo separaban de los demás hombres de la iglesia sin necesidad de que avanzara un solo paso.

El vicario comenzó la ceremonia y Cassandra intentó obligarse a atender, pero la voz monótona con la que el párroco recitaba el salmo, el sonido del órgano, las respuestas de los feligreses y el ruido de los bancos al arrodillarse la gente acabaron por mezclarse en una corriente uniforme sobre la que flotaban, como trozos de madera arrastrados por la marea, pensamientos menos piadosos y más urgentes. Pensó en Stormcrag, por supuesto, porque en realidad llevaba meses pensando en Stormcrag con una constancia que ya se había vuelto inseparable de su propia respiración. Pensó en los muros grises castigados por la sal, en las ventanas del ala oeste, que no cerraban bien del todo desde el último temporal, en la escalera de servicio, cuya alfombra habría debido sustituirse el invierno anterior, en la chimenea del salón pequeño, que se empeñaba en devolver

humo cada vez que el viento rolaba al noroeste, en las facturas de carbón, de cera y de leña, en la cuenta del carnicero, en el sueldo del cochero, en los recibos que Penrose revisaba con esa cara seca que pretendía no ser desaprobación y casi siempre lo era. «Querer una casa así es también odiarla a ratos», pensó con una aspereza que casi no reconoció como propia, «porque exige demasiado y no devuelve nunca nada que pueda contarse con tranquilidad». Su padre la había amado como se aman los símbolos, no los organismos vivos: con orgullo, con posesión y con una ceguera casi religiosa hacia el precio material de sostenerlos. Ella, en cambio, la amaba como se ama aquello que uno tiene que mantener en pie con las manos, con el cuerpo, con la renuncia y con las noches sin dormir.

En mitad de aquel pensamiento, como si hubiera sentido la dirección secreta de sus ojos aunque ella no lo mirara, Drake Carrick alzó la vista. Cassandra lo descubrió en el mismo instante y, por primera vez desde que había entrado en la iglesia, dejó de oír del todo la voz del vicario. No fue una mirada larga ni descarada; fue precisamente su sobriedad lo que la inquietó. Carrick no la miraba como la habrían mirado otros hombres, atraídos por el luto o por la mayor visibilidad que este daba a una mujer joven, ni como observaban ya algunos a la hija de una casa cuya situación, sin duda, empezaría a comentarse más abiertamente ahora que sir Thomas había muerto. Había en sus ojos algo más incómodo: una atención que no se explicaba por ningún vínculo evidente y que, por eso mismo, resultaba más perturbadora. Cassandra le sostuvo la mirada el tiempo necesario para no parecer sorprendida y volvió la vista al altar, notando que algo se le tensaba por dentro, una frialdad limpia que aún no tenía nombre, pero sí dirección.

La ceremonia siguió adelante y ella la recorrió con la obediencia externa que se esperaba de ella. Se levantó cuando correspondía levantarse, se arrodilló con la lentitud adecuada, inclinó la cabeza en el momento oportuno y recibió con una dignidad intacta las dos o tres miradas compasivas que lady Morwenna Trelawney creyó oportuno dirigirle desde su banco, y, al mismo tiempo, bajo aquella capa de disciplina, fue tomando forma una sensación que no acababa de concretarse y que, sin embargo, le resultaba tan física como el peso del velo sobre la nuca. No era exactamente miedo, ni siquiera solo cansancio; era algo más próximo a la conciencia de una deuda invisible, de una corriente subterránea que se movía ya bajo el suelo

de la jornada y de la que Carrick, Penrose y quizá hasta la propia casa sabían más que ella. La percibió en el modo en que el abogado evitó cruzar con ella la mirada durante el último himno, en la rigidez excesiva del señor Bate al darle el pésame a la salida del banco, en la sola presencia de Carrick en una iglesia donde, que ella supiera, ningún deber claro lo llamaba. La percibió incluso en el ataúd de su padre, porque sir Thomas no había sido hombre de dejar el mundo sin una última exigencia.

Salieron de la iglesia con la lentitud ordenada que imponía el entierro, y el viento los recibió en el pequeño cementerio con esa violencia franca que subía desde el mar sin detenerse en nada. La tumba estaba abierta junto al muro bajo desde el que, en días despejados, podía adivinarse la línea misma de los acantilados. Aquel día el cielo seguía cubierto de un gris áspero y, aun así, la claridad del agua se dejaba sentir en todo: en la hierba aplanada, en la piedra húmeda, en el modo en que el aire entraba por debajo del velo y le enfriaba a Cassandra las sienes hasta volverlas dolorosamente nítidas. Se colocó junto al borde de la fosa, con las manos enlazadas, y miró cómo bajaban el ataúd, y entonces, solo entonces, cuando la madera empezó a descender y la voz del vicario se volvió de pronto lejana, sintió por fin la sacudida entera del hecho.

No fue el llanto inmediato ni el derrumbe que las novelas concedían con demasiada alegría a sus heroínas lo que la sacudió. Fue algo mucho más humillante y más verdadero: el conocimiento de que aquella caja contenía no solo al hombre que había gobernado su infancia, su juventud y los últimos años de su vida con la fuerza obstinada de un mar viejo, sino también el origen de una amargura que la avergonzaba y no por eso dejaba de existir. Lo había querido. Lo había cuidado. Había deseado más de una vez que muriera para que terminara al fin el espectáculo de su deterioro y, al pensarlo después, se había odiado con una sinceridad devastadora. Había sido su hija en todo lo que el deber exigía y, en secreto, también había sido su acreedora. A nadie más en el condado le costaba tanto enterrarlo como a ella, porque ninguno de los otros llevaba mezclados el amor, la obediencia, el resentimiento y la fatiga en la misma proporción insoportable.

La primera palada de tierra cayó sobre la tapa del ataúd con un golpe seco que se le clavó en el pecho. Cassandra no lloró, pero tuvo que hacer un esfuerzo físico para no llevarse una mano a la boca,

como si el sonido hubiera sido un insulto. Pensó en la habitación del piso alto, donde había agonizado, en las cortinas corridas, en el vaso de agua sin tocar, en el olor de los medicamentos, en el fuego apagándose de madrugada mientras ella escuchaba su respiración rota y deseaba, con una ferocidad que nunca se perdonaría del todo, que aquella agonía terminara de una vez. Pensó también en Stormcrag, en la obligación casi obscena de regresar a la casa después del entierro para dejarse mirar, recibir pésames, aceptar tazas de té y fórmulas de compasión, cuando lo único que quería era cerrar la puerta de su dormitorio y dormir durante un día entero. A su izquierda, la señora Penhaligon mantenía la cabeza inclinada; a su derecha, Penrose parecía contar las respiraciones para no decir nada fuera de lugar. Un poco más atrás, cuando Cassandra alzó sin querer los ojos, volvió a encontrar a Drake Carrick, quieto bajo el viento, y la misma inquietud seca del interior de la iglesia regresó con más fuerza, porque aquella presencia, a la que no sabía aún poner nombre, se mezcló de pronto con la tierra, el ataúd, el abogado y la casa, como si todo obedeciera ya a un mismo dibujo.

La recepción se celebró en la vicaría con una excusa que el vicario formuló en voz bastante alta para que todos la oyeran y nadie se sintiera desatendido: la señorita Trevelyan se hallaba demasiado fatigada para recibir en Stormcrag y no debía imponérsele una obligación social adicional después de una mañana tan dolorosa. Cassandra, que no recordaba haber pedido semejante favor y que, sin embargo, lo aceptó con una gratitud casi feroz, se dejó conducir hasta la casa parroquial como si le hubieran concedido una tregua mínima dentro de una campaña mucho más larga. La vicaría, con su salón demasiado pequeño para la cantidad de personas que pretendía acoger, sus cortinas de lana, sus bandejas de té y pastelillos y el calor un poco sofocante de un fuego encendido de prisa, tenía algo de improvisación respetable que, por una vez, la alivió. Allí no tenía que vigilar qué grietas del techo podían verse en el vestíbulo ni si faltaba una pieza en el juego de plata; no tenía que sostener ante todos la ilusión entera de Stormcrag, solo su propio cuerpo y su nombre.

Las visitas hablaron, se acercaron, la tocaron, le ofrecieron palabras que, a medida que avanzaba la mañana, fueron perdiendo forma hasta quedar reducidas a una masa indistinta de buena voluntad y frases hechas. Lady Morwenna le recordó cuánto había

apreciado siempre su padre la antigua amistad entre ambas familias; la señora Boscawen se permitió insinuar que esperaba verla de vuelta en sociedad en cuanto pasara el luto más riguroso, como si semejante horizonte perteneciera aún a un mundo inteligible; el doctor Meryn insistió en que sir Thomas había sufrido menos al final de lo que podría imaginarse, afirmación que Cassandra recibió sin creerla ni desmentirla; el señor Bate le habló de dos arrendatarios del extremo sur que habían enviado sus respetos, y ella entendió, bajo aquellas pocas palabras, que el hombre estaba tan poco dispuesto a hablar de dinero en la vicaría como Penrose. Carrick no se acercó a ella. Lo vio una vez al otro lado del salón, conversando brevemente con el vicario y, después, con Penrose, y la rapidez con que el abogado dio por terminado aquel intercambio cuando descubrió que ella lo observaba bastó para devolverle la misma desazón que había sentido en la iglesia.

La recepción se prolongó hasta mediodía, o quizá algo más; a esas alturas, Cassandra ya no contaba el tiempo por el reloj, sino por la calidad del cansancio que se le acumulaba entre los ojos y en la nuca. Cuando por fin se despidió la última visita y el carruaje de Lady Morwenna desapareció tras la curva del cementerio, Penrose se acercó a ella en el pequeño vestíbulo de la vicaría con el sombrero ya en la mano.

—Le aconsejo que descanse unas horas, señorita Trevelyan —dijo —. Acudiré a Stormcrag a la hora del té para proceder a la lectura del testamento.

Cassandra lo miró fijamente.

—¿No puede esperar a mañana?

Penrose le sostuvo la mirada unos instantes antes de agachar la cabeza.

—Por desgracia, no.

No añadió nada más y, precisamente por eso, la inquietud de Cassandra se afiló. No insistió allí, delante del vicario y de dos mujeres que todavía recogían las tazas de té en el salón contiguo, pero durante todo el trayecto de regreso a Stormcrag Manor llevó dentro la sensación desagradable de estar avanzando hacia algo ya dispuesto de antemano y de lo que ella seguía sin conocer más que el temblor previo.

La señora Penhaligon la recibió en el vestíbulo con una eficacia silenciosa que Cassandra habría bendecido de no estar demasiado

exhausta para nada que no fuera obedecer. Le dijo que tratara de comer algo antes de acostarse; Cassandra respondió que no tenía apetito. La señora Penhaligon no discutió, lo que en ella equivalía casi siempre a una forma más alta de autoridad. Media hora más tarde apareció en el dormitorio con una bandeja en la que había caldo claro, un panecillo pequeño, un poco de compota de manzana y un vaso de leche. Cassandra, ya sin sombrero, con el vestido abierto por detrás y el corsé aflojado hasta permitirle una respiración menos estrecha, aceptó la bandeja y comió poco más de la mitad, no porque se lo pidiera el hambre, sino porque la mirada del ama de llaves, sin ser tierna ni autoritaria, le dejó claro que no comer nada sería tomado como una insensatez. Cuando terminó, bebió la leche despacio y le devolvió la bandeja.

—Quiero quedarme sola un rato —dijo.

—Sí, señorita.

La señora Penhaligon cerró la puerta al salir, y Cassandra sintió que el silencio de la habitación caía a su alrededor con una densidad distinta de la de cualquier otro silencio de aquel día. Se quitó el vestido, quedó en camisa y enaguas, soltó por completo el corsé y se tumbó sobre la colcha sin meterse siquiera bajo las mantas, con un agotamiento que le pesaba ya en los huesos. Cerró los ojos y creyó al principio que no dormiría, porque el cuerpo seguía demasiado tenso y la cabeza demasiado llena; sin embargo, el sueño llegó, aunque no como descanso, sino como una serie de inmersiones y ascensos en una oscuridad inquieta donde el mar, la casa y la voz de su padre se mezclaban de manera imprecisa. Soñó con pasillos húmedos por dentro, con una escalera que llevaba directamente al agua, con la biblioteca llena de arena y con alguien que leía en voz baja desde el extremo de una habitación cuyo techo parecía descender poco a poco hasta casi tocarle la cabeza. Se despertó dos veces con la certeza de haber oído una puerta cerrarse y una tercera con el corazón acelerado por una incomodidad en el pecho que no sabía si atribuir al sueño o a la vigilia de los días anteriores.

Cuando abrió los ojos de verdad, la luz había cambiado. No era aún la hora del té, pero ya se acercaba. Permaneció unos segundos inmóvil, mirando el dosel de la cama, con esa sensación absurda de haber regresado de muy lejos y no encontrarse mejor por ello. El sueño no la había reparado; le había dejado los nervios más finos, más a la intemperie. Se incorporó, llamó a la doncella solo para que

le llevara agua caliente y, cuando la muchacha quiso ayudarla a vestirse, la despidió con una amabilidad seca que rara vez mostraba. Se lavó cara, cuello y manos, volvió a ajustarse el corsé sin apretarlo hasta la crueldad, se puso uno de los vestidos sobrios que habían sido teñidos de negro en cuanto resultó evidente que el final de su padre podía adelantarse de un día a otro, eligió el menos nuevo de los tres, porque el luto no debía parecer recién estrenado, y se arregló ella misma el cabello frente al espejo, recogiéndolo con una precisión que le exigió más pulso del que tenía. No quería una doncella en ese momento; necesitaba al menos la ilusión de que aún quedaba un pequeño territorio de su persona no administrado por otros.

Bajó cuando faltaban quince minutos para la cita con el abogado. La casa respiraba ya de otra manera. El bullicio de la mañana había desaparecido; el servicio se movía con la discreción de quien sabía que el duelo había entrado en su fase más silenciosa; desde el corredor del oeste llegaba el olor del té recién servido en la salita contigua a la biblioteca. Wilmot apareció al pie de la escalera y le informó, con el tono neutro que reservaba para las noticias de peso, de que el señor Penrose había llegado hacía diez minutos y aguardaba en la biblioteca.

Cassandra echó a andar. El pasillo que conducía a aquella estancia daba al lado del mar y, a través de los altos ventanales, vio el cielo de Highmere cerrado sobre la línea del agua con una claridad gris y oblicua que no era todavía la caída de la tarde, pero sí el principio de su inclinación. Le bastó una mirada para sentir de nuevo la presión conocida de Stormcrag, esa mezcla de refugio y carga de la que no había podido desprenderse ni durante el sueño. La biblioteca era, de todas las habitaciones de la casa, la que más había pertenecido a su padre y la que, quizá por eso mismo, más le costaba reclamar todavía como propia. Allí había impuesto sir Thomas su visión del mundo, sus libros, sus cuentas, su silencio, sus accesos de cólera. Allí la había hecho entrar tantas veces para recibir órdenes, correcciones o instrucciones expresadas como si el futuro entero de la casa pudiera transmitirse con una sola frase tajante.

Empujó la puerta y se detuvo en el umbral. Penrose no estaba solo. Drake Carrick se hallaba junto a la ventana del fondo, de espaldas a la luz, hablando con el abogado en voz lo bastante baja para que las palabras no llegaran hasta ella, pero no tanto como para que pudiera confundirse aquel intercambio con una simple cortesía

de salón. Ambos se volvieron al instante. La conversación se cortó con una brusquedad tan limpia que, por un segundo, resultó más elocuente que cualquier explicación. Penrose adoptó enseguida su expresión profesional de costumbre; Carrick no hizo ningún esfuerzo por disimular que la interrupción había sido, en efecto, una interrupción. Aquello no le gustó a Cassandra en absoluto. Más que el hecho mismo de verlo allí, la irritó la conciencia de haber entrado en un momento que los otros dos habrían preferido cerrar antes de su llegada.

—Señor Penrose —dijo, sin avanzar todavía más allá del umbral—. ¿Puedo saber por qué está aquí el señor Carrick?

El abogado dejó la carpeta sobre la mesa central con un cuidado excesivo.

—Su presencia es necesaria, señorita Trevelyan.

—¿Necesaria para qué?

Fue Carrick quien respondió, aunque su voz no tuvo nada de la osadía altanera que ella habría encontrado más fácil despreciar.

—Para lo que va a leerse.

Cassandra entró entonces, despacio, y cerró la puerta tras de sí. Se detuvo junto a una de las butacas, sin sentarse todavía, y miró primero a Penrose, luego a Carrick. La luz que entraba por la ventana dibujaba en el hombro de este una franja pálida y fría, y la sola imagen le devolvió, con una precisión desagradable, la mirada sostenida en la iglesia y junto a la tumba.

—Entonces le agradeceré, señor Penrose, que empiece sin más rodeos.

El abogado asintió y les indicó que se sentaran. Cassandra lo hizo en una silla recta. Penrose ocupó el lugar frente a la mesa; Carrick se mantuvo un instante de pie antes de tomar asiento algo más atrás, lateralmente, como si no quisiera usurpar un lugar central y, al mismo tiempo, tampoco necesitara excusarse por estar allí. La tetera humeaba aún en la mesita, intacta. Nadie se sirvió.

Penrose abrió la carpeta y comenzó la lectura. La voz neutra del abogado recorrió primero las disposiciones menores, algunas mandas piadosas, los legados al servicio antiguo, la renta destinada a una pariente viuda y dos donaciones caritativas que a Cassandra le resultaron más decorativas que generosas, pero no lo interrumpió. Sentía el peso de Carrick en la habitación con una intensidad que no dependía de que él se moviera o hablara; bastaba saberlo allí,

escuchando, para que cada página que Penrose pasaba pareciera acercar otra cosa. El abogado llegó al apartado relativo a Stormcrag Manor y a las tierras anexas, y fue en ese punto, antes incluso de que pronunciara la cláusula siguiente, cuando Cassandra notó que el sueño inquieto de la siesta regresaba a ella bajo una forma más nítida y más fría, como si la incomodidad en el pecho que la había despertado se hubiera limitado a prepararla para ese momento.

—Pasarán a la señorita Cassandra Trevelyan —leyó Penrose—, con las condiciones y limitaciones consignadas a continuación.

La frase, por sí sola, bastó para tensar la habitación.

Cassandra no se movió. Tampoco preguntó nada. Miró el papel en manos del abogado, luego a Carrick, y comprendió, no aún el contenido exacto de lo que iba a oír, pero sí su dirección, con la claridad brutal de quien descubre demasiado tarde que la corriente la llevaba desde mucho antes de lo que había querido creer. Penrose se humedeció los labios, bajó la vista de nuevo a la página y siguió leyendo, mientras fuera el mar golpeaba, invisible pero presente, contra la base misma de Stormcrag, como si la casa entera escuchara también.



Capítulo 2

Penrose continuó, sin alterar la voz.

—Primera condición: que la citada señorita Cassandra Trevelyan contraiga legítimo matrimonio, dentro del plazo improrrogable de noventa días a contar desde la presente lectura, con el señor Drake Carrick, aquí presente.

El nombre de Drake, unido al suyo con aquella limpieza impersonal, le produjo a Cassandra una impresión tan violenta que durante un instante el resto de la frase pareció alejarse, no por falta de comprensión, sino por exceso de ella.

Penrose siguió leyendo.

—Segunda: que, verificado dicho matrimonio dentro del plazo señalado, la propiedad conocida como Stormcrag Manor, junto con las tierras, dependencias, rentas y derechos anexos especificados en el presente instrumento, pase a la posesión de la señorita Cassandra Trevelyan en los términos consignados en este testamento.

La voz del abogado permanecía neutra, casi administrativa, y precisamente por eso la brutalidad del contenido adquiría más cuerpo. No había en él ni una vacilación, ni una inflexión de humanidad, ni el menor esfuerzo por amortiguar el alcance de lo que estaba pronunciando.

—Tercera: que, en caso de no celebrarse dicho matrimonio en el término estipulado, la transmisión quedará sin efecto en los términos arriba expresados y entrará en vigor el fideicomiso sustitutivo previsto por este otorgante, con administración interina de la finca, sus rentas y bienes, según las disposiciones anexas.

Cassandra sintió entonces que la casa entera se había desplazado bajo sus pies sin moverse un solo palmo, como si Stormcrag, con sus estantes oscuros, sus ventanales frente al mar y la sombra todavía reciente de sir Thomas pegada a cada mueble, hubiera dejado de pertenecerle del todo en el instante mismo en que Penrose pronunció la palabra matrimonio.

El abogado no se detuvo.

—Dicha administración interina quedará facultada para ordenar, limitar o disponer de las partidas necesarias para el sostenimiento ordinario de la propiedad, el servicio, las obligaciones pendientes y

cualesquiera cargas derivadas de la sucesión, sin perjuicio de las restricciones y salvedades recogidas en el anexo tercero.

Aquello ya no era una herencia. Era un cerco.

Drake no apartó los ojos de ella durante la lectura. Conocía las palabras desde finales de enero, las había oído de labios de sir Thomas con la mezcla de orgullo y agotamiento que el viejo conservó hasta el final y, aun así, al ver ahora la forma en que Cassandra recibía la noticia, comprendió que nada de cuanto había imaginado antes de aquella tarde alcanzaba la realidad de ese momento. Había previsto cólera, desprecio, una humillación inmediata expresada quizá con una dureza más visible, pero lo que encontró en ella fue algo más incómodo y más difícil de soportar: una inteligencia que entendía demasiado deprisa y una disciplina que no iba a permitirle al dolor ningún desorden útil.

Penrose pasó una página.

—Los anexos relativos al fideicomiso, a la administración sustitutiva y a las obligaciones de ejecución quedarán a disposición de la señorita Trevelyan al concluir la presente lectura.

Cassandra oyó aquella última frase como se oye el mar cuando una ola ya ha roto encima del cuerpo y lo ha empapado por completo. La letra del documento seguía avanzando, pero lo que ocupaba toda su conciencia no era ya la sutileza jurídica de las consecuencias, sino la obscenidad perfectamente simple de la condición: su padre había convertido la casa en una palanca para gobernarla desde la tumba, había encontrado el modo de mezclar deuda, propiedad y obediencia femenina en una sola disposición testamentaria y había tenido la seguridad, o quizá la vanidad, de suponer que ella aceptaría el mecanismo como había aceptado desde niña sus órdenes, con la mandíbula tensa y sin escándalo público.

Cuando el abogado cerró por fin la carpeta, el silencio que siguió fue más áspero que el anterior, porque la biblioteca, que hasta entonces había sido el escenario de una lectura desagradable, se convirtió de golpe en el lugar donde la verdad debía ya tomar cuerpo entre los vivos. La tetera humeaba aún sin que nadie la tocara; fuera, el viento golpeaba la fachada oeste con esa constancia sorda que en Stormcrag parecía formar parte de la respiración misma de la casa, y el mar se dejaba sentir en la claridad gris que bajaba por los cristales y en el rumor sordo que subía a ratos desde los acantilados.

Cassandra se levantó despacio. No lo hizo como quien está a punto de desmoronarse, sino como quien se obliga a sostenerse sobre un suelo que ha dejado de reconocer.

—¿Estaba en su juicio cuando firmó esto? —preguntó.

Penrose, que había vuelto a colocar los papeles con la minuciosidad automática de un hombre que se refugiaba en el orden cuando el contenido resultaba indecente, levantó la cabeza.

—Sí, señorita Trevelyan.

—¿Completamente?

—Completamente.

—¿Y nadie lo coaccionó?

El abogado juntó las manos sobre la carpeta.

—No hubo coacción ilegal.

Cassandra lo miró en silencio un segundo.

—Es admirable la facilidad con que hombres como usted encuentran refugio en aquello que les corresponde o deja de corresponderles.

Penrose acusó el golpe en una palidez breve que no llegó a quebrarle la compostura. Drake, junto a la ventana, no se movió. Cassandra volvió entonces la cabeza hacia él.

—¿Usted lo sabía?

—Sí —respondió Drake.

La desnudez de aquella admisión reorganizó en Cassandra toda la jornada bajo una luz nueva y bastante peor: la presencia de Carrick en la iglesia, la segunda mirada junto a la tumba, la conversación interrumpida al entrar ella en la biblioteca, la prudencia excesiva de Penrose, la respuesta esquiva en la vicaría cuando pidió aplazar la lectura. Todo encajó de golpe con una nitidez que la ofendió más que la cláusula misma. Había sido observada, calculada y rodeada con un conocimiento del que ella carecía.

—¿Desde cuándo?

—Desde finales de enero.

—¿Y tuvo usted el valor de asistir al entierro de mi padre sabiendo ya lo que iba a leerse esta tarde?

—Sí.

—Qué delicadeza.

—No fui por delicadeza.

Aquello le habría arrancado una risa en cualquier otra circunstancia. Allí no dejó sitio más que a una repugnancia seca.

Penrose intervino entonces, con la esperanza visible de reconducir la escena hacia algo menos inmediato.

—Señorita Trevelyan, quizá convendría dejar el resto para mañana, cuando pueda revisar con calma los anexos y…

—No. Su parte ha concluido.

El abogado calló.

—Deje sobre la mesa el testamento y los documentos imprescindibles para una primera revisión —dijo ella, sin apartar los ojos de Drake—. Después haga el favor de marcharse.

Penrose vaciló.

—Le rogaría cierta cautela.

Cassandra lo miró ahora a él con una frialdad impecable.

—No se halla usted en situación de exigirme una cautela que no ha tenido para con mi derecho a saber.

Penrose recogió la carpeta, dejó aparte varios pliegos y salió al fin con la visible incomodidad de quien comprende que ha perdido no solo el control del momento, sino el respeto de la persona a la que pretendía proteger sin dejar de traicionarla.

La puerta se cerró y la biblioteca quedó en silencio. Cassandra siguió de pie junto a la mesa central, con el testamento abierto delante, mientras Drake permanecía un poco más allá, cerca del ventanal. Entre ambos quedaban los libros de sir Thomas, la autoridad todavía pegada a aquella habitación como un olor viejo y el peso material de la cláusula recién leída, que parecía extenderse sobre el aire del cuarto igual que una humedad imposible de disipar.

—Dígame una cosa, señor Carrick —dijo ella por fin—. ¿No se le ocurrió en ningún momento que quizá yo debería conocer, antes de esta lectura, una disposición que afectaba de esta forma a mi vida y a mi casa?

Drake no respondió enseguida. La pregunta era justa. La sabía justa desde antes de que ella la formulara.

—No me correspondía revelar un testamento ajeno mientras el testador viviera.

—Naturalmente. Otro refugio técnico.

—Es un hecho, no un refugio.

—Para usted, quizá. Para mí es solo otra muestra de que todos los hombres de esta historia encuentran siempre un argumento, una cláusula o un procedimiento detrás del que colocarse cuando les

conviene tratarme como si no fuera la persona más directamente herida por cuanto ocurre.

Drake la dejó decirlo. No había forma de negarlo sin caer en una mentira peor.

—¿Cuánto? —preguntó ella de pronto.

—¿Cómo dice?

—No me obligue a ser más explícita. ¿Cuánto dinero suyo ha entrado ya en Stormcrag? ¿Cuánto de la casa reposa ya sobre intereses que usted controla?

Drake guardó un instante de silencio. No porque dudara de la respuesta, sino porque sabía lo que esa verdad iba a hacerle en la cara al salir de su boca.

—Más del que usted supone.

—No le he pedido vaguedades.

Drake cruzó por fin la distancia hasta la mesa, no para imponerse, sino para hablar desde más cerca y sin la comodidad del fondo del cuarto.

—Su padre llevaba tiempo sosteniendo la casa a costa de aplazamientos y reestructuraciones que han terminado por depender, directa o indirectamente, de mi dinero.

Cassandra apoyó una mano en el respaldo de una silla.

—Así que esto no es solo una cláusula monstruosa. Es también una deuda.

—Es ambas cosas.

—¿Y aceptó usted esa condición por qué? ¿Porque le resultaba útil la violencia que llevaba dentro?

—No.

—Entonces ilústreme.

Drake la miró con una seriedad más seca que defensiva.

—Porque el margen real de Stormcrag era ya mínimo.

—Eso ya lo he entendido. No le he preguntado por la casa. Le he preguntado por usted.

Drake no respondió enseguida. Ese silencio breve, lleno y real, fue más elocuente que cualquier cautela verbal. Cassandra lo vio levantarse entre ambos como un muro.

—¿Por qué le importa tanto impedir que esta casa caiga en otras manos? —insistió ella.

—Mi situación está ligada a la de la casa desde hace más tiempo del que usted imagina.

—Qué respuesta tan cuidadosamente insuficiente.

—Es la única que voy a darle hoy.

—Claro. A mí se me exige claridad absoluta, obediencia o ruina. Usted, en cambio, puede seguir dosificando la verdad.

Drake aceptó el golpe sin moverse.

—Si me pregunta si acepté esta cláusula como quien acepta una compraventa, la respuesta es no.

—¿No? Porque, con mi nombre, su dinero y Stormcrag en medio, el parecido resulta bastante preciso.

—No se trata de comercio.

—Se parece demasiado.

Drake apoyó una mano en la mesa.

—Puede pasarse meses impugnando una cláusula cuya solidez jurídica ambos conocemos ya bastante bien, mientras la casa se hunde de hecho bajo una administración incierta y el apetito de los acreedores. O puede aceptar que el matrimonio, por odioso que le resulte, es la única vía rápida para conservar Stormcrag bajo su nombre.

La proposición cayó entre ambos sin adorno alguno y, precisamente por esa desnudez, se volvió más intolerable.

—¿Acaba usted de pedirme que acepte casarme con usted como una salida práctica de administración?

—Sí.

La incredulidad de Cassandra no tuvo nada de teatral; fue más bien el estupor seco de quien vio confirmada en una sola frase la violencia entera de la trampa.

—Es extraordinario —dijo—. Mi padre me ata a un hombre desde la tumba, y ese hombre tiene la gentileza de presentarme la maniobra como si me estuviera proponiendo una reorganización de activos.

—No he fingido que sea otra cosa.

—No. Y casi preferiría que lo hiciera. Al menos me ahorraría verle hablar de mi vida con la misma frialdad con que un capitán expone la dirección del viento antes de una maniobra.

Drake sintió la violencia de la frase y no la rehusó.

—No voy a pedirle que vea nobleza donde no la hay. Solo le estoy diciendo la verdad de la situación.

—Su verdad de la situación.

—La de la casa también.

—La casa —repitió Cassandra, y ahora el cansancio asomó bajo la cólera como una veta más honda—. Todo termina siempre en la casa, ¿no es cierto? Mi padre la usó para gobernarme en vida y ha encontrado el modo de seguir haciéndolo muerto. Usted la usa para decirme que el precio de conservarla soy yo.

—No la uso. Le digo lo que ocurre.

—Es lo mismo cuando una mujer no tiene salida.

Drake guardó silencio. Veía con una claridad cada vez menos cómoda cómo la cólera de Cassandra no la desordenaba, sino que la afinaba. Comprendió entonces, con esa certeza seca que tenían a veces las verdades poco gratas, que si ella aceptaba no sería por resignación ni porque él hubiera conseguido persuadirla, sino porque la casa tiraría de su voluntad con más fuerza que el horror que él mismo le inspiraba en ese instante, y esa comprensión no lo alivió, sino que añadió a todo lo demás una especie de respeto renuente que no era oportuno y que, sin embargo, se imponía.

Cassandra se volvió hacia la ventana. El mar seguía golpeando fuera con su persistencia ciega, la biblioteca respiraba la autoridad muerta de sir Thomas y Stormcrag entera parecía esperar la decisión como un animal viejo que sabía que dependía de manos cansadas, pero no sabía todavía de qué pacto iban a salir esas manos.

—Dígamelo con exactitud —dijo al fin, sin volverse—. ¿Qué ocurrirá si me niego?

—Penrose abrirá la vía del fideicomiso. La administración quedará intervenida de hecho. Los acreedores empezarán a moverse en cuanto huelan debilidad. La casa entrará en una incertidumbre que no tiene margen para soportar.

—¿Y si acepto?

—Habrá contrato. Boda rápida. Traspaso sin litigio. Stormcrag seguirá bajo su nombre, o al menos no le será arrancada de inmediato por manos ajenas.

Cassandra soltó una risa baja, sin alegría.

—Qué promesa tan generosa.

—No se trata de generosidad.

—Ya sé. De utilidad.

—Sí.

La palabra sonó casi más insultante que la cláusula misma.

Aun así, comprendió con una claridad que ya no admitía consuelo que toda elección digna le había sido retirada antes de entrar en la

biblioteca. Le quedaban una humillación rápida o una ruina más lenta, y no tenía derecho a permitirse la segunda mientras Stormcrag, con todos sus defectos, sus gastos, su dureza y su apetito insaciable, siguiera siendo su casa. Lo pensó sin romanticismo. No amaba a Stormcrag como se ama un emblema, sino como se ama una carga propia, una piedra pesada que, por estarle confiada, nadie más tenía derecho a dejar caer.

Cuando se volvió de nuevo hacia Drake, lo hizo ya con la decisión tomada, y la frialdad que había en su rostro no era la de alguien que se rendía, sino la de alguien imponía a su propia derrota una forma aceptable.

—Me casaré con usted.

Drake no se movió.

—No porque reconozca legitimidad alguna a esta cláusula, ni porque crea una sola de las verdades que usted todavía dosifica, sino porque no pienso entregar Stormcrag a nadie mientras me quede fuerza para sostenerla. Y quiero que entienda mi consentimiento exactamente como lo pronuncio: sin gratitud, sin confianza, sin ilusión y sin error acerca de la naturaleza de lo que acaban de hacerme.

Drake la escuchó sin moverse. No hubo alivio visible en él, ni triunfo, ni esa sombra de satisfacción masculina que a Cassandra le habría permitido odiarlo con más comodidad.

—Lo entiendo —dijo.

La misma contención de la frase, lejos de suavizar el momento, lo volvió más grave.

—Quiero ver cada cifra antes de firmar nada —prosiguió Cassandra—. Quiero mis propios términos. No entraré en este matrimonio como una criatura asustada, arrastrada por los hombres de su alrededor, sino con los ojos abiertos y con plena conciencia de la naturaleza del pacto.

—Tendrá las cuentas.

—Y fijaré mis condiciones.

—Sí.

La respuesta no le produjo la menor confianza, pero sí la certeza de que, a partir de ese momento, la lucha dejaba de ser abstracta y adoptaba la forma concreta de un contrato, una boda y una convivencia que aún no alcanzaba a imaginar sin que la recorriera un rechazo físico.

—Entonces puede retirarse, señor Carrick.

No hubo en la frase brusquedad visible; precisamente por eso, sonó a orden.

Drake recogió el sombrero sin añadir nada más y salió de la biblioteca, dejando tras de sí el ruido del viento, el mar y la casa, que ahora parecían ocupar mucho más espacio que antes.

Cassandra permaneció sola junto a la mesa, con el testamento abierto delante, y solo cuando la puerta se hubo cerrado del todo dejó escapar el aire con una lentitud que le dolió en las costillas. Había dicho que sí, y la palabra no le traía alivio alguno, solo una claridad nueva y amarga. Ya no estaba al borde del abismo, sino dentro de él; la casa seguía en pie alrededor de su cuerpo vestido de negro, y ella también seguía allí, pero lo hacía ya con el conocimiento de que acababa de comprometerse a una vida que detestaba para salvar una casa que no podía permitirse perder.

Fuera, el mar continuó golpeando contra la base de los acantilados con la misma indiferencia de siempre, y Cassandra pensó, no por primera vez aquella jornada, que nada en el mundo sabía mejor que el mar la diferencia entre resistir y ceder.



Capítulo 3

Drake Carrick se instaló en la posada de Highmere aquella misma noche, y si el dueño del establecimiento procuró recibirlo con la discreción respetuosa que se reservaba a los clientes cuya importancia económica convenía no poner en evidencia delante de los demás, no por ello dejó de advertir, como lo advirtieron su mujer, la criada de comedor y el mozo de cuadras, que aquella estancia tenía algo de insólito. Carrick era un rostro conocido en la zona desde hacía años, aunque no perteneciera al condado en el sentido íntimo y hereditario en que pertenecerían siempre los Trevelyan, los Trelawney o los Havers; se lo veía en verano, de tarde en tarde, asociado a negocios del puerto, a visitas breves, a reuniones con agentes, constructores o intermediarios, y precisamente por eso llamaba más la atención que hubiera acudido al funeral de sir Thomas y, en lugar de marcharse a Truro o a Plymouth tras cumplir con el deber que cualquiera habría encontrado suficiente, se hubiera quedado en Highmere con una habitación tomada por tiempo indefinido. El pueblo, que no necesitaba grandes materiales para empezar un rumor, recibió aquello como una promesa de novedad, y antes del mediodía siguiente la posadera ya había escuchado tres versiones distintas sobre el motivo de la estancia; ninguna se acercaba demasiado a la verdad, pero todas coincidían en una cosa: si Drake Carrick seguía en la zona después del entierro, no era por sentimentalismo ni por simple respeto a la memoria de sir Thomas.

Él, por su parte, oyó desde la primera mañana el cambio sutil en el trato de quienes lo servían, no porque se volvieran menos correctos, sino porque el interés se les transparentaba en los silencios, en las medias frases que morían cuando él entraba en el comedor, en la rapidez con que el mozo acudía a su caballo y en el cuidado casi ceremonioso con que le llevaban el café. No le molestó. Había vivido demasiado tiempo entre puertos, almacenes, oficinas de aduanas y despachos mercantiles como para conceder demasiada importancia a la curiosidad de la gente, y en Highmere, además, todo rumor tenía el tamaño de una casa. Lo que sí lo irritó, aunque no se lo confesara en esos términos, fue la necesidad de permanecer fuera de Stormcrag mientras la negociación avanzaba. Habría podido

aceptar la hospitalidad de la mansión; habría sido incluso lógico a ojos de muchos, dado el contenido del testamento y la rapidez con que el asunto correría de boca en boca en cuanto Penrose diera los pasos necesarios. Sin embargo, no quiso entrar aún en la casa como una presencia estable, ni ofrecer a Cassandra la sensación de que, antes incluso de firmar nada, ya ocupaba una habitación, un sillón, una mesa o una costumbre dentro de su mundo. Eso no nacía de la delicadeza, pues no era hombre dado a ese tipo de escrúpulos blandos, sino de una forma de cálculo más seca y, quizá por ello mismo, más respetuosa: sabía que ella había aceptado por necesidad y que no le convenía añadir a la violencia del pacto una invasión prematura de sus espacios.

Aquella primera mañana se levantó temprano, revisó la correspondencia con uno de sus agentes en Falmouth y bajó después a desayunar mientras miraba por la ventana del comedor el cielo limpio y duro de marzo, en que el sol parecía no lograr nunca calentar del todo la piedra ni el viento. Highmere se desplegaba abajo con sus tejados, su calle principal, el campanario de St. Keverne recortándose contra la claridad y, más allá, la línea del mar se abría como una plancha de metal golpeada. Pensó en Stormcrag, más al norte, sobre su elevación frente a la ensenada, y en Cassandra, que con toda probabilidad habría empezado ya a recorrer la casa para ver por sí misma en qué estado estaba todo. No dudaba de que lo haría. Había visto demasiado de ella la víspera como para imaginar que pasaría el día derrumbada en una habitación o entregada a una pena inmóvil. Cassandra Trevelyan pertenecía a esa clase rara de personas que, cuando la desgracia dejaba de ser inminente y adquiría por fin forma concreta, se levantaban desde dentro del golpe y empezaban a contar.

Y, tal como pensaba, la actividad en Stormcrag comenzó poco después del desayuno. Cassandra no había dormido bien. Se había acostado tarde, con la sensación de que la aceptación pronunciada en la biblioteca no había terminado de asentarse aún en ninguna parte estable del pensamiento, y durante buena parte de la noche el viento golpeó la fachada oeste con una insistencia que se mezcló, en sus ratos de duermevela, con la voz de su padre, con el rostro de Drake junto al ventanal y con esa cláusula que seguía pareciéndole irreal solo en los momentos en que el agotamiento la volvía más torpe. Se levantó, no obstante, antes de las ocho, tomó un desayuno casi

austero y pidió a Wilmot y a la señora Penhaligon que el día siguiera su orden habitual en todo cuanto no se viera afectado por el luto o por las visitas. Le irritaba la idea de que la casa adoptara ya un aire de incertidumbre. Stormcrag había sobrevivido a demasiadas cosas como para permitirse el lujo adicional de parecer descompuesta.

Empezó por el interior. Recorrió la planta baja con el señor Bate, el administrador, un hombre delgado, de botas bien cuidadas y una exactitud callada que ella agradecía más cuanto más envejecía, porque sabía distinguir en él no una inteligencia brillante, sino la forma mucho más útil de la lealtad competente. Fueron primero al ala oeste, donde dos ventanas del corredor seguían sin ajustar bien desde el temporal de enero; después, al salón pequeño, cuya chimenea tenía que limpiarse y revisarse cuanto antes; luego, a la escalera de servicio, donde la alfombra empezaba a deshilacharse en el tercer tramo; más tarde, a las cocinas, a la lavandería, a los cuartos de arriba que permanecían cerrados desde hacía años y que, aun así, exigían cera, revisiones y ser aireados para no convertirse en una ruina clausurada dentro de la casa misma. Cassandra hablaba poco y con precisión. Indicaba una viga ennegrecida, una contraventana, un peldaño que cedía levemente, el tejado del ala sur que no debía esperar a otro invierno, y el señor Bate tomaba nota en una libreta pequeña con la resignación metódica de quien sabía que, si el dinero no existiera, la lista completa de cuidados que exigía una casa antigua sería casi interminable. La señora Penhaligon, a ratos, aparecía o desaparecía por los corredores con un manojo de llaves y un comentario puntual sobre una gotera, una alacena, la necesidad de cambiar de sitio ciertos manteles de luto o el estado de los visillos del salón azul. Nada de aquello devolvía a Cassandra la ilusión de control, pero sí algo más valioso a esas alturas: la sensación de que el trabajo seguía siendo un idioma en el que todavía podía pensar sin ahogarse.

Más tarde salieron. El día se había abierto, aunque el viento seguía siendo cortante. Cassandra montó una yegua castaña que llevaba años con ella y tomó con el señor Bate el camino que bordeaba el lado norte de la finca, desde donde se dominaban las praderas inclinadas hacia el mar, el pequeño embarcadero privado y, más allá, los arrendamientos del interior. Vio cercas que había que reforzar antes de abril, una zona de pasto que seguía encharcándose demasiado, un muro de piedra parcialmente derrumbado y dos

pequeños campos donde la rotación del cultivo no había dado el rendimiento esperado. Se detuvo en el muelle, bajó del caballo y recorrió a pie los tablones envejecidos por la sal. Desde allí Stormcrag se veía de perfil, severa sobre la roca, con los ventanales del ala oeste recibiendo toda la claridad del mediodía y el mar golpeando debajo con la violencia regular de quien no preguntaba nunca si molestaba. Aquella visión, que tantas veces en su infancia le había parecido invencible, se le presentó ahora de otro modo, no menos poderosa, pero sí más exigente, como si la casa, consciente de su propia vulnerabilidad, reclamara de ella una fidelidad todavía más áspera. Pensó en Drake entonces, no por deseo de hacerlo, sino porque le resultaba imposible contemplar ya el embarcadero, las tierras y los muros sin recordar que una parte de todo aquello se sostenía, en la sombra, sobre dinero suyo.

Regresó a la casa entrada ya la tarde, con el cabello algo revuelto por el viento y las botas manchadas de barro, y lo primero que hizo fue pedir a Wilmot que enviara un recado a la posada. Deseaba ver al señor Carrick en Stormcrag a las cinco. No explicó más. Wilmot inclinó la cabeza con esa expresión perfectamente neutra que un buen mayordomo componía cuando recibía una orden cuya importancia comprendía sin necesidad de interrogarla, y Cassandra subió a cambiarse antes de que llegara la hora. No quiso para aquella entrevista el negro severo del día anterior ni tampoco suavizar el luto; eligió un vestido oscuro, de corte limpio y sin adornos, cuya sobriedad no debía nada a la coquetería y sí a la voluntad de no presentarse ante Drake con la apariencia de una doliente desorientada. Lo esperaba en el despacho pequeño, no en la biblioteca, porque no pensaba someter una segunda conversación de ese alcance a la sombra demasiado viva de su padre.

Drake llegó con puntualidad. El trayecto desde la posada hasta Stormcrag le había permitido observar de nuevo el modo en que el pueblo empezaba ya a mirarlo. No era todavía un escándalo abierto, porque nadie en Highmere conocía aún el contenido completo de la cláusula, pero sí una curiosidad afilada por el hecho de verlo entrar otra vez en la casa al día siguiente del funeral. Subió la escalinata con el sombrero en la mano y una tranquilidad nacida de una costumbre muy antigua de imponerse primero sobre sí mismo y después sobre el espacio. Fue Wilmot quien lo condujo al despacho pequeño. Cassandra estaba ya allí, sentada junto a la mesa, con varios pliegos

extendidos delante, un tintero abierto y la expresión de quien había pasado el día entero pensando con demasiada precisión como para permitirse ahora rodeos.

No intercambiaron más que el saludo indispensable. Ella le indicó una silla y, cuando vio que se sentaba sin pretender ocupar mayor espacio del necesario, fue directamente a lo que había decidido.

—No me casaré con usted para convertirme en una figura inmóvil dentro de mi propia casa —dijo—. Ni para limitarme a manejar menús, flores, ropa blanca y visitas mientras usted decide qué hacer con Stormcrag porque es quien pone el dinero.

Drake no dijo nada.

—Quiero saber qué arreglos piensa acometer, qué transformaciones considera necesarias y hasta dónde llega su idea de intervención. No he aceptado un matrimonio de necesidad para descubrir después que la casa deja de ser mía de hecho aunque lo siga siendo sobre el papel.

—No pretendo reducirla a un papel ornamental —respondió él— ni convertirla en la simple administradora doméstica de mis decisiones. Los arreglos urgentes los conozco ya, en parte, por lo que he visto en los últimos años y, en parte, por los informes financieros, pero no tocaré nada de importancia sin hablarlo con usted.

—Eso no basta.

—¿Qué quiere que le diga?

—La verdad entera.

Drake apoyó una mano en el brazo de la silla.

—La casa solo puede sostenerse si dejamos de tratarla como un escenario heredado y la asumimos de una vez como una estructura material que necesita dinero, criterio y prioridades.

—Sí, eso ya lo sé. Llevo años sabiéndolo. No necesito que me lo descubra.

Aquello lo frenó un instante.

—Entonces estamos hablando de lo mismo.

—No. Usted habla de la casa como un problema. Yo hablo de ella como de algo que no pienso entregar.

Drake le sostuvo la mirada un momento.

—No he venido a quitársela.

—Eso está por ver.

Aprovechó el breve silencio para sacar una segunda exigencia.

—Quiero una asignación propia, regular e independiente de los gastos de la casa. Y quiero la garantía expresa de que el dinero dejado por mi madre no será tocado bajo ningún concepto: ni absorbido por deudas viejas, ni mezclado con pagos corrientes, ni presentado en el futuro como parte de una generosidad conyugal que usted haya tenido a bien respetar.

Lo dijo con una dureza casi glacial, y Drake comprendió, no sin una sombra de admiración, que aquella exigencia no nacía solo del orgullo, sino de una inteligencia bien entrenada por la precariedad.

—Acepto ambas cosas —dijo—. El dinero de su madre quedará intacto y fuera de toda discusión. Y se establecerá para usted una asignación anual independiente del presupuesto ordinario de Stormcrag.

—Quiero que conste por escrito.

—Constará.

—Y quiero que entienda que no se trata de un capricho.

—Lo entiendo.

Drake se inclinó un poco hacia delante.

—Prefiero un acuerdo claro a una paz fingida. El modo más seguro de impedir resentimientos futuros es fijar desde el principio aquello que no se tocará.

Cassandra suspiró e inclinó la cabeza a modo de aceptación.

—Compartiremos dormitorio.

Drake asintió.

—Sí.

—Si vamos a mentir ante el mundo, debemos hacerlo con coherencia también ante los criados. Stormcrag no puede convertirse en un escenario de sospechas alimentadas por detalles domésticos: habitaciones separadas, criados entrando y saliendo de alas distintas, bandejas llevadas a horas impropias, indicios visibles de una distancia que el pueblo interpretaría con más rapidez de la que Penrose o cualquier otro serían capaces de remediar.

—Ya había pensado lo mismo.

—Bien.

Cassandra dejó la pluma sobre la mesa. Aún no había terminado.

—Compartiremos el dormitorio y, si es necesario, la cama, pero usted no tocará mi cuerpo.

La frase quedó entre ambos con una gravedad distinta a la de todo lo anterior. Drake se echó ligeramente hacia atrás en la silla, no por

ofensa, sino porque comprendió de inmediato que aquello ya no pertenecía al terreno negociable de la administración o de las apariencias, sino al lugar más hondo del miedo y del dominio.

—Stormcrag puede obligarme a una alianza —continuó Cassandra —. No me obligará además a una violación cotidiana envuelta en deber conyugal. No voy a vivir en una casa donde el matrimonio se convierta en licencia para disponer de mí como si el consentimiento formal arrastrara el de la carne.

Drake la escuchó sin el gesto defensivo que muchos hombres habrían adoptado por puro instinto de orgullo. Lo hizo, en parte, porque la violencia de sus palabras le resultó demasiado próxima a algo que no estaba dispuesto a tolerar en relación consigo mismo y, en parte también, porque comprendió sin demasiado esfuerzo la perspectiva de Cassandra.

—No pienso comportarme como un bruto —dijo tras unos instantes de silencio— ni imponerle una intimidad que usted rechace.

Cassandra no se movió.

—Pero.

Él no fingió no haber oído la exigencia.

—Pero no puedo fingir que esta cláusula no conduce a la cuestión de la descendencia.

Cassandra no apartó los ojos de él.

—Qué modo tan limpio de decirlo.

—Es el modo honesto.

—No. Es el modo cómodo.

Drake mantuvo los ojos en ella.

—Quiero hijos.

No lo dijo con ternura ni con grandilocuencia. Lo dijo con una llaneza seca que volvió la frase aún más ofensiva.

—Soy un hombre sano. Usted es una mujer hermosa. No me parece razonable convertir este matrimonio en una escenografía sin ninguna consecuencia física.

Cassandra tardó un instante en responder, y cuando lo hizo fue con una frialdad que ya no necesitaba elevarse para herir.

—Será asunto mío decidir si esa cuestión llega a abrirse alguna vez, y en qué términos. Usted no tiene derecho a invocar la naturaleza, la salud o la belleza de nadie cuando acaba de sentarse a

negociar mi cuerpo como si fuese una derivación aceptable de la casa.

Drake frunció el ceño, no tanto por irritación como porque el asunto rozaba ya un límite en que el acuerdo dejaba de parecer un contrato y empezaba a mostrar la clase de convivencia envenenada que podía engendrar.

—Si no se considera capaz de dominarse —dijo Cassandra entonces, con una frialdad que no tenía nada de provocación vacía y sí mucho de defensa calculada—, puede muy bien desahogarse con prostitutas. Pero, si llega a tocar a otra mujer mientras yo siga siendo su esposa, jamás le daré un heredero.

Drake recibió el golpe con una expresión más dura.

—No me gusta oír esa palabra en su boca.

—No me importa.

—A mí sí.

—Entonces tendrá que acostumbrarse a que no me tiemble la voz cuando nombre aquello de lo que usted prefiere hablar con eufemismos.

Drake guardó un breve silencio.

—No deseo ser un violador —dijo por fin—. Y no buscaré la compañía de otras mujeres como sustituto de la de mi esposa. Sería humillante para ambos.

—Entonces estamos de acuerdo en algo importante —replicó Cassandra—: el matrimonio no le da a usted un derecho automático sobre mi cuerpo y yo no toleraré jamás que se comporte como si lo hiciera.

El silencio que siguió no fue cómodo, pero sí fértil en una forma dura, porque algo había quedado establecido entre ambos con una claridad que no necesitaba dulcificarse. Drake tenía reservas, sin duda, y el deseo de descendencia no había desaparecido por arte de magia; Cassandra seguía tan lejos de confiar en él como al comienzo de la conversación. Aun así, los dos comprendieron que había allí un límite real que ninguno podía permitirse fingir no haber oído.

Pasaron después a los términos sociales, y fue Drake quien tomó entonces la iniciativa.

—Iremos a misa todos los domingos, aunque yo no crea en Dios. No porque quiera regalarme una comedia religiosa, sino porque en un lugar como Highmere las ausencias se notan más que las presencias y una pareja recién casada que falte al oficio dominical

dará de inmediato a las lenguas del pueblo un material demasiado fácil.

Cassandra no discutió.

—Y, una vez transcurridos los primeros meses de luto más severo, celebraremos cenas discretas, acudiremos a aquellas casas donde nos inviten y devolveremos invitaciones con la sobriedad propia de la situación. No tengo intención alguna de vivir en los márgenes como un intruso permanente cuando, para bien o para mal, voy a quedar ligado a Stormcrag.

Cassandra escuchó aquello con una mezcla de fastidio y reconocimiento, pues en el fondo coincidía con él.

—En público deberemos parecer no solo correctos, sino unidos —añadió Drake—. No bastará con no pelearse delante de terceros o mantener el decoro. Tendremos que ofrecer la imagen de una pareja de afecto natural, de una alianza sin grietas visibles, y usted, que conoce mejor que yo los mecanismos de la alta sociedad del condado y de Truro, deberá facilitarme la entrada en los espacios donde aún puedo ser visto como un advenedizo útil, pero no como un igual.

Cassandra apretó los labios. No le gustaba la desnudez con que hablaba de su ascenso social y, sin embargo, la prefería a la falsa modestia.

—No pienso hacer de usted un espectáculo ridículo ni humillarlo con una reserva pública demasiado evidente, pero, si espera verme colgada de su brazo como una criatura embelesada, deje de soñar.

—No necesito embelesos. Necesito coherencia.

—No son la misma cosa.

—Ya lo sé. También sé que una pareja no se desmiente en sociedad con grandes escenas, sino con detalles mínimos: una distancia sostenida, un silencio mal colocado, un ademán nunca corregido.

Ella comprendió al instante que tenía razón. Stormcrag llevaba demasiado tiempo expuesta a los ojos del condado como para permitirse ahora, además, un matrimonio mal representado.

—Muy bien. En público seremos una pareja unida. Sostendremos la ficción mutuamente. Y, al menos ante los demás, no nos concederemos el gusto de hacer visible el asco o el rencor.

Una vez fijados esos términos principales, Cassandra hizo traer papel, tinta y una segunda pluma. No quería dejar aquella conversación suspendida en la vaguedad del acuerdo verbal, y Drake,

que habría desconfiado de cualquier resolución tomada solo sobre palabras, no puso objeción. Redactaron entre ambos un memorando privado, sin valor testamentario ni matrimonial todavía, pero lo bastante claro como para servir de base a Penrose al día siguiente. Cassandra escribía con una letra firme, algo más inclinada que la de su padre y bastante más elegante, y Drake, al verla inclinarse sobre la mesa con el cabello oscuro recogido y el gesto entero concentrado en la frase que corregía, tuvo la impresión incómoda de que aquella mujer, a la que acababa de conocer mejor y con la que había negociado desde las finanzas hasta el lecho, se le volvía cada vez menos reducible a la imagen utilitaria con la que habría sido más fácil atravesar el asunto. Ella, por su parte, sentía su presencia al otro lado de la mesa no como sentiría la de un caballero convencional, sino como un peso físico sobrio, un cuerpo cuya contención no anulaba el hecho de estar allí, demasiado cerca, demasiado consciente.

Cuando llegó el momento de firmar, Drake tomó primero la pluma, estampó su nombre con un trazo firme y dejó el instrumento junto al tintero. Cassandra tomó la pluma sin mirarlo y, al rozarle los dedos, ambos notaron una tensión tan nítida que ella tuvo que inclinarse enseguida sobre el papel; el pacto que estaban cerrando dejó de parecerle, por un instante, una cuestión de firmas, cifras y cláusulas, y adquirió el peso más inquietante de una cercanía que ningún contrato iba a volver abstracta. Cassandra retiró la mano de inmediato, pero la ligera rigidez con que volvió a mojar la pluma delató que el roce no le había sido indiferente. Drake, mientras ella firmaba, siguió mirándola con una atención más quieta que antes, y supo que no debía decir nada porque cualquier palabra, por sobria que fuese, habría roto el delicado orden que aún conservaba la conversación.

Cuando el documento quedó suscrito por ambos, Cassandra lo dobló una vez y lo dejó a un lado con la pulcritud de quien deseaba enterrar, al menos en apariencia, aquello que acababa de decidir. La tarde se había ido cerrando sobre la casa sin hacerse todavía noche. El mar seguía ahí, como siempre, golpeando bajo la roca con una paciencia hostil. Drake se levantó. Cassandra no hizo ademán de acompañarlo hasta la puerta ni él esperó semejante cortesía. Se miraron un instante, ya no con la violencia desnuda del día anterior, sino con otra aún más difícil de manejar, porque a la hostilidad se le

había añadido ahora el conocimiento de ciertos límites y una conciencia más precisa de la fuerza que haría falta para respetarlos.

—Enviaré a Penrose mañana por la mañana —dijo él.

—Lo espero temprano.

No hubo nada más. Drake le dedicó una inclinación de cabeza a modo de despedida y salió del despacho pequeño, mientras Cassandra permanecía sentada unos segundos más, con la firma aún fresca sobre el papel y el pulso del leve roce persistiendo en los dedos como si le recordara, contra toda voluntad, que ningún contrato firmado entre dos personas dejaba de ser también un pacto de cercanía futura, por más que una lo redactara para defenderse de ella.

Solo cuando oyó cerrarse la puerta principal y el rumor de los pasos de Wilmot apagarse en el vestíbulo, Cassandra permitió que el cansancio del día le cayera encima con todo su peso. Miró el documento doblado sobre la mesa y pensó, no sin amargura, que había pasado del luto al contrato con una rapidez que habría resultado obscena si no fuera porque la obscenidad llevaba ya demasiado tiempo instalada en Stormcrag con otros nombres más respetables.

Bajo Stormcrag, el mar no sabía nada de acuerdos, ni de herencias, ni de honor social; seguía golpeando la costa con la misma insistencia con la que llevaba haciéndolo siglos y ella, todavía sentada en el despacho, comprendió que había empezado a vivir dentro de una tregua armada cuya duración, como la del viento, nadie podía calcular todavía.



Capítulo 4

La boda se celebró tres semanas después, con una sobriedad tan deliberada que rozaba la dureza y que, precisamente por eso, no lograba disimular del todo su carácter extraordinario. No hubo flores en el altar ni guirnaldas en los bancos, no se encargó música alguna que no fuera la estrictamente necesaria para la liturgia, no se enviaron invitaciones más allá de lo indispensable y, aun así, desde la víspera el pueblo había empezado a moverse bajo esa vibración menuda que acompañaba a todo acontecimiento importante cuando se pretendía mantenerlo en secreto dentro de una comunidad pequeña. Que Cassandra Trevelyan, todavía de luto por su padre, contrajera matrimonio con Drake Carrick tan poco tiempo después del entierro resultaba, en sí mismo, material suficiente para alimentar la imaginación de Highmere durante semanas; que además se hiciera con tanta reserva, casi con prisa, solo venía a confirmar que aquello no pertenecía al orden de las bodas felices, sino al de las decisiones tomadas bajo una presión que el pueblo no conocía, pero olía.

Acudieron los criados principales de Stormcrag, más por lealtad a Cassandra que por deseo de presenciar la ceremonia; Penrose, cuya presencia resultaba tan inevitable como poco consoladora; la señora Wexham, esposa del vicario y dos hombres llegados con Drake la tarde anterior: el capitán Ellery, un marino ya entrado en la cuarentena, curtido y discreto, que parecía tener la costumbre de ocupar el espacio con una ausencia voluntaria, y Jonathan Vale, socio suyo en ciertos negocios de importación, un hombre más joven, impecablemente vestido, con la clase de educación cuidadosa que solía adquirir quien no había nacido dentro de la alta sociedad, pero había aprendido hacía tiempo a moverse en sus salones con naturalidad. Los testigos fueron Penrose y el capitán Ellery. Cassandra no puso objeción. Le daba igual. Todo cuanto de verdad le importaba de aquella mañana había quedado ya fijado en el contrato y en su propia voluntad de sobrevivirlo sin perderse del todo a sí misma.

Se vistió en silencio, ayudada solo en lo imprescindible por la doncella y por la señora Penhaligon, que había asumido aquella jornada con gravedad, libre tanto de sentimentalismo como de juicio. El vestido era de un gris perla exquisito, con encaje blanco en puños y escote alto, y había pertenecido a su madre. No estaba intacto, porque el tiempo y la diferencia de cuerpo entre ambas habían obligado a modificaciones cuidadosas, pero precisamente esas alteraciones, hechas por manos expertas durante las noches que siguieron a la muerte de sir Thomas, le daban ahora un ajuste tan exacto que parecía pensado para Cassandra y no heredado. La madre de esta, a quien el condado seguía recordando por una elegancia tan natural que hasta los años de enfermedad que la condujeron a la muerte no habían conseguido borrarla del todo, había sabido vestir sin exceso, con ese gusto casi infalible que convertía la sobriedad en lujo y el refinamiento en una forma de autoridad. Cassandra, al verse en el espejo, comprendió hasta qué punto aquel vestido la devolvía a una memoria femenina de la casa que llevaba demasiado tiempo enterrada bajo cuentas incompletas, lutos y la presencia absorbente de su padre. El sombrero, adecuado al momento y a la estación, llevaba un velo del mismo gris perlado, con ribetes plateados que recogían la luz sin devolver nunca un brillo vulgar. No había joyas, salvo los pendientes pequeños de perla que habían sido también de su madre y que la señora Penhaligon insistió en colocarle con una delicadeza de manos más expresiva que cualquier discurso.

—Está usted preciosa, señorita —dijo la doncella, y en seguida, al darse cuenta de lo que había dicho, enrojeció hasta las orejas.

Cassandra no sonrió. Tampoco la corrigió.

—Gracias, Annie.

Fue la señora Penhaligon quien ajustó el velo por última vez y la observó en silencio desde detrás, no con la emoción blanda de las mujeres dadas a las lágrimas, sino con esa forma seca de afecto que durante años había servido a Cassandra de apoyo mejor que cualquier ternura expansiva.

—Su madre habría aprobado el vestido —dijo al fin.

Aquello sí la rozó de una manera más honda de lo que estaba dispuesta a admitir. No respondió. Bajó la vista, recogió los guantes y, cuando Wilmot llamó a la puerta para anunciar que el carruaje estaba listo, Cassandra sintió que la mañana entera se reunía en un solo movimiento: bajar la escalera, cruzar el vestíbulo, salir a la luz,

entrar en el coche cerrado y dejar que el pueblo viera pasar, aunque fuera solo a través del cristal, a la nueva esposa de Drake Carrick.

No se equivocó. Los rumores, por discretamente que se hubieran intentado contener, habían encontrado ya camino suficiente. Highmere nunca estaba más atenta que cuando fingía no mirar, y, a medida que el carruaje avanzaba por la calle principal, entre las fachadas de piedra y las pequeñas tiendas cuyos escaparates parecían aquella mañana demasiado quietos, Cassandra fue percibiendo esa forma particular de curiosidad que no necesitaba exclamaciones para volverse casi palpable. No veía los rostros con nitidez a través del cristal y del velo, pero sí adivinaba las pausas, los hombros vueltos con discreción, las mujeres que detenían la conversación al paso del coche, el muchacho que se quitó la gorra con una prontitud nerviosa, dos niñas que se quedaron mirando más tiempo del necesario, la puerta de la carnicería abierta justo en el instante oportuno, como si alguien hubiese decidido encontrar de pronto un asunto urgente en el umbral. Comprendió entonces que la boda, por más sobria y reservada que se hubiese preparado, no quedaría nunca en la intimidad del círculo que la presenciaba. El pueblo no conocía aún la cláusula, pero ya tenía lo esencial: la hija de sir Thomas se casaba con Carrick casi sin luto, casi a escondidas y, por lo mismo, con un misterio que valía más que cualquier explicación.

Drake aguardaba ya en la iglesia cuando ella llegó. Había entrado unos minutos antes con sus dos amigos, Penrose y la señora Wexham, y, mientras esperaba junto al altar menor, con el sombrero en la mano y el cuerpo envuelto en la severa corrección de un traje negro impecable, dejó que el suave rumor de la nave le rozara sin atenderlo del todo. Las dos criadas más jóvenes de Stormcrag, que se habían colocado en un banco lateral con la señora Penhaligon, no lograron evitar un leve suspiro al verlo, y no porque hubiera en él un encanto blando o fácil, sino porque la presencia de Drake tenía algo de esos hombres que no parecían vestirse ni moverse para ser mirados y, sin embargo, concentraban las miradas con una fuerza todavía mayor. El capitán Ellery, que lo conocía desde hacía demasiado tiempo para dejarse impresionar por sus silencios, mantuvo los ojos en el altar; Jonathan Vale, en cambio, observaba la nave con la prudencia del hombre que sabía estar metido en una escena cuya tensión no le pertenecía, pero podía alcanzarlo.

Cuando Cassandra entró del brazo de Penrose, la iglesia entera respiró de otra manera. El vestido gris perla, con su encaje blanco y el velo ligero de ribetes plateados, no tenía nada de nupcial en el sentido convencional, pero precisamente por eso resultaba más bello, porque unía la severidad impuesta por las circunstancias con una elegancia que no debía nada a la alegría y sí a una memoria femenina más vieja que la desgracia inmediata. Drake la vio avanzar por la nave y, por un instante que no duró más que dos o tres pasos, olvidó el aparato jurídico de aquella boda para verla simplemente como una mujer de una belleza tan sobria, que lo desconcertó. No era una belleza dulce. No tenía nada de accesible. La palidez y la expresión dura de su rostro hacían de Cassandra algo mucho más peligroso que una novia feliz: la convertían en una figura casi regia, como si estuviera entrando no en una boda, sino en una negociación con Dios y con el mundo.

Ella, por su parte, lo vio con una nitidez igualmente incómoda. Drake parecía hecho para la autoridad de esa mañana más de lo que ella habría deseado. No había en él rastro de vacilación ni de vanidad visible; era sencillamente imponente, de esa manera seca con que algunos hombres llenaban un espacio sin pedirle ayuda a la teatralidad. El negro del traje le marcaba la anchura de hombros, la firmeza del cuerpo y una contención que no debía confundirse con frialdad absoluta, porque Cassandra empezaba ya a saber que, bajo aquella economía de gesto, había un mundo de tensiones y reservas más denso de lo que dejaba ver . Lo alcanzó junto al reclinatorio y dejó la mano en la suya solo el tiempo necesario para ocupar su sitio. El contacto fue breve y correcto. Nadie que los viera habría podido sospechar que el pacto entre ambos estaba menos asentado en la confianza que en una forma muy sofisticada de necesidad mutua.

La ceremonia fue breve. El párroco de una parroquia vecina, convocado para evitar al vicario el apuro de oficiar un matrimonio sobre el que medio condado empezaba ya a murmurar, habló con una unción correcta y no demasiado insistente. Las respuestas salieron de Cassandra con la claridad exacta de quien había repetido antes en la cabeza cada palabra para asegurarse de no quebrarse al decirla; Drake respondió con la gravedad suficiente y sin ese énfasis masculino, casi posesivo, que a ella le habría repugnado todavía más. Cuando llegó el momento del anillo, fue Penrose quien lo entregó. Drake se lo deslizó en el dedo con mano firme, y Cassandra sintió, no

emoción, sino la brusca conciencia material de que una decisión tomada tres semanas antes en un despacho se cerraba ahora sobre ella con una visibilidad pública ya imposible de deshacer. Las firmas se hicieron en la sacristía, con Penrose y el capitán Ellery como testigos, y la pluma de Cassandra, al trazar su nuevo nombre legal, no vaciló. Tampoco aquello le produjo orgullo. Le produjo, más bien, la sensación de que estaba firmando en nombre de una persona cuyo cuerpo era el suyo, pero cuya vida había quedado desplazada unos grados de su eje sin que nadie se hubiese molestado en pedirle permiso.

Regresaron a Stormcrag en el mismo carruaje, como convenía, y el trayecto, que no era largo, se llenó sin embargo de un silencio tan incómodo que parecía más extenso que el camino mismo. Drake se había sentado frente a ella, con el sombrero junto a la rodilla derecha y las manos enguantadas descansando una sobre otra con esa inmovilidad tan suya que a ratos a Cassandra le parecía una forma de dominio. Ella mantenía la vista en la ventanilla, donde el pueblo iba quedando atrás y se sucedían luego las tapias, los prados y los tramos de camino bordeados de piedra. No tenían nada que decirse que no resultara o demasiado evidente o demasiado grave para el interior de un coche. Él observó dos o tres veces el perfil de Cassandra, el velo ya alzado, la línea alta del cuello, la fatiga cuidadosamente contenida bajo la compostura, y supo que cualquier intento de conversación sonaría a cortesía inadecuada o a una familiaridad que aún no existía. Ella sintió más de una vez el peso de esa mirada y se negó a volverse. A ratos, el silencio resultaba puramente incómodo; a ratos adquiría una densidad extrañamente soportable, como si el mero hecho de no obligarse a representar una farsa uno ante el otro constituyera ya, después de tantos días de violencia, una forma mínima de tregua.

En Stormcrag almorzaron con Penrose, porque así lo exigía la etiqueta y porque el abogado, por mucho que a Cassandra empezara a irritarle la sola visión de su levita, seguía siendo la pieza imprescindible para convertir en actos jurídicos estables el pacto al que ella había sido empujada. La mesa se dispuso en el comedor pequeño, no en el grande, y la señora Penhaligon cuidó de que nada pareciera festivo sin caer por ello en una severidad ostentosa. No hubo brindis nupcial. Se sirvió una comida correcta, con una sopa clara, pescado, un asado sencillo y una tarta de manzana que nadie

celebró como postre de boda. La conversación la sostuvieron, en su mayor parte, los dos hombres. Penrose habló de fechas, de licencias, de un par de documentos que debían completarse en Truro; Drake respondió con ese tono sobrio en el que el acuerdo y la decisión parecían a menudo lo mismo. De vez en cuando intentaban incluirla, sobre todo cuando el asunto rozaba de forma demasiado evidente a la casa, pero Cassandra participó poco. No porque no tuviera nada que decir, sino porque la conversación de despacho, traída de tan cerca al almuerzo de su propia boda, le resultaba casi obscena. Comió con corrección, respondió cuando correspondía, escuchó el sonido de los cubiertos y del viento en los cristales, y se sintió, en más de una ocasión, como si se hubiera deslizado lateralmente fuera de su propia vida y contemplara la escena desde una distancia donde ya nada tenía del todo calor.

Cuando terminaron, Penrose y Drake se quedaron a tomar una copa de vino en el despacho. Nadie fingió que aquello respondiera a una celebración. Cassandra se retiró sin que nadie se lo discutiera y subió a la habitación principal, la que a partir de entonces compartirían. Una vez allí, el vestido gris perla, que en la iglesia la había sostenido como una armadura refinada, empezó a resultarle casi irreal, como si perteneciera a una representación terminada y no al cuerpo que ahora necesitaba regresar a la costumbre más severa del luto. Se cambió sin ayuda. Guardó cuidadosamente el vestido de su madre, volvió a enfundarse en el negro riguroso que la realidad del duelo exigía y se miró un instante en el espejo, no para comprobar su belleza ni su corrección, sino para tratar de reconocerse. No lo consiguió del todo. Se sentía extraña, desdoblada, como si nada de lo sucedido desde que había entrado en la iglesia guardara una relación orgánica con la vida que había llevado hasta entonces. Era ella quien había pronunciado las respuestas, quien había firmado, quien había almorzado con su marido y con Penrose; y, sin embargo, una parte de sí misma observaba todo eso desde una lejanía incrédula, sin encontrar aún el punto exacto donde volver a habitarse.

Abajo, en el despacho, Penrose y Drake dejaron por fin de fingir que aquella sobremesa tenía algo de social y pasaron sin ceremonia a los asuntos que de verdad importaban. El abogado, ya con una copa de jerez delante, revisó dos o tres cláusulas accesorias del contrato y preguntó después, con una franqueza profesional que a Drake no le

molestó, qué clase de protección adicional deseaba establecer en favor de Cassandra si a él llegara a ocurrirle algo. Drake, que llevaba pensando en eso desde la noche anterior, respondió que quería hacer testamento cuanto antes, no solo para dejar a su esposa bien protegida en caso de muerte, sino para evitar cualquier incertidumbre futura que permitiera a terceros poner en duda la posición de Cassandra en Stormcrag. Penrose asintió, tomó nota y, al oír la referencia a la eventualidad de una muerte en el mar, levantó por fin la cabeza con un interés más personal que jurídico.

—¿Piensa usted volver a embarcarse? —preguntó.

Drake mantuvo los ojos en él sin la menor incomodidad.

—Sí.

Penrose dejó un segundo la pluma sobre la mesa.

—Confieso que no esperaba eso. Había supuesto que, dadas las circunstancias actuales, sus negocios podrían mantenerse desde tierra con viajes más esporádicos.

—Mis negocios pueden mantenerse desde tierra una parte del tiempo. Yo no.

El abogado lo estudió un momento. Penrose no era hombre dado a las confidencias, pero tampoco a la torpeza, y en Drake había algo que ni siquiera él intentaba ya disimular: una pertenencia al mar demasiado antigua para ser corregida por un matrimonio o una finca.

—La señora Carrick quizá no encontrará tranquilizador ese planteamiento.

—No le pido que lo encuentre tranquilizador.

—No. Ya veo que no —dijo Penrose, y volvió a la pluma—. Aun así, sería prudente dejarlo todo bien atado.

—Eso quiero.

Hablaron entonces de legados, rentas y de la conveniencia de redactar un testamento claro en cuanto regresaran de Truro los documentos necesarios. Penrose, a quien la jornada entera había envejecido un poco más, acabó por levantarse una hora más tarde. Drake lo acompañó hasta la puerta principal y observó cómo el carruaje del abogado se alejaba por el camino con la lentitud propia de esa hora incierta entre tarde y anochecer. Solo cuando desapareció detrás de los tejos volvió a entrar en la casa.

Subió a la habitación principal para cambiarse de ropa antes de bajar a revisar las cuentas de Stormcrag, y al abrir la puerta se

encontró con una escena que lo detuvo en el umbral. Cassandra dormía profundamente en uno de los sillones próximos al fuego, ladeada un poco hacia un costado, con la cabeza apoyada en el respaldo y las manos quietas sobre el regazo. El luto riguroso le devolvía una severidad más familiar que el vestido gris de la mañana, pero el sueño le había deshecho parte de la tensión del rostro, y Drake comprendió al verla así, dormida sin defensa visible en una habitación que acababa de pasar a ser también suya, cuánto agotamiento real llevaba encima. No se acercó de inmediato. Miró primero alrededor.

Había estado en aquel cuarto dos veces durante la enfermedad de sir Thomas: una, cuando llevó a Penrose para una conversación privada con el viejo, y otra, cuando el médico pidió que se despejara parte del ala. Lo recordaba entonces como una habitación amplia, fría, bellamente proporcionada y casi impersonal, pensada más para la jerarquía del mobiliario que para el descanso de un cuerpo. Ahora era distinta. Cassandra había cambiado la cama por otra de aspecto más cómodo, con un colchón nuevo cuya altura se adivinaba incluso bajo la colcha; las cortinas eran otras, más suaves, de un tono empolvado que templaba la severidad de la ventana; la colcha, las alfombras, algunos muebles auxiliares y hasta dos cuadros de las paredes habían sido sustituidos. Los sillones eran nuevos o, al menos, traídos de otra parte de la casa, y el conjunto entero de la habitación, sin perder la dignidad exigible a Stormcrag, respiraba una calidez en tonos pastel que no se improvisaba en dos días ni se compraba sin dejar rastro en el pueblo. Drake no recordaba haber visto llegar nada desde Highmere ni desde Truro, de modo que comprendió al instante que Cassandra había reorganizado con paciencia otras estancias —trasladado muebles, rescatado telas, cuadros y adornos— y rehecho aquel cuarto con materiales dispersos por la casa. El resultado decía más de ella que muchas conversaciones: donde otros habrían aceptado la pompa helada de una habitación noble, Cassandra había hecho un espacio para vivir.

Vio entonces una manta de lana doblada sobre una silla. La cogió con cuidado, se acercó y la extendió sobre Cassandra con un gesto tan silencioso que ni siquiera ella se movió. El sueño seguía siendo profundo, casi pesado. Él se quedó un instante mirándola, no con ternura —algo que jamás se habría permitido—, sino con una atención extrañamente tranquila, como si durante ese minuto la

hostilidad, la negociación, la boda y la conciencia constante del otro hubieran quedado suspendidas por el simple hecho de que ella, dormida, no podía defenderse de la mirada ni él necesitaba protegerse de la suya. Después cogió ropa limpia y entró en la habitación contigua, la que en teoría habría debido ocupar Cassandra si las apariencias no hubieran exigido otra cosa. Estaba decorada en rosas suaves y algún toque malva, con una feminidad ligera que no llegaba a parecer pueril. Se cambió allí, se lavó manos y rostro y bajó luego al despacho para ocuparse de las cuentas, donde el trabajo lo recibió como siempre lo hacía: sin piedad, pero también sin doblez.

Le dieron las horas sin que lo advirtiera del todo. Solo cuando Wilmot apareció en el umbral para anunciar que la cena estaba servida alzó la cabeza de los papeles. A esa misma hora, Cassandra despertó en el sillón con una sensación tan insólita que tardó unos segundos en entenderla. Había dormido de verdad. No a retazos ni en un duermevela febril, tampoco con el sobresalto a punto de subirle a la garganta como llevaba meses haciéndolo cada vez que cerraba los ojos, sino con una hondura reparadora que la dejó primero desconcertada y luego casi avergonzada de agradecerla en una jornada como aquella. Fue entonces cuando vio la manta. La reconoció al instante porque no la había tomado ella al sentarse y, durante uno o dos segundos, permaneció inmóvil, con la mano sobre el borde de la tela, preguntándose si la sorpresa que sentía nacía del gesto en sí o del simple hecho de haberlo recibido sin darse cuenta. Se levantó despacio, se arregló el cabello ante el espejo, alisó la falda negra y bajó cuando la doncella acudió a avisarla.

No encontró a Drake en el comedor. Preguntó por él y Wilmot respondió que seguía en el despacho, aunque ya había sido informado de que la cena estaba lista. Cassandra dudó un instante antes de decir que lo llamaran de nuevo. Le molestó comprobar que su primera reacción no había sido el alivio, sino una expectativa incómoda, como si la casa, a partir de aquella noche, ya no pudiera organizarse sin contar con la presencia o la ausencia de él en cada comida, cada pasillo y cada estancia. Drake apareció poco después, vestido ya con más sencillez, sin perder por ello un ápice de su autoridad sobria, y ocupó su sitio en la mesa con un saludo correcto al que Cassandra respondió del mismo modo.

La cena transcurrió entre silencios de calidad distinta. Hubo momentos en que la incomodidad se hizo casi visible, sobre todo al

principio, cuando el hecho mismo de compartir mesa como marido y mujer parecía aún un artificio demasiado reciente; hubo otros, sin embargo, en que la conversación mínima sobre la jornada, sobre el viento del día o sobre un detalle de las cuentas de la casa adoptó una naturalidad tan inesperada que a Cassandra le resultó más desconcertante que el silencio. Drake no intentó forzar intimidad alguna. Habló cuando era razonable hablar y calló cuando no había necesidad de llenar el espacio. Ella, que había esperado sentirse violentada por cada pequeño gesto de convivencia, descubrió con sorpresa que algunos de aquellos momentos no eran peores de lo soportable precisamente porque él no parecía empeñado en sacar de la noche una cercanía que todavía no existía. El silencio se volvió así, por instantes, incómodo y, por instantes, casi respirable, aunque ambos conservaran una conciencia plena de la presencia ajena.

Subieron juntos cuando la cena terminó. La casa estaba ya en calma y solo el viento, al otro lado de los cristales, recordaba que Stormcrag no conocía nunca un silencio absoluto. En la habitación principal ardía un fuego bajo. Cassandra dejó que la doncella preparara lo imprescindible y la despidió enseguida. Drake se quitó la chaqueta, dejó reloj y gemelos en la mesa lateral y se movió con una contención estudiada que a ella no le pasó inadvertida. No había torpeza en sus gestos, pero sí una vigilancia mutua que volvía cada movimiento más nítido. Se prepararon para acostarse sin palabras innecesarias. Cassandra eligió una camisa de noche cerrada hasta el cuello y se recogió el cabello con un cepillado rápido. Drake, de espaldas en ciertos momentos y de perfil en otros, parecía sentir tan intensamente como ella el peso de la situación, aunque lo manifestara menos.

Cuando llegó la hora de meterse en la cama, ninguno de los dos fingió naturalidad. Compartían ya el espacio que habían decidido compartir, y la cama, nueva y amplia, parecía sin embargo más estrecha por la sola conciencia del otro. Cassandra se acostó primero, del lado más próximo a la chimenea; Drake lo hizo después, dejando entre ambos una distancia que no llegaba a parecer ridícula y, al mismo tiempo, subrayaba cada centímetro. El fuego respiraba bajo en la rejilla. El mar golpeaba a lo lejos con esa constancia habitual de los lugares costeros. La casa entera parecía atenta a la nueva disposición de los cuerpos en su interior.

No hablaron. El silencio que se instaló no fue vacío ni simple incomodidad, sino una materia casi palpable, cargada del conocimiento de todo lo que se habían impuesto mutuamente en los días anteriores y de la evidencia inmediata del otro allí, respirando a pocos palmos, inmóvil y despierto. Cassandra sentía la presencia de Drake como un hecho físico incluso sin tocarlo: el calor del cuerpo ajeno, el leve desplazamiento del colchón, la regularidad de una respiración demasiado consciente. Drake, por su parte, sabía con toda exactitud que bastaría el menor movimiento desacertado para convertir aquella primera noche en una humillación mayor, de modo que permaneció tendido de espaldas, con la voluntad puesta entera en la quietud. Ninguno de los dos se durmió enseguida. Ambos se quedaron largo rato bajo la misma colcha, dentro del mismo pacto, separados por una distancia mínima y llena de significado, con la plena conciencia del otro ocupándoles la noche entera.



Capítulo 5

Cassandra se despertó antes de que amaneciera del todo, no porque hubiera dormido bien, sino porque el cuerpo se había pasado la noche entera en esa vigilancia fatigosa que no permite entregarse al sueño ni sostener del todo la vigilia, y durante unos segundos permaneció inmóvil, con los ojos abiertos en la penumbra azulada del cuarto, escuchando el viento que venía del mar y la respiración de Drake al otro lado de la cama. No se había acercado a ella ni una sola vez en la noche. No había intentado hablar, tocarla o aprovechar la oscuridad para reducir a hechos una intimidad a la que el matrimonio, en teoría, le daba acceso. Y, sin embargo, la sola presencia de su cuerpo tan cerca, la certeza de que un hombre dormía a pocos palmos de distancia en una cama que ahora era de ambos, había bastado para impedirle ese abandono profundo que recordaba de épocas mejores, cuando aún podía dormirse sin sentir que toda la casa, con sus cuentas, sus goteras, sus paredes y sus muertos, le respiraba encima.

Volvió un poco la cabeza. La claridad era todavía demasiado escasa para distinguir bien los rasgos de Drake, pero sí alcanzó a ver la forma alargada del cuerpo bajo las mantas, el hombro vuelto hacia ella y una mano apoyada, abierta, sobre la sábana. Aquella imagen, por absurda que le pareciera, tenía algo de desarmado, como si el sueño le hubiera quitado una parte de la dureza sobria que de día lo volvía tan difícil de soportar. Cassandra apartó la vista de inmediato, irritada consigo misma por haberse detenido siquiera a observarlo. Acababa de incorporarse para salir del lecho cuando vio la mancha.

Tardó uno o dos segundos en comprender que no era un efecto de la luz incierta. En el centro exacto de la cama, en ese espacio que ninguno de los dos había tocado porque él había dormido a un extremo y ella al otro, la sábana mostraba un cerco oscuro que, aun a esa hora, no dejaba lugar a dudas. Cassandra se quedó rígida. El primer pensamiento que le cruzó la cabeza no fue racional; fue una repulsión muda, seguida enseguida por una incredulidad tan brusca que la hizo incorporarse del todo, apartando las mantas con un movimiento seco. La mancha estaba allí, perfectamente visible,

cruelmente colocada en el único punto que convertía el símbolo en una obscenidad casi cómica.

Drake, que tenía el sueño ligero, abrió los ojos al sentir sus movimientos. Tardó menos que ella en comprender qué estaba mirando.

—No se asuste —dijo con una voz aún tomada por el sueño, aunque el tono ya había recuperado esa serenidad seca que Cassandra empezaba a conocer demasiado bien—. Es sangre de gallina.

Ella volvió la cabeza hacia él con tal violencia que la claridad creciente del amanecer le encendió en la cara una expresión de estupor ofendido.

—¿Qué?

Drake se incorporó, apartó la manta y se pasó una mano por la nuca antes de repetirlo con más claridad.

—Sangre de gallina. La traje anoche en un frasco pequeño, antes de cenar. Pensé que sería más sencillo hacerlo mientras usted dormía.

Cassandra lo miró como si acabara de descubrir una forma de locura que ni siquiera había imaginado dentro de él.

—¿Pensó que sería más sencillo… ? —repitió, porque el lenguaje, por un momento, pareció negarse a servirle—. ¿Ha vertido sangre de gallina en mi cama?

—En nuestra cama —corrigió él con la calma más imprudente del mundo.

Aquello la sacó definitivamente del estupor.

—No se atreva a corregirme —dijo, bajando de la cama con una brusquedad que hizo crujir el somier—. No se atreva, además, a decirlo como si lo que ha hecho fuera sensato. ¿Está usted completamente trastornado?

Drake la siguió con la mirada mientras Cassandra, envuelta todavía en el camisón, se plantaba al otro lado del cuarto con los brazos cruzados sobre el pecho, no tanto para protegerse del frío como para contener la indignación.

—No —respondió él—. He sido previsor.

Ella soltó una risa breve, seca y enteramente furiosa.

—¿Previsor? ¿Previsor? Anoche me acosté al lado de un hombre que, por lo visto, considera razonable esconder frascos de sangre de gallina para fabricar pruebas de alcoba.

—Fabricar pruebas de alcoba, no —repuso Drake, ya plenamente despierto—. Evitar preguntas.

Cassandra estuvo a punto de replicar de inmediato, pero algo en esa última frase la obligó a detenerse un instante, como si hubiera tropezado con un escalón que no esperaba en mitad de la cólera.

—¿Qué preguntas?

Drake la observó en silencio un momento. No había burla en él, ni siquiera ese fastidio que en otras ocasiones asomaba cuando se veía obligado a explicarle algo que daba por evidente. Lo que había era, más bien, una sobriedad casi incómoda, como si supiera que estaba a punto de decir algo desagradable, pero necesario.

—Las de los criados, para empezar —dijo al fin—. Las de la señora Penhaligon, aunque jamás las formule. Las de cualquier mujer que vaya a levantar esas sábanas y encuentre una cama intacta la mañana después de la boda.

Cassandra siguió mirándolo sin entender del todo, no porque fuera necia, sino porque el pensamiento se resistía a tomar cierta dirección.

—¿Y qué tendrían que pensar?

Drake apoyó los pies en el suelo y se sentó al borde de la cama antes de contestar.

—Que usted no llegó virgen al matrimonio, quizá. O que yo no entré en la cama de mi esposa. O ambas cosas. Y ninguna de las dos versiones nos conviene.

La vergüenza la alcanzó con tal rapidez que por un instante se le borró de la cara el enfado y quedó solo una especie de desconcierto pálido, casi infantil en su desnudez. No había pensado en eso. No se le había ocurrido que alguien pudiera mirar las sábanas, sacar conclusiones, juzgar su virtud o la conducta de él con el mismo descaro con que se pesaba una pieza de carne en el mercado. Y, sin embargo, sabía que Drake tenía razón.

Drake, que la vio pasar del enojo más puro a una vergüenza involuntaria que la dejó aún más expuesta, sintió una punzada de incomodidad. Había imaginado su enfado; no el modo en que la revelación de aquella lógica social, aplicada de pronto a su cuerpo con tanta grosería, iba a desnudar una parte más honda de su vulnerabilidad. Le dijo entonces, con un tono algo más bajo:

—Nunca me he acostado con una mujer virgen, pero sé lo bastante de mujeres como para saber que ese sangrado obligatorio es una

estupidez. No obstante, la estupidez existe, y quienes viven de ella no necesitan pruebas rigurosas. Les basta un detalle. Preferí dárselo antes de que lo echaran de menos.

Cassandra volvió la cara. La humillación no nacía de lo que él había hecho, aunque aún le pareciera grotesco, sino del hecho de no haber previsto por sí misma una vigilancia tan indecorosa. Había pensado en las apariencias sociales, en el dormitorio compartido, en la misa del domingo, en las cenas futuras, en los criados, en el pueblo, en el modo de no dejar grietas visibles en la mentira. Y aun así no había llegado hasta allí. Drake sí. Le resultó insoportable.

—Sigue siendo repugnante —murmuró, ya sin la violencia inicial.

—Sí —dijo él—. Pero útil.

Ella no respondió. Se acercó a la ventana, corrió un poco la cortina y dejó entrar una luz más clara, gris y fría, que vino a asentarse sobre el cuarto, sobre la cama manchada y sobre los rostros de ambos con una sinceridad poco amable. El mar, más abajo, se oía sin verse aún del todo, y el sonido la devolvió por un momento a sí misma. La vergüenza seguía ahí, pero el enfado iba adoptando una forma distinta, menos teatral y más amarga.

—Está bien, tiene razón —dijo al fin, volviéndose de nuevo hacia él con una compostura ya restaurada, aunque algo helada—. Pero la próxima vez que piense hacer algo semejante, se lo agradeceré si me lo comunica antes.

Drake se levantó.

—No habrá próxima vez.

Aquella seguridad en la frase casi volvió a irritarla, pero se limitó a salir hacia el vestidor con la barbilla alta y sin concederle nada más. Cuando estuvo sola y pudo apoyarse un segundo en el borde de la cómoda, sintió subirle a las mejillas el calor tardío de la vergüenza. No por la sangre ni por la cama. Por el recordatorio brutal de que su cuerpo, aun protegido por sus propios límites, seguía siendo territorio de observación ajena en un mundo donde la reputación femenina podía depender de una sábana arrugada o de una mancha bien colocada.

Drake, en el dormitorio, pensó, con una claridad poco cómoda, que empezaba a entender mejor el tamaño del daño cometido en el despacho de sir Thomas. La cláusula había sujetado a Cassandra no solo a un hombre, sino a todo el entramado de supervisión, juicio y desposesión legal en que se movía una mujer casada. Él podía

llamarla igual, copropietaria, compañera o cualquier otra palabra generosa; la verdad seguía siendo que la ley le concedía a él —a él y no a ella— el peso definitivo de casi todas las decisiones. Y esa verdad, que el día del acuerdo había aceptado con demasiada facilidad de hombre habituado a los hechos, empezó a parecerle ahora mucho menos limpia.

Los días siguientes afianzaron una convivencia que era incómoda para ambos no por una hostilidad abierta, sino por desconocimiento. No sabían aún cómo tratarse cuando no había una cláusula, un papel, una cuenta o una apariencia concreta que gestionar. Cassandra lo recibía siempre con corrección y jamás con acritud visible, lo cual a Drake le resultaba, de una manera difícil de explicar incluso para sí mismo, más inquietante que un desprecio frontal. Una mujer abiertamente desagradable le habría permitido defenderse o contraatacar; Cassandra, en cambio, se movía dentro de una cortesía impecable que nunca le concedía el calor suficiente para convertirse en cercanía. Se sentaban a comer, intercambiaban frases sobre los horarios de la casa, sobre un proveedor, sobre las reformas urgentes del ala oeste o del embarcadero, y debajo de esa superficie correcta seguía vivo el conocimiento de que ninguno de los dos había escogido al otro libremente. Drake, que había empezado el asunto persuadido de la necesidad material del pacto, descubría a cada jornada un matiz nuevo del precio que ella pagaba y que él, por muy justo que quisiera imaginarse después, había ayudado a fijar. Cassandra, por su parte, percibía sus intentos de aproximación a la igualdad con un escepticismo que no nacía del rencor puro, sino de una claridad casi cansada. Él podía desear que fuesen iguales dentro del matrimonio; podía incluso creerlo. La ley, el pueblo y el simple hecho de ser hombre seguían colocando a Drake en un lugar desde el cual cualquier concesión a su autonomía aparecía, inevitablemente, como algo que él otorgaba y no como algo que ella poseía por derecho.

En una ocasión, mientras revisaban juntos el estado de los libros mayores en el despacho pequeño, Drake le dijo con una seriedad más desarmada de lo habitual que no quería que su vida se redujera a sostener la casa y a obedecer un pacto que otros habían urdido sin pensar de verdad en ella. Cassandra alzó la vista del papel que tenía delante y lo miró con una atención tranquila que a él le resultó casi peor que la ironía.

—Eso es muy considerado por su parte —dijo—, pero lo cierto es que esa vida ya ha sido decidida. El hecho de que a usted empiece a incomodarle no la modifica demasiado.

Drake habría preferido una herida más visible a aquella suavidad helada. Porque Cassandra no levantaba nunca la voz, no buscaba humillarlo ante nadie y no desperdiciaba reproches; simplemente devolvía cada uno de sus esfuerzos a una verdad más simple y más cruda. A veces él intentaba decirle que quería que tomaran juntos las decisiones, que no tocaría el dinero de su madre, que respetaría sus límites, que deseaba construir con ella algo menos desigual que el matrimonio tradicional que la ley y el condado daban por supuesto. Cassandra lo oía, asentía a veces con una educación irreprochable y seguía después actuando como si la única garantía válida fuera su propia vigilancia. Esa falta de receptividad, precisamente porque no era áspera, se le volvía a Drake cada vez más difícil de soportar. Sentía que la suavidad fría de ella le negaba el alivio de una escena y lo obligaba, en cambio, a convivir con un juicio constante del que no podía defenderse del todo, porque en el fondo lo encontraba merecido.

El primer domingo salieron juntos hacia la iglesia. El cielo estaba limpio, aunque el viento seguía soplando desde el mar con esa firmeza casi material que en Highmere nunca parecía una simple circunstancia atmosférica, sino una parte del carácter mismo del lugar. Cassandra vestía luto riguroso, con un sombrero negro de ala moderada y un velo que no ocultaba del todo la línea del rostro; Drake, en negro igualmente severo, caminaba a su lado con una corrección tal, que no dejaba un solo detalle al azar. Habían hablado poco antes de salir. Solo lo necesario para acordar el orden de la mañana y la visita posterior al matrimonio Havers, cuya amabilidad debían devolver. Una vez en la iglesia, se comportaron como un matrimonio bien avenido. No exageraron. No habría encajado con el luto de Cassandra ni con la sobriedad general del momento. Pero él la ayudó a bajar del carruaje con una firmeza impecable, la esperó con la mano apoyada en el codo al entrar, le habló al salir con una inclinación mínima de la cabeza y una atención visible, y ella, sin prodigarse más de lo que el luto permitía, le respondió con una sonrisa breve en dos o tres ocasiones que bastaron para que la nave entera de St. Keverne, y después el pueblo entero, los convirtiera en tema de conversación de esa misma tarde.

Eran hermosos los dos, y Highmere no tardó en advertirlo. La belleza, cuando se presentaba bajo la forma de una pareja nueva, joven, rica y todavía envuelta en cierto misterio, se volvía enseguida un bien público que todos creían tener derecho a comentar. Cassandra sintió sobre sí y sobre Drake las miradas del pueblo con una claridad casi física. Las mujeres mayores los observaban con un interés compuesto de cálculo social y curiosidad; las jóvenes comparaban en silencio vestidos, porte y maneras; los hombres, aun sin decirlo, evaluaban ya en Drake la mezcla siempre delicada de dinero reciente, autoridad masculina y acceso a una casa antigua. Drake lo percibía también, aunque en él la reacción tenía menos de incomodidad y más de hábito. Había vivido demasiado tiempo siendo el hombre al que se miraba de reojo en lugares donde su presencia suscitaba al mismo tiempo codicia, recelo y admiración. Lo que le sorprendió fue lo bien que Cassandra sostenía aquella comedia sin convertirla en teatralidad. Sus sonrisas eran escasas, pero nunca duras; su trato, impecable; su distancia, lo bastante leve como para que nadie pudiera señalarla sin parecer malicioso. Cumplía lo pactado mejor de lo que él había previsto.

Aquella misma tarde, después de comer, Drake le propuso revisar algunas cuentas y hablar de varias reformas que tenía en mente a partir de la lista elaborada por el administrador sobre las indicaciones de Cassandra. Se reunieron en el despacho pequeño, como se estaba volviendo costumbre, con el señor Bate al principio presente y luego retirado cuando la conversación dejó de ser un simple informe y adquirió una temperatura más privada. Drake abrió el asunto por el tejado del ala oeste, el embarcadero y dos muros exteriores que, a su juicio, no admitían más aplazamiento. Cassandra coincidió en eso, pero la discusión empezó en cuanto él propuso rehacer por completo una parte del ala norte para volverla más habitable y rentable, incluso a costa de vaciar dos habitaciones que ya casi no se usaban.

—No voy a permitir que convierta Stormcrag en una casa nueva solo porque el dinero le permite atreverse a lo que mi padre no pudo —dijo ella, con una calma que ya anunciaba tormenta.

Drake, inclinado sobre los planos y las cifras, levantó la cabeza.

—No se trata de volverla nueva. Se trata de volverla sostenible.

—La sostenibilidad es una palabra muy útil para justificar amputaciones.

—Y el apego a las habitaciones cerradas es una forma de ruina.

La frase, aunque dicha sin dureza visible, la tocó justo donde no debía. Cassandra se enderezó en la silla.

—¿Cree usted que defiendo habitaciones vacías por sentimentalismo?

—Creo que defiende la casa como si cualquier alteración del pasado la deshonrara.

—La defiendo como si perteneciera a una familia y a una historia, no a una empresa naviera.

Drake cerró los dedos sobre el borde de la mesa.

—Y yo intento impedir que esa familia y esa historia acaben vendidas por piezas.

El silencio que siguió tuvo una aspereza inmediata. Cassandra estaba de pie ya, no sabía ella misma en qué momento se había levantado, y rodeó la mesa para mirar más de cerca los planos que él había extendido. Drake se inclinó al mismo tiempo hacia el mismo punto y fue entonces cuando ocurrió: un gesto mínimo, casi ridículo en su pequeñez, bastó para que la mano de él, al buscar un papel, se apoyara sin querer sobre la de ella. No fue un simple roce de dedos. Drake cerró instintivamente la palma sobre el dorso de la de Cassandra porque creyó que se le escapaba el documento; ella, sorprendida, alzó la mano para retirarla y el movimiento los dejó por un segundo entero en una cercanía absurda y demasiado consciente, con los cuerpos inclinados sobre la mesa, la respiración detenida y el calor de la piel atravesándolos como una descarga súbita.

Ambos se apartaron al mismo tiempo.

Cassandra retiró la mano con una rapidez que no llegaba a ser brusca, pero sí reveladora, y dio un paso atrás. Drake se enderezó de golpe, como si acabara de recordar que el aire de la habitación era escaso. Ninguno de los dos habló durante uno o dos segundos, y en ese silencio quedó suspendido algo más que la torpeza del accidente. Había sido el primer contacto no pactado, no funcional, no impuesto por la ayuda al bajar del carruaje o un movimiento destinado a mostrar al mundouna cercanía que no existía. Había sido involuntario, sí, pero también lo bastante nítido como para recordarles de una forma nueva que compartían no solo una casa y una cama, sino un campo magnético del que todavía no entendían el alcance.

Cassandra volvió la vista a los papeles como si pudiera refugiarse en ellos, pero las líneas del plano tardaron en recobrar significado. Drake se pasó una mano por la nuca antes de decir, con una voz algo más baja que antes:

—No era mi intención.

—Ya lo sé.

La respuesta de ella llegó enseguida, aunque el leve color que le había subido a las mejillas no se disipó tan deprisa. No había en Cassandra coquetería alguna, y precisamente por eso el momento resultaba más incómodo: no sabían qué hacer con él porque no pertenecía al deseo sencillo ni al rechazo simple. Drake se volvió hacia la ventana, dio un paso, luego otro, y decidió con una prudencia que se le impuso sola no retomar en ese instante el comentario sobre las reformas del ala norte. Cassandra, aún de pie al otro lado de la mesa, se sintió azorada hasta un punto que la irritó, porque había pasado demasiadas cosas más graves junto a aquel hombre como para que un toque involuntario bastara para desordenarle la respiración. Y, sin embargo, bastó.

La discusión no terminó ahí, pero tampoco recobró del todo la violencia inicial. Siguieron hablando de muros, techos y presupuestos con una concentración algo más rígida, como si ambos supieran que les convenía volver al terreno de la materia y no moverse de él. Acordaron algunas reparaciones urgentes, aplazaron otras y dejaron el ala norte para una revisión posterior. Cuando por fin cerraron los libros y los planos, la tarde había caído ya sobre Stormcrag con un gris profundo y el mar golpeaba abajo con esa persistencia que no conocía el rubor ni la incomodidad de los cuerpos humanos.

Al salir del despacho, Cassandra subió a cambiarse antes de la cena y Drake se quedó un instante solo junto a la mesa, con la mano apoyada donde un cuarto de hora antes había estado la de ella. No le gustó la memoria física del contacto. No porque lo repeliera, sino porque venía a complicar aún más un matrimonio que ya era bastante difícil tal como era. Pensó, con una honestidad que no le resultó grata, que la decisión tomada en el despacho de sir Thomas había sido, en lo esencial, un error. No porque la casa no necesitara salvación ni porque la ruina fuera preferible al pacto, sino porque se había construido como todos los arreglos entre hombres seguros de comprenderlo todo: teniendo en cuenta la propiedad, la deuda, el

tiempo, la conveniencia y el apellido, pero no a la mujer cuya vida quedaba atravesada por la solución. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a esa verdad sin el refugio de las cuentas ni de los muros. Y Cassandra, que subía por la escalera con la mano aún demasiado viva para su gusto, sabía sin necesidad de ponerlo en palabras que acababan de cruzar una frontera mínima y peligrosa, una de esas que no cambiaban nada en apariencia y, sin embargo, lo alteraban todo un poco.



Capítulo 6

La tormenta empezó a anunciarse desde la mañana con esa seriedad especial de los temporales grandes, que no irrumpían de golpe, sino que iban modificando poco a poco la sustancia misma del día hasta volverlo irreconocible. Al amanecer, el cielo sobre Highmere no estaba aún cerrado del todo, pero la luz tenía ya un espesor sucio, casi metálico, y el mar, visto desde las ventanas altas de Stormcrag, mostraba una superficie tensa y oscura, como si llevara horas conteniéndose. Hacia media mañana, el viento se afirmó en el oeste con una violencia que no dejaba respirar a la casa entre ráfaga y ráfaga; a mediodía, los criados habían dejado de hablar del clima como de un accidente pasajero y lo hacían ya con la concentración práctica de quienes sabían que la noche exigiría trabajo, y por la tarde la amenaza se hizo tan visible que nadie en Stormcrag dudó de que el temporal iba a caer con toda su fuerza sobre la casa y el acantilado en cuanto anocheciera. Se aseguraron postigos, se revisaron cierres, se reforzaron las puertas del ala más expuesta y, en el muelle, Drake participó él mismo en la tarea de sujetar cuanto pudiera soltarse o golpearse con el vaivén brutal de las olas. El señor Bate había bajado antes con dos mozos, pero Drake, que desconfiaba de cualquier arreglo mal hecho en materia de viento y mar, quiso verlo con sus propios ojos; ató, comprobó, hizo repetir dos nudos y ordenó retirar unas tablas apiladas que, de quedarse donde estaban, habrían acabado atravesando algo o a alguien en cuanto la marea se enfureciera de verdad. Volvió a la casa con el abrigo mojado, el cabello revuelto y una irritación sorda que no procedía del trabajo, sino del estado mismo de Stormcrag, porque, cuanto más la conocía, más evidente se le hacía que la mansión había llegado al borde de una especie de heroísmo ruinoso, sostenida durante años por la sola voluntad de Cassandra y por la inercia orgullosa de su padre, sin el mantenimiento serio que una casa semejante, levantada sobre un acantilado y castigada de continuo por la sal, exigía con toda naturalidad.

Cassandra había recorrido también durante el día los corredores más expuestos y las habitaciones del ala oeste, no ya con la

concentración casi administrativa de jornadas anteriores, sino con una inquietud más vieja y más íntima, porque las tormentas habían sido siempre para ella una mezcla inseparable de amenaza y fascinación. Desde niña, cuando su madre aún vivía y Stormcrag respiraba de otra manera, había subido a la galería alta que daba al acantilado para ver cómo el mar se levantaba y el cielo se cerraba sobre la ensenada con esa grandiosidad violenta que no se parecía a ninguna otra cosa. No se lo permitían siempre. Hubo años en que la señora Penhaligon o su madre misma la habían obligado a quedarse dentro, y hubo otros, ya más tarde, en que había subido a escondidas, llevada por una atracción tan física que ni siquiera se molestaba en justificarse. Aquella galería, abierta, protegida solo por un muro de piedra y por un tejadillo que en otros tiempos debió de parecer suficiente, formaba parte de sus recuerdos más tenaces, y quizá por eso, a medida que la tarde avanzaba y la tormenta se acercaba con un aire cada vez más inexorable, sintió crecer el impulso de subir. Sabía que era una imprudencia, sobre todo con el viento que soplaba ya, pero, precisamente porque lo sabía, lo pospuso una y otra vez hasta que la idea adquirió dentro de ella esa forma peligrosa de las tentaciones que no desaparecen con el sentido común, sino que se alimentan de él.

Cenaron pronto, porque en las noches de temporal la casa entera parecía adelantar sus rutinas como si quisiera llegar antes al momento de encerrarse en sí misma. El comedor pequeño, con los postigos ya cerrados y el fuego encendido con más fuerza de la habitual, estaba protegido y cálido, pero, aun así, el viento se oía en las juntas, en las chimeneas, en el temblor lejano de alguna contraventana mal asegurada en las partes menos usadas de la casa. Drake habló poco. Cassandra también. No había tensión abierta entre ellos, aunque seguía viva la incomodidad flotante de la convivencia, y ambos escuchaban, por debajo de la conversación mínima sobre el muelle y el ala oeste, la proximidad del temporal, que todavía no había descargado en condiciones y, sin embargo, parecía ocupar ya todo el aire de Stormcrag. Cuando terminaron, la señora Penhaligon se presentó en la puerta para informar de que se habían revisado las ventanas del piso bajo y del ala norte, y Drake respondió que él mismo echaría un último vistazo al vestíbulo y a la puerta de servicio antes de retirarse. Cassandra asintió sin comentar nada, pero una vez que salieron del comedor y el servicio empezó a

recoger la mesa, sintió de nuevo la llamada de la galería alta con una intensidad absurda y casi infantil. Se dijo que iba solo a comprobar la puerta, que siempre se hinchaba con el tiempo húmedo y luego cerraba mal, que bastaría con asegurarse de que no quedaba entornada. No se dijo que llevaba toda la tarde pensando en el mar.

Subió, pues, sin decir nada a nadie y sin encender más luz que la imprescindible en el corredor del último piso. Aquella parte de la casa era más fría y más silenciosa que las estancias principales, no porque estuviera abandonada, sino porque se usaba poco y el viento la trabajaba mejor. Al llegar al extremo del ala que daba al acantilado, encontró la puerta de la galería tal como la recordaba en tiempo de tormenta: recia, difícil, protestando contra el marco al abrirse y al cerrarse, como si incluso la madera hubiera aprendido a resistirse a la violencia del exterior. La empujó, probó el pestillo, lo bajó de nuevo y, al oír de pronto el bramido más completo del mar al otro lado, se quedó quieta con la mano todavía sobre el hierro. No había oscurecido del todo. La última claridad del día, muy menguada ya bajo la masa de nubes que venía cerrándose desde hacía horas, convertía el horizonte en una franja lívida y el agua en una plancha casi negra donde, de vez en cuando, una cresta blanca aparecía y desaparecía con una rapidez feroz. Cassandra abrió un poco más. El viento le golpeó el cuerpo con tal fuerza que tuvo que afianzar los pies y sujetarse al marco antes de salir. La galería no era grande. El muro de piedra llegaba hasta algo más arriba de la cintura, el suelo estaba ya húmedo de rocío salado y el tejadillo crujía con un sonido ingrato cada vez que una ráfaga más dura se abatía desde el oeste. Aun así, salió.

Se apoyó en el muro, primero por prudencia y luego por una especie de entrega muda a la contemplación, y dejó que la tormenta la llenara entera. Sabía que había sido una estupidez abrir aquella puerta y poner el cuerpo allí cuando el viento soplaba con esa fuerza; sabía también que, si la señora Penhaligon la hubiera visto, le habría dirigido una de esas miradas suyas donde el juicio y el afecto se mezclaban en proporción exacta y, sin embargo, nada de eso bastó para disminuir la fascinación. Las olas subían altas, más altas de lo que había visto en mucho tiempo, y, al romper contra la base de la roca, parecía por momentos que la casa misma era lamida, alcanzada, probada por el agua como un animal demasiado grande para ser ignorado. El cielo se iba cerrando a medida que ella miraba.

La claridad retrocedía y el mar, en lugar de oscurecerse sin más, adquiría esa violencia luminosa de las superficies que contenían más fuerza de la que el ojo podía abarcar. Stormcrag, pensó con una emoción extrañamente limpia dentro del pecho, estaba hecha para resistir aquello, aunque ya no del modo entero y orgulloso con que su padre habría querido imaginarla, sino de una manera más fatigada y más verdadera, que exigía ahora dinero, reparaciones y manos humanas allí donde antes bastaba un apellido.

Abajo, en la planta principal, Drake tardó un rato en advertir que Cassandra no se hallaba en ninguna de las estancias donde razonablemente debía de estar. Había revisado el vestíbulo, hablado un instante con Wilmot sobre dos barriles que convenía bajar aún al sótano y comprobado que la puerta del lado del jardín quedaba bien atrancada; después, al volver al salón pequeño, supuso que ella habría subido ya o que estaría con la señora Penhaligon viendo el cierre de alguna ventana. Pasó otro cuarto de hora, quizá algo más. El viento empeoró. Una contraventana golpeó en algún lugar alto del ala norte y una criada salió corriendo al corredor. Drake subió entonces, preguntó primero a la señora Penhaligon, que no había visto a Cassandra desde hacía un buen rato, pasó después por la habitación principal, vacía, y por el pequeño salón azul, igualmente vacío, y fue entonces cuando la inquietud dejó de ser una suposición razonable para convertirse en otra cosa mucho más rápida y más desagradable. Llamó a Wilmot. El mayordomo negó haberla visto. Una doncella, acobardada ya por el ruido del viento, dijo de pronto que había encontrado a la señora subiendo después de cenar hacia el piso alto del ala del acantilado, porque pensaba asegurar las ventanas de aquella parte, y el señor Bate, que entraba en ese momento al vestíbulo con las botas todavía húmedas, recordó la galería casi al mismo tiempo. Drake no contestó. Echó a correr.

Subió los peldaños de dos en dos, cruzó el corredor superior con una velocidad que no se permitió sentir como prisa y llegó al extremo del ala cuando otra ráfaga hizo estremecer la casa de arriba abajo. La puerta de la galería estaba entornada. No del todo, pero lo suficiente. La empujó con fuerza, luchando un instante contra el viento, y la vio allí, apoyada en el muro, vuelta hacia el mar como si el mundo no estuviera a punto de arrancarla de la piedra. La impresión de alivio fue tan brusca que se transformó al instante en ira.

—¿Se ha vuelto usted loca? —le gritó, avanzando hacia ella con el abrigo agitado por el vendaval y la voz más alta de lo que Cassandra le había oído nunca.

Ella se volvió. El enfado fue su primera reacción, porque la violencia de la entrada y el tono hirieron de lleno ese núcleo de orgullo que siempre se alzaba en cuanto alguien pretendía tratarla como a una criatura incapaz de juzgar sus actos.

—No me grite —replicó, elevando la voz para vencer el viento.

Drake estaba ya a pocos pasos, con la cara transformada por una emoción que no era solo cólera. Cassandra lo vio en seguida. Para ser un hombre tan poco dado a mostrar nada que no quisiera, la angustia le marcaba esa vez el rostro con una claridad casi brutal: la mandíbula dura, los ojos más vivos, el gesto entero quebrado por una preocupación que no había tenido tiempo de disimular antes de llegar hasta ella. Y fue precisamente eso, más que la reprimenda, lo que la hizo entender de golpe el tamaño de la estupidez cometida. No era necesario repetirlo. Lo supo al instante.

—Entre —dijo él, acercándose otro paso—. Ahora mismo.

Cassandra le sostuvo la mirada una fracción de segundo y asintió. No había en ella docilidad, pero sí la aceptación sobria de una evidencia. Se apartó del muro y echó a andar hacia la puerta. El viento seguía golpeando con una violencia creciente, y el mar, más abajo, rugía ya como si hubiera tomado por fin la decisión de abalanzarse sobre la costa. No habían dado tres pasos cuando el tejadillo sobre la galería lanzó un crujido más duro que los anteriores. Drake levantó la cabeza justo a tiempo de ver desprenderse una teja. No venía recta hacia Cassandra, pero cayó sobre el borde del muro con tal fuerza que, al romperse, lanzó un fragmento afilado directamente hacia ella. Todo ocurrió en un instante corto y espantoso. Cassandra oyó un golpe seco, sintió un dolor agudo en la sien y luego un aturdimiento inmediato que le vació el cuerpo de equilibrio. Drake alcanzó a sujetarla antes de que cayera del todo contra la piedra.

—Maldita sea —murmuró entre dientes.

La sangre empezó a correr enseguida, no en cantidad abundante, pero sí con esa viveza escandalosa de las heridas en la cabeza. Cassandra, mareada por el golpe y por la brusquedad del sobresalto, intentó decir que podía caminar, aunque la frase se le quedó deshecha a mitad de camino. Drake no le hizo el menor caso. La

levantó con una decisión tan automática que ni ella misma tuvo fuerza para protestar de verdad y entró con ella en la casa, empujando la puerta con el hombro. El contraste entre el aire de dentro y el de fuera resultó casi violento. Bajó por el corredor y la escalera con rapidez, sujetándola contra el pecho con una firmeza absoluta, mientras iba soltando entre dientes una serie de refunfuños que, de no ser por el mareo y por la sangre que le resbalaba hacia la ceja, habrían divertido a Cassandra más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Decía que había que acristalar aquella condenada galería, rehacer el tejadillo entero, asegurarla de una vez para que nadie tuviera que jugarse el cuello solo por mirar una tormenta, y hablaba también, a medias para ella y a medias para sí mismo, del disparate que suponía mantener una mansión de ese tamaño sobre un acantilado sin el mínimo mantenimiento serio, como si la piedra fuera inmortal y las maderas se repararan solas por pura nostalgia del pasado. Cassandra lo oía en ráfagas, con el dolor latiéndole en la sien y el cuerpo extrañamente suelto en los brazos de él, y hubo un momento en que, a pesar del malestar, tuvo que morderse el labio para no reírse de aquella mezcla de indignación, preocupación y furia doméstica con que Drake la llevaba a través de Stormcrag como si la casa entera lo hubiera ofendido personalmente al herirla.

La subió directamente a la habitación principal. Allí ya esperaba la señora Penhaligon, convocada por el simple escándalo de ver al señor entrar con su esposa en brazos y la sangre en la frente de ella. Drake la dejó sobre la cama con una suavidad que contradijo por completo la violencia del trayecto y, antes de que el ama de llaves pudiera acercarse a Cassandra, ordenó agua caliente, vendas limpias, alcohol y la caja de apósitos del médico con un tono tan seco que ni siquiera la señora Penhaligon pensó en discutir. Cuando estuvo todo allí, la mujer hizo ademán de quedarse.

—No —dijo Drake.

La señora Penhaligon se detuvo.

—Señor, quizá…

—No. Nadie va a tocarla.

La mirada que acompañó la frase bastó. El ama de llaves asintió una sola vez y salió, no sin antes dejarlo todo dispuesto sobre la mesa auxiliar. Cassandra, sentada en el borde de la cama con una mano

todavía apoyada en la colcha para sostenerse, levantó los ojos hacia Drake.

—No hace falta que se comporte como si me hubieran disparado.

—Quédese quieta —respondió él, y por debajo de la orden seguía latiendo el miedo.

Se arrodilló frente a ella para mirar bien la herida. La sangre le había bajado por la sien y manchado el cuello del vestido. Drake tomó un paño limpio, lo humedeció con agua y empezó a limpiar con una suavidad tan concentrada que Cassandra, a pesar del escozor y del vértigo leve que aún no terminaba de irse, sintió de pronto que el cuarto se había estrechado de una manera peligrosa. Él estaba demasiado cerca. Demasiado. Lo había estado antes por accidente, en la discusión sobre las reformas, o por necesidad, al cargarla desde la galería; pero aquello era distinto, porque no había movimiento violento ni confusión, solo la proximidad de un hombre inclinado sobre ella, la mano firme apartándole el cabello, los dedos rozándole la piel alrededor de la herida y una atención tan entera que convertía cada gesto en algo más intenso de lo que cualquier cura razonable necesitaba.

Drake lo notó también. Notó el calor de la piel de Cassandra bajo sus dedos, la respiración de ella un poco más rápida cuando el paño rozaba la sien, el modo en que el negro del vestido absorbía la luz del cuarto y hacía todavía más visible la palidez de la garganta. Se obligó a mantener la mente fija en la herida, en la longitud del corte, en si necesitaba puntos o no, en la cantidad de sangre, en el alcohol que debía usar sin hacerle demasiado daño. Le tembló una vez la mandíbula, pero no la mano. Cassandra, que lo miraba desde tan cerca que por momentos parecía imposible no advertir el color exacto de sus ojos, pensó con una irritación casi desesperada que ninguna parte del acuerdo matrimonial la había preparado para esta clase de tensión, para el simple hecho de que un hombre al que detestaba por razones muy concretas pudiera acercarse tanto a su cara sin tocarla más que lo necesario y, sin embargo, dejar vibrando en el aire una posibilidad absurda.

—Le va a escocer —murmuró él, ya con el alcohol en la mano.

—No soy una niña.

—No. Esa parte ha quedado clara.

El paño empapado le rozó el corte y Cassandra apretó los dientes. Drake le apartó el cabello con más cuidado todavía. La herida no era

profunda, pero sí limpia, y, al inclinarse un poco más para verla mejor, quedó tan cerca que el olor de la sangre, del alcohol y del propio cuerpo de ambos terminó por mezclarse en una proximidad difícil de ignorar. Cassandra levantó una mano por puro reflejo para apartarle quizá el hombro o para sostenerse en algo, y los dedos se cerraron sobre la manga de él con una fuerza que ninguno comentó. Drake alzó la vista. La encontró mirándolo. Hubo entonces un instante completamente inmóvil, no largo, pero sí lleno, en que la tormenta fuera, la herida, la cama, la casa y el aire mismo del cuarto parecieron quedar suspendidos alrededor de esa cercanía. Cassandra vio la tensión en la boca de Drake; Drake vio en los ojos de ella algo mucho menos simple que miedo o rechazo, una vacilación viva que no tendría que haber estado allí.

Se inclinaron un poco, casi sin querer. No fue un movimiento deliberado ni una decisión limpia. Fue más bien la lógica enfermiza de la proximidad, del susto compartido, del cuerpo herido y del cuidado demasiado íntimo. Drake llegó a sentir el aliento de Cassandra en la boca antes de detenerse. Ella lo sintió también. El mundo regresó de golpe con toda su brutalidad. Drake se apartó primero, no de forma brusca, pero sí lo suficiente para romper la intimidad. Cassandra soltó su manga.

Ninguno de los dos habló durante unos segundos. Luego él tomó la venda, terminó de limpiar la herida con una minuciosidad algo más fría y la sujetó con una firmeza impecable, como si el oficio de las manos pudiera devolverles a ambos una distancia que acababan de perder por un instante. Cuando terminó, se incorporó por fin y dio un paso atrás. Cassandra seguía sentada en el borde de la cama, todavía algo pálida, con la sien vendada y el corazón golpeándole en el pecho de una manera que la furia contra sí misma no alcanzaba a corregir.

—No vuelva a hacer algo así —dijo Drake entonces, y en la frase había aún demasiado de la angustia anterior como para sonar solo autoritaria.

Cassandra alzó la barbilla, no tanto para desafiarlo como para sostenerse.

—No tenía previsto repetirlo esta semana.

A él se le escapó, contra toda prudencia, una exhalación que casi fue una risa y casi fue solo alivio. La tormenta, al otro lado de los cristales, descargó por fin la primera lluvia en condiciones, densa y

feroz, contra la fachada oeste de Stormcrag, y ambos la oyeron como se oye el cierre definitivo de algo que llevaba horas acercándose. Ninguno añadió nada más. No era necesario. Los dos sabían, con una claridad quizá más incómoda que cualquier discusión, que acababan de quedarse a un aliento de un beso que no habría debido existir y que, por no haberse dado, no resultaba menos real en la memoria del cuerpo.



Capítulo 7

Las cosas entre Drake y Cassandra empezaron a cambiar sin que ninguno de los dos pudiera señalar el momento exacto en que aquella alteración se había producido, porque no tuvo la nitidez de un hecho aislado ni la limpieza de una decisión, sino la persistencia incómoda de una corriente que, al principio apenas insinuada, iba imponiéndose poco a poco hasta modificar la temperatura de una casa entera. Después de la tormenta y de la herida en la sien, que cicatrizó sin mayor consecuencia aunque dejó durante algunos días una línea enrojecida junto al nacimiento del cabello, la convivencia siguió siendo correcta en lo visible, pero bajo esa corrección empezó a hacerse cada vez más difícil sostener la ficción de una distancia simple. Las miradas duraban un instante más de lo necesario y, por durar, parecían decir algo que ninguno estaba dispuesto a traducir; el deseo, que al principio había asomado solo bajo la forma de una tensión corporal rechazada con rapidez, fue adquiriendo una evidencia más incómoda, no tanto por lo que llegara a hacerse como por lo que comenzaba a impregnar los gestos más nimios, un roce de mangas al cruzarse en el corredor, una mano tendida para apartar una silla, la proximidad de los cuerpos al inclinarse sobre la misma cuenta o el mismo plano, y las noches, compartidas todavía dentro de los límites que Cassandra había fijado y que Drake seguía respetando con una disciplina de la que ella no sabía si fiarse o guardarse aún más, empezaron a convertirse en una prueba de resistencia menos tranquila que al principio. No ocurría nada visible. Ninguno traspasaba la frontera. Ninguno se volvía hacia el otro con una petición, una caricia o un atrevimiento que obligara a responder. Y, sin embargo, en la oscuridad del dormitorio, con el mar golpeando a lo lejos y la respiración del otro demasiado próxima, los cuerpos empezaban a pesar más que la voluntad.

Cassandra lo advirtió primero en sí misma y, precisamente por eso, se volvió más severa. Había pasado demasiado tiempo de su vida luchando por no dejar que nadie la gobernase desde fuera como para aceptar ahora de buen grado una flaqueza que nacía del interior. No podía mirar a Drake al inclinarse este sobre los libros de cuentas sin recordar, con una precisión casi absurda, la proximidad de su rostro

la tarde de la herida; no podía sentirlo entrar en la cama, al otro lado del colchón, sin que una parte de su cuerpo se preparase con una vigilancia que no era ya solo defensiva. Aquello la enfurecía de una manera poco gloriosa, porque no venía acompañado de dulzura alguna. Seguía desconfiando de él, seguía sin saber del todo cuál era la profundidad de sus motivos ni hasta qué punto el matrimonio descansaba sobre algo más oscuro que una simple maniobra financiera, seguía sintiendo la violencia del testamento como una llaga que ninguna cortesía doméstica iba a cerrar por sí sola y, al mismo tiempo, había empezado a desear a ese hombre de una forma intermitente, involuntaria y peligrosamente física, como si el cuerpo, al no tener ya permitido el terror simple, hubiera encontrado otro camino para inquietarla.

Drake, por su parte, no ignoraba nada de esto. La contención con que se movía en la cama, la atención excesiva con que calculaba la distancia al sentarse junto a ella a la mesa, el cuidado con que evitaba ciertos temas cuando la noche los encontraba a solas, nacían tanto del respeto a lo pactado como del conocimiento cada vez más incómodo de que le costaba sostener esa distancia con la serenidad completa que al principio había creído posible. No era un muchacho. No era tampoco un ingenuo. Sabía muy bien que el deseo podía crecer con más rapidez allí donde se le negaba salida, y lo sabía quizá mejor porque no tenía para con Cassandra la ligereza con que en otros tiempos se había permitido resolver necesidades más simples. Había querido hijos, sí; había pensado en un matrimonio real, consumado y fecundo, como se piensa en una consecuencia natural de los hechos una vez firmados; ahora, en cambio, descubría que bastaba la imagen de ella dormida en el sillón, o la conciencia del calor de su cuerpo al otro extremo de la cama, para volverle mucho más difícil la sobriedad con que había planeado administrarse.

Precisamente por eso, o para darse a sí misma una tarea concreta que la mantuviera alejada de Stormcrag, Cassandra decidió una mañana bajar al pueblo a hacer unas compras. La decisión tenía además una razón práctica. Desde hacía semanas quería llevar a casa de la viuda Pendarvis una cesta algo más generosa que las habituales, porque la muchacha, apenas dos años mayor que Annie, había perdido al marido en la mina a finales de diciembre y esperaba un hijo para comienzos del verano. Cassandra conocía bien la historia. Había visto a la señora Pendarvis en la iglesia, enjuta bajo el luto

pobre, con esa rigidez muda de las mujeres que todavía no habían tenido tiempo de llorar porque el golpe material del duelo les ocupaba antes las manos que la pena. Su madre se había preocupado siempre por las familias que vivían bajo la sombra económica de Stormcrag, no solo porque la casa tuviera responsabilidades sobre ellas, sino porque poseía esa forma rara de elegancia moral que entendía la caridad no como una representación, sino como deber, y Cassandra había heredado de ella mucho más de lo que sir Thomas sospechó nunca. De modo que ordenó preparar la calesa, pidió que se cargaran dos cestas vacías para ir llenándolas en el pueblo, indicó que la acompañaran un lacayo, la doncella Annie y, por supuesto, el cochero, y salió de Stormcrag a media mañana con el aire todavía limpio del día, aunque el mar, abajo, respiraba ya con ese fondo grave que nunca desaparecía del todo de Highmere.

El pueblo la recibió con una atención más visible de lo habitual. No era nueva, desde luego. Cassandra había bajado muchas veces a hacer compras, a visitar enfermos, a encargarse personalmente de alguna cuenta o a asistir a la parroquia junto a su madre cuando aún vivía, y durante los años del deterioro de sir Thomas el vecindario había terminado por acostumbrarse a verla con una frecuencia impropia de la hija de una gran casa. No obstante, aquella mañana había algo distinto en la forma en que las puertas parecían abrirse justo a su paso, en la rapidez con que ciertas conversaciones se interrumpían y se retomaban, en dos o tres reverencias más marcadas de lo necesario y en la sonrisa con que la dueña del colmado salió a recibirla, una sonrisa que al principio Cassandra tomó por simple amabilidad y solo entendió de verdad cuando empezó a pedir ropa de bebé, mantillas pequeñas, una tela suave para camisitas y dos mantas ligeras de lana. La mujer, que no era mala ni especialmente maliciosa, dejó asomar en la comisura de la boca esa expresión tibia y tontamente cómplice con que algunas personas celebran por adelantado una maternidad ajena, y Cassandra comprendió al instante el error.

—Es para la señora Pendarvis —dijo, antes de que la otra pudiera permitirse cualquier comentario más comprometedor—. Está sola y necesitará de todo.

La sonrisilla desapareció tan deprisa que habría sido cómico en otra circunstancia. La tendera bajó la vista a los pliegues de tela y se apresuró a responder que, desde luego, la señora Pendarvis era una

desgraciada y que la señorita, bueno, la señora Carrick, tenía muy buen corazón en acordarse de ella. Aquella corrección apresurada del tratamiento, que a Cassandra le resultó más irritante que halagadora, marcó el resto de la mañana con un matiz extraño. Fue al pescadero y encontró una atención demasiado cuidadosa; pasó por la carnicería y por el horno y todo el mundo parecía no saber si dirigirse a ella como a la antigua señorita de Stormcrag o como a la esposa reciente de Drake Carrick; encargó provisiones para la casa —harina, sal, velas, té, café, azúcar, tocino curado, conservas, dos piezas de jabón y carbón extra para la semana siguiente— y separó de esas compras lo necesario para la viuda —harina, azúcar, un poco de cacao, una pierna de cordero más pequeña, avena, leche en conserva, un frasco de miel, huevos, una pastilla buena de jabón y unas naranjas que habían llegado de Falmouth y que no eran precisamente baratas—. A cada paso iba dejando claro qué parte correspondía a Stormcrag y qué parte debía cargarse aparte para la señora Pendarvis. No quería ni el menor malentendido. Aun así, a medida que avanzaba de tienda en tienda, percibió en el pueblo una actitud que no se reducía a la mera curiosidad por su matrimonio. Había algo más tenso y más incierto en ciertas miradas, como si detrás de la cortesía y de la prisa en atenderla circulara otra conversación que se cortaba a su paso, pero no lo bastante deprisa para no dejar un eco.

Lo notó especialmente en la tienda de telas, donde dos mujeres se callaron al verla entrar y luego le hablaron con una blandura casi excesiva, y más tarde, al salir del horno, cuando el herrero se quitó la gorra con una gravedad poco habitual y le preguntó por la herida de la sien con un interés que habría podido ser simple solicitud si no hubiera venido acompañado de una vacilación rara en el tono, como si quisiera decir algo más y hubiera decidido a tiempo que no era el lugar. Annie, que cargaba parte de los paquetes con la ayuda del lacayo, también lo sintió. Cassandra se dio cuenta por la forma en que la muchacha evitaba mirarla directamente cada vez que otra mujer del pueblo se detenía un poco más de la cuenta a su paso. Nada de aquello era aún bastante claro como para formularse, pero sí suficiente para dejarle dentro una inquietud seca. Pensó fugazmente en Drake. Pensó también en la boda, en los rumores, en el temporal y en la sangre de gallina, y decidió que el pueblo, como todos los pueblos, estaría mezclando ya tres o cuatro historias

distintas en una sola corriente de rumores. Sin embargo, había en el ambiente algo menos ligero que el mero chismorreo nupcial.

Cuando las cestas estuvieron llenas y el cochero hubo asegurado bien los paquetes en la parte trasera de la calesa, Cassandra indicó que fueran a la casa de la señora Pendarvis. La vivienda quedaba algo apartada del centro, en una hilera de pequeñas construcciones de piedra donde el viento parecía golpear con más saña por no encontrar casi obstáculo. El lacayo bajó primero al llegar, Annie esperó junto al coche y el cochero permaneció en su sitio. Cassandra tomó una de las cestas más ligeras para entrar con ella y dejó que el lacayo llevase la otra hasta la puerta. Entró sola. Lo había decidido así porque nada humillaba más a una persona necesitada que sentir invadida la pobreza por una pequeña procesión de testigos.

La señora Pendarvis estaba cosiendo junto a la ventana, con el vientre ya claramente redondeado bajo un vestido de luto tan gastado que había perdido casi toda pretensión de negro digno. Al verla, intentó levantarse de golpe y casi volcó la silla.

—No, por favor, quédese sentada —dijo Cassandra, acercándose enseguida—. No he venido a que se esfuerce más de lo que debe.

La joven viuda tenía los ojos enrojecidos de manera permanente, como si el llanto y la falta de sueño hubieran terminado por fijarse allí, pero su expresión al ver las cestas y después a Cassandra no fue de simple gratitud, sino también de un alivio sincero que la conmovió más de lo que estaba dispuesta a mostrar. Dio las gracias varias veces, con la torpeza entrañable de quien no sabía por dónde empezar cuando sentía que la caridad ajena le salvaba una semana entera de preocupación, y tocó con los dedos temblorosos las mantitas, la tela y el pequeño paquete de ropa de bebé como si no se atreviera del todo a creer que aquello era suyo. Cassandra le dijo que intentaría conseguirle una asignación regular, aunque modesta, para ayudarla a seguir adelante después del parto, dado que no tenía familia cercana que pudiera sostenerla de otro modo. Lo explicó sin prometer más de lo que podía cumplir, pero la viuda, al oírlo, se llevó una mano a la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas con tal rapidez que Cassandra sintió de inmediato el impulso de apartarse un poco para no hacer más violenta la escena.

—Usted siempre ha sido así —dijo la muchacha, secándose las mejillas con el dorso de la mano—. Usted y su madre. Nunca miraron para otro lado. No sé qué haríamos sin Stormcrag.

Aquella frase, pronunciada con una sinceridad tan desnuda, le produjo a Cassandra una mezcla de orgullo y de pena, porque ni siquiera en un momento así podía ignorar que Stormcrag, con todos sus defectos y su peso insoportable, significaba también eso: una red de responsabilidad real sobre vidas que no figuraban en los títulos de propiedad, pero dependían de la casa lo bastante como para quedar expuestas cuando ella flaqueaba. Se sentó un momento frente a la viuda y habló con ella de cosas prácticas, del médico, de la comadrona, del parto, de la conveniencia de avisar en cuanto empezaran los dolores y de un biberón especial que quizá podría conseguirse en Truro si resultaba necesario. La muchacha escuchaba con una atención casi reverente. Luego, cuando el llanto se hubo calmado un poco y la gratitud empezó a dejar paso a una inquietud diferente, la señora Pendarvis bajó la voz.

—No sé si debería decírselo —murmuró—, pero me parece mal callármelo.

Cassandra la miró con atención.

—¿Decirme qué?

La joven dudó. Se veía en ella el combate entre el miedo a faltar y la convicción de que el silencio sería peor.

—Se habla en el pueblo —dijo al fin—. Ya sabe usted cómo es la gente. Se habla de la boda, claro, y de que fue muy deprisa, y de que el señor Carrick se ha quedado en Stormcrag como si siempre hubiera tenido algo que hacer allí. Pero no es solo eso. También se ha vuelto a hablar de lo de hace años, de lo que pasó en esta costa con una tormenta terrible, una como la de la semana pasada, o peor.

Cassandra sintió que el cuerpo se le quedaba quieto por dentro. No dijo nada. Esperó.

—Yo era una niña entonces —prosiguió la viuda—, pero me acuerdo de oírlo en casa. Mi padre trabajaba con hombres del puerto. Se hundió un barco cerca de la costa. Había mucha mar, mucho viento y mucha oscuridad, y los de aquí dijeron que desde Stormcrag podían haberse mandado luces, sogas, hombres, ayuda, algo… No sé bien cómo fue todo, solo sé que hubo lío, mucho lío, y que sir Thomas no quiso mover a nadie. Decía que era demasiado peligroso, que no podía arriesgar hombres de la finca, que el mar no iba a dejar acercarse a ninguna barca, y puede que tuviera razón, no lo sé, pero en el pueblo quedó la idea de que los dejó a su suerte.

Cassandra no movió ni un músculo. La viuda, viendo quizá demasiado tarde que había entrado en terreno delicado, se apresuró a añadir:

—No se dijo en voz alta, claro. No contra él. Nunca contra él. Pero la gente lo guardó.

—¿Qué barco era? —preguntó Cassandra, y le sorprendió el sonido de su propia voz, demasiado igual a la de cualquier otra pregunta.

La viuda tragó saliva.

—No recuerdo el nombre del barco, señora. Pero sí el del capitán. Mi padre lo decía siempre cuando se enfadaba con los de arriba. Capitán Alasdair Carrick.

El apellido cayó en la pequeña estancia con una densidad inmediata. La señora Pendarvis no dijo más. No hacía falta. Cassandra no necesitó que nadie pronunciara en voz alta la relación para comprenderla. Había oído antes el nombre del padre de Drake, aunque no con tanta nitidez, en conversaciones antiguas de hombres que creían que las niñas no escuchaban o no entendían. Un naufragio, una costa, una tormenta. Y ahora aquella pieza, guardada durante años en la memoria del pueblo como un agravio nunca del todo extinguido, encajaba de pronto con demasiadas otras cosas: la presencia de Drake en el funeral, su interés previo por Stormcrag, el silencio obstinado sobre lo que lo ligaba a la casa, esa forma suya de hablar del pasado como de una materia aún viva, no resuelta. La sospecha se alzó dentro de Cassandra con una violencia fría y casi instantánea: si Drake había entrado en su vida por algo más que la pura deuda material, si había aceptado la cláusula de su padre conociendo esa historia y callándola, entonces tal vez el matrimonio no era solo una salvación brutalmente práctica para Stormcrag, sino también una respuesta tardía, una forma de ajuste entre viejas cuentas donde ella, una vez más, ocupaba el lugar de la pieza movible.

La viuda, al ver el cambio en el rostro de Cassandra, leve pero inequívoco, rompió a llorar de nuevo, esta vez no por sí misma, sino por miedo a haber dicho demasiado.

—Perdóneme, señora, yo no quería… Solo pensé que, siendo usted como es, tan buena con los nuestros, debía saber lo que se murmura. No porque yo lo crea, sino porque la gente…

Cassandra se inclinó hacia ella y le tomó las manos un instante.

—Ha hecho bien en decírmelo —dijo, y la firmeza de su tono tranquilizó a la otra más que cualquier consuelo blando—. No repita nada de esto a nadie. Y no se preocupe. Lo que haya que hacer con esta historia, lo haré yo.

Salió de la casa de la señora Pendarvis con una serenidad que solo de lejos podía confundirse con calma. El lacayo acudió a abrirle la portezuela de la calesa; Annie la miró al instante con una pregunta muda que Cassandra no respondió; el cochero recogió las riendas y esperó instrucciones. Ella subió, acomodó las faldas y dijo que regresaran a Stormcrag. Durante el trayecto de vuelta, el pueblo volvió a desplegarse ante ella con sus fachadas, sus puertas, sus mujeres en los umbrales y sus hombres inclinados sobre trabajos que de pronto parecían también escenas de una representación vieja donde todos sabían una parte de la historia menos ella. Sintió el mar mucho antes de verlo al doblar la curva del camino, y ese rumor, que tantas veces le había parecido simplemente la voz constante de su casa, se le volvió ahora otra cosa: un testigo. Pensó en la tormenta de la semana anterior, en la galería, en la angustia de Drake cuando la encontró allí, en el padre ahogado en otra tormenta años atrás y en sir Thomas negando ayuda desde Stormcrag. No sabía aún qué parte de la historia era real y cuál había crecido de boca en boca hasta adquirir la forma del resentimiento popular, pero una certeza la acompañó desde la casa de la viuda hasta la escalinata misma de la mansión y siguió después con ella por el vestíbulo y la escalera: Drake no había llegado a su vida solo como acreedor, ni solo como hombre práctico, ni siquiera solo como esposo impuesto. Había otro motivo. Y, si lo había callado hasta entonces, tal vez todo cuanto ella había querido leer como un pacto terrible pero claro descansaba en una mentira más honda.

Cuando cruzó el umbral de Stormcrag, el mar golpeó abajo con una fuerza seca contra la roca. Cassandra levantó la vista hacia la parte alta del ala oeste, hacia la galería que aún esperaba reparación, y comprendió, con una claridad gélida que la sostuvo entera hasta su habitación, que lo peor de Drake Carrick quizá no fuera la cláusula, sino aquello que todavía no había dicho.



Capítulo 8

Cassandra no volvió a Stormcrag con un propósito tan simple como el de exigir de inmediato una confesión, porque lo que llevaba dentro al abandonar la casa de la señora Pendarvis no tenía todavía la forma limpia de una certeza, sino la densidad mucho más incómoda de aquello que empieza a encajar demasiado bien sin haber terminado de probarse del todo. El nombre del capitán Carrick, soltado al fin por la viuda entre lágrimas y cautelas, había ido asentándose dentro de ella a lo largo del trayecto con una gravedad cada vez más difícil de soportar, y cada vez que el carruaje doblaba una curva o el caballo cambiaba el paso, una pieza nueva de las últimas semanas se recolocaba en su memoria bajo una luz distinta: la presencia de Drake en el funeral, la reserva obstinada sobre lo que lo ligaba a la casa, la precisión con que había rechazado ciertas preguntas, la manera en que hablaba de Stormcrag como si la ruina o la salvación de aquella piedra lo rozaran por dentro y no solo en la cuenta corriente. Nada de eso bastaba aún para acusarlo sin matices, pero sí para volver insoportable el silencio con que había entrado en el matrimonio.

No fue directamente a buscarlo. Esa habría sido la vía más fácil y, precisamente por ello, la menos útil. Entró en la casa, entregó el sombrero y los guantes a Annie, preguntó a Wilmot si el señor había regresado del embarcadero y, al saber que estaba en el despacho pequeño con unos documentos del administrador, subió a su habitación sin mayor comentario. Necesitaba tiempo no para enfriar la emoción, sino para darle filo. Se quitó el abrigo, se lavó las manos, se arregló el peinado con más lentitud de la habitual y permaneció un rato de pie junto a la ventana, mirando el mar, que a esa hora de la tarde tenía un color ceniciento y bruñido, como si las olas arrastraran metal en lugar de sal. No pensaba en el padre de Drake de forma abstracta ni mucho menos como una tragedia más del pueblo. Pensaba en una noche concreta, en una tormenta, en una casa plantada sobre el acantilado y en la posibilidad de que su padre hubiera negado ayuda a un barco en peligro; pensaba también, con una claridad aún más amarga, en lo que significaba que Drake

hubiera entrado en su vida cargando ya con esa historia y hubiera preferido dejarla fuera de ella hasta después del contrato, después de la biblioteca, después del altar.

Bajó media hora más tarde. No fue al despacho. Se dirigió al salón pequeño, donde la luz llegaba más limpia a esa hora y desde donde se veía el tramo de corredor que llevaba al ala de trabajo. Sabía que él tendría que pasar por allí si iba a cambiarse antes de la cena o si salía al vestíbulo a dar alguna instrucción. No tuvo que esperar mucho. Lo oyó antes de verlo, por la firmeza reconocible del paso y por la breve respuesta que dio a Wilmot a medio camino del pasillo. Cuando apareció, llevaba todavía la levita de día y unos papeles doblados en la mano. Se detuvo al verla. La sola quietud de Cassandra en mitad del salón, de pie junto a la chimenea apagada y sin ninguna tarea visible entre las manos, bastó para advertirle que aquello no era un encuentro casual.

—Señora —dijo, con la corrección sobria de costumbre.

—Necesito hablar con usted —respondió ella.

No había dureza visible en el tono. Había algo peor: calma.

Drake dejó los papeles sobre una consola cercana sin apartar los ojos de ella.

—Desde luego.

Cassandra no se movió de inmediato. Lo estudió un segundo, como si todavía estuviera decidiendo de qué manera abordar el tema que deseaba tratar con él. Luego indicó con un leve gesto la biblioteca.

—Allí.

Fue ella quien echó a andar primero. Drake la siguió sin hablar. El mar se dejaba oír a través de los ventanales del corredor con esa constancia grave que Stormcrag parecía haber incorporado ya a su respiración doméstica, y, cuando entraron en la biblioteca, la tarde estaba todavía viva, aunque declinando. No encendieron lámparas. La luz bastaba. Cassandra fue hasta la ventana del lado oeste y se quedó frente al vidrio, no para contemplar nada de lo que había fuera, sino porque necesitaba el respaldo frío del paisaje para ordenar la primera frase.

—Hoy he estado en casa de la señora Pendarvis —dijo al fin, sin volverse aún.

Drake no respondió enseguida. Esperó.

—Le he llevado algunas cosas que necesitaba —continuó ella—. Ropa para el niño, comida, mantas. Hemos hablado un rato. Después ha empezado a hablar del pueblo. Y más tarde, de la costa.

Solo entonces se volvió. Vio el cambio mínimo en la expresión de él, un endurecimiento leve en torno a la boca que a otra persona se le habría pasado por alto. A ella no.

—Entiendo —dijo Drake.

Cassandra inclinó un poco la cabeza.

—No creo que lo entienda todavía.

Avanzó un poco desde la ventana, lo suficiente para que la conversación dejara de apoyarse en el paisaje y quedara entera en el espacio entre ambos.

—No me ha contado una historia completa. No sabe hacerlo. A duras penas sabía si debía decírmelo. Pero sí ha mencionado una tormenta de hace años, un barco, una negativa y el nombre del capitán. Carrick.

No hubo necesidad de más. El silencio que fue la única confirmación que Cassandra necesitaba. Drake bajó la vista un instante y volvió a levantarla.

—Ya.

—Ya —repitió Cassandra, y la quietud de la palabra resultó más dura que un reproche—. Eso es, al parecer, todo lo que siempre dicen los hombres cuando las piezas empiezan por fin a caer en el sitio exacto.

Drake se movió entonces, no para alejarse ni para acercarse aún, sino para dejar de tener la ventana a la espalda. Se apoyó ligeramente en el borde de la mesa, como si necesitara una superficie firme donde depositar el cuerpo sin dar la impresión de que se defendía.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

Cassandra dejó escapar el aire muy despacio. No quería esa pregunta. La detestaba porque parecía concederle a él el derecho a dosificar de nuevo la verdad.

—No empiece así —dijo—. No me pregunte qué quiero saber, como si esto siguiera dependiendo de cómo formule yo las cosas. Ya he tenido bastante con no saber lo que debía saber.

La frase hizo que algo se endureciera en Drake, no por irritación sino por una especie de aceptación áspera. Había llegado el momento y no tenía modo limpio de evitarlo.

—Entonces dígalo usted a su manera.

Cassandra mantuvo los ojos en él. No levantó la voz. No era su estilo, y además la violencia de aquella escena no necesitaba esa ayuda.

—Me habría gustado entrar en ese matrimonio sabiendo quién era usted para esta casa, no solo quién era para sus cuentas.

Drake se quedó inmóvil.

—Y no me refiero al dinero —añadió ella—. O no solo a eso. Me refiero a que usted ya traía consigo algo que no tenía que ver con el testamento de mi padre ni con la deuda y decidió dejarme fuera de ello. Me casé sin saberlo. Eso no lo voy a olvidar fácilmente.

Él tardó en responder lo suficiente para que la ofensa creciera en ella una pulgada más.

—No quería que lo supiera de ese modo —dijo al fin.

Cassandra sonrió sin alegría.

—Lo extraordinario de su carácter es que siempre consigue presentar sus decisiones como si fueran un sacrificio personal y no una forma muy exacta de imponerme las cosas.

Drake aceptó el golpe con el cuerpo quieto.

—No intento presentarlo así.

—No, claro. Solo decidió por mí qué verdad podía soportar y cuándo me convendría saberla.

El silencio fue breve. Drake llevó una mano a la nuca y la dejó caer enseguida. Ese gesto, mínimo y poco habitual en él, hizo más por la verdad del momento de lo que cualquier disculpa habría logrado.

—Mi padre murió en esta costa —dijo—. Eso es cierto. También lo es que hubo una tormenta grave y que desde Stormcrag no se envió ayuda.

Cassandra no se movió. Tampoco desvió la mirada.

—¿Y cree que yo no tenía derecho a saberlo antes de casarme con usted?

—Creo que tenía derecho a saberlo todo —respondió él, con una llaneza que a ella le resultó casi más ofensiva que la defensa—. También creo que yo no sabía cómo decirlo sin convertir a su padre, al día siguiente de su entierro, en el centro de una acusación de la que ni siquiera hoy tengo todas las piezas limpias.

—No necesito que las tenga limpias para sentirme traicionada.

Drake cerró una vez la mano sobre el borde de la mesa y la soltó enseguida.

—No pretendía traicionarla.

—Y, sin embargo, lo hizo.

Cassandra avanzó ahora sí un paso entero. Había dejado de hablar como si examinase un hecho doloroso y empezaba a hacerlo desde la herida misma.

—No he venido a justificar a mi padre. No lo haré. Si negó ayuda, si eligió proteger la casa o a sus hombres o simplemente a sí mismo mientras otros se hundían frente a la costa, no voy a humillarlo con la devoción idiota de una hija. Conocí demasiado bien a mi padre para regalarle ahora noblezas póstumas. Pero me habría gustado saberlo. Me habría gustado mucho más saberlo antes. Habría preferido escuchar de su boca algo que después me obligara a pensar, a decidir, a soportar lo que fuera, antes que descubrirlo en una casita del pueblo por compasión de una viuda.

La última palabra dejó una resonancia grave en el cuarto. Drake apartó por fin la vista de ella y la dirigió al mar. Fuera, la luz empezaba a bajar.

—No quería utilizar a mi padre de esa manera —dijo—. Ni al suyo.

—No era suya esa decisión.

Él asintió una vez.

—No.

La respuesta, precisamente por no ser defensiva, desarmó un poco la cólera de Cassandra y la dejó con algo más peligroso: la sensación de estar tocando una parte de verdad que seguía sin alcanzar a abarcar entera. Lo odiaba por el silencio. Lo odiaba por la decisión. Y, sin embargo, la brutalidad sencilla con que admitía el error la obligaba a mirar más de cerca, y mirar más de cerca a Drake era, desde hacía días, una empresa peligrosa.

—¿Fue venganza? —preguntó entonces, más bajo.

Él la miró de nuevo. No había en su cara sorpresa, sino fatiga.

—No.

—Entonces ¿qué fue?

Drake tardó un segundo en responder.

—No sé responderle en una sola frase.

—Eso siempre es muy útil para usted.

—No, señora. Lo útil habría sido mentirle.

Hubo en esa frase una aspereza tan desnuda que Cassandra sintió de golpe el peso entero del cansancio de los últimos días, de la herida en la sien, del pueblo, del dormitorio compartido, del deseo del que

no quería saber nada y sabía demasiado. Se llevó una mano a la frente y la retiró enseguida.

—Lo que me desespera de usted —dijo— es que siempre consigue quedarse en el sitio exacto donde la verdad es suficiente para herir y nunca bastante para descansar.

Drake dio un paso hacia ella. Solo uno.

—¿Descansar? —repitió con una voz más grave—. ¿Cree que yo he descansado un solo día desde que acepté esto?

Aquello cambió el aire. Cassandra alzó la cara. Drake estaba demasiado cerca ya para que la conversación siguiera siendo solo sobre el pasado. Lo notó enseguida y lo odió, porque la cercanía volvía más vivo el cuerpo en mitad de una discusión donde habría querido ser puro pensamiento.

—No convierta esto en un padecimiento suyo —dijo.

—No lo convierto. Solo le digo que no ha sido limpio para ninguno.

—Para usted ha sido una decisión. Para mí, una obligación.

—Sí.

La rapidez de la admisión la dejó casi sin impulso para el siguiente golpe. Drake avanzó otro paso y ahora la distancia entre ambos era ya del todo insuficiente para una conversación civil.

—Y, aun así —añadió él, más bajo—, no habría dejado caer la casa.

Cassandra sintió la frase en el pecho como un golpe y como una caricia, y esa mezcla la enfureció todavía más.

—No me diga ahora lo que habría hecho por mí cuando ha decidido por mí desde el principio.

—No fue por usted sola.

—No. Ya lo sé. Nunca es solo por una mujer.

El desprecio de la frase hizo que algo se tensara del todo en Drake. No en el orgullo. Más hondo. Llevaba demasiado tiempo conteniéndose para no tocarla fuera del espacio que ella le había permitido, demasiado tiempo aprendiendo la forma exacta de sus silencios, demasiado tiempo notando en la cama, en los pasillos y a la mesa la presencia de una mujer que lo atraía con una fuerza cada vez menos disimulable y que al mismo tiempo lo acusaba con una razón que no podía negar del todo. Verla así, con la ira afilándole el rostro, con la respiración más agitada, con la boca todavía viva de palabras que seguían hiriéndolo porque estaban demasiado cerca de la verdad, le rompió algo de la contención.

Cassandra lo vio antes de que ocurriera. No supo nombrarlo, pero lo vio. Y, en el breve segundo en que comprendió que la discusión estaba a punto de cambiar de naturaleza, su cuerpo reaccionó con una lucidez más vieja que el pensamiento.

Drake la besó.

Fue un beso duro al principio, no por violencia contra ella, sino por la presión acumulada de todo lo que ninguno había dicho bien en días. Cassandra se quedó inmóvil una fracción de segundo, sorprendida no por el gesto, pues hacía demasiado tiempo que algo en el cuerpo de ambos se acercaba a ese punto, sino por la intensidad con que lo recibió. Respondió enseguida, pero la inexperiencia y el hambre chocaron entre sí, y los dientes se les encontraron con una torpeza tan humana que ambos tuvieron que separarse un instante. Drake soltó una risa breve, sorprendido, y Cassandra, jadeante, sintió una vergüenza instantánea que él deshizo enseguida al apoyar la frente contra la suya.

—Despacio —murmuró.

Y volvió a besarla.

Esta vez con más paciencia al principio, enseñándole la inclinación adecuada de la cabeza, la presión de la boca, la forma en que el beso se abría y se recibía en lugar de estrellarse. Cassandra aprendió a la misma velocidad con que se le rendía el cuerpo. Él le sostuvo el rostro con una mano y fue bajando con ella, por el cuello, el hombro y el brazo, mientras la otra se cerraba en su espalda y la acercaba más. La discusión seguía viva entre ellos, y precisamente por eso el deseo resultaba casi insoportable: no era la dulzura de una reconciliación, sino otra cosa mucho más peligrosa, la necesidad furiosa de tocar allí donde las palabras no alcanzaban ya.

Cuando Drake le rozó la cintura y la cadera, Cassandra dejó escapar un sonido bajo que no fue protesta ni consentimiento, sino algo intermedio y más sincero. Él lo oyó y el cuerpo entero se le tensó. La mano que le sujetaba la espalda subió y bajó una vez, reconociéndola con una lentitud casi feroz. Ella lo agarró de la chaqueta, luego de la camisa, luego de la nuca, y lo besó ya sin torpeza, con una pasión que le salió del cuerpo antes que de la voluntad. Drake llevó una mano hacia el pecho de ella por encima del vestido, se detuvo un instante y, al notar la reacción de Cassandra, esa mezcla de sorpresa y de apertura, sonrió sobre sus labios sin apartarse del todo.

Fue esa sonrisa mínima, más que el contacto mismo, lo que la deshizo. Porque la vio. Vio que él la estaba leyendo con una atención tan íntima que ya no podía fingir ante sí misma que se trataba solo de deseo ciego.

Y, sin embargo, fue él quien se apartó primero. No lo hizo de golpe, sino que la soltó con una lentitud que a Cassandra le pareció casi cruel. Dio un paso atrás. Respiró una vez, hondo.

—No —dijo.

Ella lo miró sin comprender.

—¿No qué?

La voz de Drake sonó más áspera que antes.

—No así. No ahora.

Cassandra se quedó inmóvil, con la respiración aún desordenada y el cuerpo entero vivo de una manera que jamás había conocido.

—No entiendo.

Él se pasó la mano por la boca, como si todavía le quedara en los labios la forma de ella.

—Ahora mismo estás furiosa conmigo. Y yo no pienso llevar esto más lejos hasta saber que no me estás respondiendo desde la rabia o desde el daño.

La frase, que en otro momento habría podido parecerle sensata, la atravesó entonces con una mezcla de humillación y deseo tan fuerte que tuvo que apartar la vista.

—Eso es muy noble por su parte —dijo, y el temblor bajo la ironía no la ayudó.

Drake no contestó. No tenía una respuesta que no empeorara las cosas.

Pasaron el resto de la tarde dentro de una tensión casi material. Cassandra intentó leer, escribir dos cartas, hablar con la señora Penhaligon sobre unos manteles y sobre la mermelada que convenía encargar para final de mes, pero el cuerpo seguía allí, en la biblioteca, en el cuello y en la boca, en la mano de Drake sobre su cintura, sobre su pecho, y lo peor no era el recuerdo del beso, sino el hambre que le había dejado al cortarlo. Descubrió, con un desconcierto que por momentos le resultaba ofensivo, que deseaba algo que no se le había dado del todo y que ese deseo, lejos de apagarse con las horas, se iba volviendo más fino, más constante, más imposible de ignorar. También estaba la sospecha. También seguía el naufragio. También continuaba la herida moral de no haber

sabido. Todo eso seguía ahí, pero ahora ya no se sostenía en un plano limpio y separado del cuerpo. Se había mezclado.

Drake tampoco encontró paz en ninguna tarea. Bajó al despacho, abrió un libro de cuentas, revisó dos páginas sin retener una cifra y acabó yendo hasta el embarcadero solo para volver a los veinte minutos con la misma tensión clavada bajo la piel. Se repetía que había hecho bien, que detenerse era lo único decente, que no podía cerrar con un cuerpo abierto lo que todavía estaba mal resuelto en la palabra. Y, sin embargo, el cuerpo no aceptaba esa claridad con obediencia. Le bastaba cerrar los ojos para volver a sentir la boca de Cassandra torpe y rápida bajo la suya, la forma en que había respondido cuando le enseñó cómo besar, el sonido bajo que se le escapó al rozarle la cadera. No recordaba la última vez que el deseo le había ocupado el pensamiento con una persistencia tan tosca y, al mismo tiempo, tan profunda.

La cena fue silenciosa, pero no con el silencio de otras noches. No había hostilidad visible entre ellos, ni esa reserva espinosa de las primeras semanas. Había otra cosa: una conciencia eléctrica del otro que convertía en casi insoportable el acto mismo de compartir mesa, de alargar la mano hacia el pan o alzar la vista y encontrar la del otro justo enfrente. La señora Penhaligon, siempre precisa, se movió por el comedor pequeño con más discreción que de costumbre, como si percibiera la materia distinta del aire. Cassandra comió poco. Drake no mucho más. Ninguno de los dos habló del pueblo, del naufragio ni de la discusión de la tarde. Tampoco del beso. Y, sin embargo, todo estaba allí.

Cassandra subió antes que él con el pretexto de bañarse. Era un pretexto razonable, como lo había sido otras noches, pero esa vez llevaba además el peso de una necesidad casi urgente de estar sola un momento antes de volver a verlo dentro del dormitorio. Se desnudó, se metió en el agua caliente y permaneció en ella más tiempo del habitual, no por comodidad, sino porque necesitaba hacer algo con el cuerpo, apaciguarlo, entenderlo, y el agua no le sirvió para ninguna de las dos cosas. Cuando se secó, se puso el camisón y se sentó en el sillón junto a la chimenea con el cabello todavía húmedo, como si el simple hecho de esperar ahí, vestida ya para la noche, pudiera devolverle un poco de dominio sobre sí misma.

Drake entró en el dormitorio algo más tarde. Se había bañado, como cada noche, en la antigua habitación de Cassandra, y esa

costumbre nacida del cuidado práctico resultó esa vez más íntima de lo razonable, como si el simple hecho de cederse espacio el uno al otro hubiera empezado a cargar de sentido lo que antes era mera convivencia. Entró, dejó que la puerta se cerrara a su espalda y se quedó quieto un instante. Cassandra estaba en el sillón, cerca del fuego, con el camisón claro cayéndole hasta los pies y el cabello suelto en parte sobre los hombros. Él sintió el impacto de la imagen con una fuerza que ya no podía fingir como algo menor.

Ella alzó la vista. No hablaron enseguida. El cuarto entero parecía vibrar por debajo de la quietud.

—La herida —dijo Drake al fin, porque necesitaba empezar por algo que no fuese el deseo mismo—. Déjame verla.

Cassandra asintió. El gesto era inocente. Debería haberlo sido. Drake se acercó, se inclinó junto al sillón y apartó con cuidado el cabello de la sien. La cicatriz estaba casi cerrada, apenas una línea más rosada en la piel. Sus dedos tocaron solo lo necesario, pero ese contacto mínimo bastó para que ambos sintieran, con la misma claridad y casi al mismo tiempo, que la inocencia del gesto había terminado en cuanto la piel respondió. Cassandra notó el pulso en la garganta. Drake levantó los ojos. La encontró mirándolo ya no desde la ira ni desde la vergüenza, sino desde un lugar más desnudo.

El beso llegó entonces sin violencia, pero con una necesidad todavía mayor. Esta vez Cassandra no fue torpe. Abrió la boca bajo la suya con una entrega inmediata y Drake la besó hondo, despacio al principio y luego con un hambre que ya no podía ni quería esconder del todo. Ella se levantó del sillón, o él la ayudó a levantarse, y en uno o dos movimientos que ninguno habría podido reconstruir después con exactitud acabaron junto a la cama, enredados el uno en el otro con una urgencia todavía contenida por el cuidado, pero no por la duda. Drake la besó en la boca, en la garganta, en el nacimiento del hombro, y cuando sus manos empezaron a recorrerla por encima del camisón, la reacción de Cassandra fue tan franca y tan intensa que lo desarmó más de lo que esperaba. Había deseado aquello toda la tarde, sí, pero no imaginaba hasta qué punto el cuerpo de ella iba a responderle con esa mezcla de asombro y abandono.

—Mírame —murmuró él.

Cassandra abrió los ojos.

—No sé…

Drake le rozó la boca con la suya otra vez.

—No hace falta que sepas nada.

La mano de él siguió por debajo del camisón, tanteando la piel del muslo con una lentitud que dejaba siempre espacio para retirarse. Cassandra no se retiró. Al contrario, cuando el roce se hizo más íntimo, abrió las piernas de manera instintiva, con una obediencia tan honesta que Drake tuvo que contener un gemido. Le subió el camisón despacio y se lo quitó. Cassandra sintió el aire del cuarto sobre la piel desnuda y, con él, una vergüenza breve, atravesada enseguida por otra cosa mucho más fuerte al ver en la cara de Drake no juicio, sino hambre y una atención casi devota.

La besó entonces en los pechos, sin prisa, con una insistencia que convirtió cada reacción de ella en conocimiento nuevo para ambos. Cassandra jadeó, se arqueó sin querer, sintió cómo la boca de él se detenía justo donde más la hacía temblar y descubrió, con un desconcierto que no disminuía el placer sino que lo intensificaba, que el cuerpo podía abrirse de ese modo, como si cada beso en la piel fuera deshaciendo una costura vieja. Cuando la mano de Drake bajó entre sus piernas, el sobresalto fue tan vivo que se agarró a sus hombros por puro instinto. Él levantó la vista.

—Si quieres que pare, lo haré.

—No —susurró ella—. No pares.

Drake cerró los ojos un instante, como si también esa respuesta lo atravesara. La tocó primero con una paciencia delicada, buscando el ritmo del cuerpo de Cassandra, aprendiendo la presión que la estremecía, la forma en que el deseo le subía desde el vientre hasta dejarla casi sin aire. Cuando sus dedos se deslizaron más adentro, lo hizo despacio, con una contención tan evidente que ella, en medio del placer, se sorprendió de estar mirando más de una vez su cara para comprobar que todo aquello no nacía solo del deseo de poseerla, sino también de una voluntad profunda de hacerlo bien. El placer la tomó por sorpresa. No una sorpresa limpia, sino una que la desordenó entera, porque nada de lo que había oído o imaginado se parecía a esa forma de pérdida y de felicidad física. Cuando el cuerpo le tembló y el primer clímax la alcanzó, Cassandra dejó escapar un sonido roto que la avergonzó un segundo antes de que todo lo demás la arrastrara.

No tuvo tiempo de recuperarse cuando Drake descendió más. Lo vio moverse entre sus piernas y la vergüenza, esta vez, fue casi más

fuerte que el deseo. Intentó cerrarlas por reflejo, pero él la sostuvo con suavidad.

—Déjame —murmuró.

Ella respiró hondo, con la cara ardiéndole.

—No sé si…

Drake levantó la cabeza lo suficiente para besarle el muslo.

—Déjame.

La curiosidad venció donde la educación y el pudor habrían querido resistir. Cassandra asintió. Lo dejó hacer. La primera caricia de la boca allí la dejó sin defensa. Quiso apartarse, se quedó, volvió a querer apartarse y ya no pudo, porque el placer y la vergüenza habían entrado juntos en una región donde no se anulaban, sino que se mezclaban de un modo nuevo. Drake la sostuvo con la mano y con la boca, alternando después otra vez lengua y dedos con una paciencia aprendida no de la vanidad, sino de la atención. Cassandra alcanzó el segundo clímax de una manera más honda y más devastadora que el primero, con el cuerpo arqueado, los dedos cerrados sobre las sábanas y una incredulidad muda latiéndole en todo lo que no era puro placer.

Cuando él alzó la cabeza para mirarla, estaba extendida sobre la cama con el cabello revuelto, la boca entreabierta y una expresión que mezclaba asombro, agotamiento y algo tan próximo a la confianza que Drake sintió un golpe seco en el pecho antes de reconocerlo. Se incorporó, se quitó por fin la ropa y se tendió sobre ella, sosteniéndose sobre los brazos para no aplastarla.

—¿Puedo? —preguntó él.

Ella lo miró un segundo, con el cuerpo todavía temblando.

—Sí.

Drake la besó una vez más antes de entrar en ella. Lo hizo despacio, con toda la delicadeza que era capaz de reunir en un cuerpo ya vencido por el deseo. Había un dolor cierto, pero no la devastación que tantas veces le habían anunciado otras mujeres con esa resignación triste que acompañaba siempre a la ignorancia. Había también placer. Mucho más del que Cassandra habría creído posible. Sentía el cuerpo de Drake como una presencia extraordinaria, no en sentido vanidoso, sino en la pura verdad de su fuerza, de su contención y del modo en que se movía dentro de ella con una atención constante, ajustándose a lo que el cuerpo de ambos iba aprendiendo al mismo tiempo. Los gemidos de él, bajos,

involuntarios, mezclados con los suyos, le parecieron gloriosos de una forma casi absurda, porque le daban a la escena una realidad compartida y no unilateral. No estaba soportando el cuerpo de un hombre. Estaba viviéndolo con él.

No llegó a un tercer clímax, pero el placer no disminuyó por eso. Cambió, se volvió más amplio, más hondo, más ligado a la plenitud del movimiento y al calor del cuerpo de Drake sobre el suyo. Cuando él alcanzó el orgasmo, con el rostro hundido un instante en el cuello de Cassandra y una tensión completa que ella sintió atravesarlo de parte a parte, se encontró cerrando los ojos no por agotamiento, sino para entregarse mejor a esa sensación de calor, de peso y de emoción compartida que le había resultado, hasta entonces, imposible siquiera imaginar. Había algo glorioso en ello, sí, y también algo tan alejado del miedo con que la habían educado que casi le parecía una traición a todas aquellas advertencias susurradas entre mujeres mayores y jovencitas asustadas.

Drake se retiró despacio de su interior y, en lugar de apartarse del todo, la arrastró hacia sí con una naturalidad casi instintiva, acomodándola contra su pecho. Cassandra apoyó la cabeza allí y dejó que la respiración de él, todavía alterada, le marcara el ritmo de la suya. La vergüenza por su propio abandono reapareció débilmente, pero él no parecía molesto. Al contrario. Había en la mano que le acariciaba la espalda una ternura tan ajena a lo que ella había esperado de un hombre cansado y satisfecho que la desarmó aún más.

—¿Estás decepcionado? —preguntó, casi sin pensar.

Drake soltó una risa breve y suave que hizo que Cassandra sintiera calor hasta en la punta de las orejas.

—No te rías.

Él le besó la coronilla.

—Si tú no estás decepcionada, ¿por qué crees que iba a estarlo yo?

Cassandra tardó un poco en responder. El sueño ya empezaba a caer sobre ella con una dulzura agotada.

—Porque tú tienes experiencia.

Drake bajó la mano por su espalda y volvió a subirla con lentitud.

—Y tú jamás podrías decepcionarme.

La frase habría merecido réplica, quizá una ironía, quizá un gesto de desconfianza. Cassandra no tuvo fuerzas. El cansancio la había tomado entera. Lo último que pensó antes de dormirse fue que no

estaba decepcionada, desde luego que no, pero sí tan sorprendida que no sabía en qué parte de sí misma colocar todo lo que acababa de ocurrir.

Drake se quedó despierto bastante más tiempo. Con Cassandra dormida sobre el pecho, tibia, confiada sin saberlo y aún respirando con esa pesadez dulce del cansancio satisfecho, la realidad del momento le cayó encima con una fuerza distinta a la del deseo. No había querido llegar tan lejos esa noche. No tan pronto. Había pensado, o querido pensar, que le daría más tiempo, que mantendría la distancia incluso después del beso de la tarde, que no la arrastraría a una consumación nacida de una discusión y de una herida aún abierta. Y, sin embargo, había sido incapaz de contenerse. No se sentía mal porque ella no lo hubiera querido. La memoria de su cuerpo respondiéndole, de la palabra «sí» dicha con esa mezcla de miedo y deseo, bastaba para impedirle caer en una culpa teatral. Pero sí porque se conocía lo bastante para saber que no había obrado solo por paciencia ni por cuidado, sino también por hambre. Miró el rostro dormido de Cassandra, la venda ya retirada de la sien, la suavidad nueva que el sueño dejaba en una cara por lo demás tan atenta siempre, y pensó, con una inquietud que no lograba aquietar del todo, que por la mañana podía arrepentirse. Temió, no sin razón, que la luz del día le devolviera a ella todo aquello bajo un peso distinto. Y fue ese miedo, más que la satisfacción o el cansancio, lo que lo mantuvo despierto junto al cuerpo dormido de su esposa hasta mucho después de que el mar hubiera terminado de marcar la casa con su respiración nocturna.



Capítulo 9

La mañana siguiente no trajo entre ellos la incomodidad que Drake había temido ni la vergüenza devastadora que, en otros tiempos y con otro hombre, habría podido convertir para Cassandra la noche anterior en una herida nueva. Lo que trajo fue algo mucho más inestable y, por eso mismo, más difícil de gobernar: una intimidad naciente, todavía sin nombre ni forma segura, que no anulaba en absoluto la violencia de cuanto los había unido, ni borraba el pasado, ni resolvía la sospecha aún abierta en torno a la historia del padre de Drake y la costa de Highmere, pero sí desplazaba el centro de gravedad de la convivencia hasta volver imposible la neutralidad anterior.

Cassandra despertó tarde, con el cuerpo pesado de un cansancio que no se parecía al de las malas noches ni al de los días de trabajo, sino a otro más hondo y más dulce, una especie de aflojamiento general que la dejó unos segundos tendida, con los ojos aún cerrados, escuchando el mar a lo lejos y la respiración de Drake junto a ella. Él seguía dormido, de espaldas en parte, con un brazo doblado sobre la almohada y el cabello caído sobre la frente de una manera que lo volvía extrañamente más joven y más vulnerable de lo que ella lo había visto nunca. La vergüenza no acudió enseguida. Llegó después, sí, pero no como una punzada pura, sino mezclada con la memoria del placer, con la sorpresa todavía viva de su propio cuerpo y con la certeza, quizá más inquietante que el recuerdo mismo de lo ocurrido, de que no se arrepentía.

Se incorporó despacio, recogió la bata del suelo y se la puso sin hacer ruido. No estaba huyendo. Tampoco era un gesto de pudor escandalizado. Era solo la necesidad, todavía muy reciente y muy femenina, de tener un instante a solas antes de que el día la obligara a mirarse dentro de aquella nueva realidad. Cuando llegó junto a la ventana, el vidrio estaba empañado por el contraste entre el aire más frío del exterior y el calor de la habitación. Más allá, la mañana se abría sobre el mar con una claridad todavía pálida, arrastrando en la superficie del agua el recuerdo de la tormenta de días atrás, aunque el viento soplaba ya con la regularidad habitual de la costa, sin esa furia ciega que había puesto a la casa entera bajo presión. Cassandra

apoyó la mano en el marco y dejó que la vista se perdiera un momento hacia los acantilados. No sabía todavía qué hacer con la parte de sí misma que seguía desconfiando de Drake, de su silencio, de la historia que aún no le había contado completa, ni con la otra parte, más nueva y más incomprensible, que se despertaba ahora al recuerdo de sus manos, de su boca, del modo en que la había sostenido después sin apresurarse a alejarse de ella ni a imponer ninguna frase que rebajara lo ocurrido. Lo más desconcertante de todo no era haberlo deseado. Era empezar a reconocer que también se había sentido segura.

Drake despertó poco después y la encontró junto a la ventana, envuelta en la bata, con el cabello cayéndole por la espalda en una línea oscura todavía desordenada por el sueño. La observó unos segundos antes de moverse, no por cálculo ni por cautela, sino porque a esas alturas la simple visión de Cassandra quieta dentro de la luz de Stormcrag bastaba para ponerle en el cuerpo una atención que ya no tenía nada de abstracta. Cuando ella volvió la cabeza y sus miradas se encontraron, el silencio que se abrió entre ambos no tuvo nada que ver con el de otras mañanas. Había una conciencia nueva y completa de lo ocurrido, pero también algo más leve, más íntimo y menos áspero. Fue Drake quien rompió al fin esa quietud preguntándole, con una voz todavía baja, si se encontraba bien. La pregunta, sencilla y sin subrayado, la tocó más de lo que quería admitir. Respondió que sí y, al hacerlo, se dio cuenta de que era verdad. Estaba cansada, sorprendida todavía, quizá incluso un poco alterada por el conocimiento de sí misma al que la noche la había empujado, pero bien. Extrañamente bien.



El cambio en la dinámica de la casa no fue visible al instante, al menos no para cualquiera que mirara desde fuera, pero empezó a hacerse notar en una multitud de cosas menudas que, sumadas, alteraban por completo la respiración de los días. En público, o en presencia del servicio, Drake y Cassandra siguieron conduciéndose con la misma corrección sobria de las semanas anteriores, solo que ahora, sin proponérselo de manera consciente, ese acuerdo representado se había llenado por dentro de una verdad nueva.

Cuando él la ayudaba a ponerse el abrigo, el gesto ya no era una pura cortesía útil; cuando ella alzaba los ojos al oírlo entrar en el comedor, la atención no era solo social; cuando compartían la misa del domingo o recibían al señor Bate para hablar del estado de los arrendamientos, seguían siendo, a ojos ajenos, el matrimonio hermoso y bien avenido que el pueblo comentaba en voz baja, pero los criados empezaron a percibir antes que ningún otro observador la diferencia sutil entre una buena representación y la aparición de una intimidad real. No se debía a nada escandaloso. Se debía a que Drake, al pasar detrás de Cassandra en el corredor, la tocaba a veces levemente en la cintura para apartarla y esa mano se detenía una fracción de segundo más de lo necesario; se debía a que ella, al servirle el té o al inclinarse sobre la misma mesa donde revisaban cuentas, ya no se replegaba instintivamente como antes, sino que parecía aceptar la cercanía como una circunstancia que el cuerpo reconocía; se debía también a una especie de luz discreta, difícil de definir, que a ratos se instalaba en los dos cuando creían no estar siendo vistos y que la señora Penhaligon detectó casi antes de que Cassandra lo hubiera entendido del todo.

Stormcrag, además, era una casa demasiado grande y demasiado llena de rincones, bibliotecas, galerías, despachos y salitas para que dos personas que empezaban a desearse con aquella intensidad pudieran pasar de la cama a la vida diurna sin que el deseo buscara otras formas de hacerse sitio. Drake descubrió muy pronto que la sola idea de esperar a la noche le resultaba cada vez más insuficiente, y Cassandra, que habría jurado unas semanas antes que jamás sería una mujer de un apetito tan visible, aprendió con una rapidez que la desconcertaba y la divertía por momentos a reconocer ese mismo impulso en sí misma. Bastaba encontrarse solos en la biblioteca, con la puerta cerrada y el mar golpeando a lo lejos bajo los ventanales, para que él acabara rodeándola con los brazos desde atrás, apoyando la boca en la curva del cuello, respirando con una lentitud que la dejaba sin fuerza en las piernas; bastaba que ella se quedara un momento quieta, dejando caer la cabeza sobre su hombro, para que Drake le mordiera suavemente la piel bajo la oreja y después la calmara con un beso húmedo, largo, que iba bajando por la garganta hasta convertir en pura urgencia todo cuanto hubiera quedado del trabajo o de la cuenta que estaban revisando. Cassandra, por su parte, aprendió muy deprisa a no quedarse inmóvil bajo esos asaltos,

sino a buscar también lo que quería. Si él le rodeaba la cintura, ella se arqueaba un poco para llevar las manos de Drake hacia sus pechos; si la besaba en la penumbra del corredor oeste, al regreso de alguna visita, ella respondía ya con una destreza que no tenía nada que ver con la torpeza del primer beso en la biblioteca y todo con un aprendizaje feroz del cuerpo amado. No lo era aún, tal vez, en el sentido limpio y sereno de la palabra amor, pero el cuerpo va siempre por delante de las categorías prudentes y empezaba a crear entre ambos una costumbre casi insoportable de hambre y hallazgo.

Hubo incluso una tarde, una de esas tardes de luz larga en que el viento parecía haberse retirado un poco del lado del acantilado y la casa respiraba con una quietud engañosa, en que la conversación sobre un envío de madera para el muelle terminó del modo más impropio y más inevitable en la biblioteca. Cassandra estaba sentada junto a la mesa, revisando la calidad de la letra de un proveedor de Truro, cuando Drake, que había permanecido un buen rato de pie detrás de ella observando por encima de su hombro el papel sin ver en realidad una sola línea, apoyó las manos en los brazos del sillón y se inclinó hasta rozarle el cabello con la boca. Ella no se volvió de inmediato. Sintió primero la respiración de él, luego el beso apenas insinuado junto a la sien, y solo entonces levantó la vista. No hubo palabra alguna que justificara lo que vino después. Drake la giró en el asiento, la besó con una intensidad que ya no nacía de la rabia o del sobresalto, sino del puro conocimiento de lo que esa boca sabía dar y pedir, y Cassandra, todavía sentada, le abrió enseguida las piernas para que él se colocara entre ellas. Cuando la mano de Drake se deslizó por el corpiño y ella, sin mirar, se apresuró a guiarla hacia el pecho con una urgencia que lo hizo estremecerse entero, él tuvo que cerrar los ojos un segundo, no por ternura ni por orgullo, sino porque algo tan simple y tan entregado en ese gesto le tocó una región interna donde no había previsto que ella pudiera alcanzarlo todavía. Después las manos de ambos hicieron lo que la prudencia no habría aprobado y, mucho antes de que la noche los encerrara en la cama, encontraron uno en otro una forma de alivio que tuvo tanto de necesidad compartida como de juego recién aprendido. Fue Cassandra quien, al recobrar el aliento, se echó a reír primero, con la cara escondida en el hombro de Drake y una incredulidad tan viva que él acabó riéndose también, aunque lo último que le provocara

esa mujer fueran nunca ganas de tomarse a la ligera la intensidad con que lo desarmaba.

No siempre había tiempo para tanto. A veces eran solo besos robados en el descansillo de la escalera principal, cuando sabían que el servicio estaba lejos; otras, un momento en el vestidor, con la puerta casi cerrada y el sonido de pasos en el corredor bastando para volver más afilado el peligro; otras, la sombra de la tarde en el cuarto de costura, vacío en ciertas horas, donde Cassandra llegó a descubrir que la lengua de Drake en el lóbulo de la oreja bastaba para dejarle el cuerpo entero inútil durante varios minutos. Y después estaban las noches. Drake cumplía el pacto de compartir la cama desde el primer día, pero ahora ya no la compartía desde la abstinencia vigilante de las primeras semanas, sino con una pasión cada vez menos negociada y más franca. Cada noche consumaba el matrimonio, sí, y lo hacía no como un hombre que cobraba un derecho, sino como uno que volvía una y otra vez a un cuerpo que nunca dejaba de desear. Cassandra lo descubría de formas nuevas casi cada vez. Había noches lentas y otras llenas de una urgencia apenas contenida; noches en que el deseo los volvía casi imprudentes y otras en que el descubrimiento se demoraba, cuerpo a cuerpo, como si aún quedaran territorios por reconocer. El cuerpo de Drake, esa mezcla de fuerza, contención y hambre, se le había vuelto a Cassandra familiar con una rapidez asombrosa, y ella había empezado a entregarle el suyo no solo con consentimiento, sino con deseo claro, con una avidez que de día la sonrojaba al recordarla y de noche le resultaba tan natural como respirar.

Los criados, desde luego, se dieron cuenta. No con un sobresalto único, sino con la acumulación de detalles que ningún ojo doméstico dejaba escapar. La señora Penhaligon, que nunca habría comentado nada vulgar, empezó a pedir a Annie que aireara la habitación algo más tarde por las mañanas; Wilmot dejó de sorprenderse al ver al señor regresar a la mesa del desayuno con un segundo botón mal abrochado; una doncella joven fue reprendida por quedarse embobada mirando la marca rojiza que un día asomaba en el cuello de la señora por encima del encaje de luto, y el resto del servicio, sin necesidad de decirlo en voz alta, asumió con esa sabiduría práctica de las casas bien organizadas que el matrimonio de sus señores había dejado de ser una mera conveniencia tranquila para convertirse en otra cosa, más viva y más difícil de fingir. Cassandra lo advirtió una

mañana, al encontrar en la bandeja del desayuno dos naranjas cortadas en lugar de una y un arreglo distinto en las tazas, como si de pronto la intimidad de la habitación se hubiera vuelto una costumbre que debía ser atendida con otra lógica. La irritó un momento y luego, contra su voluntad, acabó sonriendo. Drake, al verla, preguntó el motivo, y ella, que no pensaba explicarle la disposición de la bandeja, negó con la cabeza y siguió tomando el café. Él la observó un instante más y la besó en la nuca antes de sentarse. Ese gesto, tan simple y ya tan suyo, bastó para hacerle olvidar cualquier irritación.

Lo más decisivo, sin embargo, no era el deseo, ni siquiera la facilidad cada vez mayor con que ambos encontraban dentro de la casa momentos robados para tocarse. Era que Cassandra empezaba a confiar en él, y esa confianza no llegó como una iluminación ni como un perdón repentino, sino a través de cosas menudas y obstinadas que, repetidas, acababan pesando más que las grandes frases. Empezó a confiar cuando vio que Drake no movía una sola partida importante del presupuesto sin sentarse antes con ella a revisarla, aunque la cifra estuviera dentro de las que él podía haber pagado sin pedir parecer alguno; cuando comprobó que el dinero de su madre seguía intacto y perfectamente separado, sin una sola insinuación de tocarlo «por necesidad» ni de integrarlo discretamente en el conjunto; cuando lo oyó discutir con Penrose en términos que dejaban claro, sin teatralidad alguna, que quería asegurarle una posición sólida si a él le ocurría algo en el mar y que no consideraba esa previsión una condescendencia, sino una obligación entera. También cuando observó la forma en que trataba a la señora Pendarvis una semana después de su visita, no como quien realizaba una obra de caridad bonita ante su esposa, sino como un hombre que entendía de verdad que las casas como Stormcrag arrastraban obligaciones morales además de cuentas. Habían ido juntos, esta vez, a dejarle noticias sobre la asignación que Cassandra había conseguido arrancar de los números y de la buena voluntad de Drake, y la joven viuda, al verlos entrar, sonrió con un alivio tan sincero que Cassandra, por primera vez desde que supo lo del naufragio, sintió que el peso de la sospecha encontraba frente a sí otro peso real, no menos importante: el del hombre presente, el de sus actos de ahora, el de la evidencia material de que no estaba tratando de vengarse de ella a través de la casa ni a través del poder que tenía sobre su cuerpo.

Aun así, la herida del pasado no desapareció. Seguía ahí. Drake no había terminado de contarle la historia, y Cassandra no estaba dispuesta a fingir que unas noches apasionadas y una administración cuidadosa bastaban por sí solas para cerrar una cuestión de ese tamaño. Pero la confianza empezó a crecer precisamente en ese terreno imperfecto, no como una ceguera enamorada, sino como la decisión paulatina de creer en ciertas partes de él incluso mientras otras seguían pidiendo la verdad. Había tardes en que, al verlo trabajar en el despacho con la concentración dura que tan propia le era, o al verlo volver del muelle con el abrigo húmedo y la cara más viva por el viento, Cassandra se sorprendía observándolo no desde la desconfianza pura, sino desde una curiosidad más honda y más peligrosa. Empezó a preguntarse en qué clase de hombre se había convertido tras la pérdida de su padre en el mar, los años fuera, el comercio, la dureza de abrirse paso sin apellido ni contactos y la decisión última de no dejar hundirse Stormcrag aunque para impedirlo hubiese consentido en encadenarla a él. Y, a medida que esa curiosidad crecía, lo hacía también algo que ella no estaba todavía preparada para nombrar, pero que iba pareciéndose menos al simple deseo y más a un vínculo.

Drake lo percibía. Percibía que el cuerpo de Cassandra ya no lo recibía solo con hambre, sino con un abandono más confiado; percibía también que ella empezaba a mirarlo a veces como si quisiera entender, no solo gozar o resistirse. Eso lo volvía más cauto en unas cosas y más vulnerable en otras. Había pensado, al principio, que podría administrar el matrimonio como administraba un barco en un mar difícil: con firmeza, previsión y el mínimo de sentimentalismo útil. Ahora se encontraba deseando a su esposa con una intensidad que ninguna experiencia previa le servía para domesticar y, al mismo tiempo, preocupado de una manera completamente nueva por lo que ella pensara, no de su eficacia, ni de su dinero, ni siquiera de su valor, sino de él. Había noches en que, después de tomarla y sentirla dormirse de nuevo contra su hombro, se quedaba mirando el techo en la oscuridad con la incómoda certeza de que estaba entrando en un territorio menos gobernable que el deseo. Y había mañanas en que, al encontrarla junto a la ventana con el cabello aún suelto y la luz del mar entrando por detrás, le parecía imposible no pensar que aquella relación, nacida de la violencia de un testamento y de una decisión indigna, había empezado en la

práctica, aunque la teoría la negara, a parecerse al comienzo verdadero de una vida compartida.

Cassandra lo comprendió del todo una noche especialmente tranquila, sin tormenta, sin visitas, sin necesidad de revisar cuentas ni de apresurar la cena por ninguna razón. Habían pasado el día dentro y fuera de la casa, entre el embarcadero, dos cartas de Truro, una discusión mínima sobre la tapicería del salón azul y un largo rato en la biblioteca donde no había ocurrido nada más escandaloso que un beso en el cuello capaz de deshacerla durante diez minutos. Más tarde, ya acostados, Drake la tomó con una mezcla de ternura y hambre que le resultó por algún motivo más conmovedora que las noches de mayor violencia, y después de amarla se quedó con ella entre los brazos, sin prisa por apartarse, hablando, no de grandes cosas, sino de un caballo que convenía vender, de la nieve temprana en un puerto del norte que él había visto una vez siendo muy joven, de la forma en que el mar cambiaba de color al amanecer cuando uno llevaba muchas horas despierto sobre cubierta. Cassandra lo escuchaba con la cabeza apoyada en el pecho de él y comprendió, con una sencillez que casi le dolió, que había empezado a fiarse no solo de las manos que la sostenían, sino de la voz que hablaba en la oscuridad sin querer impresionarla ni ocultarse. Y fue ahí, en la cama donde tantas veces había temido perderse y donde empezaba en realidad a encontrarse de una manera nueva, donde aceptó por primera vez, sin discutirlo aún consigo misma, que estaba empezando a confiar en Drake Carrick.



Capítulo 10

La primavera llegó a Stormcrag no con esa alegría franca y luminosa que en otros lugares parecía anunciar una tregua, sino con una forma más ambigua de claridad, porque en la costa el buen tiempo nunca borraba del todo la aspereza de la piedra ni la memoria del viento, y aun así bastaban dos o tres semanas de días más largos, un sol más persistente sobre la ensenada y el regreso de cierto olor a tierra removida en los prados del interior para que la casa entera pareciera reclamar de nuevo el tipo de tareas que solo se acometían cuando el invierno retiraba por fin la mano. Cassandra lo sintió casi desde los primeros días de abril. Las ventanas podían abrirse más tiempo sin que el aire se volviera enseguida hostil, las alfombras retenían menos humedad, las colchas pesadas empezaban a sobrar en algunas habitaciones y el servicio entero, por mucho que la rutina siguiera siendo la misma, se movía con una energía algo más ligera, como si la estación hubiera aflojado una cuerda invisible dentro de todos. Fue entonces cuando Cassandra decidió revisar a fondo los muebles, los suelos y las alfombras de la casa.

No era una ocurrencia caprichosa ni una distracción doméstica nacida del buen tiempo, sino una de esas campañas materiales que Stormcrag exigía de tanto en tanto para no dejar que el desgaste se convirtiera, a fuerza de tolerarlo, en una segunda naturaleza. Las habitaciones principales habían aguantado el invierno con una dignidad aceptable, pero Cassandra conocía demasiado bien cada rincón como para ignorar la fatiga acumulada en los bordes de las alfombras, en el brillo apagado de ciertas maderas, en la tapicería vencida de dos butacas del salón azul, en la grieta larga de una consola del corredor sur y en la cama de una de las alcobas del ala este, cuyo pie llevaba años amenazando con rendirse del todo. Además, sabía que en el desván se guardaban todavía piezas suficientes para aliviar el estado de varias estancias. Su abuela paterna había sido una gastadora impenitente en materia de decoración y poseía, según la tradición familiar repetida con orgullo, la costumbre de renovar alfombras, cortinajes y parte del mobiliario con una frecuencia que no tenía ninguna relación sensata con las

necesidades reales de la casa. A sir Thomas aquello le había parecido siempre una necedad heredada de una mujer incapaz de tomarse en serio la administración; Cassandra, en cambio, había bendecido más de una vez la existencia de ese excedente, porque la manía de su abuela, guardada durante décadas bajo lonas y polvo en el desván, les había evitado ya no pocos gastos.

Subió, pues, una mañana clara con la señora Penhaligon y un manojo de llaves, decidida a hacer recuento de cuanto pudiera rescatarse. El acceso al desván no era cómodo. Había que tomar la escalera secundaria que nacía detrás de la antigua sala de estudio de sir Thomas, seguir un corredor angosto y luego subir otros peldaños más estrechos hasta llegar a una puerta baja cuyo marco obligaba incluso a la señora Penhaligon, siempre tan erguida, a inclinar un poco la cabeza. Al abrirla, el aire encerrado durante meses salió con ese olor espeso a madera vieja, tela, polvo y tiempo detenido que Cassandra recordaba bien de otras incursiones similares, aunque esa vez le pareció más soportable que en inviernos anteriores porque la mañana se había alzado templada y un sol oblicuo entraba ya por las pequeñas ventanas altas, trazando en el polvo una claridad casi dorada.

El desván de Stormcrag no era una simple acumulación caótica de trastos, sino una segunda memoria material de la casa, organizada, a pesar del abandono aparente, con el orden severo de las grandes mansiones donde nada se tiraba del todo mientras conservara una posibilidad de utilidad. Había allí muebles cubiertos con sábanas amarillentas, cajas etiquetadas con una letra desvaída, biombos, espejos, marcos, lámparas de aceite desechadas al llegar las nuevas, un arcón lleno de ropa blanca que ya nadie usaría y, apiladas en un lateral más seco, varias alfombras enrolladas y envueltas en telas de protección. Cassandra empezó por estas. Con la ayuda de la señora Penhaligon abrió una, luego otra. La primera estaba casi comida por las polillas. La segunda, en cambio, conservaba un dibujo bastante vivo y un estado excelente, ideal para sustituir la del corredor del ala este. Hallaron dos más en condiciones muy aceptables, una de tonos apagados que podría ir al salón pequeño y otra, algo más rica, tal vez demasiado buena para la vida diaria, que Cassandra reservó para el comedor azul. Después pasaron a los muebles. Levantaron lonas, descartaron de inmediato dos mesas cuya madera ya no merecía esfuerzo alguno y salvaron, en cambio, una cómoda francesa de

nogal que la señora Penhaligon aseguró recordar en el dormitorio de la abuela y que, con limpieza y pequeños arreglos, podría reemplazar la pieza coja del cuarto del sur. Encontraron también dos sillones de respaldo alto, pasados de moda pero enteros, y una consola de mármol veteado cuyo pie, a diferencia de la que usaban ahora en el corredor, no mostraba grieta ninguna. Cassandra fue tomando nota con la concentración viva que siempre le despertaban las tareas de resurrección material. Había en aquel trabajo una satisfacción especial, porque no se trataba solo de ahorrar dinero, sino de arrancar utilidad a la propia memoria de la casa, de obligar al pasado a servir todavía al presente sin necesidad de venerarlo.

Una hora después, el calor bajo el tejado empezaba a hacerse sentir. La señora Penhaligon, que había soportado hasta entonces el polvo con la resignación eficaz de quien no se permitía ascos donde había trabajo, dejó al fin las manos sobre la falda y dijo que bajaría a buscar a dos lacayos y a un par de mozos para empezar a mover cuanto antes las piezas seleccionadas, no fuera a cambiar el tiempo y volverse imposible la tarea por la tarde. Cassandra asintió. Quedaba aún por revisar un sector del fondo donde se amontonaban cajas menores, cajones y objetos envueltos en telas viejas, y no le disgustaba la idea de curiosear a solas unos minutos mientras la señora Penhaligon organizaba el descenso de la expedición.

Cuando se quedó sola, el desván recuperó otra clase de silencio, uno más espeso y casi íntimo, roto solo por el murmullo remoto de la casa y por el crujido del tejado al calentarse bajo el sol de primavera. Cassandra se apartó un mechón de cabello que el esfuerzo le había soltado y avanzó hacia el fondo, donde las cajas apiladas mostraban edades distintas. La mayoría eran viejas, de madera oscurecida, con etiquetas ya medio comidas o números trazados a tinta de un tiempo en que la escritura doméstica de las grandes casas parecía una prolongación del orden moral. Pero una de ellas le llamó enseguida la atención precisamente porque no se parecía a las demás. No era nueva, desde luego; en Stormcrag nada realmente útil llegaba a ser nuevo por mucho tiempo. Sin embargo, estaba menos comida por los años, la madera parecía más seca, los herrajes guardaban menos óxido y, sobre todo, no tenía la pátina del resto, esa capa casi ceremonial de abandono paciente que los objetos adquirían cuando llevaban décadas sin que nadie los tocara. Parecía una caja traída allí en fecha mucho más reciente y dejada en ese rincón con la intención

de que se confundiera con las otras sin pertenecer de verdad a su misma familia.

Cassandra se agachó y la estudió mejor. No había etiqueta visible. La tapa estaba cerrada, pero no clavada. Le bastó levantar los pestillos para sentir, antes incluso de abrirla del todo, la extrañeza de lo que estaba haciendo, una mezcla de curiosidad legítima y de recelo muy concreto, como si algo en aquella caja hubiera estado esperándola desde hacía tiempo. La abrió.

No encontró ropa vieja, ni cartas familiares inocuas, ni cuentas domésticas ya prescritas, sino papeles. Una carpeta de cuero, dos fajos de documentos atados con cinta, varios sobres y un pequeño libro de caja. La visión misma de aquel material, tan fuera de lugar entre alfombras y muebles, le produjo un pinchazo de alarma. Se sentó en el suelo sin pensarlo, apartó el polvo de la tapa con la palma de la mano y empezó a revisar. El primer sobre contenía correspondencia comercial. La letra era de Penrose. El destinatario era sir Thomas. La fecha, once años atrás. Cassandra leyó la primera página y notó cómo la sangre le descendía poco a poco desde la cara hacia un centro más duro del cuerpo. La carta hablaba de una sociedad marítima, de obligaciones asumidas por terceros, de la conveniencia de no hacer constar todavía ciertos extremos para evitar alarmas prematuras entre los acreedores menores. No era aún bastante para entender el conjunto, pero sí lo suficiente para advertir que aquello no pertenecía al orden normal de una inversión malograda, sino a una maniobra más compleja y más turbia.

Siguió. Abrió la carpeta de cuero. Dentro había copias de pagarés, borradores de acuerdos, un escrito de cesión parcial y varios documentos que llevaban repetido, una y otra vez, un nombre que esta vez no la sorprendió y, precisamente por eso, la heló de manera más profunda: Alasdair Carrick. No todos los papeles estaban firmados por él, pero sí los suficientes como para dejar claro que la quiebra de la empresa que había arruinado a aquel hombre, o terminado de hacerlo, no había sido un accidente aislado de mercado ni una simple mala gestión devorada por el mar y la mala suerte. Había socios, había avales, había absorciones de deuda y había, sobre todo, una intervención sostenida de sir Thomas en puntos que no cuadraban con la versión inocente de un préstamo a un hombre caído en desgracia. Cassandra no era jurista, pero sabía leer cuentas y correspondencia con una inteligencia bien adiestrada por años de

supervivencia doméstica. Lo que veía no era un simple riesgo compartido entre caballeros. Era algo mucho más próximo a una maniobra diseñada para cubrir pérdidas propias desplazándolas, en el momento oportuno, sobre un socio más expuesto. Y ese socio llevaba el apellido Carrick.

Se quedó muy quieta, con un pliego entre los dedos, sintiendo cómo el desván entero se volvía de pronto más sofocante, más estrecho, como si el aire encerrado bajo el tejado hubiera perdido de golpe toda neutralidad. Volvió a mirar la fecha, luego otra. Los documentos se extendían a lo largo de casi dos años. Había cartas de Penrose recomendando prudencia en la formulación de ciertos compromisos; notas manuscritas de sir Thomas en los márgenes, donde una frialdad de propietario ofendido atravesaba la letra incluso con el paso del tiempo; había un balance donde parte de las pérdidas de una operación aparecían redistribuidas de una manera que Cassandra, con un estremecimiento, supo que no se sostenía sin manipulación deliberada. Y, al fondo de la carpeta, encontró lo peor: un borrador, probablemente nunca enviado, donde Penrose advertía a sir Thomas de que, si la firma Carrick no lograba responder al segundo vencimiento, la caída sería total y pública, pero que esa caída permitiría a Stormcrag salvar posición y liquidez a corto plazo siempre que la correspondencia previa sobre determinadas garantías no saliera a la luz.

No fue solo la sospecha lo que creció en ella, sino una certeza aún informe y por eso mismo más perturbadora. La quiebra del padre de Drake no había sido limpia. No era, como el pueblo quizá había transformado luego en rumor de naufragio y deuda moral, un simple infortunio marítimo seguido de una negativa orgullosa de sir Thomas a prestar auxilio en una tormenta, aunque esa negativa hubiera existido. Había algo anterior, algo financiero y deliberado, una sombra de deslealtad comercial que convertía la historia entera en una forma más compleja y más fea de ruina. Y Drake, pensó Cassandra con una punzada tan viva que tuvo que cerrar un momento los ojos, debía de saberlo o, al menos, sospecharlo con una intensidad muy distinta de la suya. Tal vez por eso había guardado silencio. Tal vez por eso no había querido contarlo todo de una vez. Y tal vez por eso, precisamente, el matrimonio adquiría ahora un sentido aún más ambiguo, porque ya no bastaba con preguntar si había venganza o no la había. Había justicia, quizá; reparación; o una

mezcla que ella todavía no estaba en condiciones de nombrar sin equivocarse.

La puerta del desván se abrió a sus espaldas. Cassandra se volvió con una rapidez que delató más de lo que le habría gustado. Era la señora Penhaligon, seguida de dos lacayos y de un mozo. El ama de llaves se detuvo al verla sentada en el suelo con los papeles alrededor y, sin necesitar más que una ojeada, comprendió que aquello no pertenecía al orden de las antiguas alfombras.

—¿Señora? —dijo.

Cassandra tardó una fracción de segundo en responder.

—Llévense la cómoda y déjenlas en el almacén para su limpieza, como hemos dicho. Y que nadie toque esta caja.

La señora Penhaligon hizo una pausa breve.

—Sí, señora.

Aquella obediencia sin preguntas salvó a Cassandra del temblor que había empezado a notar ya en las manos. Esperó a que el ama de llaves diera instrucciones a los hombres y a que estos, obedientes y ajenos al significado de lo que había ocurrido en el fondo del desván, empezaran a mover muebles y rollos de alfombra. Solo entonces recogió los documentos con una lentitud forzada, procurando restituir a su respiración una normalidad de la que estaba muy lejos. No quería leerlos más allí, bajo el tejado, con el polvo y el calor y la presencia del servicio. Tampoco quería cerrar la caja y fingir que podía dejarla donde estaba. Se puso en pie, tomó la carpeta principal y dos de los fajos de cartas, y le dijo a la señora Penhaligon que aquello bajaría con ella. El ama de llaves no preguntó. Solo hizo una inclinación mínima de cabeza y siguió vigilando a los mozos mientras cargaban la cómoda.

Cassandra descendió sola con los papeles apretados contra el pecho. El trayecto por la escalera de servicio, el corredor estrecho y luego la bajada hacia el piso principal se le hizo extrañamente largo, como si cada peldaño fuera dándole tiempo de más para pensar en lo que acababa de ver sin ofrecerle todavía ninguna conclusión útil. Al llegar a su habitación dejó la carpeta sobre la cama, cerró la puerta y volvió a leer. Esta vez con más cuidado. La impresión no mejoró. Al contrario. Cuanto más unía fechas y nombres, cuanto más comparaba sumas, más evidente se volvía que sir Thomas había actuado en esa quiebra de una forma cuando menos dudosa y, probablemente, ruin. No alcanzaba a saber qué sabía exactamente

Drake, ni si había visto estos mismos papeles, ni si la historia del naufragio había borrado para el pueblo la historia más vieja y más seca de una ruina preparada desde los despachos, pero sí entendía ya dos cosas con una claridad nueva: la primera, que su padre no había sido solo un hombre orgulloso y mezquino en lo doméstico, sino también capaz de una deslealtad fría en los negocios; la segunda, que el matrimonio con Drake quedaba ahora atravesado por una capa de sentido todavía más peligrosa, porque si él había llegado hasta ella sabiendo esto, entonces la cláusula, la deuda y el deseo que crecía entre ambos se apoyaban todos sobre un suelo mucho menos estable de lo que había creído.

Se sentó en el borde de la cama, con una carta de Penrose abierta sobre la falda, y sintió cómo la duda se le iba extendiendo por dentro como una humedad lenta. No era ya la duda simple de una mujer que sospechaba haber sido engañada por un hombre y buscaba reducirlo todo a una sola intención para protegerse. Era peor. Era la conciencia de que quizá Drake no le había mentido al negar la venganza y, sin embargo, tampoco la verdad completa podía ser inocente. Tal vez la había querido salvar y reparar algo al mismo tiempo. Tal vez el deseo de impedir la ruina de Stormcrag se mezclaba en él con la necesidad de no dejar impune aquello que había arruinado a su padre. Tal vez el cuerpo que ahora conocía tan bien y en el que empezaba, contra toda prudencia, a descansar una parte de sí misma, pertenecía a un hombre que seguía sosteniendo, bajo la calma y el deseo, una cuenta mucho más vieja que ella.

Cuando oyó el paso de Drake en el corredor, Cassandra alzó la cabeza con una lentitud que no tenía ya nada de sobresalto. Miró los papeles una vez más y luego la puerta cerrada. No pensó que debiera enfrentarlo aún. Ni que pudiera hacerlo sin leerlo todo primero. Lo que acababa de encontrar exigía algo más que una escena; exigía comprensión, fechas, nombres, el orden entero del daño. Aun así, una certeza fría se instaló en ella antes de que él llamara: la duda había crecido demasiado para seguir viviendo a su lado como si nada se hubiera movido. Y la primavera, con toda su luz nueva sobre Stormcrag, no traía esta vez alivio, sino un tipo distinto de amenaza, menos espectacular que la tormenta sobre el acantilado y quizá por ello mismo más profunda.



Capítulo 11

Los papeles hallados en el desván no abandonaron a Cassandra en los días siguientes ni un solo momento del todo, aunque se obligó a no precipitarse. Leyó dos veces la correspondencia, volvió sobre las cifras, comparó fechas y nombres, apartó lo que no entendía y dejó a un lado, en una carpeta distinta, todo cuanto bastaba para sostener una sospecha seria sin necesidad de adornarla con imaginaciones. Había en aquellos documentos una frialdad mercantil que le revolvía más el estómago que la violencia directa de una escena doméstica, porque revelaban en sir Thomas una clase de dureza distinta de la que ella había conocido desde niña, más calculada y más cobarde, una disposición a salvar lo propio aun a costa de empujar a otro hombre hacia el borde, y aquel hombre, además, llevaba el apellido de Drake. No sabía todavía qué había llegado a conocer él por documentos y qué por la memoria rota de los supervivientes, ni cuánto de la quiebra se había mezclado después con la historia del naufragio hasta formar en el pueblo una sola herida, pero cuanto más repasaba las cartas de Penrose y los borradores con anotaciones de su padre, más difícil le resultaba seguir sosteniendo la imagen nítida y cómoda de un Drake simplemente práctico, o simplemente agraviado, o simplemente peligroso. Todo en él empezaba a complicarse, y esa complejidad, que habría debido devolverla a una vigilancia fría, la arrastraba en cambio hacia un territorio todavía peor: el de la comprensión.

No quiso abordarlo en el despacho pequeño ni en la biblioteca. Le parecía obsceno convertir aquella conversación en una prolongación de las cuentas o de los papeles. Esperó a una tarde de cielo alto y viento moderado, una de esas tardes de abril en que la luz se quedaba un poco más sobre la línea del mar y Stormcrag parecía respirar con menos peso. Drake había pasado buena parte de la mañana fuera, entre el muelle y los arrendamientos del sur, y regresó con las botas marcadas de barro seco y la levita abierta, como si el cuerpo entero trajera todavía encima el aire del campo. Cassandra lo oyó entrar en el vestíbulo, dar dos instrucciones a Wilmot y preguntar después por una carta que debía llegar de Plymouth. Cuando apareció en el salón de mañana, donde ella fingía ordenar

unos libros de su madre, supo al verla que no estaba allí por casualidad.

—¿Tienes un momento? —preguntó Cassandra.

Drake dejó la carta sin abrir sobre una mesita y asintió. No había en él prevención visible, pero sí esa atención instantánea que reservaba para aquello que, por razones materiales o íntimas, no podía permitirse tomar a la ligera.

—Desde luego.

Cassandra cerró el libro que tenía entre las manos y lo dejó aparte con un cuidado que solo delataba más la tensión. No le mostró los documentos, no lo acusó tampoco, ni empezó por el nombre del padre. Lo miró unos segundos, obligándose a elegir bien no solo las palabras, sino la temperatura entera de la escena.

—He estado leyendo algunas cosas de mi padre —dijo al fin—. Papeles antiguos. Negocios. Correspondencia.

Drake no se movió. Tampoco fingió no entender.

—Ya.

—No te preguntaré qué hizo mi padre. Eso puedo verlo sola. Te preguntaré otra cosa. ¿Hasta dónde sabías tú?

La luz de la tarde caía sobre el hombro de él y sobre la alfombra con una claridad tan serena que el contraste con la pregunta resultó casi cruel. Drake bajó los ojos un instante, no por cobardía, sino como quien mide el terreno antes de apoyar el peso.

—Lo bastante para no confiar en la limpieza de aquella quiebra —respondió—, pero no para reconstruir cada cifra ni cada carta.

Cassandra respiró despacio. No era una evasiva. Tampoco una confesión plena. Justamente esa ambigüedad era lo que la dejaba a medias entre la irritación y el alivio.

—Entonces sospechabas que mi padre había hecho algo más que negarse a enviar ayuda una noche de tormenta.

—Sí.

—¿Y aun así me obligaste a casarme contigo sin decírmelo?

Drake mantuvo los ojos en ella.

—No te obligué. Lo sabes tan bien como yo.

La precisión de la frase la hirió y al mismo tiempo le impidió simplificarlo todo a su favor. Cassandra apartó la vista un momento hacia la ventana.

—No intentes corregir mis palabras para limpiar el hecho.

—No intento limpiarlo. Intento nombrarlo bien.

—Siempre haces lo mismo.

Drake se acercó solo un paso, lo suficiente para salir del borde cómodo de la habitación sin invadirla del todo.

—Cassandra, si te hubiera puesto delante esos papeles en la biblioteca la víspera de la boda, o al día siguiente del entierro, habrías creído con razón que los estaba usando contra tu padre para empujarte con más fuerza hacia mí. Y no estaba dispuesto a hacer eso.

Ella soltó una risa breve, no alegre, sino fatigada.

—Qué generosidad tan bien calculada.

—No era generosidad.

—No. Ya veo que no.

El silencio que siguió no fue hostil del todo. Cassandra conocía ya demasiado bien la forma en que Drake se movía entre verdades parciales cuando todavía no sabía entregar la verdad entera sin sentir que traicionaba algo, pero por primera vez empezó a sospechar que esa reserva no obedecía solo al deseo de control, sino también a una clase de pudor muy masculino, áspero y poco amable, que tenía que ver con el padre muerto, con la humillación heredada y con una herida que ni el tiempo ni el dinero habían corregido de verdad.

—¿Quieres que te pregunte otra vez si esto es venganza? —dijo ella, más bajo.

Drake tardó un segundo en responder.

—No. Porque ya sabes que no basta esa palabra.

Cassandra lo miró y en esa frase, tan desnuda y tan poco complaciente, sintió de golpe la forma exacta de lo que llevaba días rondándola sin terminar de fijarse. No era venganza limpia. No era justicia limpia. No era amor, desde luego, o no lo había sido al principio. Era algo más enredado y, precisamente por ello, más difícil de odiar con pureza.

—Eso no mejora nada —murmuró.

—No lo pretendía.

Volvió a callarse. Ella también. La tarde seguía inclinándose sobre la habitación y el mar, al fondo, tenía ese color de metal pálido que aparecía cuando el sol empezaba ya a retirarse y el viento aún no había decidido si endurecerse o dormir. Cassandra pensó que debería seguir exigiendo claridad, que todavía tenía derecho a ella, que no estaba dispuesta a perdonar con el cuerpo lo que no

terminaba de comprender con la cabeza. Y, sin embargo, lo que salió de su boca fue otra cosa.

—He intentado odiarte por eso con la limpieza que mereces —dijo —. Pero no me está resultando tan fácil como debería.

Drake no parecía hombre al que una frase así pudiera sorprender por fuera, pero algo en la mirada se le alteró un poco, como si hubiera oído en ella mucho más de lo que Cassandra pretendía haber dicho. Dio otro paso. Ahora estaban ya demasiado cerca para una conversación inocente y ambos lo sabían.

—A mí tampoco me está resultando tan fácil nada de esto como debería —respondió.

La ambigüedad de la frase se quedó entre los dos con una tensión casi física. Cassandra sintió el cuerpo atento antes de que él la tocara. No se apartó. Tampoco se acercó más. Fue Drake quien levantó la mano y le rozó la línea del cuello con los nudillos, con una suavidad que desarmó por completo la última defensa razonable de la escena. Cassandra cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió de nuevo, él ya la estaba mirando como solo se mira a alguien a quien se ha llevado demasiadas noches en la cabeza.

—No debería —dijo ella.

—Probablemente no.

No hubo más discusión. El beso llegó no como ruptura violenta, sino como consecuencia de una intimidad que llevaba días creciendo en silencio y que había encontrado por fin una fisura distinta a la de la pura rabia. Drake la besó despacio al principio, como si quisiera tomar la medida exacta de aquel momento, y Cassandra respondió con una entrega que ya no tenía la torpeza del principio, sino otra cosa más peligrosa, una confianza física que se había ido formando entre ambos al margen de la prudencia. La mano de él le subió por la espalda y la llevó hacia sí sin brusquedad, recogiendo la cintura, la curva del cuerpo, mientras la otra se quedaba en su nuca sosteniéndo el beso con una firmeza casi tierna. Cassandra apoyó las manos en el pecho de Drake y luego en los hombros, no para frenarlo, sino para sentir mejor la solidez de aquello que estaba haciendo, de él, de sí misma, del modo en que el deseo había dejado ya de ser un sobresalto y se había convertido en una corriente continua.

La tarde se les deshizo alrededor casi sin ruido. Pasaron del salón a la biblioteca, o quizá fue solo que la puerta quedó cerrada y el resto de la casa se retiró a una distancia suficiente, y allí, entre la luz ya

más baja y el mar golpeando al fondo de los cristales, la intimidad encontró una hondura distinta de la de las noches precipitadas por el hambre. Drake la besó hasta dejarle la boca blanda, le recorrió el cuello, la clavícula, el nacimiento del pecho por encima del vestido y luego por debajo, con una lentitud que parecía menos ansiosa y más atenta, como si quisiera recordar el cuerpo de Cassandra incluso mientras lo tenía entre las manos. Ella había aprendido deprisa, sí, pero no solo a responder. Había aprendido también a pedir. Le tomó la muñeca para conducirle la mano, alzó el rostro para buscarle la boca otra vez, se arqueó contra él sin vergüenza cuando el roce la encontró donde más la deshacía, y esa mezcla de curiosidad y abandono enterneció a Drake de una forma que no había previsto en sí mismo. No estaban ya en el descubrimiento puro del primer asombro; estaban entrando en otra región, más emocional y quizá por ello más peligrosa, donde cada caricia parecía decir algo del otro que no se habría sabido expresar del todo con palabras.

Cuando él la llevó hasta el sofá bajo la ventana y Cassandra quedó recostada, con la falda desordenada y la respiración rota, el placer no llegó a ella como una sorpresa brutal, sino como una ola más amplia, más profunda, intensificada por la conciencia cada vez más clara de que Drake no estaba allí solo por deseo, sino por una forma extraña y creciente de devoción corporal que la dejaba sin defensas. Él la tocó con una paciencia que ya no tenía nada de ensayo, la besó hasta que ella lo llamó por su nombre con la voz deshecha y, al oírlo, se le quebró dentro algo parecido a la prudencia. Cassandra descubrió que el placer podía volverse más hondo cuando estaba tejido con esa confianza nueva, con el conocimiento de cómo respiraba él, de cuándo iba a mirarla, de qué modo el cuerpo de ambos empezaba a entenderse casi antes que las manos. Cuando llegaron juntos al clímax y se perdieron un momento en él, no hubo la violencia ardiente de otras veces, sino una intensidad más completa, más íntima, como si lo compartido hubiera dejado de ser únicamente físico sin dejar de serlo por ello.

Después quedaron un rato en silencio, sin arreglarse de inmediato ni recomponer demasiado la ropa, mientras la tarde terminaba de caer. Drake le alisó el cabello de la sien hacia atrás con los dedos. Cassandra seguía con la cabeza apoyada en el brazo del sofá y una mano cerrada sobre la manga de él, no por necesidad de sostenerse, sino porque no quería soltarlo todavía. Pensó en los documentos.

Pensó también en el hecho casi escandaloso de que, incluso con esa duda creciendo dentro, el cuerpo de Drake se le hubiera vuelto ya un lugar de descanso. No era una contradicción que pudiera resolverse. Era, quizá, la forma misma en que empieza el amor cuando no tiene permiso para parecerse a sí mismo.

Bajaron después a la realidad con cierta lentitud. Cassandra se arregló un poco para que el servicio no tuviera motivo de escándalo al verla; Drake permaneció un momento junto a la ventana mientras ella rehacía el corpiño y se recogía mejor el cabello. No hablaron del futuro ni del pasado inmediato. La conversación ambigua seguía viva entre ellos, pero por una vez no resultó necesario cerrarla con una conclusión. Salieron de la biblioteca con la luz ya encendida en los corredores, y la casa los recibió con esa mezcla de costumbre y discreción que Stormcrag había perfeccionado durante generaciones.

La actividad de Drake, sin embargo, no se limitaba ya a Stormcrag ni al cuerpo de Cassandra, y aquella misma noche, antes de cenar, recibió la visita de un hombre llegado desde Plymouth con noticias de uno de sus barcos. Era Stephen Harbury, su agente principal en asuntos de carga y seguros, un hombre delgado, de modales tan secos como eficaces, que no se presentaría jamás en Highmere sin motivo serio. Cassandra lo supo porque Wilmot lo anunció en el vestíbulo con una inflexión distinta, y también porque Drake, al oír el nombre, dejó a un lado sin vacilar el resto de la tarde. La miró un instante, pidió disculpas con una sobriedad que no era habitual en él y bajó al despacho.

Harbury traía dos cosas: una carta de Madeira con noticias retrasadas del *Isolde* y un problema de seguros en Bristol relativo a un cargamento de maquinaria agrícola cuyo tránsito se había complicado por una avería en puerto. Drake leyó, preguntó, tomó decisiones con esa rapidez enteramente suya que tan a menudo impresionaba a Cassandra cuando lo veía en materia de negocios. No necesitaba elevar la voz ni revestirse de autoridad. La daba por sentada. Escuchó a Harbury hasta el final, corrigió dos cifras de memoria, dio tres órdenes sucesivas sobre el seguro, el reparto de responsabilidades y la necesidad de enviar una instrucción a Vale para que no se aceptara una nueva cláusula de descarga sin revisar antes la letra pequeña, y después pasó a hablar del *Isolde* con una atención muy distinta, más personal. Quería que se cambiara parte del velamen al llegar a puerto y que no se retrasara la inspección del

casco por ahorrar unas libras. Harbury, que lo conocía demasiado bien para sorprenderse de que un hombre instalado ahora en una gran casa de Cornualles siguiera pensando como un capitán incluso desde tierra, tomó nota y se permitió una observación sobre la conveniencia de que, una vez casado, considerara la posibilidad de embarcar menos y delegar más. Drake no sonrió.

—Delegar una parte, sí —dijo—. Desaparecer del todo, no.

—Su esposa quizá lo vea de otro modo.

Drake guardó silencio un segundo antes de contestar.

—Mi esposa lo verá como tenga que verlo. Lo demás ya lo iremos arreglando.

La frase, en boca de cualquier otro, habría podido sonar autoritaria. En él sonó más bien a algo menos resuelto de lo que parecía. Harbury lo advirtió y no insistió. Hablaron aún un rato de fechas de salida, de dos capataces de Falmouth que convenía vigilar y del precio de ciertas maderas, y cuando el hombre se marchó, ya entrada la noche, Drake permaneció solo unos minutos en el despacho con la carta del *Isolde* abierta delante y la mente, sin embargo, en otro lugar. Lo sorprendió la claridad con que sentía a Cassandra incluso allí abajo, al otro lado de techos y corredores, como si su presencia hubiera aprendido ya a ocupar la casa entera.

Subió tarde. El dormitorio estaba casi a oscuras, salvo por la luz muy baja de la chimenea y la de una vela ya a punto de rendirse en la mesa de noche. Cassandra dormía de costado, con una de las manos metida bajo la almohada y el rostro vuelto hacia el lado de la cama donde él se acostaba. Drake se detuvo al verla. Había en ella una paz que no siempre aparecía durante el sueño y que tal vez por eso mismo lo alcanzó con una ternura tan brusca que tuvo que quedarse inmóvil unos segundos antes de acercarse. Se desnudó en silencio, apagó la vela y se metió en la cama con una lentitud casi reverente, cuidando de no despertarla. Cassandra se movió un poco, como si el cuerpo reconociera la llegada incluso dormido. Drake se acercó entonces y la atrajo hacia sí muy despacio. Ella, profundamente dormida, se dejó llevar sin resistencia, apoyó la frente contra su pecho y exhaló ese suspiro casi infantil que solo salía cuando el sueño era del todo hondo.

Drake la rodeó con el brazo y cerró los ojos un instante. No pensaba en la quiebra, ni en el padre muerto, ni en la cláusula, ni siquiera en la discusión que aún seguía incompleta entre ambos.

Pensaba, con una claridad tan simple que por eso mismo resultaba desconcertante, que aquella mujer, dormida a su lado con una confianza que aún no se atrevía a formular despierta, se había convertido ya en el centro material de su cansancio, de su deseo y de una forma nueva de necesidad que no se parecía a nada anterior. Permaneció despierto unos minutos más, escuchando el mar y la respiración de Cassandra, y luego, sin apartarse de ella, cayó por fin en un sueño profundo y raro, de esos que llegaban solo cuando el cuerpo y el pensamiento habían dejado de pelearse por un momento.



Capítulo 12

La confirmación no llegó de golpe, como habían llegado en otras ocasiones la violencia de una cláusula, de un temporal o de un deseo ya imposible de negar, sino a través de una sucesión de comprobaciones tan precisas y tan frías que a Cassandra le habría resultado más fácil soportar una sola puñalada limpia que aquella lenta ordenación del daño. Pasó dos días enteros con los papeles cerrados sobre la mesa de su cuarto y la carpeta antigua escondida en el cajón más profundo de la cómoda, no porque quisiera apartarla de sí, sino porque necesitaba decidir de qué modo iba a poner a prueba lo que había encontrado sin dar todavía un paso que no pudiera deshacer. No se fiaba ya ni de su propia cólera ni de la forma en que el cuerpo la arrastraba hacia Drake cada noche con una verdad que no anulaba en absoluto el peso de lo demás; precisamente por eso se obligó a la disciplina. Volvió a leer cada carta, cada cifra, cada nota marginal de Penrose y de su padre, tomó sus propias notas en una libreta distinta y, cuando creyó tener bastante clara la estructura de la maniobra, pidió a Wilmot que enviara un recado a Truro para rogar al señor Penrose su presencia al día siguiente a primera hora, aduciendo, con toda legitimidad, la necesidad de revisar ciertos extremos pendientes de la administración de Stormcrag. No mencionó el nombre de Carrick. Tampoco el del padre de Drake. Quería verle la cara al abogado antes de ofrecerle ninguna salida.

Penrose llegó con una puntualidad escrupulosa y encontró a Cassandra esperándolo en el despacho pequeño, no en la biblioteca ni en el gran despacho de sir Thomas, como si ella hubiera querido desde el principio subrayar que aquello no se iba a discutir bajo la sombra ceremonial del difunto, sino en un espacio más desnudo y más práctico, donde la autoridad del muerto no pudiera proteger tanto a los vivos que habían trabajado para él. La luz de la mañana entraba ya con una claridad completa por las ventanas del sur, y la mesa, despejada de otros asuntos, llevaba sobre sí solo una carpeta, dos pliegos sueltos y la libreta de Cassandra. Penrose comprendió antes de sentarse que no había sido convocado allí para hablar del ala norte ni de las rentas del trimestre.

—Señora Carrick —dijo, inclinando un poco la cabeza.

—Siéntese, por favor.

La voz de Cassandra no tenía nada de exaltado. Era precisamente esa ausencia de agitación visible lo que volvió a Penrose más cauto desde el primer instante. Tomó asiento. Cassandra no lo hizo de inmediato. Permaneció de pie al otro lado de la mesa, con una mano apoyada en el respaldo de la silla, como si el cuerpo entero se negara todavía a concederle la comodidad del diálogo.

—He encontrado algunos papeles de mi padre en el desván —dijo al fin—. Correspondencia, borradores de acuerdos, ciertas notas suyas y varios documentos relativos a una quiebra marítima de hace años.

Penrose no respondió. El silencio, en él, tenía la mala calidad del hombre que reconocía ya el terreno y sabía que cualquier mentira directa sería ridícula.

—No daré más rodeos —prosiguió Cassandra, y abrió entonces la carpeta despacio, extendiendo sobre la mesa una de las cartas, un balance y el borrador que más la había helado—. Alasdair Carrick.

El cambio en el rostro de Penrose fue leve, pero bastó. Se sentó un poco más recto, miró los papeles y luego a ella.

—¿Qué desea saber exactamente?

Cassandra sintió, al oírle esa misma fórmula de siempre, una repugnancia tan antigua que tuvo que contener el impulso de arrojarle la carta a la cara.

—Empiece por algo sencillo, señor Penrose. Quiero saber si mi padre contribuyó a arruinar deliberadamente al padre de mi marido.

Penrose no contestó enseguida. Se miró las manos unos instantes y luego las unió sobre la mesa. No era cobardía lo que Cassandra veía en él, aunque había en su prudencia bastante de eso, sino otra cosa quizá peor: la larga costumbre profesional de distinguir entre verdad, prueba y formulación como si la moral pudiera descansar para siempre dentro de esa tríada.

—La palabra «deliberadamente» —dijo al fin— exige un grado de intención que no siempre es fácil demostrar, incluso cuando los efectos de ciertas decisiones resultan devastadores.

Cassandra se sentó entonces, no porque quisiera concederle calma a la escena, sino porque el desprecio empezaba a serle tan físico que necesitaba anclar el cuerpo para seguir hablando con la claridad que aquello requería.

—No le he pedido una lección de escrúpulo jurídico. Le he pedido una respuesta.

Penrose bajó un instante la vista a las cartas. Cuando volvió a levantarla, la expresión entera se le había endurecido un poco, como si hubiera comprendido que no había ya forma útil de seguir fingiendo neutralidad.

—Su padre obró para salvar la posición de Stormcrag —dijo—, y en el curso de esa defensa tomó decisiones que desplazaron una parte sustancial del riesgo sobre la firma Carrick. Yo lo advertí entonces de que, si la empresa del capitán no resistía, la caída sería completa.

—¿Y él siguió adelante?

—Sí.

La palabra cayó con una desnudez tal, que Cassandra dejó de oír un segundo el ruido de la casa alrededor. No era sorpresa ya. Era confirmación. Todo cuanto había leído, todo cuanto había sospechado en la casa de la señora Pendarvis, todo cuanto había temido al mirar a Drake con los papeles aún frescos en la memoria se cerró de golpe en una certeza entera y horrible.

—¿Y sabía —preguntó, notando cómo se le secaba la garganta— que esa caída arrastraría a Alasdair Carrick sin posibilidad de levantarse?

Penrose tardó muy poco en responder esta vez.

—Sí.

Cassandra cerró los ojos un segundo y los abrió enseguida. No quería llorar delante de él. No quería tampoco darse el alivio teatral del temblor o del escándalo. Lo que sentía era peor que eso: una devastación limpia, una forma de horror seco que no se debía ya solo a su padre, sino a la súbita imposibilidad de seguir mirando su matrimonio sin que el pasado lo contaminara entero.

—Entonces no fue una ruina dudosa —dijo muy despacio—. Fue una traición.

Penrose no discutió el término. Se limitó a respirar hondo, como si hubiera esperado durante años que alguien lo pronunciara en voz alta dentro de la casa.

—Yo no la llamaría de otro modo —admitió.

Esa franqueza tardía le resultó a Cassandra casi obscena. Quiso decirle muchas cosas, demasiadas. Quiso preguntarle qué clase de hombre seguía asesorando durante años a otro hombre capaz de

hacer eso y luego ayudando a redactar la cláusula que la ataba precisamente al hijo de la víctima; quiso preguntarle también si Drake había leído esos mismos papeles, si sabía hasta dónde llegaban, si había acudido al testamento con una reparación en la cabeza o con un cálculo aún más frío; pero lo que salió primero fue otra cosa.

—Y aun así me dejó casarme con él sin decirme nada.

Penrose la miró con una mezcla de cansancio y honestidad tardía que no la consoló ni un poco.

—El señor Carrick pidió más de una vez ser él quien hablara con usted cuando llegara el momento.

—¿Cuándo era ese momento? —replicó Cassandra.

Penrose no tuvo una respuesta que no sonara miserable. Cassandra lo comprendió y, de pronto, lo vio entero no solo como el abogado prudente de la familia, sino como una de esas figuras limítrofes que las grandes casas producían a su alrededor: hombres demasiado decentes para ignorar del todo la podredumbre y demasiado atados a ella para oponerse cuando hacerlo tenía un coste real. Lo despidió sin alzar la voz. Le dijo que, si alguna vez volvía a hablarle de prudencia, se cuidara al menos de no hacerlo como quien no había contribuido durante años a domesticar el daño dentro de formas respetables. Penrose se levantó, le dedicó una leve inclinación de cabeza y salió del despacho más envejecido de lo que había entrado.

Cuando la puerta se cerró, Cassandra permaneció sentada sin moverse. La claridad de la mañana seguía entrando por las ventanas con la misma indiferencia de siempre; el mar respiraba abajo; la casa entera continuaba en su orden y en su trabajo, como si el suelo no acabara de abrirse un poco más bajo sus pies. Su padre había arruinado al de Drake. No por accidente, por una quiebra limpia, por un mal cálculo compartido o por la simple brutalidad de los negocios marítimos, sino por una traición calculada, sostenida con conocimiento de causa y agravada después por la negativa a ayudar la noche del naufragio. Cassandra lo sabía ya de forma completa. Y saberlo no la llenó solo de repugnancia hacia sir Thomas. La llenó también de una pena que la sorprendió por lo mucho que tenía de vergüenza. Ella no era responsable. No había puesto una firma, ni desplazado una deuda, ni dejado a un hombre hundirse en la costa.

Y, sin embargo, lo llevaba dentro como si el apellido Trevelyan se hubiera convertido de golpe en una mancha hereditaria.

Tardó todavía más de una hora en levantarse. Salió del despacho y subió a su cuarto sin ver casi a nadie, aunque Annie le habló y la señora Penhaligon le preguntó algo sobre una partida de cortinajes que llegaría de Truro esa misma tarde. Respondió lo necesario. No había en ella histeria ni una agitación visible que el servicio pudiera notar enseguida, pero por dentro todo parecía haberse vuelto más frágil, como si la estructura misma de los últimos meses —la cláusula, la negociación, la cama compartida, el deseo, la intimidad nueva y torpe, la lenta aparición de una confianza real— hubiera quedado atravesada de pronto por una veta oscura que nadie podía ya ignorar. Se quitó el vestido de mañana y se puso otro sin saber casi qué hacía. Se sentó junto a la ventana. Miró el mar. Pensó en Drake de una manera que la dejó casi sin aire.

Porque él, pensó con una lucidez devastadora, lo había sabido. Tal vez no en cada cifra. Tal vez no con cada papel en la mano. Pero lo había sabido. Y, aun así, la había tocado, besado, tomado en su cama, sostenido después con el cuerpo entero pegado al suyo, la había dejado entrar en una intimidad donde ella empezaba a sentirse a salvo mientras debajo seguía latiendo aquella historia de ruina y de deuda moral. No podía decidir si aquello hacía de él un hombre más noble o más peligroso. Tal vez ambas cosas a la vez, y precisamente por eso el desgarro era peor. Si hubiera sido un vengador simple, un usurero frío o un hijo brutalmente satisfecho de haber puesto la mano sobre la casa de quien había arruinado a su padre, Cassandra habría podido odiarlo sin desorden interno. Pero Drake no era eso. Había dinero en medio, sí. Había dureza y cálculo. Había también deseo. Y ahora, sobre todo lo demás, estaba la certeza de que una parte de su relación se había construido sobre una verdad que él no le había dado a tiempo.

Drake regresó a mediodía de una reunión con un agente de Falmouth que venía a discutir el estado de un embarque retrasado. El trayecto de vuelta desde el muelle hasta la casa se le hizo más liviano de lo habitual, no porque los negocios fueran mejor ni porque el mar se hubiera vuelto de pronto amable, sino porque, contra toda sensatez, se había sorprendido a sí mismo pensando en Cassandra con una calidez nueva, casi doméstica, una de esas formas del apego que no nacían del deseo inmediato, sino de la costumbre que

empezaba a convertirse en necesidad. Habían pasado noches mejores que otras, conversaciones más tensas que otras, y la cuestión del padre seguía sin estar resuelta entre ellos, pero en las últimas jornadas había notado en ella una proximidad menos cauta, una manera de mirarlo que, sin ser nunca ingenua, empezaba a confiar en algunos bordes de él. Eso lo había desarmado más que cualquier arrebato sexual. Precisamente por eso, al entrar en el vestíbulo y sentir enseguida que la casa respiraba de forma distinta, supo antes de preguntar que algo había ocurrido.

No fue una señal teatral. Fue la suma de varias cosas menudas: Wilmot algo más serio, la señora Penhaligon respondiendo con una neutralidad más afilada de lo normal, Annie evitando mirar hacia arriba cuando él preguntó si la señora estaba en sus habitaciones. Subió con el cuerpo ya tenso. Encontró a Cassandra junto a la ventana, sentada y vestida con una sobriedad tan perfecta que parecía una armadura nueva.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Ella se volvió despacio. El rostro estaba pálido, pero no descompuesto. Los ojos, en cambio, tenían una quietud que él no le había visto nunca y que lo heló antes de saber por qué.

—Ya lo sé —dijo.

No hizo falta ninguna explicación más. Drake se quedó inmóvil en mitad del cuarto. Durante un segundo, tal vez dos, el tiempo se le volvió tan frío tan duro como el filo de una hoja. No preguntó qué sabía ni cómo. La expresión de Cassandra, de una devastación tan reprimida que casi resultaba insoportable, bastaba para responder las dos cosas.

—Penrose ha estado aquí esta mañana —continuó ella—. Y, por una vez, ha decidido no esconderse detrás de las palabras adecuadas.

Drake cerró los ojos un instante. No era cobardía. Era el golpe seco de ver materializado, por fin, el momento que llevaba semanas aplazando y temiendo a la vez.

—Entiendo —dijo.

Cassandra se echó a reír entonces, pero la risa no tuvo alegría ni ironía siquiera, solo agotamiento.

—No —murmuró—. No digas eso. No digas que entiendes. Ya no.

Él no se acercó. No habría soportado, ella tampoco, que lo hiciera aún con la ropa de fuera, con el mar en las botas y la costumbre de la

casa pegada al cuerpo, como si todo pudiera seguir en el carril de una conversación difícil más. No estaba ya allí.

—Cassandra…

—No. —Se puso en pie tan despacio que el gesto pareció más grave aún—. No digas mi nombre como si todavía tuviera el mismo peso de ayer.

Drake la miró. Sintió, con una claridad casi física, cómo el suelo de lo que habían construido en las últimas semanas empezaba a ceder bajo ambos.

—No quería que lo supieras así.

—¿Y cómo querías que lo supiera? —preguntó ella, y en esa pregunta no había rabia, sino algo mucho peor, un dolor desnudo y helado—. ¿Después de otra noche? ¿Después de otra vez en la biblioteca? ¿Después de seguir dejándome creer que todo lo que estaba naciendo entre nosotros podía crecer sobre una verdad administrada por ti a tu gusto?

—No era a mi gusto —dijo él—. Era…

—No sigas —lo interrumpió ella, levantando un poco una mano—. No me importa ya qué adjetivo quieras ponerle. Sé lo que hizo mi padre. Sé lo que eso le hizo al tuyo. Y sé también que tú sabías lo suficiente para callarlo mientras yo me casaba contigo, mientras compartía tu cama, mientras empezaba… —Se detuvo, no por falta de palabras, sino porque una parte demasiado íntima de la frase le dolía más de lo que quería mostrarle.

Drake dio un paso entonces, no por impulso autoritario, sino porque quedarse quieto le parecía de pronto una forma peor de cobardía.

—Lo que hay entre nosotros no es una mentira.

Cassandra levantó la cara. La devastación del gesto le atravesó a él con una fuerza que casi lo hizo retroceder.

—¿No? —preguntó—. Qué alivio.

—No te burles.

—No me estoy burlando. Estoy intentando entender en qué parte exacta del cuerpo debo colocar esto, porque en la cabeza ya no me cabe. Mi padre arruinó al tuyo. Tú lo sabías. Me dejaste entrar en este matrimonio sabiendo eso. Me dejaste tocarte sabiendo eso. Me dejaste confiar en ti sabiendo eso. Dime ahora, si puedes, qué parte de lo nuestro no está manchada por esa historia.

La palabra «nuestro» sonó como una herida abierta. Drake la oyó entera.

—No he tocado tu cuerpo por rencor —dijo, y la gravedad de su voz hizo que Cassandra cerrara un instante los ojos.

—Eso casi lo empeora.

Él no respondió enseguida. La comprendía demasiado bien.

—No quise que la verdad llegara a ti envuelta en el deseo de que me absolvieras antes de conocerla entera —dijo al fin—. Ni quería poner a mi padre entre nosotros como una cuenta corriente en el mismo momento en que tu vida se venía abajo.

—Ya ves qué bien ha salido.

La suavidad de la frase fue, para Drake, casi más insoportable que un reproche a gritos. Había en Cassandra una contención tan absoluta que todo parecía estar rompiéndose por dentro sin que el cuerpo le concediera el alivio de la fractura visible. Drake quiso acercarse otro paso. No lo hizo. Supo que no debía. Supo también, con una nitidez que lo llenó de una impotencia rara en él, que cualquier intento de tocarla, de besarla, de recordarle con el cuerpo lo que había sido cierto en la cama se volvería obsceno.

—No fue venganza —dijo.

Cassandra lo miró con una tristeza tan desnuda que, por un instante, él habría preferido verla enfurecida.

—Tal vez no. Pero ya no sé qué hacer con el resto.

No añadió más. Se apartó de la ventana, pasó junto a él sin rozarlo y se dirigió a la puerta. Drake se giró al oír el leve crujido de la falda.

—¿Adónde vas?

—A ninguna parte en particular. Solo no quiero estar aquí ahora mismo.

La puerta se cerró tras ella con más suavidad de la que la escena merecía, y esa suavidad acabó de devastarlo. Se quedó inmóvil en mitad del cuarto, con el olor de Cassandra aún en el aire y el conocimiento brutal de que, por primera vez desde que la había besado, no había nada que pudiera hacer allí sin empeorarlo todo.

El distanciamiento empezó esa misma tarde y tuvo desde el principio la forma más peligrosa de todas: no el escándalo, la recriminación constante ni el gesto visible de una guerra doméstica, sino una retirada ordenada. Cassandra no dejó de cumplir nada de lo que la posición le exigía. Se sentó a la mesa con él, respondió cuando

era necesario, habló con la señora Penhaligon de las alfombras halladas en el desván, dio instrucciones al servicio, recibió a una vecina del condado con la compostura acostumbrada y al día siguiente acompañó incluso a Drake al paseo breve que habían prometido a los Havers por simple obligación social. Desde fuera, nada parecía alterado salvo, tal vez, una mayor gravedad en ella que cualquiera habría atribuido sin dificultad al luto o al cansancio de llevar la casa. Desde dentro, sin embargo, Drake sintió la pérdida en cada gesto. Cassandra volvió a tratarlo con una corrección más formal; la mirada ya no se quedaba en él un segundo de más, sino que se retiraba antes; los silencios compartidos dejaron de tener espesor cálido y recuperaron la sequedad incómoda de los primeros días, solo que ahora eran peores, porque ambos sabían lo que se estaba perdiendo dentro de ellos al sostenerse así.

Las noches fueron la prueba más clara. Cassandra siguió compartiendo el dormitorio porque no hacerlo habría sido una declaración imposible de ocultar y porque ni siquiera en la devastación quería ofrecerle al pueblo una grieta que pudiera interpretar a su antojo. Pero la cama cambió de naturaleza. Ya no era el lugar donde el cuerpo había empezado a confiar, a aprender, a descansar sobre otro cuerpo después del fuego, sino otra vez el espacio exacto donde medir la distancia. Cassandra se acostaba primero, a veces con un libro entre las manos que no leía en realidad, otras ya tenía los ojos cerrados cuando él entraba. Drake se cambiaba en silencio, apagaba la vela y se tendía al otro lado con una precisión que dolía. Ninguno tocaba al otro. Ninguno buscaba el roce de la rodilla, de la mano o del hombro. Y, sin embargo, el conocimiento del cuerpo amado seguía allí, mucho más insoportable ahora que se mantenía prohibido por algo más hondo que una cláusula o una reserva física. Drake pasaba horas enteras sin dormirse, escuchando la respiración de Cassandra al otro lado y recordando, con una crueldad de la memoria que no había sabido prever, la manera en que ella se había rendido a él, el peso de su cabeza sobre el pecho, la confianza que mostraba al dormir de ese modo, abrazándolo y dejándose abrazar. Cassandra, por su parte, se obligaba a permanecer inmóvil, pero en la oscuridad, cuando el cuerpo empezaba a recordar por cuenta propia y el deseo se mezclaba con la herida, sentía una forma de pérdida tan intensa que le daban ganas de levantarse, vestirse y bajar al mar aunque fuera de noche.

La mañana siguiente de la confesión arrancada a Penrose, la señora Penhaligon encontró a Cassandra en el comedor con una palidez que no había vuelto a verle desde la muerte de sir Thomas. No dijo nada al principio, se limitó a servir el té y a comprobar si la tostada estaba en su punto, pero al ver que la señora apenas tocaba la taza y que sus ojos, clavados en la ventana, parecían no ver en absoluto el jardín ni la línea del mar, se permitió una observación tan breve como solo ella sabía hacerlas.

—Ha dormido mal.

Cassandra alzó la cabeza y por un segundo estuvo a punto de sonreír. La sobriedad del ama de llaves le resultaba a veces más compasiva que cualquier abrazo.

—Sí.

La señora Penhaligon asintió, como si aquella respuesta bastara y no hiciera falta indagar en la naturaleza del mal sueño.

—Mandaré que le preparen un chocolate caliente, eso siempre la anima.

Cassandra quiso decir que no tenía hambre, pero se calló. Agradecía, precisamente entonces, que hubiera en la casa una o dos personas capaces de cuidar de ella sin invadirla. La señora Penhaligon la observó un instante más, quizá esperando una indicación adicional, y cuando no la obtuvo se retiró con su habitual paso sereno. No preguntó por el señor. No hacía falta. En una casa grande los silencios se reconocen antes que las palabras, y aunque el servicio no tenía por qué adivinar aún la calidad nueva del aire entre sus señores, la señora Penhaligon pertenecía a esa categoría rara de mujeres que no necesitaban pruebas para saber cuándo la intimidad de una habitación había cambiado.

Drake pasó el día fuera tanto como pudo. Bajó al muelle, habló con los hombres que trabajaban en el refuerzo de la galería alta, revisó con el señor Bate dos linderos del sur y luego se encerró con Harbury, que había vuelto desde Plymouth con un nuevo problema de seguros. Todo aquello era trabajo real, necesario, incluso urgente en algunos puntos, pero bajo la ocupación latía también otra cosa: la imposibilidad de soportar demasiado tiempo seguido la presencia de Cassandra sin tocarla y sin pedirle perdón de una forma que no la insultara más. Descubrió, con una lucidez sombría, que le habría resultado más sencillo pelearse con ella abiertamente que soportar aquella retirada serena y completa. Porque Cassandra no lo castigaba

con crueldad visible, no buscaba humillarlo, no le negaba ni la mesa ni la palabra ni la cooperación necesaria en la casa. Simplemente había retirado de la relación la parte de sí misma que empezaba a confiar, y al hacerlo lo había dejado ante el peor de los espejos: el de un hombre que quería ya demasiado a una mujer como para no sentir su enfriamiento en el cuerpo entero.

Cassandra, mientras tanto, se refugió en las tareas de la casa con una aplicación casi feroz. Ordenó mover las alfombras nuevas, revisó con Annie las sábanas de verano, dictó dos cartas a un proveedor de Truro y pasó una hora entera con la señora Pendarvis para no pensar en otra cosa que no fuera el parto próximo y el dinero de la asignación. Lo hacía todo bien. Incluso mejor que otros días, porque la disciplina, cuando el dolor es real, suele volver más finas las manos de quienes están acostumbrados a vivir trabajando. Pero debajo de esa eficiencia seguía devastada. No solo por su padre. También por sí misma. Porque la confirmación de la traición no había matado el deseo ni el apego naciente, y vivir esa contradicción le resultaba más humillante que cualquier juicio externo. Seguía deseando a Drake, seguía escuchando por la noche su respiración, seguía recordando el calor de su cuerpo y la forma en que la había tratado, y al mismo tiempo sabía ya que parte de la verdad del hombre y de la relación habían llegado a ella demasiado tarde. Empezar a enamorarse de alguien en ese terreno le parecía casi una enfermedad moral.

La primavera siguió avanzando sobre Stormcrag con una claridad cada vez más generosa y una temperatura que permitía por fin abrir de par en par ciertas ventanas del ala este. El mar, lejos de suavizar nada, parecía volverse más luminoso cuanto más duros se ponían el dolor y el silencio entre ellos. Y Cassandra comprendió, en el curso de esos días de retiro cuidadosamente administrado, que el distanciamiento no siempre necesitaba grandes escenas ni palabras últimas para imponerse. A veces bastaba con que dos personas que ya se conocían por dentro empezaran a moverse otra vez como extraños educados. A veces bastaba con que la mano ya no buscara a oscuras la curva acostumbrada del otro. A veces bastaba con que una mujer, sentada a pocos palmos del hombre a quien empezaba a amar y a quien no sabía ya si perdonar, descubriera que la única forma de no quebrarse en mitad del comedor era mirarlo exactamente el tiempo indispensable y no un segundo más.



Capítulo 13

La decisión de enfrentarlo no nació en Cassandra de un arrebato, ni siquiera de una sola noche especialmente mala, sino de la acumulación lenta y agotadora de días en los que el distanciamiento, por mucho que se mantuviera dentro de las formas correctas, había dejado de ser una tregua útil para convertirse en una asfixia. Había probado ya el trabajo como refugio, la disciplina de la casa, la vigilancia de los gestos, la economía de las palabras a la mesa, el recurso de pasar más tiempo con la señora Pendarvis, con la señora Penhaligon o incluso en los cuartos menos nobles de Stormcrag, donde la materialidad de los muebles, las telas y las cuentas ofrecía al menos una resistencia concreta sobre la que apoyarse. Nada de eso bastaba. La verdad hallada en los papeles del desván no se dejaba relegar, y la imagen de Drake, cada vez que lo veía atravesar el vestíbulo con el abrigo aún cargado de aire del mar o inclinarse sobre una carta mercantil con esa atención sobria que le era tan propia, se volvía más insoportable precisamente porque ya no podía mirarlo solo como al hombre que deseaba o al hombre que la había cuidado, sino también como al hijo de una víctima de su padre que había entrado en su vida sabiendo algo que ella ignoraba por completo. No era la necesidad de una escena lo que la movía. Era el cansancio de vivir entre dos medias verdades incompatibles: la del cuerpo, que seguía recordándolo con hambre, y la de la inteligencia, que no podía dejar de preguntarse si bajo todo lo que habían empezado a construir latía desde el principio una represalia.

Esperó a una tarde en que la casa estaba más quieta de lo habitual. El señor Bate había ido a ver a un arrendatario enfermo del extremo sur; la señora Penhaligon se ocupaba con dos doncellas de la gran colada de primavera; Wilmot había salido a recibir a un proveedor que debía revisar el tejadillo de la galería alta, y el mar, al otro lado de las ventanas, respiraba con una suavidad engañosa, sin el dramatismo de la tormenta ni la brillantez completa de los días más despejados, como si también él aguardara. Drake había regresado una hora antes de Falmouth con Harbury, su agente, y ambos habían trabajado un rato en el despacho. Luego Harbury se

había marchado y Drake se había quedado solo en la biblioteca con varios libros de cuentas, dos cartas aún sin responder y un cansancio en la cara que Cassandra alcanzó a ver al pasar por el corredor. No se detuvo entonces. Bajó a la sala de mañana, esperó a que el sonido de la puerta principal confirmara la salida del agente y dejó pasar todavía unos minutos más, no porque dudara de lo que iba a hacer, sino porque sabía que, si entraba demasiado deprisa, corría el riesgo de convertir la conversación en una repetición menor de las otras. No quería ya respuestas hábiles. Quería el punto exacto de fractura.

Cuando abrió la puerta de la biblioteca, Drake levantó la cabeza al instante. La había oído acercarse, desde luego, pero no esperaba verla entrar con esa expresión que no era de ira abierta ni de herida reciente, sino de resolución gastada. El sol de última hora entraba oblicuo por los ventanales del oeste y trazaba sobre la alfombra y la mesa de trabajo una claridad dorada que a él le pareció casi ofensiva por lo poco que tenía que ver con lo que traía Cassandra en la cara. La miró, dejó la pluma a un lado y comprendió, con una claridad inmediata y amarga, que el tiempo del aplazamiento se había terminado.

—¿Puedo? —preguntó ella, no porque necesitara permiso, sino porque todavía le quedaba una última fidelidad a las formas.

Drake se puso en pie.

—Siempre.

La palabra, en aquella habitación, resultó más triste que cordial. Cassandra cerró la puerta a su espalda y avanzó despacio hasta quedar frente a la mesa, sin sentarse. Llevaba un vestido oscuro, no de luto riguroso ya, porque el tiempo había obligado a suavizar ciertas cosas de la apariencia exterior sin que por ello la casa dejara de respirar duelo, y la luz del atardecer recogía en el cabello una sombra castaña que a Drake le resultó dolorosamente familiar. Estuvo a punto de preguntarle si había ocurrido algo con la señora Pendarvis o con algún arrendatario, pero no lo hizo. No era eso. Lo supo por el modo en que ella lo miraba, no desde la exigencia inmediata, sino desde una parte de sí misma mucho más honda y más cansada.

—Quiero hablar de esto de una vez —dijo Cassandra.

No añadió qué era ese «esto». No hacía falta. Drake apoyó las manos sobre el borde de la mesa, no para darse importancia ni para

dominar mejor la escena, sino porque necesitaba una superficie firme sobre la que sostener el cuerpo.

—Bien.

Cassandra dejó escapar el aire. No había temblor en ella, pero sí una especie de agotamiento tan severamente contenido que parecía tallado.

—No me basta ya con saber que mi padre arruinó al tuyo —empezó—. No me basta tampoco con saber que tú lo sabías, o lo sospechabas, y que aun así decidiste callarlo. Lo que ya no puedo seguir evitando es otra pregunta. Y necesito que me respondas sin habilidad, sin medias palabras y sin una prudencia que a estas alturas solo serviría para insultarme.

Drake sintió que el estómago se le endurecía antes incluso de oír cuál era esa pregunta. No porque ignorara su contenido posible, sino porque sabía que la había estado esperando desde mucho antes de tener lenguaje para formularla.

—Pregunta.

Cassandra bajó la vista un instante, no para ceder, sino para ordenar la frase con el peso que merecía. Cuando volvió a levantarla, llevaba en los ojos una claridad tan fría que a Drake le pareció, por un momento, que el cuarto entero iba a volverse más pequeño.

—Quiero saber si la inversión en esta casa, la deuda de mi padre, la cláusula matrimonial y, en último término, hacerte con Stormcrag, fueron una represalia.

La palabra quedó entre ambos con una violencia limpia. No venía lanzada con teatralidad ni con deseo de escándalo. Venía colocada exactamente en el centro de lo que llevaba semanas pudriéndose entre ellos y, precisamente por eso, no admitía respuesta fácil. Drake no habló de inmediato. Había en él una quietud que no era cálculo, aunque Cassandra, al verlo callar, sintió el viejo impulso de odiar hasta el último de sus silencios. Lo miró y vio no la frialdad que tantas veces le había reprochado, sino otra cosa más dura todavía: el peso real de una pregunta que, una vez formulada, lo obligaba por fin a dejar de elegir entre matices útiles y verdades parciales.

—No me hagas repetirla —dijo ella.

—No hace falta.

La voz de Drake salió más grave y más baja de lo habitual. Se apartó de la mesa, dio un paso lento hacia la ventana y se volvió hacia ella, como si no quisiera responderle escondido detrás de los

libros y de las cuentas. Cassandra permaneció donde estaba. La simple visión de aquel movimiento, tan controlado incluso entonces, la exasperó más.

—Pues habla.

Drake le sostuvo la mirada. Durante un segundo largo, quizá dos, Cassandra creyó que iba a negarlo con la misma sobriedad con que había negado antes la venganza, quizá introduciría una distinción precisa entre justicia, reparación, necesidad o cualquier otra palabra capaz de salvar algo de sí mismo sin mentir del todo. No ocurrió. Lo que Drake sintió, al mirar a Cassandra de pie frente a él, no fue la urgencia de defenderse, sino el conocimiento brutal de que cualquier frase compuesta para suavizar la respuesta sería, a esas alturas, indecente. La quería demasiado ya para eso. Y esa misma conciencia hacía el momento infinitamente peor.

—Cuando empecé a entrar en los asuntos de Stormcrag —dijo al fin, muy despacio—, no pensaba en ti.

Cassandra no se movió. Tampoco parpadeó. Drake continuó porque ya no podía detenerse en ese punto.

—Pensaba en la casa, en la deuda, en tu padre, en lo que había hecho y en lo que se había llevado consigo antes incluso de morir. Pensaba en la quiebra de mi padre, sí. Pensaba en la costa. Pensaba en todo aquello que no se había pagado nunca de verdad.

La respiración de Cassandra empezó a volverse más corta, aunque el cuerpo siguiera inmóvil.

—Eso no responde todavía.

Drake dio otro paso, no hacia ella, sino hacia el centro mismo del cuarto, como si la distancia lateral de la ventana le resultara ya insoportable.

—No. No responde todavía —repitió, y la voz se le volvió algo más áspera—. Porque la respuesta que quieres no es limpia. No fue una sola cosa. No fue una venganza simple planeada desde el primer día como quien mueve piezas hacia un jaque final, pero tampoco fue una inocencia sin sombra. Quise entrar aquí. Quise tener peso sobre esta casa. Quise que sir Thomas sintiera, aunque solo fuera al final, el tipo de dependencia que había impuesto a otros hombres. Quise también que no pudiera seguir ocultándose detrás del apellido y del acantilado mientras lo suyo lo pagaban otros. Si me preguntas si había en mí una voluntad de represalia, la respuesta es sí. Si me preguntas si eso fue todo, la respuesta es no.

Cassandra sintió que algo dentro de ella se partía no con ruido, sino con una limpieza casi silenciosa. Había pedido la verdad. La había obtenido. Y, sin embargo, lo que la devastó no fue la admisión de que existiera en él una parte de represalia, sino la imposibilidad inmediata de convertir esa admisión en un solo juicio. Porque Drake no estaba diciendo que la hubiera tomado como instrumento de una venganza plana y satisfecha; estaba diciendo algo peor, más mezclado y más humano: que había entrado en Stormcrag desde una herida verdadera, desde el deseo de equilibrar una cuenta moral y material, y que, aun así, eso no había sido toda la historia. La mezcla era lo insoportable. Si hubiera podido odiarlo con pureza, habría sido más fácil.

—¿Y yo? —preguntó, casi en un susurro, y fue precisamente esa baja intensidad lo que hizo la pregunta más violenta—. ¿En qué momento entré yo en ese cálculo?

La cara de Drake cambió entonces de una manera que ella no le había visto nunca. No fue culpa, exactamente, ni ternura sola, sino una fatiga moral tan desnuda que por un instante Cassandra deseó no haberlo obligado a mostrarla.

—Demasiado tarde —dijo él.

La respuesta la alcanzó con una precisión insoportable.

—Eso no es una absolución.

—No la pido.

—No —replicó Cassandra, y el dolor ya no cabía del todo en la calma—. Lo que haces es todavía mejor. Lo admites. Lo reconoces. Y de ese modo me obligas a entenderlo en lugar de limitarme a despreciarte.

Drake cerró los ojos un segundo. Había oído en su vida muchos golpes y había recibido otros tantos que no dejaban marca visible. Aquella frase fue peor que la mayoría.

—No quería eso para ti.

—Pero ocurrió.

—Sí.

Cassandra dio por fin un paso. No para acercarse a él en busca de nada, sino porque el cuerpo le pedía movimiento si no quería sentir que el corazón iba a subírsele a la garganta. Pasó junto a la mesa, fue hasta la ventana y volvió. El vestido rozó un poco el borde de una silla. La biblioteca, con sus libros, su mar y su luz de última tarde,

empezó a parecerle de pronto demasiado llena de cosas que habían sido suyas antes de que esa conversación las contaminara del todo.

—Cuando acepté casarme contigo —dijo— creí, dentro de todo lo monstruoso del asunto, que al menos me estaba uniendo a un hombre al que empujaban la necesidad y la deuda, quizá también un orgullo muy masculino, pero no algo peor. Después pensé que tal vez había justicia en ti, o al menos una forma dura de reparación. Llegué incluso a creer… —Se detuvo. Había demasiado de ella en el siguiente tramo de la frase y, sin embargo, ya no era posible retroceder—. Llegué a creer que lo que estaba naciendo entre nosotros podía ser algo propio, separado de todo eso.

Drake se quedó completamente quieto. No se atrevió a interrumpirla.

—Y ahora descubro que no. Que yo nunca entré en terreno limpio. Que me acosté contigo, que empecé a confiar en ti y a sentir por ti… —Volvió a detenerse, más por devastación que por pudor— todo eso, mientras debajo seguía latiendo una represalia. Aunque no fuera solo eso. Aunque tú me digas que no fue solo eso. ¿Entiendes lo que hace esa mezcla?

La pregunta no esperaba respuesta. Drake lo sabía. Sin embargo, tuvo que hablar porque el silencio empezaba a parecerse demasiado a una confesión sin lenguaje.

—Sí.

Cassandra soltó entonces una risa breve, rota, no porque aquello le hiciera gracia, sino porque el dolor se había vuelto tan grande que cualquier sonido salía ya por una grieta.

—No. No lo entiendes. Porque, si lo entendieras de verdad, no te quedarías ahí de pie diciéndome sí como si fuera suficiente.

Drake dio un paso hacia ella y se detuvo enseguida, como si una parte de sí hubiera obedecido aún al viejo hábito de acercarse cuando ella sufría y otra, mucho más lúcida, entendiera al instante que el gesto sería intolerable.

—¿Qué quieres que diga?

Aquello la devastó más todavía, porque no había defensa en la pregunta. Solo impotencia.

—Nada —respondió, y la voz se le quebró un poco, lo bastante para volverse más dura—. No quiero nada. Quería saber si esta casa, esta deuda, este matrimonio y mi cuerpo entraron alguna vez para ti en la lógica de una represalia. Y ya lo sé.

Drake sintió, con una claridad brutal, lo que había hecho sin querer del todo y sin dejar de quererlo: había llevado a Cassandra a la cama siendo ya para ella algo más que un marido impuesto, la había dejado creer en una intimidad que no era falsa y, precisamente por no ser falsa, resultaba ahora más dolorosa a la luz de esa otra verdad. La contradicción lo atravesó entero.

—Cassandra…

Ella alzó una mano. No quería oír su nombre en ese momento.

—No lo arregles. No lo toques.

Drake se quedó donde estaba. No por nobleza. Por necesidad pura. Cualquier movimiento habría sido peor.

—No voy a defenderme —dijo, muy bajo—. Ya no.

—Qué alivio.

El sarcasmo fue dicho con suavidad, pero llegó cargado de una fatiga que hizo que la tarde misma pareciera envejecer de golpe dentro de la habitación. Cassandra se volvió hacia la ventana. El mar estaba más oscuro ya. La línea del horizonte se iba deshaciendo, y el reflejo del cristal le devolvió por un segundo la imagen de ambos en la biblioteca como una pareja detenida en un cuadro de duelo o de ruina, demasiado cerca para ser extraños y demasiado separados ya para seguir siendo lo que habían sido unas noches antes.

Lo peor no fue la respuesta de Drake. Fue lo que vino después: el silencio.

No un silencio corto, expectante, útil para respirar antes de continuar hablando, sino un silencio entero, devastador, que cayó entre ellos y se hizo cada vez más pesado a medida que ninguno encontraba una frase capaz de moverlo sin falsearlo. Cassandra comprendió entonces, con una tristeza más fría y más definitiva que el propio enfado, que no había ya ninguna pregunta que pudiera restaurar la parte de lo sucedido que acababa de romperse. La verdad estaba dicha. Él había reconocido lo suficiente. Y todo lo que pudiera añadirse a partir de ahí no haría sino desplegar matices sobre un hecho cuya herida central ya no tenía remedio: sí, ella había entrado en una historia atravesada por una represalia, aunque esa represalia no hubiera sido simple ni entera; sí, el deseo entre ambos había crecido sobre ese suelo; sí, él la había querido de verdad dentro de todo eso; y precisamente por eso el daño no conocía ahora una forma limpia de reparación.

Drake no apartó la vista de ella, aunque ya no pudiera alcanzarla. Quiso decirle que la había amado en la cama sin sombra ninguna, que el modo en que había empezado a pensarla y a necesitarla no se parecía en nada a la lógica con que se había acercado primero a Stormcrag, que el cuerpo y el corazón habían corrido mucho más deprisa que cualquier viejo cálculo de hijo herido. No lo dijo. Sabía que cualquier declaración en ese instante sonaría a expiación por la vía del sentimiento, y que esa expiación sería obscena.

Finalmente fue ella quien se movió. No hacia él. Hacia la puerta.

Su paso, al cruzar la biblioteca, tuvo una lentitud que no nacía de la vacilación, sino del simple hecho de que el cuerpo necesitaba tiempo para seguir al dolor cuando este se volvía demasiado difícil de soportar. Al llegar al umbral, puso la mano en el picaporte y se detuvo un instante sin volverse.

—No entre esta noche en mi habitación hasta que yo esté dormida —dijo, volviendo al trato formal.

No era una expulsión completa. Era, en cierto modo, peor. Porque seguía respetando las apariencias, la casa, los criados, el pacto, y al mismo tiempo retiraba de él la última posibilidad de proximidad despierta.

Drake tardó un segundo en responder.

—Como quiera.

Cassandra abrió la puerta y salió.

La biblioteca quedó suspendida en una claridad ya casi extinguida, con el mar empujando abajo contra la roca y la casa entera respirando alrededor de un silencio que no se parecía ya a nada anterior. Drake permaneció de pie en el centro de la habitación sin tocar la mesa, sin moverse hacia la ventana ni hacia la puerta, sintiendo de un modo casi físico la devastación de lo que acababa de dejar caer entre ellos. No era solo que Cassandra supiera. Era que ahora lo sabía del modo más preciso, es decir, conociendo lo suficiente como para entenderlo todo. Y en esa comprensión, más que en el odio, estaba el verdadero desastre.

No bajó a cenar hasta muy tarde. Cuando lo hizo, encontró la mesa del comedor pequeño ya dispuesta, el servicio retirándose con la puntualidad acostumbrada y a Cassandra sentada al otro extremo, pálida, serena y enteramente cerrada. Comieron casi en silencio. Ninguno de los dos mencionó la conversación. Ninguno buscó siquiera la ficción de una cordialidad menor. Desde fuera, el

matrimonio seguía intacto. Desde dentro, el silencio que los acompañó durante la cena tenía la densidad de un acantilado al que el mar golpea noche tras noche sin conseguir aún derribarlo, pero sabiendo ya dónde está la grieta.



Capítulo 14

La frialdad no cayó sobre Stormcrag con estrépito, ni con el tipo de violencia que obliga a una casa a reorganizarse de un día para otro, sino que se instaló en ella con la lentitud de las cosas que acaban pareciendo inevitables por el simple hecho de haber encontrado ya el espacio exacto donde asentarse. Cassandra no discutió con Drake cuando tomó la decisión de abandonar el dormitorio principal. No necesitó hacerlo. Después de la conversación en la biblioteca, después de la pregunta que por fin había nombrado la represalia y del silencio devastador que siguió a la respuesta, comprendió que no podría volver a entrar por la noche en aquella habitación y tenderse en la misma cama como si el deseo y la intimidad de las últimas semanas no hubieran quedado contaminados de golpe por una verdad más antigua y más sucia. Tampoco pensó en regresar a su antiguo cuarto de soltera. Habría sido demasiado visible, demasiado fácil de leer para el servicio y para el pueblo, y no estaba dispuesta a ofrecer esa clase de espectáculo, no porque quisiera proteger a Drake, sino porque conocía demasiado bien la ferocidad del rumor cuando se le regala una forma demasiado clara. Eligió, en cambio, la habitación que había pertenecido a su madre.

Era una estancia menos grande que la principal y separada de esta por un pequeño salón que su madre solía usar para desayunar y al que se accedía desde ambas habitaciones, sin necesidad de salir al pasillo. Cassandra no entraba allí con frecuencia, no porque evitara los recuerdos, sino porque había en ese cuarto una clase de elegancia serena que durante años le había resultado difícil de soportar sin una punzada de nostalgia. Su madre había sabido ocupar Stormcrag sin dejarse devorar por ella, y esa forma de gracia práctica, de delicadeza jamás inútil, se había quedado adherida a ciertos objetos con la tenacidad casi insolente de las personas que morían demasiado pronto para ser desmentidas por el tiempo. Todo en el dormitorio era de un rosa empolvado, combinado con un malva suave y muebles blancos; el espejo alto devolvía el rostro con una benevolencia que Stormcrag no acostumbraba a ofrecer en muchas otras partes.

Cassandra pidió a Annie que preparara la cama para aquella misma noche y explicó, cuando la muchacha la miró con sorpresa mal disimulada, que la habitación principal seguía resultándole demasiado cargada desde la tormenta, la herida y los días siguientes. Annie no hizo preguntas. Bajó la cabeza y obedeció con esa mezcla de discreción y curiosidad que el servicio de una gran casa aprendía a dominar para sobrevivir en ella.

Drake supo del cambio antes de que terminara la tarde. No fue Cassandra quien se lo dijo. Fue la señora Penhaligon, porque las mujeres de esa casa, quizá por costumbre o por pura inteligencia, seguían siendo quienes administraban en silencio la parte más delicada de la vida interior. El ama de llaves entró en el despacho pequeño cuando Drake revisaba unas cartas de Harbury y, con la serenidad de quien no venía a informar de un problema, sino de un hecho ya decidido, le comunicó que la señora deseaba dormir en adelante en la antigua habitación de lady Trevelyan, al menos por unos días, pues el cuarto principal seguía resultándole incómodo. No hubo en la voz de la señora Penhaligon ni una sílaba de más. Y, sin embargo, Drake comprendió al instante que aquel «al menos por unos días» no era más que la forma más discreta de no llamar separación a lo que ya se le parecía bastante.

No la contradijo. No tenía una sola razón decente para hacerlo. Habría podido apelar a la conveniencia de las apariencias, a la lógica doméstica de la casa o incluso al hecho de que el pueblo leía con rapidez las alteraciones del orden privado cuando estas llegaban a tocar la distribución de los dormitorios; no lo hizo, porque toda objeción en ese sentido le habría sonado a derecho masculino sobre un espacio y un cuerpo de los que acababa de ser expulsado sin necesidad de palabras más explícitas. Se limitó a decir que entendía. La señora Penhaligon inclinó un poco la cabeza y se retiró. Drake permaneció un momento con la carta abierta entre las manos sin leer ya una sola línea. Lo que sentía no era solo pérdida. Era también la conciencia punzante de que había llegado exactamente ahí, a esa frialdad ordenada y sin escándalo, por una verdad que había demorado demasiado y por una mezcla moral que ya no podía deshacer ni aunque quisiera.

Cassandra encontró en el cuarto de su madre una calma que no llegaba a ser consuelo, pero sí una tregua menos hostil que la del dormitorio principal. El primer alivio fue puramente físico: una cama

en la que no había otro cuerpo al otro extremo, una oscuridad no compartida, la posibilidad de quitarse el corsé, cepillarse el cabello y meterse bajo las mantas sin sentir en cada gesto la memoria de otras manos. Sin embargo, esa tregua duró poco. Porque lo que la había expulsado del cuarto no era solo la cólera o el asco moral por la verdad descubierta, sino precisamente lo contrario también: el hecho insoportable de que el deseo, el placer y una forma de confianza que ahora se negaba a nombrar hubieran florecido al mismo tiempo que la revelación de la represalia. Acostarse sola no la libraba de recordar. El cuerpo seguía sabiendo demasiado. Seguía despertando de noche con la conciencia del hueco donde ya no estaba Drake. Seguía echando de menos, contra toda dignidad, el peso de él junto a la espalda, la respiración alterada en la oscuridad, la manera en que una mano podía encontrarla medio dormida y devolverla a un calor donde, por un tiempo demasiado breve, había creído posible descansar. Nada de eso desapareció al cerrar la puerta del cuarto de lady Trevelyan. Lo único que cambió fue que ahora tenía que soportarlo sin el alivio de la presencia real.

Drake, por su parte, se enfrentó a la ausencia con una disciplina que le resultó casi ridícula por su inutilidad. Siguió durmiendo en la habitación principal porque la casa, el servicio y el pueblo no podían verlo entrar y salir de otro espacio sin que los rumores adquirieran enseguida una solidez peor. A esas alturas ya sabía que la compostura pública no reparaba nada dentro de una habitación, pero seguía sintiendo la obligación de sostener el resto. Se cambiaba a solas, se acostaba en una cama demasiado grande y demasiado llena de memoria, apagaba la lámpara y se quedaba durante largos ratos oyendo el viento o el mar con una claridad casi ofensiva, porque lo que antes había sido ruido de fondo se le volvía ahora una compañía más soportable que el pensamiento. No había en aquella abstinencia ninguna nobleza. No dormía mejor. No pensaba mejor. Solo se obligaba a habitar la consecuencia material de lo que había roto.

Aun así, hizo durante los primeros días un esfuerzo visible por mantener las apariencias en público, no por vanidad social, sino porque el derrumbe exterior de un matrimonio tan reciente se habría convertido en Highmere en una invitación indecente al juicio de todos. Le ofreció a Cassandra el brazo al bajar del carruaje; la esperó al pie de la escalinata; hizo el comentario correcto en presencia del servicio cuando la señora Penhaligon mencionó una visita pendiente

o un encargo para Truro; guardó a la mesa la misma corrección sobria que había guardado siempre, aunque ya no recibiera a cambio ni el reflejo mínimo de la antigua intimidad. Cassandra no le negó nunca el saludo ni la cortesía. Eso habría sido una vulgaridad, además de una debilidad. Pero tampoco colaboró. Su trato con él se volvió preciso y glacial, con una cortesía tan impecable que dejaba todavía más expuesto el vacío donde antes había habido otra cosa. No discutía con él en público. No lo contradecía con desaires. Se limitaba a responder lo necesario, a dirigirle la mirada el tiempo indispensable y a retirar después de su voz y de su gesto cualquier resto de calor. Y ese control, precisamente por no ser grosero, terminó por volver más visible la fractura.

La misa del domingo confirmó lo que ya se movía dentro de la casa y lo entregó, aunque nadie lo dijera así, a la inteligencia colectiva del pueblo. Salieron juntos porque no hacerlo habría sido regalar demasiado. El cielo estaba limpio, el aire aún tenía un filo fresco de primavera temprana y St. Keverne se llenó de parroquianos con la puntualidad acostumbrada, pero desde el instante en que el carruaje se detuvo ante la iglesia fue evidente, al menos para cualquiera que conociera un poco el lenguaje de las distancias, que el matrimonio de Stormcrag no respiraba ya con la misma armonía estudiada de semanas atrás. Drake ayudó a Cassandra a bajar con la corrección irreprochable de siempre. Ella aceptó el gesto sin una rigidez ofensiva, pero sin la menor inflexión de cercanía. No caminaban separados, no se evitaban, no intercambiaban escenas mudas dignas de melodrama. Era peor que eso. Parecían dos personas muy bien educadas obligadas a sostener delante del mundo la forma exterior de una unión de la que alguien hubiera retirado en privado la temperatura. Las mujeres del pueblo lo notaron enseguida. También los hombres. En los bancos, durante el sermón, en el pequeño cementerio al salir, en la pausa mínima antes de subir otra vez al carruaje, las miradas se demoraron lo suficiente para que la historia empezara a reordenarse sola en la mente de Highmere.

Y como los pueblos son incapaces de dejar desnuda una grieta cuando pueden rellenarla de sentido, el rumor hizo lo inevitable: empezó a unir la frialdad del matrimonio con el naufragio antiguo. No porque nadie conociera todos los hechos, ni mucho menos la quiebra dudosa del padre de Drake, sino porque bastaban la memoria tozuda de la costa, el nombre de Carrick y la visible retirada

de la señora para construir una explicación mejor que la ignorancia. En el horno, en el colmado, junto al muro de St. Keverne, en las cocinas y patios traseros donde los sirvientes del pueblo se cruzaban con los de Stormcrag, comenzó a repetirse en versiones cada vez más adornadas que el señor Carrick no había entrado en esa casa solo por la cláusula, que detrás de la boda había cuentas viejas del mar y que, si ahora la señora se mostraba tan fría, era porque por fin había entendido lo que el pueblo llevaba años sabiendo a medias. Dentro de Stormcrag, los rumores circulaban con más cautela, como correspondía a una casa grande donde nadie quería ser sorprendido por la persona equivocada con una frase a medio construir. Pero circulaban. Las doncellas callaban con demasiada rapidez cuando Cassandra entraba en una estancia inesperadamente. Un lacayo desvió la vista con una prontitud que decía más que cualquier comentario. Incluso Annie, tan leal y tan joven todavía para ciertas destrezas del disimulo, miró una vez a su señora al ayudarla a abrocharse un vestido con una mezcla de compasión y curiosidad que Cassandra tuvo que cortarle con una sola mirada para no humillarla.

La señora Penhaligon no se permitió ni un solo comentario. No lo habría hecho aunque el techo se les viniera abajo. Pero la forma en que vigilaba el tránsito de ambos por la casa delataba que sabía perfectamente que algo serio se había instalado ya entre ellos. A veces encontraba a Cassandra en el cuarto de lady Trevelyan demasiado temprano por la mañana, vestida ya y con el cabello a medio recoger, como si el sueño se le hubiera roto antes de tiempo. Otras veía a Drake salir de la habitación principal con la expresión cerrada y las manos vacías de todo cuanto no fueran tareas. Nunca intervino. Sin embargo, un día ordenó a Annie que llevara una segunda jarra de agua caliente al cuarto de la señora sin que esta la pidiera, y a Drake le mandó subir el café a la biblioteca en vez de dejarlo esperándolo en el comedor. Eran pequeños desplazamientos prácticos, casi nada, y aun así Cassandra comprendió, al advertirlos, que también el ama de llaves había empezado a reorganizar la vida de la casa alrededor de una herida cuya existencia nadie nombraba.



La nueva deuda salió a la luz una tarde de miércoles, y lo hizo de una manera tan indecorosamente propia de sir Thomas, que Cassandra no supo si sentir primero cólera o abatimiento. No llegó por medio de Penrose ni de ningún requerimiento legal, sino a través de una mujer del pueblo, Martha Jenkin, viuda de un antiguo intermediario de Truro que durante años había llevado para varios propietarios del condado pequeñas operaciones de crédito y pagos aplazados fuera de la vista de los bancos más visibles. La mujer, que jamás se habría atrevido a cruzar la puerta principal de Stormcrag sin un motivo de verdadero peso, pidió ver a la señora aquella tarde, y Wilmot, al anunciarla, añadió con una vacilación extraña que insistía en tratar el asunto solo con ella. Cassandra alzó la vista de la lista de provisiones que revisaba con la señora Penhaligon y notó al instante la clase de incomodidad que un mayordomo solo dejaba asomar cuando comprendía que algo era inapropiado y, sin embargo, no podía negarse en la entrada.

—Hágala pasar —dijo.

La señora Penhaligon, que estaba junto a la mesa con una libreta en la mano, no se movió. Tampoco parecía dispuesta a retirarse todavía. Martha Jenkin entró con el chal mal prendido y una expresión de apuro tan genuina que Cassandra supo antes de oírla que no se trataba de un favor banal.

—Perdone, señora —dijo la mujer, retorciendo entre los dedos un papel doblado varias veces—. No habría venido si no fuera una cosa fea, pero pensé que debía saberlo usted antes que nadie.

Tomó el papel. Era un reconocimiento de deuda antiguo, redactado con la sobriedad avara de ciertos documentos privados, y llevaba la firma de sir Thomas. La suma no era enorme al lado de otras obligaciones que ya conocía o sospechaba, pero sí bastante desagradable, sobre todo porque había permanecido oculta y porque los intereses, aumentados con el tiempo, convertían el asunto en otra vergüenza más. Su padre había recurrido al difunto marido de Martha Jenkin años atrás para cubrir una necesidad de liquidez inmediata relacionada, según una breve nota anexa, con unas reparaciones de emergencia del ala oeste tras un invierno especialmente duro. El dinero nunca se devolvió del todo. El hombre murió, los papeles quedaron mezclados en un arcón con otros asuntos sin ordenar, y solo ahora, al revisarlos su hijo, había salido de nuevo a la luz el documento.

—¿Por qué ha venido a mí? —preguntó Cassandra.

Martha Jenkin se ruborizó.

—Porque usted siempre escucha, señora. Y porque no quería meter esto de primeras en manos de caballeros y papeles duros. Pensé que, siendo cosa de la casa de siempre, usted querría verlo.

La respuesta cayó sobre Cassandra con la fuerza simple de una verdad vieja. Incluso ahora, casada, incluso con Drake al frente visible de los asuntos exteriores, el pueblo seguía acudiendo a ella cuando el problema tenía algo de moral, de doméstico o de vergonzante. No porque desconocieran al señor, sino porque sabían, con esa intuición práctica que da la vida cerca de las grandes casas, dónde residía de verdad la conciencia cotidiana de una propiedad. La conmovía y la humillaba al mismo tiempo. Lo más inmediato, sin embargo, fue otra cosa: la sensación de que el pasado de sir Thomas no se había conformado con dejar tras de sí una sola traición grande y legible, sino que se desperdigaba ahora en pequeñas miserias que seguían emergiendo como restos de un naufragio arrastrados por la marea.

Le dijo a Martha Jenkin que había hecho bien en acudir a ella y que estudiaría el asunto antes de darle una respuesta. No prometió nada que no pudiera cumplir. La mujer, con los ojos llenos de una gratitud nerviosa, se levantó y se retiró bajo la mirada siempre discreta de Wilmot. Cuando la puerta se cerró, la señora Penhaligon siguió en su sitio, en silencio.

Cassandra tenía el papel entre las manos. Lo leyó una segunda vez. Después una tercera. No alzó la vista enseguida.

—Otra más —dijo al fin.

La señora Penhaligon dejó la libreta sobre la mesa.

—Sí, señora.

No preguntó si pensaba enseñárselo al señor. No sugirió nada. Aquella contención, nacida del oficio y del afecto, acabó de dejar claro a Cassandra el punto donde se hallaba: incluso la aparición de una deuda nueva no la empujaba todavía hacia Drake, sino hacia sí misma y hacia las mujeres que habían sostenido siempre el costado práctico de Stormcrag mientras los hombres firmaban, callaban o se hundían.

Guardó el papel dentro de la libreta de provisiones y se quedó un momento mirando la mesa, las listas, la caja de hilos de la señora Penhaligon, el jarrón sin flores, el reflejo del jardín en los cristales.

Fuera, el mar seguía ahí, respirando al pie del acantilado con la misma paciencia de siempre, y dentro de la casa la frialdad continuaba asentándose entre ellos sin una sola escena que permitiera aliviarla. La nueva deuda estaba ya en sus manos. No en las de Drake ni en las de Penrose. En las suyas. Y eso, más que cualquier otra cosa de aquella tarde, le dejó claro hasta qué punto las ruinas del padre seguían buscándola a ella primero.



Capítulo 15

La notificación de embargo llegó un lunes por la mañana con la puntualidad insultante de las desgracias administrativas, como si las ruinas más humillantes, las que no procedían del mar ni de la enfermedad ni de una escena memorable, sino de la pulcritud de los papeles timbrados y de la letra de un procurador que jamás había puesto un pie en la casa sobre la que escribía, necesitasen precisamente de esa compostura para resultar del todo ofensivas. Wilmot la recibió en el vestíbulo de manos de un hombre de Truro correctamente vestido, uno de esos hombres que cumplían con el desagradable deber de llevar una noticia sin permitir que el rostro se les inclinase siquiera hacia la compasión, y la llevó a Cassandra con la misma gravedad con que años atrás habría anunciado una visita del vicario o la muerte de un pariente lejano, porque el buen mayordomo sabía siempre cuándo una carta pesaba más que una persona. Ella estaba en el cuarto de costura con la señora Penhaligon, revisando unas sábanas de lino que habían salido por fin del arcón de verano, y al ver entrar a Wilmot con el sobre aún cerrado sobre la bandeja supo al instante que no se trataba de una cuenta más ni de una reclamación menor. Lo supo por el sello, por el grosor del pliego y, sobre todo, por esa cualidad peculiar del silencio que precede a ciertos daños cuando todavía no han sido abiertos, pero ya han entrado en la habitación.

Pidió a la señora Penhaligon que la dejara sola un momento y tomó el sobre con serenidad. Lo abrió allí mismo. La notificación, redactada con esa limpieza que volvía tanto más brutales los mecanismos legales cuanto menos se detenían en las personas, advertía de la activación de un proceso de embargo cautelar sobre una porción determinada de rentas y bienes asociados a Stormcrag como consecuencia de obligaciones no satisfechas vinculadas a la sucesión de sir Thomas y a compromisos previos nunca saldados del todo, agravados ahora por intereses y costas. No afectaba todavía al conjunto entero de la propiedad, pero sí a una parte lo bastante visible para poner a la casa en una posición de vulnerabilidad inmediata y, lo que a Cassandra le pareció todavía peor, lo hacía con una frialdad que dejaba claro que, si no se actuaba con rapidez, el

resto del andamiaje jurídico seguiría cayendo con la misma implacable coherencia. Leyó una vez. Volvió a leer. Después dejó el papel sobre la mesa, no porque el texto fuera difícil de entender, sino porque lo entendía demasiado bien.

No pensó primero en Drake. Pensó en su padre, como era inevitable, aunque no lo pensó con pena, ni siquiera con esa cólera más o menos simple que otras veces todavía conseguía ofrecerle el consuelo de una emoción nítida. Lo pensó con una clase de cansancio tan hondo que por un instante le pareció no estar sintiendo ya nada, sino contemplando la consumación natural de algo que llevaba años preparándose bajo el suelo de la casa igual que la humedad bajo una alfombra demasiado vieja. Había sabido, desde luego, que las deudas existían. Había aprendido a reconocer durante la enfermedad de sir Thomas la respiración dificultosa de Stormcrag del mismo modo que había aprendido a reconocer la del propio hombre en la habitación cerrada donde agonizaba. Lo que seguía sorprendiéndola, incluso ahora, era la naturaleza siempre nueva del desorden, la forma en que cada día añadía una capa de vergüenza a la anterior, como si el viejo hubiera logrado dejar tras de sí no una sola ruina digna y compacta, sino una sucesión infinita de trampas menores, de compromisos oscuros, de negligencias y pequeñas miserias que se resistían a agotarse.

Fue al despacho pequeño. Necesitaba una mesa, una silla, la carpeta de cuentas, las cartas de Penrose, la libreta en que había ido anotando sumas, fechas y obligaciones desde antes de la boda. Cerró la puerta tras de sí, extendió la notificación y empezó a trabajar con una rapidez que solo nacía del puro instinto de defensa. Si la medida era cautelar, todavía había margen. Si afectaba a esa porción concreta de rentas, quizá otra parte pudiera liberarse antes. Si Penrose se había dormido sobre la sucesión o confiado demasiado en una prórroga verbal que nadie había asegurado por escrito, entonces habría que forzarlo a actuar. Y si el origen último de la reclamación estaba en alguno de esos préstamos antiguos que seguían saliendo a la luz como restos hundidos de un naufragio, necesitaba saber cuál, con exactitud, antes de permitir que nadie más organizara por ella la respuesta. Pensó en llamar a Drake. El pensamiento le atravesó la cabeza y la irritó al instante. No porque dudara de que él entendería mejor el alcance de ciertos extremos o pudiera resolver con una sola firma lo que para ella exigiría tres visitas, dos cartas y la humillación

de revisar de nuevo los pecados del padre, sino precisamente por eso. Porque pedirle ayuda en aquel momento le habría parecido, aunque la razón le dictase lo contrario, una forma de entregarle la prueba final de que Stormcrag no podía ya sostenerse ni un día más sin él. Y había dentro de ella demasiado orgullo, demasiada obstinación y también otra cosa más difícil de nombrar, una mezcla de dolor y de amor propio herido, que no estaba aún dispuesta a poner entre sus manos. De modo que no lo llamó.

Pidió, en cambio que prepararan la calesa ligera para ir hasta Truro después de comer. Quería ver a Penrose en persona, no escribirse con él ni esperar a su disponibilidad, y mucho menos dejar que el asunto adquiriera sobre el papel más vida de la estrictamente necesaria. Cuando la señora Penhaligon entró a media mañana con un tentempié y una pregunta muda en los ojos, Cassandra alzó el pliego de la notificación y el ama de llaves no necesitó más. Se acercó, leyó por encima de su hombro lo suficiente para entender la naturaleza del problema y apretó la boca con severidad.

—¿Ha avisado al señor? —preguntó.

Cassandra negó con la cabeza sin levantar la vista de las cifras.

—No.

La señora Penhaligon permaneció callada un instante. No era mujer que alabara la terquedad por sí misma, pero tampoco una criada que se permitiera corregir de frente lo que no le incumbía. Aun así, había vivido demasiado tiempo en aquella casa como para no saber cuándo el orgullo estaba trabajando a favor de alguien y cuándo empezaba a trabajar en su contra.

—Quizá convendría hacerlo —dijo al fin.

Cassandra siguió escribiendo.

—Cuando convenga, lo haré.

El ama de llaves dejó el tentempié junto a la mano de su señora, observó el papel una vez más y comprendió que no obtendría nada insistiendo. Inclinó un poco la cabeza y se retiró. Cassandra la oyó cruzar la habitación, cerrar la puerta y perderse por el corredor, y, a pesar de la dureza con que había respondido, sintió de pronto una punzada de gratitud. En Stormcrag seguían quedando personas capaces de advertir el peligro antes incluso de entenderlo por completo. Lo que no estaba segura de seguir conservando ella era la disposición de dejarse ayudar.



Drake supo que algo grave había ocurrido sin que nadie se lo dijera. La casa cambiaba de respiración cuando se veía amenazada, igual que cambiaba la superficie del mar cuando se preparaba un temporal aunque el cielo todavía fingiera inocencia, y él había aprendido a distinguir ya demasiado bien las alteraciones mínimas de Stormcrag como para no notar esa clase de desplazamientos. Lo percibió en la manera en que Wilmot, al servir el café de media mañana, evitó mirar directamente hacia el despacho pequeño; en la rapidez con que una doncella cruzó el vestíbulo con la cabeza baja y un paquete de cartas en la mano; en la sola existencia de ese silencio más concentrado que solía instalarse alrededor de una persona importante cuando todos en la casa sabían que había recibido una mala noticia, aunque nadie se permitiera todavía nombrarla en voz alta. No preguntó enseguida. No porque no quisiera saber, sino porque conocía ya demasiado bien la forma en que Cassandra cerraba filas cuando el orgullo y el trabajo se le unían en una misma defensa. Se limitó a observar. La vio atravesar el corredor con el paso tenso y la expresión pensativa. La vio bajar a comer unas pocas cucharadas de sopa y levantarse antes de tiempo. La vio ordenar el caballo y la calesa con una concisión que a nadie se le habría ocurrido contradecir. Y comprendió, con exasperación, que estaba tratando de resolver algo sola.

No intervino. Sabía que, si lo hacía sin que ella se lo pidiera, sería aún peor. Lo que no consiguió fue permanecer indiferente. Pasó la mañana en el despacho, pero no leyó una sola línea con la concentración completa. Su mente, al margen de cifras y cartas, seguía en el corredor, en la sombra del despacho pequeño, en el gesto con que Cassandra había cruzado el vestíbulo sin verlo aunque sabía perfectamente que él estaba allí. La separación fría de las últimas semanas no había disminuido el conocimiento del otro. Lo había vuelto, si acaso, más cruel. Cada signo de cansancio de ella, cada palidez nueva, cada respuesta más corta de lo habitual se le habían vuelto a Drake demasiado visibles como para fingir que no los veía, y al notar ahora que la casa volvía a cerrar filas en torno a un problema que aún no conocía, pero que sin duda tocaba a Stormcrag por donde

más dolía, sintió una urgencia de actuar que tuvo que tragarse una vez detrás de otra como si fuera un alimento amargo. No podía permitirse entrar en el despacho pequeño, coger los documentos que la tenían en ese estado y resolver el asunto. No porque no tuviera la autoridad legal o el dinero suficiente para hacerlo, sino porque Cassandra lo habría tomado, con razón, como una invasión insoportable. Y si algo le resultaba ya más difícil que contener su deseo era contener ese otro impulso, el de protegerla aunque ella no estuviera dispuesta a permitírselo.

Cassandra partió hacia Truro poco después del almuerzo, con Annie, el lacayo de más antigüedad y el cochero, no por necesidad social absoluta, pero sí por esa lógica de decoro que una mujer como ella no podía violar sin exponerse a comentarios innecesarios. El camino fue más largo de lo habitual porque el calor de la primavera empezaba ya a afirmar su presencia en los tramos interiores y el polvo se levantaba detrás de las ruedas con una persistencia blanca y fina. Durante buena parte del trayecto no pensó en nada que no fueran plazos, firmas, recursos, nombres de intermediarios y posibles formas de suspender o ralentizar el proceso. La terquedad la ayudaba. El orgullo también. La otra emoción, la que no se detenía a analizar porque hacerlo habría significado admitir demasiado sobre la herida exacta de su matrimonio, seguía ahí como un peso sordo: no quería acudir a Drake porque no quería deberle el rescate de esa parte de Stormcrag, no en ese momento, no mientras todavía le ardía en el pecho el eco de la pregunta formulada en la biblioteca y la respuesta devastadora que la había seguido. Había algo casi infantil en esa resistencia, algo poco razonable incluso para su propio juicio, y sin embargo la habitaba con una fuerza que no estaba dispuesta a traicionar todavía.

Penrose la recibió en su despacho con una alarma mal disimulada. No esperaba verla aparecer sin aviso y menos con esa expresión donde el cansancio y la determinación parecían haber dejado de pelearse y se hubieran convertido ya en un solo gesto.

—Señora Carrick —dijo, levantándose de inmediato.

Cassandra no se sentó hasta que hubo colocado la notificación de embargo sobre su mesa.

—Explíqueme por qué no me habló de esto.

Penrose leyó el pliego, volvió a leer la referencia del encabezamiento y alzó la vista hacia ella con el tipo de sinceridad

fatigada que solo adoptan los hombres cuando descubren que la realidad ha corrido más deprisa que sus cálculos.

—Tenía noticia de una reclamación pendiente —admitió—, pero no de que fueran a moverla tan pronto.

—Explíquese mejor —dijo Cassandra, sin apartar la mano del pliego—. Ya sabía de una reclamación pendiente. ¿Qué reclamación?

Penrose entrelazó los dedos sobre la mesa, como si necesitara sujetarse a un orden exterior antes de responder.

—Una obligación antigua, señora, relacionada con determinadas rentas de la propiedad que quedaron comprometidas hace años.

—¿Comprometidas por quién?

—Eso no aparece de forma limpia en la documentación más reciente.

—Qué conveniente.

—No digo que lo sea. Digo que el origen está en acuerdos anteriores, arrastrados desde la sucesión de sir Thomas y agravados después por intereses, demoras y costas.

Cassandra le sostuvo la mirada un instante.

—De modo que alguien compromete rentas de Stormcrag, nadie tiene el buen gusto de dejarlo claro y ahora me encuentro yo con un embargo sobre la mesa.

—Me temo que, en sustancia, es eso.

—No le pago para que me tema cosas, señor Penrose. Le pago para que las impida.

El abogado aceptó el golpe sin mudar de expresión, aunque bajó la vista al papel antes de continuar.

—El despacho que activa ahora la medida no es el mismo que llevaba el asunto al principio. El derecho pasó a sus manos tras dos muertes y un cambio de representación. Hasta este momento, yo había confiado en que la reclamación siguiera dormida o, al menos, no se moviera con tanta rapidez.

—Había confiado —repitió ella, con una suavidad mucho más hostil que un reproche directo—. Ya veo.

Penrose tomó aire.

—No pretendo excusarme.

—Pues no lo parece.

Él dejó pasar la frase.

—La medida sigue siendo cautelar. Eso significa que aún hay margen.

—¿Margen para qué?

—Para retrasarla, quizá para limitarla. Si se satisface de inmediato una parte de la suma y se negocia el resto dentro de un plazo breve y razonable, puede ganarse tiempo.

—¿Qué parte?

Penrose cogió una hoja de su carpeta, la miró y le dio la cifra. Cassandra no se movió, pero el silencio que siguió se tensó entre los dos como una cuerda.

—Eso no es una parte —dijo al fin—. Es una sangría.

—Es, con todo, la cantidad que puede contener el avance del procedimiento.

—¿Y si no se paga?

—Entonces el embargo sigue su curso y la otra parte tiene una posición mucho más fuerte para ampliar la reclamación.

—Muy bien. ¿Qué hará usted?

—Escribiré al despacho. Solicitaré una suspensión de hecho mientras negociamos. Moveré también a quien corresponda para ganar unos días.

—Lo hará hoy, sin demoras.

—Sí, desde luego.

Penrose vaciló unos instantes antes de añadir:

—Aunque, si me permite decirlo, conviene que hable con su marido cuanto antes.

Cassandra levantó los ojos despacio.

—De momento, hablo con usted.

—Lo entiendo, señora, pero el señor Carrick…

—El señor Carrick no está en esta habitación.

—No, pero sí está en posición de intervenir con eficacia.

—Eso ya lo sé yo sin necesidad de que usted me lo diga.

Penrose se removió levemente en la silla, como si la rigidez misma del cuerpo pudiera volver más aceptable lo que iba a decir.

—Hay ciertas cosas que escapan ya a la sola buena voluntad procesal.

—Entonces más le vale a usted no confiar en ella.

—No confío. Solo advierto de que, si el señor Carrick puede intervenir, sería una insensatez excluirlo por un escrúpulo mal entendido.

Cassandra lo miró con una frialdad tan completa que el abogado calló en el acto.

—Redacte esas cartas esta misma tarde —dijo ella— y envíelas antes de que cierre el correo. Además, tenga la bondad de no decirme una sola palabra más sobre lo que yo debo o no debo hacer con mi marido.

Penrose inclinó la cabeza.

—Como disponga, señora.

—No. Como exige su trabajo.

Él asintió.

—Las cartas quedarán listas hoy mismo.

Cassandra se levantó entonces. El abogado hizo ademán de incorporarse también, pero la expresión de ella bastó para que no intentara añadir nada más. Tuvo, al menos, el decoro de no insistir.

Regresó a Stormcrag al caer la tarde con un cansancio que la hacía sentir como si tuviera el cuerpo lleno de arena. El viaje de vuelta, con el sol ya bajo sobre los prados y el mar reapareciendo poco a poco al acercarse a Highmere, no le trajo ninguna solución nueva, solo la conciencia cada vez más viva de que había ganado algo de tiempo, no tranquilidad. Penrose escribiría, movería uno o dos hilos, intentaría que el asunto no pasara enseguida a una fase peor. Pero el problema seguía ahí, y con él la suma desagradable, la vergüenza heredada y el hecho de que, incluso habiendo hecho todo lo razonable, Cassandra había terminado el día exactamente donde lo había empezado: sin querer acudir a Drake.

Él la esperaba en el vestíbulo. No en una postura de marido ofendido ni de dueño de la casa listo para exigir explicaciones, sino de una forma mucho más difícil de eludir: quieto, atento, sin chaqueta y una expresión neutra. Había adivinado parte del recorrido, quizá por Wilmot, quizá por pura lógica. Cassandra lo supo al verlo y se irritó consigo misma por el alivio involuntario que le produjo la sola presencia de aquel cuerpo inmóvil al pie de la escalera.

—Ha ido a Truro —dijo él.

No era exactamente una pregunta. Cassandra se quitó los guantes con movimientos lentos.

—Sí.

Drake esperó. Ella no añadió más. El silencio se estiró lo bastante para que Annie, que estaba detrás con una caja pequeña y el chal de su señora, se desvaneciera prudentemente hacia la escalera de servicio.

—¿Tiene algo que ver con una deuda? —preguntó al fin.

Cassandra alzó la vista. No había hostilidad abierta en ella. Solo un agotamiento que a Drake le resultó más doloroso precisamente porque era sereno.

—Sí.

—¿Es grave?

Aquello era ya una oferta. Una puerta abierta con toda la delicadeza que él podía reunir en ese momento. Cassandra la vio y decidió no cruzarla.

—Lo estoy resolviendo.

La frase cayó entre ambos con una firmeza que no admitía réplica. Drake sintió la resistencia en toda su extensión. Habría podido insistir. Habría podido recordarle que las deudas de Stormcrag lo concernían ya legalmente, que lo más sensato era revisar juntos la situación, que quizá había margen para resolver sin necesidad de más humillaciones. No lo hizo. No porque renunciara al derecho de saber, sino porque entendió con una claridad casi física que la herida actual entre ellos le daba a Cassandra la necesidad de pelear sola, aunque esa pelea la agotara. Intervenir sin que ella se lo pidiera habría sido romper lo único que aún le quedaba entero: la voluntad de sostenerse por sí misma.

—De acuerdo —dijo.

Cassandra apretó un instante los labios, como si la frase la rozara justo donde no debía. Luego pasó junto a él hacia la escalera sin detenerse. Drake se volvió lo suficiente para seguirla con la mirada. No la llamó. No había nada decente que decirle allí.

Esa noche cenaron con la misma corrección helada de los últimos días, solo que ahora el silencio llevaba dentro algo más, una preocupación material que Drake reconocía y a la que no podía acercarse sin ser invitado. Cassandra comió poco y mantuvo la espalda demasiado recta, como si el cuerpo entero siguiera todavía sentado ante la mesa de Penrose. Él la observó varias veces sin disimular del todo la atención. Ella lo notó y no le sostuvo la mirada más que una vez, el tiempo imprescindible para que ambos supieran que el problema había sido visto, registrado y contenido, pero no compartido.

Después de la cena, Cassandra subió temprano al cuarto de su madre. Cerró la puerta, dejó la vela sobre la mesa y sacó de la manga el borrador de una de las cartas de Penrose. La releyó sin ganas

porque, a esa hora, la terquedad empezaba ya a mezclarse con un cansancio menos noble. Se sentó en el borde de la cama y se llevó los dedos a las sienes. Había hecho lo que sabía hacer: actuar, preguntar, conseguir tiempo, no dejarse arrastrar al primer impulso de pedir socorro. Y, sin embargo, lejos de sentir alivio, se encontraba ocupada por una tristeza seca y difícil de explicar, porque esa misma autosuficiencia que durante años la había salvado le parecía ahora una forma de soledad cada vez más cara.

Abajo, Drake permaneció largo rato en el despacho sin leer. Tenía delante dos cartas de Harbury, un informe de maderas y el estado de pagos de uno de sus barcos menores, y todo le resultó, durante más de una hora, materia muerta. Sabía que Cassandra estaba tratando de resolver algo sola. Sabía también, por el modo en que le había hablado en el vestíbulo, que no quería ni consejo ni auxilio. Y, sin embargo, observar en silencio esa obstinación le costaba cada vez más. No porque dudara de la capacidad de ella, sino porque empezaba a entender que su orgullo, tan admirable a ojos ajenos, se alimentaba también de la necesidad de no entregarle a él ni el último argumento que pudiera volverla deudora. Aquello lo hería y lo exasperaba a partes iguales. Quería intervenir. Quería pedirle los documentos, sentarse, revisar cifras, escribir a quien hiciera falta, pagar si era necesario y ahorrarles a ambos la humillación añadida de otra deuda más. No lo hizo. Permaneció en silencio porque sabía que la intromisión sería peor que la impotencia, y eso, lejos de consolarlo, le hizo sentir de una forma más punzante hasta qué punto el matrimonio se había convertido en una cercanía sin confianza. Conocía el cansancio de Cassandra en la curva de los hombros, la forma de sus insomnios, el sabor de su piel, el modo en que el cuerpo de ella respondía a la menor caricia, y no podía tenderle la mano sin que esa misma mano se volviera una agresión.

Al final guardó los papeles, apagó la lámpara del despacho y se quedó unos segundos oyendo el mar al otro lado de la casa. Stormcrag seguía en pie, severa, hermosa y desgastada, como si la piedra no supiera que quienes la habitaban habían llegado otra vez al límite.



Capítulo 16

Drake tardó dos días exactos en averiguar lo que sucedía y uno más en aceptar que Cassandra no hallaría por sí sola una salida suficiente a la deuda y a la amenaza de embargo, no porque dudara de su inteligencia ni de su tenacidad, sino porque había llegado a conocer demasiado bien la índole de aquella lucha y sabía reconocer el instante en que el esfuerzo dejaba de ser un medio para convertirse en una forma de sacrificio estéril. La observó primero con la prudencia que imponía la frialdad instalada entre ambos y después con una atención cada vez más dolorosa. La veía salir temprano hacia Truro y regresar al caer la tarde con el cuerpo entero vencido por un cansancio que no era el del trabajo útil, sino el de las gestiones que apenas lograban ganar unas horas al desastre. La veía encerrarse durante mañanas enteras con papeles, cartas y cuentas que habían dejado de ser simples deudas para transformarse, poco a poco, en una humillación heredada. Y la veía salir de nuevo más tarde, no siempre en calesa y con lacayo, sino a veces a caballo y sola, como si el movimiento pudiera ayudarla a pensar, o como si entregarse al viento y al camino le ofreciera un alivio mayor que el de permanecer dentro de una casa que parecía devolverle, en cada estancia, la prueba de que nada de cuanto hacía llegaba a bastar.

No intentó detenerla. No se atrevió tampoco a ofrecer una ayuda que ella no pidiera, porque ya había aprendido, quizá demasiado tarde y de la forma más cruel, que entre ellos el daño moral no se reparaba con intervenciones expeditivas ni con la seguridad masculina de quien cree que pagar una suma equivale a cerrar una herida. Pero al revisar por su cuenta, con Harbury y con un agente de Falmouth, la estructura exacta de aquella reclamación y el tamaño real del agujero que se abría detrás de ella, comprendió con una claridad sin consuelo que Cassandra solo estaba ganando tiempo, no terreno, y que, si la cosa se alargaba un poco más, terminaría por dejarla sin capacidad de maniobra y, peor todavía, sin la dignidad interior que seguía sosteniéndola.

La suma era enorme. No en el sentido teatral de las cifras desorbitadas que arruinan a un reino y hacen las delicias de los cronistas, sino en otro mucho más serio, porque se trataba de una

cantidad lo bastante considerable como para que Stormcrag no pudiera reunirla sin sacrificar partes vivas de sí misma y lo bastante incómoda como para que incluso él, que disponía de una riqueza que habría parecido obscena a muchos de los hombres del condado, sintiera con toda exactitud el peso del esfuerzo que le exigía cubrirla. Había invertido ya mucho dinero en la casa antes incluso de casarse, luego más aún en el momento mismo de la unión y después una cantidad constante, no siempre visible desde fuera, en reparaciones, pagos atrasados, reformas de urgencia, reordenación de intereses y tareas sin brillo que no daban lugar a agradecimientos porque se limitaban a impedir que las cosas se hundieran del todo. Su liquidez seguía siendo fuerte, pero no infinita; y además había barcos en marcha, mercancías comprometidas, salarios que no podían dejarse al azar y negocios que vivían de la confianza de otros hombres acostumbrados a oler la debilidad en una firma antes incluso de que apareciera en las cuentas. De modo que salvar Stormcrag de esa amenaza concreta significaba tocar otra cosa, desprenderse de una parte de sí mismo que no era ya puramente monetaria, sino estructura, futuro, radio de maniobra. Harbury, que lo conocía lo bastante como para no ignorar lo que una decisión así representaba, lo dijo con su sobriedad habitual cuando, encerrados en el despacho de Falmouth donde olía a sal, tinta y cáñamo húmedo, Drake le pidió que preparara la venta de dos participaciones importantes y de una carga prevista para final del verano.

—Puede hacerse —dijo el agente, señalando con la pluma la línea exacta donde una columna de cifras empezaba a adelgazar hasta un punto poco cómodo—, pero será una sangría.

Drake permaneció de pie junto a la ventana del despacho, con el puerto extendiéndose abajo y los mástiles inmóviles bajo el cielo de primavera. Había pasado la noche anterior repasando cuentas y la mañana entera viendo, una vez más, la forma en que la deuda se cerraba sobre Cassandra sin darle ya salidas reales. No necesitó volver a pensarlo.

—Hágalo.

Harbury levantó la vista.

—¿Sin esperar a que cambie el mercado?

—Sí.

—Perderá más.

—Ya lo sé.

El agente dejó la pluma un momento. No era hombre de sentimentalismos, pero sí de una lealtad seca que a veces rozaba la franqueza.

—Ella no lo va a agradecer.

Drake volvió por fin la cabeza hacia él. En la cara no llevaba orgullo, ni posesión, ni ese brillo masculino del hombre que se dispone a salvar a una mujer contra su propia voluntad para disfrutar luego del agradecimiento. Llevaba algo mucho más difícil de soportar y, precisamente por eso, más honrado: una mezcla de cansancio y necesidad.

—No lo hago para que lo agradezca.

Harbury lo observó un segundo más y asintió. No dijo nada más. Empezó a preparar los papeles, las instrucciones y los nombres que habría que poner en juego para evitar preguntas innecesarias y acelerar la operación. Drake firmó, corrigió una cifra, autorizó dos movimientos que le dolieron de verdad y salió de allí con la sensación de haber hecho no una gran demostración, sino un sacrificio material del tipo que no admitía ya marcha atrás ni consuelo moral. En el carruaje de vuelta a Highmere no sintió alivio. Sentía, si acaso, una forma áspera de paz en la región del juicio y, en todo lo demás, la conciencia demasiado viva de que había intervenido al fin donde Cassandra no lo había llamado, aunque no por imponerse, ni por ganar un pleito íntimo, ni por arrojar sobre ella una deuda nueva y personal, sino porque la había visto caminar hacia un precipicio práctico del que ya no podía sacarla solo su inteligencia. Se preguntó, con una honestidad que no lo favorecía, si había en él algo de la vieja arrogancia de los hombres acostumbrados a decidir. La respuesta no era limpia. Sin embargo, por debajo de cualquier matiz seguía estando la verdad esencial: si esperaba, ella perdería la casa o se desangraría intentándolo hasta quedarse sin nada. Y él no estaba dispuesto a verla caer de esa manera.

No se lo dijo. Movió lo necesario a través de Harbury, de Falmouth y de uno de sus hombres de Plymouth, consiguió que la reclamación quedara satisfecha por una vía lo bastante lateral como para que el nombre de él no apareciera estampado con vulgaridad en el primer papel que llegara a Stormcrag, y permitió solo que Penrose recibiera la noticia ya cerrada para que pudiese ordenar el resto del expediente sin hacer preguntas que no le incumbían. El abogado, desde luego, entendió enseguida lo ocurrido, y por la cara que puso

al leer el último pliego, Drake supo que incluso aquel hombre, acostumbrado desde hacía años a la podredumbre respetable de los grandes patrimonios, había sentido el alcance material del gesto. Penrose dijo únicamente que el asunto quedaba resuelto y que la medida cautelar no seguiría adelante. Drake respondió que bastaba con eso.

Cassandra lo descubrió al tercer día, y lo descubrió del modo que más podía herirla, no porque él hubiera querido humillarla así, sino porque ciertas humillaciones van unidas a la naturaleza misma de lo irremediable. Penrose acudió a Stormcrag y pidió verla en privado. Ella lo recibió en el salón de mañana, de pie, sin sentarse, como había terminado por recibirlo casi siempre desde que el archivo del desván había dejado entre ambos la ficción de una relación limpia. El abogado traía la carpeta bajo el brazo y el cansancio seco del hombre que iba a entregar una noticia buena con un coste moral demasiado visible para celebrarla.

—La reclamación queda extinguida —dijo.

Cassandra, que llevaba días viviendo dentro del recuento milimétrico del desastre, tardó un segundo en entender la frase, no por oscuridad del lenguaje, sino porque el resultado que nombraba era incompatible con todo cuanto ella sabía de sus propias posibilidades.

—¿Cómo?

Penrose no respondió enseguida. Abrió la carpeta, le mostró el documento de cancelación, el recibo final y dos cartas de trámite. Cassandra los tomó, leyó el nombre del despacho, la referencia, la fecha y luego, con una lucidez cada vez más gélida, la constancia indirecta del origen del dinero. No aparecía Drake en primera línea, desde luego. Habría sido una grosería innecesaria. Pero aparecía Harbury, aparecía Plymouth, aparecía una secuencia de pagos y liquidaciones que solo podían haber nacido en él.

—No —dijo, y fue una palabra vacía de negación real, solo la forma instintiva del estupor herido.

Penrose la miró con una compasión que a ella le habría gustado abofetear.

—Sí, señora.

Cassandra dejó los papeles sobre la mesa y por un momento tuvo que apoyar los dedos en la madera para no perder el equilibrio. La rabia llegó primero, como era natural: una rabia limpia contra Drake

por haber intervenido sin decírselo, por haberla dejado seguir moviéndose dentro de una pelea que él, en paralelo, había resuelto a espaldas de su voluntad. Después vino otra cosa peor, una oleada de vergüenza tan brutal que la obligó a bajar la cabeza para que Penrose no le viera la cara del todo. Ella no había podido salvar Stormcrag. Había peleado, contado, cabalgado, escrito, apretado los dientes, y aun así no había podido. Él sí. Con un sacrificio que Cassandra, aun sin conocer todavía cada cifra exacta, percibió al instante como considerable, porque lo bastante había aprendido ya de sus negocios y de la inversión previa en la casa como para saber que aquello no había salido de una reserva ociosa y risible, sino de un lugar donde sí dolía tocar. La impotencia se mezcló con el alivio, el alivio con la culpa y la culpa con el rencor más hondo, porque Stormcrag había sido salvada por el mismo hombre cuya motivación oculta seguía clavada entre ellos como una espina que ni el deseo ni la distancia habían conseguido extraer. No podía enfadarse limpiamente. No podía agradecer limpiamente. Y esa imposibilidad la dejó devastada.

Penrose, por una vez, tuvo el buen juicio de no intentar reconducir la escena con consejos o con frases de abogado que equilibraran la violencia moral dentro de un marco razonable. Cerró la carpeta, la dejó a su alcance y dijo solo que, si necesitaba revisar los papeles con más calma, podía hacerlo. Luego se marchó. Cassandra oyó cerrarse la puerta del salón y permaneció durante largo rato de pie, incapaz de sentarse, con el documento de cancelación todavía abierto sobre la mesa. El mar respiraba al otro lado de las ventanas como lo había hecho siempre, pero la habitación se le había vuelto irreal, demasiado pequeña y demasiado nítida al mismo tiempo. Quiso llorar y no pudo. Quiso levantarse y seguir con el día como si la noticia fuera solo un trámite afortunado, y tampoco pudo. Al final, casi sin saber en qué momento se había decidido, salió de la casa por la puerta lateral, sin sombrero, sin guantes, con un chal echado sobre los hombros, y tomó el sendero que llevaba al acantilado por encima de Stormcrag.

Se sentó allí, en una franja de hierba endurecida por la sal, con las faldas recogidas en torno al cuerpo y las rodillas abrazadas contra el pecho como si de ese modo pudiera impedir que todo lo demás se deshiciera. La mañana estaba cambiando. No hacía mal tiempo todavía, pero el cielo traía ya una sombra distinta en el oeste y el aire se había puesto más áspero, como ocurre en la costa cuando el

mundo decide cerrarse un poco sin necesidad de tormenta inmediata. Desde ese punto se veía Stormcrag de perfil, severa y al mismo tiempo casi vulnerable sobre la elevación, con las ventanas altas reflejando una luz más fría y el mar golpeando la base del acantilado con esa insistencia paciente que nada sabía de la dignidad humana. Cassandra miró la casa un momento y la visión misma la rompió.

Lloró entonces por primera vez desde el funeral de su padre, y no fue un llanto hermoso ni contenido ni de esos que ennoblecen a quien los sufre, sino uno amargo, seco al principio y luego cada vez más hondo, un llanto de rabia y de agotamiento donde todo lo que llevaba semanas sosteniendo sin descanso encontró por fin una salida brutal. Lloró por el odio que sentía hacia sir Thomas, por la repugnancia de saber hasta qué punto aquel hombre había extendido sus daños más allá de la tumba y había sido capaz de arruinar a otro para salvar lo suyo; lloró por la vergüenza y la culpa que sentía hacia Drake, no porque ella hubiera causado la ruina de su padre ni la deuda presente, sino porque llevaba su apellido, vivía en la casa levantada sobre ese daño y había tardado demasiado en conocer la verdad; lloró por el rencor que seguía sintiendo hacia Drake, precisamente porque no podía reducirlo ya a un villano simple, porque la motivación oculta seguía ahí y, sin embargo, él acababa de sacrificar una parte real de sí mismo por salvar a Stormcrag sin humillarla con palabras; lloró por sí misma, por la humillación insoportable de descubrir que no tenía nada, nada realmente suyo que pudiera oponer a esa ruina, ninguna forma legal ni económica de salvar la casa sin contar con un hombre; y, más profundamente aún, lloró por el hecho de ser mujer dentro de aquel mundo, por el hastío feroz de depender de firmas masculinas, de leyes masculinas, de deudas contraídas por hombres y resueltas por hombres mientras a ella le correspondía la inteligencia de administrar la dignidad entre los escombros. Hubo un momento en que odió hasta su propio cuerpo por haberse entregado a un hombre del que después tenía que aceptar también la salvación material. Le parecía obsceno. Le parecía injusto. Le parecía, sobre todo, un círculo del que no sabía salir sin perderlo todo.

Drake la vio desde la galería del ala oeste, a donde había subido casi por costumbre al notar el cambio del viento. Al principio no distinguió más que una mancha oscura, una quietud demasiado

humana en el borde del acantilado. Luego la reconoció por la postura, por el modo en que la falda negra y el chal gris se recortaban sobre la hierba y, finalmente, por el propio dolor que sintió en el pecho al comprender que Cassandra estaba sola allí, en ese sitio, con una tormenta menor o un cambio brusco del tiempo acercándose desde el oeste. La tentación primera fue bajar de inmediato, llamarla, hacer lo que fuera necesario para apartarla del borde igual que la apartó aquella vez de la galería. No se movió. La conocía demasiado bien para ignorar que irrumpir sobre su soledad con una autoridad alarmada sería convertirla aún más en una criatura que debía ser rescatada de sí misma. Permaneció unos segundos inmóvil en la galería, con la mano apoyada en la piedra, luchando no ya contra el miedo a que el viento o una imprudencia la pusieran en peligro, que estaba ahí y era vivo, sino también contra la conciencia de que lo que Cassandra estaba pensando lo incluía a él de una forma demasiado íntima como para no resultarle obsceno invadirla.

Dudó. Dudó el tiempo suficiente para darse cuenta de que no soportaría quedarse mirando desde la casa. Sin pensarlo más, bajó con rapidez. No corrió como la vez de la tormenta. Caminó deprisa, con la decisión de quien conoce el camino y conoce también a la persona que encontrará al final de él, pero sin la violencia de un rescate. Cuando llegó a pocos pasos, Cassandra lo oyó y no se volvió enseguida. Eso fue, para Drake, casi peor que un rechazo frontal. Se acercó hasta quedar a una distancia respetuosa, con el viento agitándole la chaqueta y el cabello con esa insistencia que anunciaba que el día se cerraría mal antes de caer la noche. Llevaba un pañuelo limpio en la mano. Se lo tendió sin decir nada.

Cassandra tardó un instante en levantar la vista. Tenía la cara húmeda, los ojos enrojecidos y una expresión tan devastada que Drake sintió de inmediato la violencia de lo que la había llevado hasta allí, aunque no necesitara adivinarla del todo. Ella tomó el pañuelo. No dio las gracias. Tampoco se apartó. Se secó la cara de cualquier manera y volvió a abrazarse las rodillas, como si el cuerpo entero siguiera necesitando una forma física de sujetarse.

Drake permaneció de pie unos segundos más, mirando el mar, la casa, la curva del acantilado, y luego se sentó a su lado sobre la hierba, no pegado a ella, pero tampoco tan lejos como para fingir una indiferencia cortés. No intentó consolarla. No le dijo que todo estaba bien. No se disculpó otra vez. No explicó el dinero, los activos

vendidos ni la necesidad de actuar. Nada de eso habría servido. Cassandra siguió llorando, primero con un esfuerzo visible por contenerse y luego con un desorden que ya no tenía fuerza para avergonzarse de sí mismo, y Drake permaneció allí, a su lado, con las manos juntas entre las rodillas y el cuerpo entero vuelto hacia el mar y hacia ella al mismo tiempo, aceptando al fin que había dolores que no podían aligerarse con la razón ni con el poder y que la única forma decente de acompañarlos consistía en no apartarse mientras atravesaban a la otra persona.

El llanto de Cassandra, lejos de disminuir al sentirse observada, fue en aumento. Había quizá en esa mera presencia silenciosa, en el hecho de que Drake no intentara corregirla ni tranquilizarla ni apropiarse del gesto con explicaciones, una suerte de permiso involuntario para dejar de contenerse. Y ella, que llevaba demasiado tiempo sosteniendo el orgullo con la espalda recta, acabó doblándose un poco más sobre sí misma, con la frente casi apoyada en las rodillas y el pañuelo arrugado entre los dedos. El viento levantó un poco las puntas del chal. Más abajo, el mar siguió golpeando. Sobre sus cabezas, la sombra de la tormenta que se acercaba ya había endurecido la luz y enfriado el aire.

Drake no la tocó. Cada fibra de su cuerpo deseaba hacerlo, atraerla hacia sí, quitarle con las manos o con la voz una parte al menos de esa desesperación amarga; no se permitió nada porque supo con una claridad completa que allí, en ese acantilado, lo único que Cassandra podía soportar de él sin sentirse invadida era precisamente esa compañía muda. Se quedó. Eso fue todo. Se quedó mientras el llanto seguía creciendo y el cielo se cerraba sobre Stormcrag con la misma paciencia sombría con que el mar seguía mordiéndole la base al acantilado.



Capítulo 17

El llanto de Cassandra no se agotó de golpe, como si bastara con vaciarse una vez para recuperar al instante el dominio del cuerpo y del juicio, sino que fue cediendo poco a poco, a oleadas cada vez más espaciadas, hasta dejar en ella una especie de temblor profundo, casi mudo, que seguía recorriéndola incluso cuando las lágrimas habían dejado de caer con la misma violencia. Permanecía sentada sobre la hierba endurecida del acantilado, con las rodillas abrazadas y el chal mal prendido sobre los hombros, mirando sin ver del todo el mar que golpeaba abajo y el perfil severo de Stormcrag recortándose contra la luz turbia de la tarde. El cielo había empezado a cerrarse de nuevo por poniente, no aún con la amenaza plena de una tormenta desatada, pero sí con esa densidad de nubes y de aire que hacía que hasta la claridad pareciera volverse más pesada antes de rendirse del todo. Drake seguía a su lado, no tan cerca como para obligarla a sentir el calor de su cuerpo como una intrusión, ni tan lejos tampoco como para dar a entender que estaba allí solo por prudencia exterior. Se había quedado en silencio durante todo aquel tiempo porque comprendía que ninguna frase, por razonable o por sincera que fuese, habría servido mientras Cassandra siguiera llorando no ya solo por la deuda o por la casa, sino por la suma insoportable de humillaciones, dependencias y verdades tardías que se le habían precipitado encima en tan pocos meses.

Cuando el llanto se hizo por fin más raro, más contenido y menos convulso, Drake entendió que el silencio ya no era la única forma decente de acompañarla. No porque creyera que la explicación pudiera reparar sin más lo que se había roto entre ellos, ni porque pensara que existía una formulación suficientemente hábil como para volver inocente lo que nunca lo había sido, sino porque seguir callando sería ya una forma de cobardía que Cassandra no merecía. Había administrado demasiado la verdad, la había retenido hasta que el daño de conocerla fuera otro y peor, y aquella tardanza se había vuelto ahora una parte esencial del agravio. Si todavía pretendía conservar algo de lo que quedaba entre los dos, no podía seguir refugiándose en el pudor masculino, en las medias frases o en

esa costumbre suya de dejar que el otro completara con la imaginación la parte más áspera del pensamiento.

No se volvió hacia ella de inmediato. Siguió con la vista puesta en el mar al hablar, quizá porque necesitaba la dureza del horizonte para no sentir la desnudez de lo que iba a decir como una exposición excesiva.

—No fue la venganza —dijo al fin—. O no en el sentido simple en que la has entendido a veces, y con razón.

Cassandra no contestó. Tampoco se movió mucho. Tenía el pañuelo arrugado entre los dedos y la cara todavía húmeda, con esa palidez extenuada que deja el llanto cuando no hay ya fuerzas para esconderlo bajo la compostura. Al oírlo, giró un poco la cabeza hacia él. Drake percibió el movimiento de reojo y siguió.

—Durante años pensé en arruinar a tu padre. Eso es verdad. No voy a negarlo ahora. Pensé en ello lo suficiente como para saber de qué hablo. Quería verlo caer, sí; quería que supiera qué se siente cuando todo lo que uno cree sólido empieza a pudrirse desde dentro y no hay apellido, ni posición, ni casa bastante alta para detenerlo. Quería que sintiera el tipo de dependencia y de miedo que otros habían sentido por él y a causa de él.

Hizo una pausa breve. El mar golpeó abajo con una fuerza seca, casi puntual, como si el agua misma quisiera marcar el peso de la frase.

—Pero cuando por fin llegó el momento de tener entre las manos una posibilidad real de hacerlo, ya no lo necesité. Sir Thomas se había encargado solo de una parte bastante grande de su ruina. No tenía que venir yo a empujarlo por el borde. Lo vi con claridad en cuanto entré de verdad en las cuentas de Stormcrag y en la red de aplazamientos, préstamos y miserias con que había sostenido la casa. Se había destruido solo lo bastante como para que mi intervención no cambiara la naturaleza del castigo, solo su velocidad.

Cassandra bajó la vista un momento hacia sus propias manos. Seguía sin decir nada. Drake sabía que aquella quietud no era acuerdo, ni siquiera paciencia benevolente. Era el único modo que le quedaba de recibir una verdad sin interrumpirla con el dolor inmediato de cada parte.

—Lo que sí seguía vivo en mí —continuó— era el deseo de hacerle justicia a mi padre. No venganza. Justicia. O lo que yo, con la arrogancia y la herida de entonces, era capaz de llamar así. Quería

que el daño no quedara enterrado bajo el mar, bajo el tiempo y bajo las maneras de los hombres respetables. Quería que esa historia tuviera un peso real en el mundo que sir Thomas todavía controlaba. Y la forma más clara que encontré de conseguirlo fue entrar en la casa, en su dinero, en lo que él seguía creyendo suyo por derecho natural, y convertirlo en dependiente, no ya del mercado ni de una mala temporada, sino del hijo del hombre al que había arruinado y cuya muerte, al menos en parte, llevaba también encima.

Cassandra alzó la cabeza del todo. La respiración, ya más calmada, seguía siendo profunda.

—Te habría gustado que sintiera eso —dijo, muy bajo.

Drake asintió una vez.

—Sí.

La palabra no se defendía. No pretendía tampoco hacerse admirable a través de su crudeza. Era solo la verdad.

—Y Stormcrag —prosiguió él— complicaba aún más las cosas. Porque no era únicamente la casa de tu padre. Era la casa que yo había visto desde niño como una fortaleza levantada justo donde el mar se tragó la vida de mi padre. La odié por eso. Y también la quise de una manera que tardé años en entender, porque una parte de mí siempre pensó que, si esa casa hubiera sido gobernada de otra forma, si el poder allí dentro hubiera tenido otra materia moral, no habría acabado convertida en el instrumento del hombre que arruinó al mío. Hacerme con Stormcrag me parecía, al principio, una forma de arrancarla de esa herencia. Una manera brutal, sí, y probablemente soberbia también, de impedir que siguiera perteneciendo sin resistencia a la misma sangre que la había degradado.

El viento cambió levemente de dirección y levantó el borde del chal de Cassandra. Drake lo vio, pero no alargó la mano para corregírselo. Siguió mirando al frente, porque todo en él le decía que si la tocaba ahora, aunque fuera solo para ese gesto mínimo, lo arruinaría.

—Y entonces estabas tú —dijo.

La frase, simple hasta la desnudez, tuvo entre ambos una gravedad distinta a la de todo lo anterior. Cassandra no apartó la vista de él.

—No eras culpable de nada. No tenías parte en la quiebra, ni en el naufragio, ni en las decisiones de tu padre. Ni siquiera te parecías a él en aquello que más me importaba odiar. Pero estabas en medio.

Eras la hija. Eras la heredera. Eras la persona que iba a pagar en cuerpo y en vida una solución pensada por hombres desde sus propias cuentas. Y cuanto más empecé a verte, a hablar contigo, a entender cómo habías sostenido la casa durante la enfermedad de sir Thomas, y aun antes, más claro se me hizo que la justicia que yo creía querer no podía pasar sobre ti como si fueras una cifra o una pieza heredada con la propiedad.

Cassandra sintió que las palabras le entraban de un modo todavía más doloroso por lo mucho que se parecían a algo que ella misma había intuido sin querer admitirlo: que Drake no la había mirado nunca con la indiferencia de quien toma posesión de un bien anexo a otro, y que precisamente por eso el daño era peor, no mejor.

—Entonces ¿por qué seguiste? —preguntó, y en la pregunta no había desafío, sino cansancio.

Drake respiró hondo antes de responder.

—Porque no vi otra salida que no te dejara a ti desprotegida y a la casa en manos de cualquiera. Pensé en pedirte matrimonio antes de que sir Thomas dejara nada por escrito. Lo pensé de verdad. No como una solución romántica, desde luego, sino como la única forma que veía de amortiguar el golpe, de ponerte dentro del acuerdo con una posición distinta de la de una simple heredera acorralada por las deudas. Habría sido una propuesta brutal igualmente, lo sé; no voy a adornarla ahora. Pero te la habría hecho. Te habría pedido que te casaras conmigo incluso sin cláusula.

Cassandra lo miró con una mezcla de estupor y de agotamiento. No era esa una revelación que hubiera esperado.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Drake dejó escapar una exhalación breve, sin risa.

—Porque tu padre se adelantó. Era ladino hasta el final. Vio antes que nadie lo que se estaba formando y decidió ponerlo a su favor. Si la casa iba a acabar en mis manos, se aseguró al menos de que hubiera un Trevelyan metido en la sangre de mis herederos, de que yo no pudiera separar del todo Stormcrag de su apellido y de que tú quedaras atada a la misma solución como una garantía biológica y social al mismo tiempo.

El asco que Cassandra sintió al oírlo formulado así le subió por el cuerpo con una rapidez casi violenta. Sabía ya, desde luego, la obscenidad de la cláusula, pero escuchar de labios de Drake la lógica última de sir Thomas, esa voluntad de supervivencia de apellido

incluso dentro de la dependencia, le dio a todo una suciedad nueva y más íntima.

—Nos vendió a los dos —murmuró.

Drake volvió por fin la cabeza hacia ella.

—Sí.

Se miraron un instante en silencio. Lo que había entre los dos ya no podía reducirse a una sola línea de culpa o de inocencia. Cassandra lo entendía cada vez mejor, y ese entendimiento no la consolaba. Drake, por su parte, veía en los ojos de ella no la absolución, ni siquiera la cercanía de la misma, sino algo mucho más difícil y más verdadero: el esfuerzo casi insoportable de una mujer por aceptar una verdad compleja sin traicionarse a sí misma en la manera de sentirla.

—No me siento orgulloso de nada de esto —dijo él al fin—. Ni de mis actos, ni de la clase de pensamiento que me llevó hasta ellos, ni de haber sido tan arrogante como para creer durante un tiempo que yo sería tu salvador. Lo fui, a ratos, en lo material, sí, y eso basta para darme un lugar en tu resentimiento que no pienso discutir. Pero la parte arrogante, la peor, fue pensar que podía entrar en una casa herida, poner dinero, inteligencia y voluntad sobre la mesa y, con eso, corregir la historia lo suficiente para que la culpa encontrara una forma soportable. No podía. No se corrige así. No se corrige a costa de una mujer a la que se obliga a elegir dentro de una trampa. Y yo tardé demasiado en entender que esa mujer tiene un peso moral propio que no tiene nada que ver con lo que yo venía a reparar.

Cassandra tragó saliva. El llanto había remitido, pero el dolor seguía allí, más hondo quizá porque la voz de Drake, por primera vez desde que se conocían, no se estaba defendiendo detrás de la sobriedad con la que solía administrar incluso sus confesiones. Seguía siendo él, desde luego; no había explosiones ni dramatismos ajenos a su carácter. Pero había en aquella franqueza una desnudez que la conmovía y la devastaba a partes iguales.

—Tendrías que habérmelo dicho antes —dijo.

—Sí.

—Antes de tocarme. Antes de dejarme creer que…

La frase se rompió sola. Drake no la completó por ella. Esperó.

—Que podíamos empezar algo —terminó Cassandra, con una voz tan baja que casi se confundió con el viento.

Drake la miró largamente. Durante ese segundo, o tal vez dos, hubo en su silencio un peso distinto, uno que no nacía ya del pasado, sino de algo más presente y más desarmado. Cuando habló, lo hizo sin quitarle los ojos de encima.

—Yo también lo creí.

Cassandra apretó con más fuerza el pañuelo entre las manos. Sentía el borde del dolor y del deseo de tocarlo todavía dentro de ella, incluso ahora, incluso sentada en la hierba con la cara marcada por el llanto.

—Eso no cambia lo demás.

—No —admitió Drake—. Pero tampoco borra lo otro.

La frase habría podido sonar calculada en otro hombre. En él sonó a una verdad dicha a costa propia. Cassandra cerró un instante los ojos. Estaba cansada. Demasiado. Cansada de la casa, del padre, de la deuda, del cuerpo, del odio, de la vergüenza y ahora también de la imposibilidad de seguir manteniendo a Drake en una sola categoría moral. No lo perdonaba. No podía aún. Pero empezaba a ver la estructura real del daño, y esa visión, por dura que fuera, tenía algo de descanso después de tanto tiempo midiendo sombras.

Drake volvió la vista al mar. Las nubes se habían espesado más y la luz descendía ya con una rapidez visible sobre la costa. Cuando habló otra vez, lo hizo con una gravedad más serena, como si la frase se le hubiera formado dentro a lo largo de muchos días y no hubiera encontrado hasta entonces el lugar donde salir sin resultar una imposición sentimental.

—Te amo.

Cassandra no se movió. Fue quizá eso, su absoluta quietud, lo que más reveló la conmoción con que recibió esas dos palabras. No tenían nada de ornamentales. No venían envueltas en promesas, ni en súplicas, ni en el tipo de grandilocuencia que ella habría podido rechazar por instinto. Drake las había dicho de la forma en que un hombre como él solo podía decir algo así cuando ya no le quedaba ninguna defensa útil: sin levantar la voz, sin aproximarse, sin pretender que el amor viniera a limpiar la suciedad del origen ni a reemplazar de pronto toda conversación pendiente. Solo las había puesto entre ellos como un hecho más, quizá el más desnudo de todos.

Cassandra tardó en respirar.

—No deberías decir eso ahora.

Drake no desvió la mirada del mar.

—Probablemente no.

—Parece casi una manera de poner algo bueno encima de lo demás.

—No lo es.

Ella se volvió del todo hacia él. Tenía aún la cara húmeda y el cabello revuelto por el viento, pero en la mirada había vuelto a encenderse una lucidez dolorosa.

—¿Desde cuándo?

Drake reflexionó un segundo. No porque dudara, sino porque la respuesta exacta le parecía menos limpia de lo que una declaración tan breve habría sugerido.

—Desde antes de saber nombrarlo —dijo—. Desde que empecé a pensar en ti fuera de la casa, de las cuentas y del daño. Desde que me vi midiendo el día por cosas tuyas que no tenían nada que ver con lo que yo había venido a hacer aquí. Desde que empezó a importarme lo que pensaras de mí más que lo que pudiera sacar adelante delante de ti. Y desde la primera vez que dormiste de verdad contra mi pecho y entendí que lo que tenía entre las manos ya no se parecía a nada que pudiera gobernar solo con voluntad.

Cassandra bajó la vista entonces. No porque quisiera esconderse de él, sino porque no sabía todavía qué hacer con esa confesión. Le dolía recibirla allí, en el acantilado, con el llanto aún fresco y la herida del pasado todavía abierta. Le dolía también por una razón menos noble y más íntima: porque una parte de ella llevaba ya días, quizá semanas, acercándose a ese mismo borde sin haberse permitido pronunciarlo. No podía devolvérselo. No todavía. No con la conciencia tranquila. Pero tampoco podía tratar esas palabras como si no la hubieran alcanzado de lleno.

El viento aumentó un poco. Más abajo, el mar golpeó con más fuerza la base de la roca. Drake no añadió nada. No buscó de ella una respuesta simétrica ni un alivio inmediato. Se limitó a quedarse a su lado, con el cuerpo orientado hacia el horizonte y la paciencia de quien sabe que no todo puede resolverse en la misma tarde en que al fin se dice la verdad. Cassandra permaneció en silencio largo rato, con el pañuelo en las manos y el peso de la confesión asentándose dentro de ella no como algo dulce, sino como otra verdad más, una que venía a complicarlo todo y, al mismo tiempo, a volverlo quizá un poco más entero.

Cuando por fin habló, lo hizo sin mirarlo aún.

—No sé qué hacer con eso.

Drake volvió entonces la cabeza.

—No tienes que hacer nada ahora.

La respuesta, precisamente por no exigir nada, la alivió y la hirió a la vez. Dejó escapar el aire muy despacio. El cielo se había oscurecido bastante y la primera ráfaga seria de la tormenta les azotó entonces el borde del chal y la chaqueta con una brusquedad que los devolvió a la inminencia práctica del clima.

—Deberíamos volver —dijo Cassandra.

—Sí.

Se pusieron en pie al mismo tiempo. Drake no intentó tocarla, no le ofreció el brazo ni recogió el chal que el viento le había desplazado de un hombro. Caminaron uno al lado del otro hacia Stormcrag con esa clase de silencio que ya no era devastación pura, aunque tampoco paz. La casa los esperaba arriba, severa y oscura contra el cielo de tormenta, y mientras subían el sendero, con el mar respirando cada vez más fuerte detrás, Cassandra comprendió que la verdad no había arreglado nada de forma sencilla, pero había cambiado la naturaleza del daño. Ya no estaba sola dentro de una sospecha. Ahora conocía la herida entera. Y, junto a ella, de forma tal vez más peligrosa todavía, llevaba también la certeza de haber oído a Drake decir que la amaba sin pedirle con eso que olvidara nada.



Capítulo 18

La tormenta descargó sobre Stormcrag apenas hubieron cruzado el umbral, como si el cielo, contenido durante toda la tarde, hubiese estado aguardando a que ambos regresaran a la casa para cerrar de golpe la distancia entre el acantilado y los muros. El vestíbulo los recibió con ese calor sobrio y un poco oscuro de las noches de temporal, cuando el servicio encendía lámparas de más, las alfombras absorbían la humedad que el aire arrastraba consigo y cada puerta parecía cerrarse con una firmeza más consciente del peligro exterior. Wilmot acudió enseguida, la señora Penhaligon apareció al fondo del corredor y una doncella se apresuró a recoger el chal de Cassandra, empapado ya en las esquinas por la lluvia oblicua que los había alcanzado en los últimos pasos del camino. Nada de aquello tuvo para los dos el carácter ordinario de un regreso doméstico. Volvían del acantilado con el cuerpo todavía tenso por la conversación y por la confesión, y la casa, con su orden imperturbable, les ofrecía de pronto un escenario demasiado lleno de ojos y de costumbre como para que pudieran seguir allí, en medio del vestíbulo, con la emoción aún viva y todavía sin asentarse del todo.

Cassandra dejó el chal en manos de la doncella y, cuando la señora Penhaligon se acercó a preguntarle si deseaba que le prepararan una tisana caliente antes de cenar, respondió que prefería subir a cambiarse primero. La voz le salió más calmada de lo que se sentía. Drake, a su lado, dio una indicación cualquiera a Wilmot sobre los postigos del ala oeste y la revisión de la galería alta, y en ese gesto tan práctico, tan suyo, Cassandra percibió con una claridad casi dolorosa la misma cualidad que había hecho de él un hombre tan difícil de leer al principio y tan imposible de reducir después a una sola naturaleza: era capaz de decirle que la amaba con una sobriedad desnuda y, un instante más tarde, de preocuparse por el cierre de unas contraventanas como si el mundo no acabara de desplazarse por dentro. Tal vez precisamente por eso le creía. Porque en Drake nada de lo esencial se anunciaba con adornos innecesarios.

Subió sola al cuarto de su madre, cerró la puerta y permaneció un momento apoyada en ella, con las manos todavía frías y el corazón

latiéndole de una manera desordenada, no ya por el llanto ni por la violencia de la verdad dicha en el acantilado, sino por la clase de silencio que había quedado entre ambos después de esa verdad. No era la devastación de días atrás. Tampoco paz. Era algo menos limpio y quizá más vivo: la sensación de que, por primera vez desde la lectura del testamento, se encontraban realmente en el mismo sitio moral, mirando de frente la monstruosidad del origen sin seguir escondiéndose uno del otro detrás de una parte de la historia. Seguía habiendo dolor. Seguía existiendo el agravio. Seguían estando ahí la culpa heredada y la dificultad casi obscena de desear a un hombre que había entrado en su vida por un camino tan envenenado. Y, sin embargo, también estaba lo otro. La forma en que Drake le había hablado de su padre y de su propio error sin colocarse por encima de nada. La admisión de la arrogancia, de la herida, del impulso de justicia mal entendido. La confesión, por último, no envuelta en demandas ni en promesas, sino dicha como una verdad más a la que ella no estaba obligada a responder en el acto. Todo eso le había movido por dentro alguna cosa que ya no se parecía al simple alivio ni al perdón, pero sí a la posibilidad, aún temblorosa, de una elección.

Se cambió despacio. No tenía ganas de bajar a cenar, no esa noche, no con el cuerpo y la cabeza todavía tan ocupados. Se quitó el vestido oscuro, se lavó cara y manos, volvió a ver en el espejo la marca ya casi borrada junto a la sien, donde el fragmento de teja la había herido semanas atrás, y sintió al mismo tiempo la memoria del cuidado de Drake y la del beso que casi había seguido a aquella cura. Cuántas cosas, pensó con una especie de cansancio incrédulo, podían caber en unas pocas semanas si estaban hechas de verdad. Eligió para la noche un camisón de batista color crema con encaje muy fino en el cuello y en las mangas, uno que había sido de su madre y que la señora Penhaligon había ajustado ligeramente a su cuerpo al comienzo de la primavera. Se soltó el cabello, dejó que le cayera libre por la espalda y se sentó un momento en el borde de la cama sin saber todavía qué esperaba de la noche ni de sí misma.

Abajo, Drake apenas probó la cena. Wilmot, que había dispuesto la mesa en el comedor pequeño con la naturalidad disciplinada de siempre, observó —sin levantar del todo la vista— que el señor comía menos de lo habitual y que la silla de la señora seguía vacía, aunque a esa hora normalmente ya habría bajado o enviado al menos una

excusa formal. La tormenta golpeaba las ventanas con una furia creciente y las lámparas encendidas daban al cuarto una intimidad involuntaria que hacía todavía más visible la ausencia de Cassandra. Drake respondió a una observación práctica del mayordomo sobre unas goteras en el corredor del norte y terminó por levantarse antes del postre. Dijo que todos podían retirarse ya, que no los necesitaría. Nadie habría imaginado, al oírlo, que esa decisión tan simple escondiera una perturbación tan honda. No subió de inmediato. Pasó primero por la biblioteca, encendió una sola lámpara, tomó un libro y volvió a dejarlo en el mismo sitio. La confesión del acantilado seguía viva en el cuerpo como un corte reciente, no porque se arrepintiera de haber hablado, sino porque había puesto entre los dos una desnudez nueva y, con ella, una posibilidad todavía más aterradora que el rechazo: la de que Cassandra lo hubiera oído de verdad.

Cuando por fin subió, lo hizo sin decidir del todo si iba hacia el dormitorio principal por inercia o por una costumbre que aún no había dejado de dolerle. Fue al pasar junto al cuarto de lady Trevelyan cuando vio luz bajo la puerta. Se detuvo. La tormenta golpeó con violencia un postigo cercano. El corazón, que rara vez le estorbaba en asuntos prácticos, se le volvió entonces un animal incómodo y presente. Alzó la mano, dudó un segundo y llamó.

Dentro, Cassandra alzó la cabeza como si hubiera reconocido al instante aquel ruido, esperado y temido a partes iguales. No contestó. Se puso en pie y fue hacia la puerta sin apresurarse, como si aquel breve retraso pudiera darle unos segundos más antes de enfrentarse a lo que aguardaba al otro lado. Drake seguía en el umbral, con el cabello ligeramente revuelto y la gravedad de la tarde todavía marcada en el rostro. No parecía un hombre que acudiera a reclamar nada; parecía, más bien, uno que se presentaba dispuesto a soportar el rechazo con la misma entereza con que había aceptado ya otras cosas inevitables.

—No has cenado —dijo, y la sencillez de la frase hizo que Cassandra sintiera una ternura tan súbita que tuvo que sujetarse al canto de la puerta para no mostrarla demasiado.

—No tenía hambre.

Drake asintió. Miró por encima del hombro de Cassandra la habitación abierta, la luz baja, la cama preparada, la lluvia marcando los cristales al fondo. No hizo ademán de entrar.

—Puedo pedir que te suban algo.

Cassandra negó con la cabeza.

—No es necesario.

El silencio que siguió fue breve, pero entero. Drake iba a decir algo más, tal vez una fórmula prudente de despedida, tal vez simplemente buenas noches. Ella lo vio en la forma en que tomó aire. Y antes de que la prudencia volviera a gobernarlos, Cassandra abrió más la puerta y se apartó un poco.

—Entra.

No fue una invitación grandilocuente, ni habría servido de nada que lo fuera. Bastó la manera en que Cassandra la pronunció, sin frialdad y sin desafío, para que Drake comprendiera que aquella noche descansaba ya sobre otro terreno. Entró, y ella cerró la puerta a su espalda mientras la tormenta seguía latiendo en la habitación como un corazón ajeno.

Durante un momento permanecieron los dos de pie, enfrentados a pocos pasos de distancia, sin saber todavía qué gesto sería el primero y sin querer precipitarlo. Era extraño cuánto podía cambiar una habitación solo por la honestidad con que dos personas la habitaban. El cuarto de lady Trevelyan, con su calma empolvada, sus cortinas de seda ya algo gastada, la colcha de primavera y el perfume tenue de lavanda en la cómoda, parecía hecho para una reconciliación tranquila. Drake miró a Cassandra y sintió con una claridad absoluta que, si ella daba un paso atrás, se iría; si se quedaba donde estaba, la esperaría el tiempo que hiciera falta; y que, si lo tocaba, se acabaría para ambos la posibilidad de seguir fingiendo que aún estaban gobernados por otra cosa que no fuera la verdad recién dicha y el deseo demasiado tiempo contenido detrás del daño.

Fue Cassandra quien cruzó primero la distancia. No de golpe, sino con esa decisión silenciosa y honda de las mujeres que, habiendo llegado al final de una resistencia, no entregan ya solo el cuerpo, sino algo más difícil de nombrar. Se acercó hasta quedar casi junto a él y alzó la mano hacia la solapa de su chaqueta como si fuera a retirarle una mota invisible. Los dedos se quedaron ahí, apoyados, sintiendo la tela, el calor y el pulso vivo del hombre debajo. Drake bajó la vista a esa mano y luego a la cara de Cassandra.

—No sé si esto es prudente —murmuró.

La frase, dicha en su tono sobrio de siempre, casi le arrancó a ella una sonrisa.

—Ya hemos dejado claro que la prudencia no es precisamente nuestro fuerte.

Drake alzó una mano y le rozó la mejilla con suavidad.

—No quiero que esto sea por compasión.

—No lo es.

Él cerró los ojos un segundo, como si esa certeza lo atravesara en un sitio particularmente vulnerable. Cuando volvió a abrirlos, Cassandra seguía allí, sin apartarse.

—Tampoco quiero que sea una forma de perdonarme antes de tiempo.

Ella negó muy despacio.

—No te he perdonado todo. Pero ya no quiero seguir usándolo para apartarme de lo que sí sé.

—¿Y qué sabes? —preguntó Drake en voz baja.

Cassandra respiró hondo. La respuesta le salió con la misma verdad con que había llorado unas horas antes.

—Que te elijo. A pesar de todo esto. No por la cláusula, ni por la casa, ni porque no haya otra salida. Te elijo a ti, Drake Carrick.

El silencio que siguió tuvo la hondura de algo que, una vez pronunciado, ya no admitía regreso fácil. Drake la miró como si hubiera recibido un golpe y una gracia a la vez. Después la besó.

No fue el beso urgente de los primeros estallidos ni el de las tardes robadas en la biblioteca. Fue un beso más lento y más completo, cargado de esa emoción difícil que nace cuando el cuerpo conoce ya el deseo del otro y, sin embargo, todo lo que se toca parece nuevo porque por debajo se ha movido el suelo de la voluntad. Cassandra abrió la boca sin vacilar. No había torpeza ya entre ellos, sino una familiaridad ardiente y, al mismo tiempo, una especie de pudor más hondo, no del cuerpo, sino de lo que el cuerpo decía ahora con una claridad distinta. Drake la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. El camisón, la camisa, la lana de la chaqueta, la tormenta golpeando fuera, todo fue quedando al fondo de una percepción cada vez más estrecha y más luminosa. Cassandra se apretó contra él con una necesidad que no tenía nada de desesperada; era, por el contrario, una necesidad elegida, casi serena dentro de su intensidad, como si el cuerpo hubiera reconocido por fin que ya no se estaba

entregando a una imposición heredada ni a una tregua precaria entre ruinas, sino a un hombre al que había decidido no seguir negando.

Drake le besó el cuello, la garganta, la curva del hombro descubierta por el camisón al deslizarse un poco hacia un lado. Cassandra dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, no por abandono ciego, sino por la pura plenitud de sentir esas manos y esa boca sobre una piel que ya conocían y que, sin embargo, aquella noche tocaban de otro modo. Él se demoró en ella sin ansiedad, con una lentitud que era deseo, sí, pero también una forma de cuidado tan íntima que a Cassandra se le contrajo el pecho. Le desabrochó la bata, la dejó caer al suelo y la condujo hacia la cama sin romper del todo el beso. Cuando la sentó en el borde, se arrodilló un instante entre sus piernas y apoyó la frente contra su vientre. No dijo nada. El gesto, tan impropio de cualquier dominio, tan cercano a una reverencia que ni él mismo habría sabido explicar, la atravesó entera.

—Mírame —susurró ella.

Drake alzó la cabeza. Había en su cara una desnudez emocional rara en él, algo que casi la asustó por lo mucho que podía herir si luego se perdía.

—No quiero que esto vuelva a ser nunca algo a lo que te arrastro —dijo.

Cassandra bajó la mano por su rostro, con una suavidad que era nueva incluso para ella.

—Entonces no me arrastres. Déjame ir a ti.

Él la besó de nuevo, esta vez con una gratitud tan viva que el deseo se volvió aún más profundo por estar atravesado de algo casi dolorosamente tierno. La ayudó a echarse sobre la cama y se inclinó sobre ella sin prisas. La tormenta arreció afuera. El cuarto pareció cerrarse alrededor de la luz de la lámpara baja, del rumor del agua en los cristales y de la respiración de los dos. Drake le quitó el camisón con una delicadeza cercana a la veneración. Cassandra recibió el aire fresco sobre la piel con un estremecimiento breve y hermoso. Él la miró un instante como si necesitara grabarse esa imagen exacta de ella en la memoria: la luz sobre los pechos, la sombra del cabello desparramado sobre el colchón, la mezcla de deseo y calma en el rostro.

La besó entonces despacio, en la boca, en la garganta, en los pechos, demorándose en cada reacción del cuerpo de Cassandra con una atención que la hacía sentirse vista entera, no solo tocada. Ella

ya no se avergonzaba de los sonidos que se le escapaban, ni del modo en que el cuerpo se arqueaba, se abría y lo llamaba. Lo buscó con las manos, con una confianza nueva en su propia hambre, y cuando la boca de Drake bajó por su vientre y más abajo, lo dejó hacer con una entrega que no tenía la timidez curiosa de la primera vez, sino una generosidad más profunda, casi agradecida por la manera en que él seguía tratando su placer no como un preámbulo útil, sino como una parte esencial de lo que ambos compartían. Drake la llevó despacio hacia el clímax, con las manos y con la boca, conociendo ya mejor el ritmo que la hacía temblar y, aun así, atento a cada matiz como si siguiera aprendiéndola. Cassandra lo sintió en la piel, en el vientre, en la garganta, y cuando el primer orgasmo la atravesó, lo hizo con una amplitud casi más emocional que física, porque al placer se le mezclaba esta vez la certeza íntima de no estar siendo tomada por deber ni por resentimiento, sino elegida del mismo modo en que ella lo había elegido a él.

Drake se incorporó entonces y, al verla con los ojos cerrados y la respiración rota, sonrió con una ternura privada que ella percibió incluso antes de abrirlos. Le tomó la mano y la llevó a su boca. Cassandra se incorporó sobre un codo y tiró suavemente de él para que se acercara más. Quiso tocarlo no ya con la curiosidad aturdida de otras noches, sino con una confianza más decidida, y Drake dejó que sus manos lo recorrieran, lo desnudaran y lo llamaran con una franqueza que casi lo hizo perder el último resto de compostura. La besó de nuevo, tumbado ya junto a ella, y el beso se volvió pronto otra vez hambre, pero una hambre distinta, más ancha, como si el cuerpo entero hubiera comprendido que esa noche no tenía que abrirse paso a codazos entre la culpa y el miedo, sino crecer desde una voluntad compartida.

Cuando por fin entró en ella, lo hizo con la misma delicadeza firme que había terminado ya por enseñarle a Cassandra que la plenitud del deseo no necesitaba violencia para ser devastadora. Ella lo recibió con un gemido bajo y le rodeó el cuerpo con las piernas, atrayéndolo más, como si quisiera borrar la mínima distancia que aún quedaba entre los dos. Drake apoyó la frente un instante contra la de ella y después se movió con una lentitud profunda, sin perder nunca la atención en su cara, en el modo en que el placer le iba subiendo y la tristeza vieja, la culpa heredada y la humillación parecían deshacerse un poco dentro de una emoción más fuerte.

Cassandra lo sentía entero: la fuerza contenida, la respiración que se le iba alterando, la tensión hermosa de un cuerpo que no luchaba ya contra sí mismo, sino que se entregaba con ella a algo más grande que el deseo puro. No hubo prisa. No hubo urgencia ciega. Hubo una intensidad más honda, más madura, que parecía nacer de todo lo que se habían dicho y de todo lo que seguía en pie a pesar de eso. El placer se hizo ancho, casi grave. Cassandra pensó, en un instante roto y sin lenguaje, que nunca había imaginado que el cuerpo pudiera volverse un lugar tan limpio precisamente después de haber pasado por tanta suciedad moral.

Drake la llevó con él, y ella fue. El clímax llegó como una ola profunda que no la descompuso, sino que la atravesó entera mientras él seguía dentro de ella y su nombre se le escapaba de la boca con una suavidad casi atónita. Cuando Drake alcanzó el suyo, lo hizo con la cara hundida en el cuello de Cassandra y una exhalación rota que a ella le pareció una de las cosas más íntimas que había oído nunca. Permaneció sobre ella unos momentos, sosteniéndose con cuidado, respirando los dos dentro del mismo calor y del mismo cansancio, y al retirarse no se apartó, sino que la atrajo enseguida contra sí, buscando con un gesto casi instintivo la forma completa del abrazo.

No hablaron durante unos minutos. La tormenta seguía golpeando la casa y, sin embargo, el cuarto parecía haberse quedado fuera de toda amenaza. Cassandra tenía la cabeza en el hombro de Drake y una mano abierta sobre su pecho. Escuchaba el latido de él bajo la piel y sentía en su propio cuerpo el temblor dulce y fatigado de lo compartido. Ya no era la sorpresa de las primeras noches, ni el hambre impaciente de los encuentros robados, sino una calma nueva, cargada todavía de deseo, sí, pero también de una paz que se parecía mucho al hogar y que por eso mismo la conmovió hasta casi dolerle.

—No quiero que volvamos a acostarnos nunca más por inercia —dijo ella al fin, sin levantar la cabeza.

Drake le besó el cabello.

—No lo haremos.

—Ni por compasión. Ni por resignación. Ni porque ya estamos casados y eso vuelve las cosas más fáciles.

—No —respondió él—. No quiero nada de eso contigo.

Cassandra permaneció callada un momento. Luego alzó un poco la cara para poder mirarlo.

—Entonces que quede claro —dijo—. A partir de ahora, esto es porque queremos. Porque lo elegimos. Los dos.

Drake le sostuvo la mirada. No tenía ya defensas útiles ante ella, y quizá por eso la respuesta le salió con una gravedad sencilla que a Cassandra le resultó más segura que cualquier juramento solemne.

—Sí. Lo demás nos trajo hasta aquí. Esto no. Esto es nuestro.

«Nuestro». La palabra cayó entre ellos con una verdad tan desnuda que Cassandra cerró los ojos un segundo. No por miedo. Por reconocimiento. Habían tardado demasiado en llegar hasta un punto donde pudieran decirse algo así sin mentirse. Cuando volvió a abrirlos, Drake seguía mirándola de la misma forma, sin exigirle nada más.

Fue ella quien lo besó entonces, lenta y deliberadamente, no con la urgencia del deseo ni con la necesidad de acallar otra conversación, sino como quien sella una decisión íntima. Drake respondió con la misma lentitud. En el exterior, el mar seguía golpeando la roca y la tormenta seguía descargando sobre la costa, pero dentro de la habitación había nacido por fin otra clase de certeza, una que no borraba el pasado ni la deuda ni la suciedad del origen, pero sí arrancaba la relación de ambos de ese origen para ponerla por primera vez enteramente en sus manos.

Más tarde, cuando el cansancio empezó a caerles encima con esa dulzura pesada que sigue a la intensidad verdadera, Cassandra se acurrucó contra él y dejó que el sueño se le acercara despacio. No estaba libre de dolor. No estaba siquiera libre de dudas. Pero ya no se sentía prisionera de un pacto escrito por otros. Y eso, mientras escuchaba el corazón de Drake bajo la mejilla y la lluvia golpeando los cristales, le pareció una forma de libertad más seria que cualquiera de las que había imaginado en abstracto. Drake, antes de dormirse, pasó una última vez la mano por la espalda de Cassandra, como si confirmara para sí mismo que seguía allí, y pensó con una claridad tranquila, poco frecuente en él, que por fin había dejado de sostenerla desde la culpa o desde la reparación para sostenerla simplemente porque era ella y porque había elegido quedarse.

La tormenta amainó entrada ya la noche. Stormcrag quedó mojada, sacudida y en pie, como siempre. Dentro, en el cuarto de lady Trevelyan, dos personas dormían abrazadas no como se abrazan los náufragos a un resto de madera, sino como se acercan quienes,

después de atravesar agua amarga, han decidido seguir juntos por voluntad propia.



Capítulo 19

La resolución legal de los conflictos no llegó en una sola mañana gloriosa ni con el tipo de gesto rotundo que permite a una casa, a una familia o a un matrimonio sentir que el pasado ha sido por fin contenido en un documento definitivo y encerrado luego en un cajón, como si los papeles pudieran limpiar por sí solos lo que durante años se ha vivido con vergüenza, con miedo o con rabia. Llegó, más bien, a través de una sucesión de movimientos discretos y trabajosos que, vistos por separado, habrían parecido meros actos de administración, pero que, en conjunto, terminaron por producir en Stormcrag una transformación casi tan profunda como la de una estación entera. Penrose, por una vez más útil que exasperante, se dedicó durante semanas a cerrar expedientes, satisfacer reclamaciones, revisar escrituras antiguas y hacer pasar por la letra de nuevos acuerdos lo que hasta entonces había sobrevivido como un amasijo indigno de aplazamientos, garantías opacas y favores heredados del tiempo de sir Thomas; Drake aportó no solo dinero, sino también su conocimiento de los resortes más duros del crédito y del comercio, imponiendo allí donde fue necesario la clase de claridad que a muchos hombres les resultaba ofensiva cuando habían vivido demasiado de la penumbra; y Cassandra, que durante meses había sostenido la casa como si fuese un cuerpo herido para que no se desmorone antes de llegar a una cama o a una mesa de operaciones, vio por fin cómo el trabajo dejaba de ser puro remiendo y empezaba a parecerse a una verdadera recuperación. No desaparecieron de golpe los sobresaltos, ni la necesidad de seguir vigilando, ni la memoria moral de todo lo que había costado llegar hasta allí, pero un día, al recibir Penrose la última certificación de cancelación, al comprobarse que la escritura revisada ya no dejaba flotando entre líneas ningún compromiso oscuro y al quedar extinguidas las cargas pendientes que amenazaban la parte más vulnerable de la propiedad, Stormcrag, por primera vez en muchos años, quedó libre de ataduras reales.

Cassandra leyó el último documento en el despacho pequeño, de pie junto a la ventana, con el mar al fondo y una luz de junio que ya no tenía nada de indecisa ni de gris, sino una limpidez afirmada y

cálida que parecía de otro tiempo. No lloró. No volvió a derrumbarse como aquella tarde en el acantilado. Tampoco rio ni se permitió el alivio fácil del gesto triunfal. Lo que sintió fue algo más extraño y más hondo, una ligereza tan poco habitual que durante unos segundos le pareció no saber qué hacer con el propio cuerpo, como si de pronto la casa dejara de pesarle sobre el pecho con esa presión continua a la que se había acostumbrado tanto que ya formaba parte de la respiración misma. Penrose, al otro lado de la mesa, hablaba con la cautela satisfecha de quien se permite por fin una frase algo menos miserable de lo habitual y explicaba que el expediente podía darse por cerrado, que los registros quedaban ya actualizados y que, salvo las obligaciones ordinarias de cualquier propiedad seria, no pesaba sobre Stormcrag carga alguna digna de ese nombre. Cassandra lo escuchó, asintió y dejó el papel sobre la mesa. Solo cuando el abogado se hubo marchado y Drake —que había permanecido durante toda la entrevista en un discreto segundo plano por respeto a la naturaleza de ese momento— se acercó a ella sin hablar, comprendió de verdad el alcance de aquello: la casa estaba libre. No segura para siempre, porque ninguna casa grande, ningún negocio y ningún tramo de costa dejan de exigir inteligencia, dinero y trabajo solo porque la ley se serene un instante, pero sí libre de la podredumbre heredada, de esa humedad vieja que había subido desde el tiempo de sir Thomas hasta metérseles a todos en la cama, en las cuentas y en la conciencia.

La primavera, además, se había mostrado benigna de una manera que Stormcrag no recordaba desde hacía tiempo. La cosecha era prometedora ya desde las primeras señales y después, cuando por fin se levantaron los informes completos de los arrendamientos, dejó claro que las tierras habían respondido con una generosidad que no era exactamente abundancia milagrosa, pero sí una solidez tranquilizadora; no hubo muertos en el mar, y eso, en una casa como aquella, valía más que cualquier cifra repetida en una tabla de ganancias; los barcos de Drake, o aquellos en los que aún seguía teniendo interés suficiente para que las noticias de sus travesías alteraran de forma visible la calidad de sus silencios, llegaron a puerto sin desgracia grave y con una secuencia de mercancías cuyo beneficio, sin ser espectacular, tuvo al menos la decencia de no traer nuevas ansiedades; y las minas, que siempre parecían contener en sus propias entrañas una amenaza antigua y un resentimiento de

tierra herida, trabajaron aquellos meses sin hundimientos, sin escapes de grisú, sin accidentes capaces de convertir una mañana ordinaria en el origen de una viudez más. Drake, que no era hombre dado a la superstición ni a los entusiasmos prematuros, empezó aun así a respirar con otra amplitud. Se le veía en el modo en que se quitaba la chaqueta al volver del exterior, en la leve relajación de los hombros cuando leía la correspondencia mercantil y, más aún, en la forma cada vez más viva con que hablaba de planes en lugar de limitarse a defender posiciones.

Una tarde, mientras revisaban juntos una serie de mapas y apuntes sobre las explotaciones mineras del interior, le expuso a Cassandra algunas de las ideas que llevaba tiempo rumiando sobre la modernización de la mina principal y de dos galerías secundarias que, sin ser de las más rentables, empleaban a suficiente gente del entorno como para que su simple clausura hubiera sido una brutalidad. Quería mejorar la ventilación, revisar los sistemas de drenaje, sustituir dos mecanismos de polea que seguían funcionando por pura costumbre y no por fiabilidad real, y estudiar la posibilidad de reforzar ciertas partes con materiales nuevos que había visto usar en el norte con resultados aceptables. No habló de ello como un reformador enamorado de la novedad, ni como un hombre ansioso de dejar su impronta donde otros solo habían administrado desgaste. Habló como quien conoce la diferencia entre la fatalidad y la negligencia y no está dispuesto a seguir llamando accidente a lo segundo cuando es evitable dentro de lo que cabe. Cassandra lo escuchó con una atención cada vez menos teñida de la vieja suspicacia y más atravesada por esa forma de admiración tranquila que una mujer inteligente solo concede a un hombre cuando ve en su ambición algo más que orgullo. Drake sabía lo que costaban las mejoras. Sabía también que ninguna mina se vuelve inocua por decisión de un propietario, y precisamente por eso hablaba siempre con esa frase suya —dentro de lo que cabe— que a Cassandra le gustaba oírle porque contenía más verdad que cualquier promesa de seguridad absoluta. Era un hombre de mar; desconfiaba del «para siempre», del «nunca» y de todo cuanto no llevara ya dentro un margen de riesgo. Quizá por eso mismo le creía cuando decía que quería hacer las cosas mejor.

La casa empezó a respirar de otro modo. Incluso la señora Penhaligon, que se habría arrancado la lengua antes que entregarse a

expresiones sentimentales sobre el espíritu de un edificio, parecía caminar por los corredores con una energía distinta, y Annie, que no sabía disimular casi nada, dejó escapar una mañana, mientras ayudaba a Cassandra a colocarse el sombrero, que por fin daba gusto abrir las ventanas sin sentir que por ellas iba a entrar un acreedor. Cassandra se rio al oírlo, y la risa, tan franca y tan impropia de las temporadas anteriores, hizo que la muchacha se ruborizara de placer y de pudor. Había luz en Stormcrag, no una luz mística ni de cuento, sino la más hermosa y rara de todas: la que traen los problemas resueltos cuando han costado de verdad.

Fue en medio de esa respiración nueva cuando Cassandra decidió volver a visitar a la señora Pendarvis. La viuda había dado a luz hacía poco más de una semana a una niña robusta y tan despierta que, según la señora Penhaligon, ya parecía mirar el mundo con desconfianza, lo que no dejaba de ser una ventaja para quien nacía sin padre y con una pensión por administrar. Cassandra no quiso limitarse a enviar regalos. Preparó personalmente una cesta con ropa fina, jabón bueno, una manta ligera de lana blanca, un pequeño sonajero de plata que había sido suyo de niña y que encontró en uno de los cajones de la cómoda de lady Trevelyan, y pidió además que se dispusiera un sobre con el dinero necesario para cubrir los primeros gastos imprevistos de la casa, aparte de la pensión que, tras muchas idas y venidas y no pocas firmas de Penrose y de Drake, había quedado acordada para toda la vida de Martha Pendarvis o hasta el momento en que contrajera nuevo matrimonio, si ese momento llegaba alguna vez. No quiso ir en carruaje. El tiempo estaba demasiado claro y la distancia no era excesiva, de modo que salió a caballo a media mañana, acompañada solo por un mozo que se mantuvo a una distancia prudente y que después la esperó fuera mientras ella entraba en la casa de la viuda. Le gustó la sensación del aire cálido sobre la cara, el movimiento del caballo en el camino y la impresión de volver a recorrer por voluntad propia unos senderos que durante meses solo había transitado bajo la presión de la urgencia.

Martha Pendarvis recibió la visita con el bebé en brazos y una cara de agotamiento triunfante que a Cassandra le pareció mucho más hermosa que cualquier lozanía boba de damas sin experiencia. La criatura, envuelta en una mantita remendada con esmero, tenía el gesto arrugado y solemne de los recién nacidos que aún no saben

nada y parecen, sin embargo, profundamente decepcionados por la luz. Cassandra se inclinó sobre ella, tocó con un dedo la pequeña mejilla y dejó la cesta y el sobre sobre la mesa. La emoción de Martha fue tan inmediata y tan sincera que la llenó de lágrimas antes incluso de abrir nada. Dio las gracias varias veces, pero cuando Cassandra le explicó, con toda la sobriedad posible para no volver la caridad una escena humillante, que la pensión ya estaba asegurada en términos claros y que ese dinero adicional no exigía otra cosa que ser usado en lo necesario, la joven rompió a llorar de un modo tan entero que Cassandra tuvo que sentarse a su lado y sostenerle un momento el hombro para que no sintiera que se desplomaba sola dentro de la gratitud.

—No sé cómo agradecerle esto —murmuró la viuda—. Ni a usted ni al señor. La niña tendrá algo. Tendrá un comienzo. Yo no esperaba tanto. No esperaba que nadie se acordara de nosotras de este modo.

Cassandra sintió un calor breve y difícil de explicar en el pecho al oír el plural. Ya no se trataba solo de ella. El señor y la señora de Stormcrag habían empezado, sin ceremonia y sin acordarlo con frases bonitas, a formar una unidad reconocible en los actos importantes. La idea la conmovió de una manera que no quiso examinar allí, con una criatura dormida en brazos de su madre y el olor a leche tibia en el aire.

Permaneció un rato más, habló de la niña, de los desvelos, de la necesidad de avisar si hacía falta una nodriza temporal o simplemente un día de ayuda doméstica, y luego se despidió con esa mezcla de sobriedad y afecto que ya no tenía que imitar de su madre porque empezaba a habitarla de forma más natural. El lacayo le acercó el caballo. Cassandra montó y emprendió el camino de vuelta con la claridad nueva de la tarde aún entera sobre el paisaje. Llevaba dentro una sensación extraña, no de satisfacción virtuosa, que habría detestado, sino de orden moral. Había cosas en el mundo —dinero, casas, minas, herencias, deudas— que podían pudrirlo todo si se las dejaba crecer sin conciencia; pero también había otras —una pensión bien fijada, un sobre de dinero llegado a tiempo, el nombre de una viuda no olvidado, la seguridad de una niña pequeña— que podían devolverle al mismo mundo una parte de su equilibrio sin necesidad de alardes.

Fue en el tramo alto del camino, donde este se acercaba a los acantilados y la vista se abría de pronto hacia el mar con una

amplitud casi excesiva para un corazón sensible, cuando vio a Drake venir hacia ella. Él también iba a caballo, montando uno de sus alazanes oscuros de paso firme, sin prisa y sin la compañía de nadie, como si hubiera salido a respirar el aire de la tarde o a pensar lejos de la casa. La vio al mismo tiempo. Cassandra lo supo por la manera en que el cuerpo entero de él pareció enderezarse levemente en la silla y por la sonrisa, breve, real y tan cargada de intimidad, que la alcanzó incluso antes de que el caballo de él aflojara el paso. Sonrió también sin querer, y ese simple reflejo la hizo sentirse de pronto ridículamente joven, como si todo el peso de Stormcrag, de las deudas y de los muertos hubiese decidido retirarse unos instantes del camino para dejar paso a otra cosa mucho más sencilla.

Se encontraron en el recodo donde la hierba caía hacia el acantilado y un muro bajo de piedra delimitaba la violencia del paisaje. Drake desmontó primero. Cassandra protestó que no hacía falta, pero ya lo había hecho y, un momento después, estaba sujetándole la rienda de su caballo con una mano mientras con la otra la ayudaba a bajar. Ella aceptó con esa mezcla de costumbre y de pudor que seguía viviendo en su cuerpo cada vez que él se permitía, en pleno día y con el cielo tan abierto alrededor, algún gesto demasiado íntimo. Tan pronto como tuvo los pies en el suelo, Drake la atrajo hacia sí y la besó con una naturalidad tan resuelta que Cassandra soltó una exclamación ahogada y miró alrededor casi por reflejo. Por suerte, el mozo había decidido dirigirse hacia la casa en el momento en el que Drake puso su mirada sobre él.

—¿Qué haces? —murmuró, entre indignada y avergonzada—. Podrían vernos.

Drake volvió a besarla, esta vez en la comisura de la boca, y sonrió contra su piel con una despreocupación que a ella, a pesar del rubor, la hizo reír.

—Que nos vean.

—No digas disparates.

—Nunca digo disparates.

La estrechó entonces en un abrazo entero, sin ese cálculo de las primeras semanas ni la precaución del hombre que todavía se pregunta si el cuerpo de la mujer a la que ama lo recibirá o lo tolerará. Había entre ellos ya una costumbre de reconocimiento mutuo que volvía ese abrazo menos un atrevimiento que una forma de respirarse. Cassandra apoyó las manos en los hombros de él para

apartarse y no lo hizo del todo. El acantilado, el viento, los caballos quietos al borde del camino y el mar golpeando abajo parecían de pronto menos paisaje que testigos, y tal vez por eso la emoción que le subió entonces al pecho tuvo una claridad casi insoportable.

—He estado en casa de Martha Pendarvis —dijo, quizá porque necesitaba decir algo antes de que el cuerpo siguiera tomando decisiones por su cuenta.

—¿Y?

—La niña es robusta y feísima, así que supongo que saldrá adelante.

Drake soltó una risa breve, una de esas risas suyas que no aparecían a menudo y que por eso mismo desarmaban a Cassandra más que los gestos de ternura.

—Entonces estamos de enhorabuena.

Ella lo miró. La luz de la tarde le daba al rostro de él una firmeza hermosa y algo más serena que en otros tiempos. Llevaba el cabello revuelto por el viento, las manos calientes y los ojos puestos en ella con esa atención inconfundible que ya no necesitaba explicarse ni disfrazarse de nada útil. Cassandra sintió de golpe la magnitud del camino recorrido entre ambos, desde la tarde del funeral en la biblioteca, la cláusula, la cólera y el deseo herido, hasta ese punto en un sendero de los acantilados donde él la abrazaba sin miedo a ser visto y a ella, pese al rubor, no se le ocurría ya rechazarlo de verdad.

—Te amo —dijo Drake.

No lo había preparado. No era la primera vez que se lo decía, pero sí la primera en un momento enteramente libre de confesiones, de llanto o de urgencia moral, y esa diferencia dio a las palabras una potencia nueva, casi luminosa. Cassandra las oyó dentro del pecho. Había esperado, sin saberlo, volver a oírlas en un terreno así: sin heridas abiertas en la mano, sin necesidad de reparación inmediata, sin la sombra del pasado interrumpiendo cada frase. Solo él, el viento, el mar y la verdad.

—Yo también te amo—respondió.

La respuesta le salió más firme que temblorosa, y precisamente por eso Drake cerró los ojos un segundo, como si el mundo entero acabara de asentarse de forma diferente sobre sus hombros. No necesitó decir nada enseguida. La besó otra vez, más despacio, y luego apoyó la frente contra la de ella.

—No sabes lo que significa oírte decir eso.

Cassandra sonrió con una felicidad que no intentó ya disfrazar.

—Lo sospecho bastante bien.

Hubo entre ambos un silencio lleno. Un silencio en el que el amor, una vez dicho de una orilla a la otra, dejó de ser una intuición peligrosa para convertirse en una materia concreta del mundo, tan presente como la piedra bajo sus botas o como el mar respirando debajo del acantilado. Los caballos, tranquilos, tiraron ligeramente de las riendas. Cassandra pensó que, por primera vez desde la muerte de su padre, no se sentía al borde del desastre, sino dentro de una vida que podía aspirar a algo mejor que la mera supervivencia.

El domingo siguiente fue, de una manera discreta y profundamente significativa, otra clase de confirmación. Acudieron a misa como venían haciendo desde el principio, con la misma sobriedad de costumbre y sin exagerar nada de lo que no necesitaba exagerarse. Cassandra llevaba un vestido gris humo con cuello alto, ya no de luto riguroso aunque todavía severo; Drake iba de oscuro, impecable como siempre, y entre ambos había esa cercanía sutil que no se aprende en los libros de urbanidad porque solo aparece cuando la intimidad ha dejado de ser un problema y empieza a convertirse en costumbre. Al bajar del carruaje, él le ofreció la mano y ella la aceptó sin ese reflejo de reserva que antes la llevaba a tensarse un poco. Dentro de la iglesia, las miradas del pueblo no desaparecieron —Highmere no era un lugar donde las miradas desaparecieran de verdad nunca—, pero habían cambiado. Ya no había el mismo filo de curiosidad maligna ni esa mezcla de cálculo y de conjetura que había acompañado la primera frialdad del matrimonio. Seguía habiendo atención, desde luego; aún más, tal vez, porque los pueblos huelen enseguida cuando una grieta ha empezado a cerrarse. Lo que faltaba ahora era la hostilidad sorda con que muchos habían medido antes a Drake como al intruso que entraba en Stormcrag por la puerta torcida de la deuda y de la historia. Había en el ambiente algo más próximo a la aceptación, no una acogida entusiasta ni una absolución colectiva, sino el reconocimiento paulatino de que la pareja, contra todo pronóstico inicial, se había vuelto real y de que el hombre al que habían mirado durante meses con recelo ocupaba ya su lugar junto a Cassandra con una naturalidad difícil de negar.

Ella lo notó a la salida, más aún que dentro. Lady Morwenna Havers, siempre tan inclinada a interpretar el mundo a través de la textura de una sonrisa, la saludó con una calidez ligeramente más

franca que semanas atrás y no dejó caer ni una sola de esas pausas cargadas con las que antes parecía examinar la solidez del matrimonio. El herrero, que en otros tiempos había hablado a Drake con una sequedad poco civilizada, se quitó la gorra y lo llamó «señor Carrick» con una entonación menos defensiva. La señora Pendarvis, con la niña ya en brazos a la puerta de la iglesia, hizo una reverencia torpe y radiante a ambos como si formaran de verdad una unidad digna de esa pequeña alegría. Incluso el vicario, que siempre había medido sus frases con exceso alrededor de Drake, se permitió retenerlo un poco más de lo necesario para preguntarle por las mejoras de la mina con un interés más genuino que protocolario. Cassandra, al observar todas esas alteraciones mínimas, comprendió que el pueblo no estaba tanto perdonando como rindiéndose a la evidencia: el matrimonio no había naufragado, Stormcrag seguía en pie y Drake, por más que la costa nunca olvidara del todo los muertos del pasado, estaba empezando a ser visto no solo como el hombre que había llegado a través de la herida, sino también como el que se había quedado.

Al subir de nuevo al carruaje, Drake le rozó la mano enguantada. No dijo nada. No hacía falta. Cassandra entrelazó los dedos con los suyos dentro de la sombra discreta del interior y miró por la ventanilla mientras St. Keverne quedaba atrás. El camino de vuelta a Stormcrag discurrió entre setos floridos, un cielo ya casi veraniego y ese resplandor del mar que a ciertas horas parecía derramarse no solo sobre la costa, sino también sobre lo que Cassandra llevaba dentro. Pensó en la primavera, en la viuda, en la niña, en las minas, en la casa por fin libre, en el acantilado donde él la había abrazado sin importarle el mundo, y supo, con una certeza serena, que la estación no había cambiado solo el paisaje. También los había cambiado a ellos. Y que, si todavía quedaban heridas, sombras y deudas morales imposibles de borrar del todo, ya no eran lo único que había entre los dos. Ahora había también una elección hecha, un amor correspondido y una casa que, por primera vez en mucho tiempo, parecía mirar hacia el futuro sin vergüenza.



Capítulo 20

La restauración de Stormcrag no tuvo nada de milagro ni de metamorfosis repentina, porque las casas que han sufrido de verdad no se dejan salvar con un solo invierno de obras ni con una fortuna bien administrada, sino con una suma paciente de decisiones acertadas, de dinero invertido donde hace falta y no donde luce, de oficios respetados y de una voluntad constante de no volver a dejar que el deterioro se confunda con el carácter. Y, sin embargo, al llegar el final del verano, incluso Cassandra —que había vivido allí lo bastante para desconfiar de cualquier entusiasmo prematuro— tuvo que admitir que la mansión respiraba ya con otra dignidad. No se había vuelto una casa nueva, gracias a Dios; no se parecía a esas residencias recompuestas hasta la vulgaridad por gente que confundía la riqueza con el brillo y el confort con la destrucción de toda memoria. Seguía siendo Stormcrag, con su severidad de piedra gris plantada sobre el acantilado, con la línea larga de sus ventanales enfrentados al mar y con esa mezcla de nobleza y aspereza que ninguna mano prudente habría querido borrar. Pero se advertía, al cruzar el vestíbulo, al subir la escalera principal, al entrar en la biblioteca o simplemente al abrir una puerta cualquiera, que la fatiga ya no gobernaba la casa por dentro como una segunda naturaleza.

Los postigos cerraban bien. Las chimeneas respondían al tiro con una docilidad casi conmovedora para quien había pasado años respirando humo donde no debía. En el ala oeste, donde antes el viento se colaba en invierno con una insistencia de enemigo íntimo, las ventanas habían sido ajustadas y reforzadas sin traicionar las líneas de la casa, y el resultado era ese lujo discreto que no se veía desde fuera y cambiaba por completo la vida de quienes habitaban dentro. Dos corredores se habían recubierto con madera clara, sobria y bien trabajada, que templaba la piedra sin volverla blanda; varias habitaciones cerradas durante años habían sido reabiertas y ordenadas no como piezas de museo, sino como cuartos dispuestos a servir; la galería alta, por fin acristalada y reforzada, podía ya mirarse sin que a Cassandra se le encogiera el cuerpo al recordar la sangre en la sien y el miedo en la cara de Drake. Incluso el tejado, ese gran animal silencioso que durante tanto tiempo había reclamado

cuidados imposibles de postergar, había sido revisado y saneado hasta el último tramo comprometido, de modo que la lluvia, cuando llegaba, volvía a sonar arriba con una tranquilidad que antes no había tenido nunca.

Cassandra recorría aquellos cambios con una satisfacción que no se parecía al orgullo vanidoso de la propietaria que contemplaba por fin su casa puesta en orden, sino a otra cosa mucho más honda y más sobria: la de quien había visto de cerca la ruina, había sentido el cansancio de sostener con el cuerpo lo que parecía inclinarse cada día un poco más hacia el derrumbe, y descubría ahora que ya no vivía a la defensiva. Había mañanas en que, al cruzar el corredor del ala este con una libreta de cuentas o al detenerse un momento ante una puerta recién barnizada, no pensaba nada en particular y, precisamente por eso, se daba cuenta de hasta qué punto la paz se había instalado en la casa de una manera real. Antes, todo pensamiento sobre Stormcrag llevaba dentro un cálculo, una alarma, una lista de remiendos o de deudas. Ahora había habitaciones que podían simplemente existir, y ese simple existir le parecía, después de cuanto había costado llegar hasta allí, una forma altísima de triunfo.

También el exterior había cambiado, aunque allí el mérito pertenecía menos al dinero que a una alianza difícilmente definible entre el trabajo humano y la decisión benigna de las estaciones. El jardín, que en otros años se había mantenido vivo más por terquedad de la señora Penhaligon y de dos jardineros de manos milagrosamente pacientes que por otra cosa, mostraba por fin una abundancia disciplinada, no lujosa, pero sí plena; los senderos estaban afirmados donde el barro solía deshacerlos; los muros de piedra del lado norte se habían rehecho allí donde el invierno los había vuelto a abrir; y el pequeño embarcadero, reforzado y reparado a conciencia, ya no tenía ese aire de resignación precaria que había acompañado siempre a tantas partes de la propiedad. Drake había hecho en todo aquello lo mismo que hacía en sus negocios y en sus minas: mirar sin sentimentalismo, decidir sin vacilación donde ya no cabía postergar y, una vez tomado el camino, sostenerlo hasta el final con una terquedad que Cassandra, a esas alturas, conocía demasiado bien para confundirla con simple voluntad de mando. Lo admirable en él, pensaba a veces, no era solo que supiera gastar, ni siquiera que

supiera prever, sino que no toleraba la mediocridad del parche cuando el arreglo verdadero era posible.

El matrimonio, por su parte, se había asentado con una firmeza que ya no necesitaba pensarse a sí misma a cada paso. No porque hubieran olvidado el origen, ni porque la herida de los primeros meses pudiera borrarse del todo como se borra una línea de lápiz sobre un papel nuevo, sino porque la vida compartida había echado raíces más hondas que esa herida y había terminado por crecer alrededor de ella sin negarla. Cassandra no amaba a Drake a pesar de lo ocurrido, ni Drake amaba a Cassandra como una forma de compensación sentimental a un daño previo. Habían atravesado juntos la parte más amarga de la verdad, la habían mirado sin el consuelo fácil de la inocencia y, justo por eso, el amor que había quedado después resultaba menos teatral, menos ansioso de probarse a sí mismo, y mucho más sólido. Ya no había entre ellos esa avidez casi desesperada de las primeras reconciliaciones, cuando cada encuentro parecía necesitar demostrar que el cuerpo seguía siendo capaz de vencer al silencio o al rencor. Había algo mejor. Una intimidad asentada, una costumbre amorosa tan viva que se expresaba del mismo modo en una conversación sobre minas, en una cena tardía, en una mano apoyada sin pensarlo en el hombro del otro o en el simple hecho de compartir una tarde sin necesidad de defender ningún espacio.



Era septiembre y el calor había empezado a retirarse de la costa con una discreción casi elegante. No hacía frío todavía, pero el aire tenía ya una limpieza más firme y ciertas tardes traían desde el mar una claridad dorada y oblicua que parecía hecha para volver más verdadera la línea de las cosas. Ese día, tras una mañana de cuentas, visitas y pequeñas decisiones domésticas que no pedían drama alguno y que a Cassandra resultaban deliciosas, esta encontró a Drake en la biblioteca revisando unos planos y dos cartas de Falmouth. Estaba de pie junto a la mesa grande, con la chaqueta abierta y una expresión concentrada que a ella, desde hacía tiempo, no le inspiraba ya la tentación de interrumpirlo, sino una especie de

ternura silenciosa. Lo vio inclinarse sobre el papel, hacer una anotación breve, levantar luego la vista hacia el ventanal como si contrastara la cifra con la forma del mundo, y pensó, no por primera vez, que seguía siendo muy hermoso cuando trabajaba. No hermoso de una manera blanda o adornada, sino con esa belleza sobria y masculina que nacía de la atención total, de la inteligencia en ejercicio y de la autoridad natural de un cuerpo que sabía exactamente dónde estaba.

Entró sin anunciarse. Drake la oyó antes de verla y alzó la cabeza.

—¿Has terminado ya con Penrose? —preguntó.

—Por hoy, sí. Si sigue viniendo con esa cara de hombre al que la vida le ha apaleado, acabaré dándole un coñac por lástima.

Drake sonrió.

—No creo que Penrose supiera qué hacer con la compasión, ni siquiera servida en cristal bueno.

Cassandra se acercó hasta la mesa, miró por encima los planos sin verdadero interés y apoyó una mano en el borde. Drake dejó la pluma. No había prisa en el cuarto, ni tensión, ni nada pendiente que exigiera de ellos más que la simple dicha de estar solos un momento.

—La galería ha quedado bien —dijo ella—. Mucho mejor de lo que esperaba.

—Me alegra que me agradezcas el esfuerzo… después de asegurar hasta el hastío que era imposible que quedase bien.

—No te agradezco nada. Me limito a reconocer lo evidente cuando no me queda más remedio.

Drake alargó la mano y le tomó la muñeca con suavidad. La atrajo un poco más hacia sí, lo suficiente para apoyarla contra el borde de la mesa.

—Eso sí que no ha cambiado —murmuró.

Cassandra sonrió. Había en esos pequeños forcejeos verbales una felicidad doméstica que ninguno de los dos había sabido desear al principio y que ahora les resultaba tan natural como el sonido del mar al otro lado de los cristales. Drake le besó la palma, luego el interior de la muñeca, y la soltó solo para rodearle la cintura con el brazo.

—He pensado que mañana podríamos bajar al embarcadero por la tarde —dijo—. Quieren enseñarme el trabajo del nuevo refuerzo y me gustaría que lo vieras.

—¿Eso es una invitación o una orden de propietario satisfecho?

—Es una excusa bastante mala para sacarte de la casa y tenerte conmigo donde no pueda venir nadie a pedirme firmas.

—Ah —dijo ella—. Entonces mejora mucho.

Él la miró con esa sonrisa lenta y levemente sesgada que seguía bastando para desordenarle a ella algo por dentro, incluso después de tantos meses de paz. La atrajo un poco más y la besó sin prisa. El beso tuvo desde el principio esa cualidad suya de promesa cumplida, no porque anunciara nada más grave, sino porque ya no había entre ambos distancia que salvar ni reserva que quebrar. Cassandra le respondió con la misma calma honda. Se dejó abrazar, apoyó una mano en el hombro de él y pensó fugazmente, mientras la boca de Drake bajaba hacia la curva de su cuello, que ninguna parte de sí misma habría creído posible llegar a una dicha tan exenta de miedo.

No hicieron el amor allí. Años atrás o meses atrás quizá habrían terminado sobre el sofá, entre la lámpara y los papeles, devorándose uno a otro con la urgencia de quienes todavía sentían que el cuerpo podía serles arrebatado por el siguiente desastre. Ahora no. Ahora podían permitirse otra clase de lentitud. Drake la besó hasta dejarla sin aliento, la tuvo un momento entre los brazos y luego apoyó la frente en la suya.

—Si sigues mirándome así no voy a terminar una sola carta hoy —dijo.

—No estaba haciendo nada.

—Exactamente.

Cassandra se rio en voz baja y se apartó lo justo para volver a poner orden en el cuello de su vestido. Él no dejó de mirarla. Había en su atención una sensualidad tranquila que a ella le gustaba casi más que la avidez de otros tiempos, porque nacía no del hambre sola, sino de la certeza de que el cuerpo amado ya era un hogar donde siempre se podía volver. Lo sabía en la forma en que él la seguía con los ojos al salir de la habitación, en el modo en que le rozaba la espalda al pasar junto a ella en un corredor, en la costumbre ya tan arraigada de tocarse sin espectáculo y sin necesidad de pedir permiso al mundo.

Esa misma noche, después de cenar, cuando la casa se hubo recogido en el sosiego de las horas cerradas y la señora Penhaligon hubo dado la última ronda a las puertas y lámparas con la autoridad silenciosa de siempre, Cassandra subió al dormitorio principal —otra vez suyo sin sombras, sin cuartos prestados ni huidas morales— y

encontró a Drake junto a la ventana, acabando de desabrocharse el chaleco. El cuarto estaba templado. Una lámpara de pantalla baja frente a la chimenea encendida dejaba sobre la madera y la colcha una luz dorada y reposada, y fuera el mar apenas se adivinaba en la oscuridad, aunque seguía latiendo abajo con esa cadencia sorda que ya no sonaba a amenaza, sino a acompañamiento.

Cassandra empezó a soltarse el cabello de pie ante el espejo. Drake la observó unos segundos sin moverse y luego se acercó por detrás. No dijo nada. Le apartó con lentitud el último mechón del cuello y le besó la nuca. Ella cerró los ojos un instante. Había entre ambos demasiada historia compartida para que un gesto así pudiera ser solo una caricia. Era también reconocimiento, gratitud, deseo y esa calma honda que se instala cuando dos cuerpos se conocen ya mejor que la propia habitación.

—Estás callado —murmuró Cassandra.

—Te estaba mirando.

—Eso no explica nada. Me miras constantemente.

—Lo sé.

Ella se volvió entonces, todavía con el cabello a medio caer sobre los hombros, y la seriedad con que él la contemplaba la enterneció de un modo casi doloroso. No había ansiedad en Drake, ni hambre ciega, ni esa urgencia de demostrar con el cuerpo algo que las palabras o la vida aún no habían terminado de asegurar. Había algo mejor: una plenitud serena, casi grave, que convertía cada caricia en una forma de verdad.

Le ayudó a quitarse el vestido despacio, sin ceremonia y sin prisas, como quien conoce ya no solo el cuerpo que va quedando al descubierto, sino el gusto de la otra persona por esa lentitud. Cassandra lo dejó hacer. El roce de las manos de Drake en la cintura, en la espalda, en los hombros al bajar la tela tenía una intimidad tan completa que la conmovía más que muchas embestidas pasadas. Cuando quedó en camisa, él la besó en el hombro desnudo y luego en la clavícula, con una suavidad que encendía sin apresurar.

Hicieron el amor como habían aprendido a hacerlo en esa etapa nueva de su matrimonio: sin miedo, sin inercia, sin urgencia defensiva, y también sin convertir cada encuentro en una ceremonia solemne. Había en ello una madurez del cuerpo que Cassandra no había sospechado posible cuando todo era todavía descubrimiento, desorden y reconciliación. Drake la conocía ya lo bastante para saber

cuándo demorarse y cuándo profundizar, y ella lo recibía con una generosidad reposada que no tenía nada de pasiva; lo llamaba con las manos, con la boca, con la forma misma de abrirse a él sin pudor ni espectáculo. El placer venía ahora como una corriente ancha y segura, más honda precisamente por no necesitar violencia. Había momentos en que Cassandra, bajo el peso amado de Drake, pensaba con una gratitud muda que lo más extraordinario de todo no era que el deseo hubiera sobrevivido a los orígenes de su historia, sino que hubiera terminado por volverse un lugar tan limpio.

Después quedaron tendidos de lado, uno frente al otro, con la lámpara ya casi apagada y la noche respirando alrededor. Drake le acariciaba la cintura con una lentitud distraída, de hombre cansado y feliz, y Cassandra, con la cabeza hundida en la almohada, lo miraba sin hablar.

—¿Qué? —preguntó él tras unos minutos de silencio.

—Nada.

—Mientes.

Ella sonrió.

—Estaba pensando que pareces menos insoportable cuando no hablas.

—Eso es amor del bueno.

—Eso es una observación muy precisa.

Drake se rio, la atrajo hacia sí y le besó la frente. Cassandra dejó que el cansancio la fuera venciendo con esa dicha pesada y honda que sigue a los encuentros verdaderos. Se durmió antes que él, con una mano abierta sobre el pecho de su marido. Drake, como otras veces, permaneció todavía un poco despierto mirándola en la penumbra. No pensaba ya en reparar nada, ni en compensar, ni en merecer. Pensaba solo en ella, en la casa, en la línea del futuro que se abría delante y en la extraña calma que podía sentir un hombre hecho para el riesgo cuando comprendía que el centro más verdadero de su vida estaba allí, al alcance de la mano.



Al día siguiente bajaron al embarcadero como habían dicho. El cielo se abrió desde por la mañana con esa claridad limpia de

principios de otoño que volvía la costa casi cruel de tan hermosa. El viento soplaba lo justo para mover la superficie del agua sin embravecerla, y el mar, extendido hasta donde alcanzaba la vista, tenía un azul grave y apaciguado que parecía prometer una tregua más larga de lo habitual. Revisaron el trabajo nuevo, hablaron con los hombres, caminaron luego un poco más allá, hasta el punto donde la roca descendía en una pendiente más amable y podía verse Stormcrag entera, alzada sobre el promontorio con una severidad ya no hostil, sino casi protectora.

Cassandra se detuvo allí. Miró la casa, los muros rehechos, la línea firme de las ventanas, la galería que relucía discretamente al sol, y luego volvió la vista al mar. Drake se quedó a su lado, sin hablar. No hacía falta. Entre ellos se había asentado ya ese silencio mejor que las palabras, el que no nacía de lo que no se sabía decir, sino de lo que ya no necesitaba defensa.

Cassandra tomó la mano de Drake. Él entrelazó los dedos con los suyos y permanecieron así, mirando juntos su hogar. Pensó entonces que quizá la dicha no consistiera en alcanzar un punto donde nada pudiera doler, ni donde el pasado quedara abolido, ni donde el mar dejara de ser mar y la vida dejara de exigir su tributo. Consistía, más bien, en eso: en una casa restaurada sin falsedad, en un amor ganado a través de la verdad y no contra ella y en una paz que no ignoraba las ruinas sobre las que había sido levantada y que, precisamente por eso, podía sostenerse.

A su lado, Drake apretó un poco más su mano.

Stormcrag, frente a ellos, respiraba, y detrás, bajo la luz clara de la tarde, el mar permanecía en calma.



Epílogo

Habían pasado casi seis años desde la boda en la iglesia desnuda de flores, desde el testamento leído con la figura de sir Thomas todavía presente en la biblioteca y desde aquella sucesión de deudas, silencios, temporales y verdades tardías que, al principio, a Cassandra le habían parecido menos el comienzo de una vida que la forma más refinada de perderla, y, sin embargo, Stormcrag había cambiado con la misma lentitud firme con que cambian las cosas destinadas a durar cuando por fin dejan de sostenerse solo por orgullo y empiezan a apoyarse en trabajo, dinero, voluntad y amor. La casa seguía siendo la misma mole de piedra alzada sobre el acantilado, con el mar latiendo debajo y la costa entera tendida a sus pies como una presencia severa y vigilante, pero ya no se parecía a aquella Stormcrag fatigada y llena de heridas invisibles que Cassandra había defendido durante años con los hombros tensos y la respiración entrecortada. Ahora el viento no entraba por las rendijas con esa insistencia enemiga que obligaba en invierno a poner paños en las puertas y a reforzar postigos; algunas habitaciones se habían recubierto con paneles de madera que conservaban la severidad de la casa y, al mismo tiempo, la hacían más humana; las chimeneas tiraban bien, los suelos ya no se quejaban a cada paso como si la casa guardara bajo las tablas todas las deudas de su pasado, y hasta el aire de Stormcrag parecía distinto, menos áspero, más templado, como si por fin se hubiera acostumbrado a no esperar un desastre detrás de cada estación.

Fuera llovía y hacía frío. No una lluvia feroz ni memorable, sino esa lluvia cerrada, gris y perseverante de los días de invierno, cuando el cielo parece no conocer otro matiz que no sea el plomo y el agua cae sobre la tierra con una monotonía tan obstinada que termina volviéndose casi doméstica. El jardín aparecía borrado a tramos detrás de los cristales y el mar, más allá, no se veía entero, pero se dejaba sentir en la calidad del aire y en el rumor largo, amortiguado por la distancia y por la lluvia, que subía hasta la casa como una respiración profunda. Dentro, en cambio, el salón familiar estaba caliente, bien caliente, con el fuego encendido desde media tarde, las

lámparas ya prendidas y esa mezcla de penumbra dorada, lana, madera y sosiego que convierte ciertas habitaciones en refugio puro cuando fuera el mundo se encierra en agua.

Cassandra estaba recostada en una *chaise longue* cerca de la chimenea, con una manta gruesa cubriéndole las piernas y parte del vientre enorme, sostenida por cojines colocados con la precisión experta de la señora Penhaligon, que en materia de embarazo y comodidad ajena se había vuelto más autoritaria que cualquier médico. Dormitaba a ratos porque el peso del cuerpo, el calor del fuego y el cansancio de las últimas semanas la empujaban una y otra vez a ese estado blando en que el sueño y la vigilia se tocaban sin decidirse, pero también porque en la habitación había dos presencias demasiado queridas y demasiado ruidosas como para entregarse del todo a la inconsciencia. Llevaba al menos media hora escuchando con los ojos entrecerrados el murmullo grave de Drake y la vocecita cambiante de su hijo, y de vez en cuando sonreía sin abrirlos, solo por el placer de oírlos.

Ese niño, tan dueño ya del centro de la casa como si hubiera nacido con un mapa secreto de sus pasillos metido en la sangre, era Thomas Alasdair Carrick, llamado Tom por todos salvo por la señora Penhaligon, que en los momentos de disciplina o de orgullo solemne seguía empeñada en devolverle de vez en cuando el Thomas entero, como si el nombre completo pudiera añadirle al cuerpo pequeño un poco más de compostura. Tenía tres años recién cumplidos, el cabello oscuro de su madre, los ojos grises de su padre y esa mezcla extraordinaria de gravedad y desorden que solo poseen algunos niños, como si hubieran heredado al mismo tiempo la conciencia del mundo y la incapacidad absoluta de conducirse dentro de él con lógica adulta. Estaba sentado en la alfombra, con las piernas abiertas, una media caída y una concentración tan feroz en la cara que parecía estar construyendo una catedral o dirigiendo una guerra, cuando en realidad se afanaba con una caja de bloques de madera pintados, empeñado en levantar algo que él había decidido llamar barco y que, por su forma irregular, su tendencia al derrumbe y la absurda colocación de un bloque azul en lo alto como si fuera una chimenea, se parecía más bien a una fortaleza descompuesta por una tormenta.

Drake estaba sentado en el suelo frente a él, con una rodilla doblada y la otra extendida de cualquier manera que solo un hombre

grande, flexible y poco dado a pensar en su propia elegancia podía encontrar cómoda, ayudándolo a encajar piezas, a no tirar con un gesto torpe toda la fila inferior y, al mismo tiempo, a cantar una canción infantil que Cassandra no conocía. La melodía era sencilla, pegadiza y antigua, quizá escocesa, tal vez aprendida en alguna travesía de juventud o robada a una mujer de algún puerto cuyo nombre Drake ya no recordaba, y hablaba de un gato pardo que se subía al palo mayor de un barco de juguete hasta provocar una catástrofe de lo más razonable. Él la cantaba con una voz más baja de lo habitual, suavizada por el juego y por la presencia del niño, y Tom intentaba seguirlo con una seriedad enternecedora, equivocando la mitad de las palabras, inventando las otras y recuperando el tono justo solo en los estribillos, donde golpeaba además dos bloques entre sí para dar más solemnidad a la música.

Cassandra los observó un largo rato antes de decidirse a abrir del todo los ojos. No había dejado de mirarlos, en realidad, ni siquiera cuando fingía dormir. Miraba a Drake, sobre todo, y sentía cada vez la misma oleada íntima de ternura, no esa ternura rápida que provocan ciertos hombres al hacer el payaso con un niño, sino otra más honda y más hermosa, nacida del modo en que él jugaba de verdad, con paciencia verdadera, con una atención tan completa como la que ponía en los asuntos del puerto, de las minas o de la casa. No era un padre que tolerara a su hijo con benevolencia mientras esperaba volver a sus propias cosas. Era un hombre enteramente fascinado por ese pequeño ser oscuro y solemne que había heredado sus ojos y el gesto de fruncir la boca cuando algo no salía como quería. A veces, al verlo así, Cassandra pensaba que nada la había preparado para la clase de amor que podía sentir una mujer cuando contemplaba al hombre amado inclinado sobre un hijo común; otras veces no pensaba nada en absoluto y se limitaba a dejar que la imagen le llenara el pecho con una felicidad casi dolorosa.

Drake se volvió entonces, como si sintiera la mirada aunque ella no hubiera hecho ruido, y sonrió al verla despierta. La sonrisa le cambió toda la cara con una suavidad que seguía sorprendiéndola, incluso después de años de matrimonio, porque aún recordaba demasiado bien al hombre hermético, duro y reservado de los primeros tiempos. Ahora la dureza seguía ahí, desde luego —seguía siendo Drake, seguía siendo un hombre de mar, de cifras y de

decisiones—, pero el amor la había trabajado por dentro de una manera que no rebajaba su carácter, sino que lo afinaba.

—Te ha bajado mucho el vientre —dijo, como si estuviera anunciando una obviedad importante del clima.

Cassandra soltó una risa perezosa y se acomodó mejor sobre los cojines.

—Llevo tres días oyéndote decir lo mismo.

—Porque llevo tres días teniendo razón.

Tom levantó la cabeza al oír la palabra «razón», que en su universo era una propiedad muy importante y casi siempre suya.

—Yo también tengo razón —declaró, sin la menor relación con la conversación—. El barco necesita otra torre.

—Los barcos no llevan torres —repuso Drake con la solemnidad paciente de quien argumenta con un almirante especialmente cabezota.

—Este sí.

Drake volvió la cabeza hacia Cassandra con esa expresión de resignación irónica que en él equivalía a una carcajada.

—Ves lo que tengo que soportar.

—Lo veo. Y me admira tu fortaleza.

Tom, muy consciente de estar siendo objeto de un comentario adulto y poco dispuesto a permitirlo sin réplica, colocó con decisión el bloque azul en lo alto de la construcción y lo empujó después un poco para demostrar que, en efecto, aquello no era un error, sino un criterio estético. El supuesto barco se tambaleó de manera alarmante. Drake lo sostuvo a tiempo con dos dedos, como quien salva una nave real de un temporal.

—Si sigue así —murmuró Cassandra—, heredará tu manera de gobernar puertos y mi gusto por discutir lo evidente.

—Eso lo convertiría en un hombre temible —dijo Drake.

Ella volvió a reír, y al hacerlo se llevó una mano al vientre por puro reflejo. El niño se movió con fuerza, casi como si la risa de su madre le hubiera llegado a través de la piel como una llamada. Drake se dio cuenta enseguida. Se incorporó un poco desde el suelo, se acercó a la *chaise longue* y apoyó la palma con toda naturalidad en la curva enorme del abdomen, una curva tan alta y tan tensa ya que parecía imposible que pudiera seguir creciendo.

—No deberías esforzarte tanto —dijo, con esa suavidad vigilante que le salía siempre al hablarle del embarazo en los últimos días—.

Está a punto de nacer. Ya lo noto hasta sin mirar.

Cassandra volvió la cara hacia él. Había cariño y burla en sus ojos, una mezcla que él conocía demasiado bien.

—No hago más que respirar y existir. Si eso te parece esfuerzo, será mejor que avises a la matrona de que espere una inválida.

Drake no retiró la mano del vientre. Al contrario, la dejó allí, notando el movimiento del bebé con una atención tan seria que a ella, de pronto, se le llenó la memoria de imágenes antiguas. Recordó cómo él había leído cuanto libro, folleto, artículo y nota médica cayó en sus manos durante su primer embarazo, con esa combinación tan propia suya de método, miedo y determinación. Recordó las consultas con médicos y matronas, el modo en que interrogó a unos y a otras como si el porvenir de la humanidad dependiera de la exactitud de cada respuesta, la seriedad con que revisó dietas, horarios, paseos, almohadas, síntomas y noches mal dormidas, y después, por encima de todo, recordó el instante en que habían puesto a Tom por primera vez en brazos de Drake y vio cómo se le llenaban los ojos de lágrimas con una desnudez tan desconcertante en un hombre como él que casi la hizo llorar a ella solo de mirarlo.

—Nunca te lo he dicho —murmuró—, pero durante el embarazo de Tom llegué a pensar que terminarías graduándote en medicina por pura terquedad.

Drake sonrió sin apartar la mano.

—No me fiaba de nadie.

—Yo diría que tampoco de ti mismo.

—De mí aún menos.

Cassandra lo contempló un instante. El fuego lo iluminaba desde abajo, Tom seguía absorto con sus bloques y la lluvia resbalaba por los cristales sin lograr entrar ni enfriar la habitación. Había algo casi imposible de creer en aquella escena, si una miraba hacia atrás en el tiempo.

—Esta vez creo que será una niña —dijo al fin.

La frase quedó en el aire con una dulzura grave. Drake alzó los ojos hacia ella.

—¿Te preocupa que me moleste?

Cassandra sonrió un poco, casi avergonzada de esa sombra vieja y absurda que a veces aún flotaba en el fondo de su pensamiento, un residuo de educación, de mundo y de otras mujeres.

—No exactamente molestar. Quizá decepcionar.

Drake negó con la cabeza sin la menor vacilación.

—Lo único que quiero es que sea un bebé sano y que tú salgas bien del parto. Si luego resulta que es niña, niño o un pequeño demonio con tu carácter, ya se verá.

—Mi carácter —repitió Cassandra, fingiendo ofensa.

—Sí. El peor de los peligros de esta casa.

Ella soltó una carcajada, y Tom, al oír la risa de su madre, se rio también aunque no supiera bien por qué. Fue en ese mismo momento cuando Nube, el enorme gato de angora blanco que llevaba una hora entera dormido enroscado sobre una silla baja junto al fuego, decidió incorporarse con la solemnidad ofendida de las criaturas que toleran el ruido ajeno solo mientras les conviene. Se estiró largamente, abrió un ojo, luego el otro, bajó de la silla con una dignidad de viejo aristócrata exiliado y empezó a cruzar la habitación con la cola en alto. Tom lo vio y se olvidó de su barco, de su canción y probablemente de su propio nombre.

—¡Nube!

La exclamación estaba tan llena de entusiasmo que el gato, naturalmente, aceleró el paso con esa rapidez silenciosa que tienen los animales cuando quieren demostrar que no huyen de nadie y, sin embargo, también prefieren no ser alcanzados. Tom salió tras él entre bloques, manta y alfombra, seguido enseguida por la voz de Annie desde el corredor.

—¡Señorito Tom! ¡Despacio!

Drake aprovechó la distracción con una impunidad tan suya que Cassandra ni siquiera fingió sorpresa cuando lo vio levantarse del suelo, acercarse más y apoyarse con una mano en el brazo de la *chaise longue*. La otra siguió sobre el vientre.

—Ahora que no hay testigos —murmuró.

—Siempre los hay en esta casa.

—Eso nunca me ha detenido.

Le bajó la mano desde el vientre hasta la cintura y la besó. No fue un beso largo ni ardiente, aunque podría haberlo sido. Fue uno de esos besos tranquilos, plenos y domésticos que nacían no de la urgencia, sino del puro hábito de amarse. Cassandra se lo devolvió con una sonrisa rendida.

—Te amo —dijo él contra su boca, en ese tono suyo tan poco solemne y tan serio a la vez, como si se limitara a nombrar un hecho evidente del mundo.

Ella se rio suavemente antes de responder, no porque la frase le hiciera gracia, sino porque la felicidad, a ciertas alturas, ya no se presentaba con golpes de violín, sino con una especie de alivio casi incrédulo.

—Y yo a ti.

Drake volvió a besarla, esta vez en la comisura de los labios, y le acarició después el vientre con la ternura grave de quien seguía sin acabar de creer del todo la suerte que había tenido.

Tom reapareció entonces en el umbral, indignado porque Nube había decidido esconderse bajo una consola y eso, según él, era juego sucio. Cassandra lo miró, miró después a Drake y sintió que la escena entera se le asentaba dentro con una claridad perfecta: la lluvia cayendo fuera, la casa caliente, restaurada y sin corrientes ni ruinas ocultas, su marido en el suelo con las mangas algo remangadas, medio juez, medio pirata, enseñándole a su hijo una canción antigua mientras de cuando en cuando se volvía a tocarle el vientre con el mismo cuidado con que otros hombres habrían tocado una reliquia, el niño a punto de nacer, el de tres años persiguiendo a un gato inofensivo como si de ello dependiera el destino del mundo, y ella, recostada junto al fuego, pesada, cansada, llena, mirando todo aquello con una paz tan completa que ya no tenía miedo de nombrarla.

Era feliz. No feliz a pesar de algo, no feliz por accidente, no feliz en la forma teatral o precaria de las mujeres que no se atrevían a creer en su propia dicha. Sencillamente feliz. Y esa sencillez, después de cuanto había costado llegar a ella, le pareció la cosa más extraordinaria del mundo.

Fin


AB